

KATE DAWSON

Si aceptas...

Contenido

[Si aceptas...](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo.](#)

[Nota](#)

[Julia en las Highlands. Capítulo I](#)

Si aceptas...

Kate Dawson

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra será constitutiva de delito y está bajo las sanciones que determinan las leyes.

© Kate Dawson

Mail: dawsonkate43@hotmail.com

Portada: Kate Dawson

1.^a Edición: marzo 2020

Capítulo 1

La esperaba sentado en su viejo coche de color gris azulado. Se cruzó el abrigo y miró hacia los vehículos que se aproximaban por la izquierda mientras atravesaba la calzada. Llevaba su gorro de lana y los guantes, pero aun así, sentía el frío helado que bajaba de las montañas. En cuanto estuvo sentada en el interior del coche él arrancó sin esperar a que se abrochara el cinturón.

Rodaron en silencio hasta alejarse del pueblo. A Miles no le gustaba discutir a la vista de mirones, no se sentía cómodo gritando en medio de la calle, creía que con eso daba la imagen de ser un bruto.

Sienna miraba a través de la ventanilla y trataba de organizar bien sus pensamientos. Sabía que cuando empezaran a discutir acabaría olvidando lo que realmente pensaba porque se sentiría abrumada por la insistencia y seguridad aplastante de Miles.

La zona boscosa en la que aparcó el coche era ya familiar para ellos. Estaba lo suficientemente alejada de River Rock para que nadie los molestase, pero lo suficientemente cerca como para poder regresar caminando, algo que Sienna había tenido que hacer en más de una ocasión.

—Baja —ordenó él abriéndole la puerta del coche.

Sienna obedeció y se colocó el gorro para que le tapase las orejas. Las tenía muy sensibles y le dolían con el frío intenso.

—Odio ese gorro —dijo él cerrando de un portazo y alejándose hacia la colina.

Sienna lo siguió sorprendida, creía que se adentraría en el bosque, como solía hacer cuando estaba de mal humor y necesitaba soltar el veneno que lo asfixiaba. Pero en esta ocasión subió la

colina de la casa abandonada. Así era como llamaban a la mansión Armitage: la casa abandonada.

Miles se detuvo frente a la verja, con las manos en la cintura en una pose tensa y agresiva. Sienna creía que aquel lugar era fascinante y mágico. Quizá era por el hecho de estar abandonado y que las hierbas y vegetación salvaje hubiesen tomado posesión de algo que alguien construyó con otro fin. O quizá porque era el lugar al que iba cuando necesitaba desprenderse de algo. Paseaba alrededor de la verja y sus pensamientos se iban desprendiendo de la angustia, la desazón y las preocupaciones. No estaba muy contenta con la idea de que Miles la hubiese llevado allí, no quería relacionarlo con nada negativo y temía que eso fuese lo que acabase pasando aquel día.

—Siempre dices que este es tu lugar favorito del mundo —dijo Miles con voz fría sin apartar la vista de la verja—. No puedes ver lo que hay detrás de esos árboles y ese montón de maleza y, sin embargo, te parece un lugar mágico.

Sienna se colocó junto a él sin decir nada. ¿Por qué sentía que la estaba atacando?

—No tienes ni idea de quién era Walter Armitage. El mejor arquitecto del mundo, para algunos, el maestro de Jeffery Burgin con quien he soñado trabajar desde que era un crío.

Todo eso lo sabía bien Sienna, lo había escuchado muchas veces.

—Armitage construyó esta mansión para su esposa y ella la abandonó y se marchó de aquí dejando que la maleza tomase posesión de todo, sin importarle que el mundo se perdiera algo tan hermoso. He visto los planos, están en el ayuntamiento. ¿Sabes cuántas veces he soñado con hacer algo así? —Se giró a mirarla y sus ojos lanzaban cuchillos—. Ahora ya sé que jamás podré lograr mi sueño. Es un hecho, no voy a hacer el máster. Mi padre dice que no puede pedir otra hipoteca, que se ha gastado todo lo que se podía gastar en mi educación. Tiene hipotecado el bar y la casa, no hay más de dónde sacar.

—Cuánto lo siento, Miles... —dijo ella sinceramente apenada.

—Todos mis sueños se esfuman entre mis dedos —dijo al borde de las lágrimas.

Sienna sintió una punzada de dolor en el pecho al verlo así. No se esperaba aquello, pensaba que estaba enfadado con ella, que discutirían por alguna torpeza suya... Miles cayó al suelo de rodillas entre lágrimas y Sienna se apresuró a abrazarlo con profundo sentimiento.

—Nunca entraré en *Building Studio* —sollozó—. Sin ese máster no tengo la más mínima oportunidad.

—Quizá cuando vean tus trabajos... —musitó ella—. Eres el mejor arquitecto el mundo.

—Ah, ¿sí? —Se puso de pie furioso y se apartó de ella—. ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Ahora eres una experta en arquitectura?

—No, pero...

—Está claro que no entiendes lo dramático que es esto para mí —dijo paseando de un lado a otro como un gato enjaulado—. Creía que tú lo entenderías, que eras la única persona que ha visto lo más profundo de mi ser...

—Y lo entiendo.

—¡No entiendes nada! —le gritó—. Te estoy diciendo que mi vida ha dejado de tener sentido, que lo que más me importa en el mundo no va a ocurrir y lo único que se te ocurre es decirme que les mande mis trabajos porque soy el mejor arquitecto del mundo. Una estupidez que diría una niña de diez años. Menuda mierda de ánimos me das.

Sienna respiró varias veces tratando de relajar sus nervios, antes de ponerse de pie.

—Algo habrá que podamos hacer.

—¿Tienes ochenta mil dólares? —preguntó con irónica expresión.

—Sabes que solo tengo diez mil ahorrados.

—Menuda mierda... —repitió él apartándose el pelo hacia atrás como si quisiera arrancárselo.

El cerebro de Sienna trabajaba a máxima velocidad tratando de encontrar una solución.

—Podría pedir un préstamo... —dijo en voz alta—. Tengo trabajo fijo y diez mil dólares, quizá me lo den.

Miles entrecerró los ojos para mirarla con atención, pero no había expresión de sorpresa en su rostro, algo que debería haberla desconcertado.

—Un préstamo... Sí, claro, esa sería una solución. A mí no me lo darían porque no tengo aval, ni trabajo que me respalde, pero tú tienes un sueldo fijo y tus padres...

—No, a mis padres no los metas en esto —lo interrumpió con prontitud.

—No sería más que un formulismo y solo si lo exigen —dijo acercándose a ella y cogiéndola por los hombros—. ¡Oh, Sienna! Me quieres de verdad. Por un momento creí que me dejabas tirado.

La atrajo hacia sí y la abrazó con firmeza entre sus fuertes brazos. Sienna cerró los ojos aliviada al saber que todo volvía a estar bien entre ellos.

—Te quiero tanto... —susurró él cogiéndole la cara con las manos para mirarla a los ojos—. Nuestra vida será maravillosa. Yo haré el máster y después podré presentarme ante Jeffery Burgin para pedirle que me contrate. ¿Sabes el dinero que ganaré? ¡Podremos hacer lo que queramos! —rio—. Viviremos en un ático de Manhattan con las mejores vistas. Iremos de vacaciones a las Seychelles y nunca te faltará de nada, amor mío.

—Creía que querrías construir una casa como esta para mí —dijo ella mirándolo con una sonrisa.

Miles miró hacia la verja y luego a ella. Sonrió con cariño.

—No somos dos viejos, Sienna. ¿Quién querría vivir aquí pudiendo hacerlo en lo más alto de Manhattan?

A Sienna no le gustaba Nueva York y él lo sabía porque lo habían hablado muchas veces, pero en ese momento lo único que quería era verlo contento. Todo era mucho mejor cuando Miles estaba contento. Era el hombre más divertido del mundo y podía hacerla reír hasta que le dolían las costillas.

—Lo único que quiero es que seas feliz —dijo meciéndose con él.

—Lo seré, vida mía, lo seré y tú estarás a mi lado para verlo. —Se inclinó para besarla con una pasión desmedida—. Ven, corre.

La cogió de la mano y bajaron la colina a la carrera entre risas. En lugar de ir hacia el coche Miles se internó en el bosque. Sienna lo seguía intuyendo adónde la llevaba y sin dejar de reír. Cuando se detuvieron la rodeó de nuevo con sus brazos y la besó con aquella vehemencia que a veces lo embargaba cuando la deseaba.

Deslizó una mano entre su pelo y la agarró con firmeza provocándole un ligero dolor. Eso le excitaba y Sienna se había acostumbrado a aquella rudeza apasionada. La empujó hasta el tronco de un árbol y después le desabrochó el abrigo.

—Hace mucho frío —musitó ella entre besos—, voy a coger un resfriado.

Él siguió besándola y le quitó el abrigo tirándolo al suelo. Después le metió las manos por debajo del jersey y le desabrochó el sujetador, mientras sus lenguas se movían a sus anchas dentro de la boca ajena.

—Estás temblando —dijo enormemente excitado.

—No me digas —dijo ella con voz entrecortada.

—Te haré entrar en calor, ya lo verás.

Entonces levantó su suéter y le tapó la cara con él para después inclinarse sobre los enhiestos pezones y pasar su lengua húmeda sobre ellos. Sienna tenía la piel de gallina y tiritaba, pero no se resistió.

Miles metió una mano dentro de sus bragas y la acarició.

—Estás mojada —dijo riendo—. No se puede negar que sé cómo ponerte a mil.

Era cierto, esa era la mayor cualidad de Miles. Era capaz de excitarla de modos y maneras impensables. Tenía el don de la imaginación y la sorpresa y lo ejercía con maestría. Sienna no tenía otra experiencia, había sido su primer amor y nunca había estado con otro, pero sabía que lo que ella y Miles tenían en cuestión de sexo no era lo habitual.

Seguía con la cara tapada por el jersey y estaba en medio del bosque, a cinco grados y prácticamente desnuda, cuando Miles la penetró de un empujón profundo. Él liberó su rostro para poder acallar sus jadeos con su boca y siguió con sus movimientos cada vez más rápidos hasta que culminó en un intenso orgasmo.

En cuanto hubo terminado salió de ella y le dijo que ya podía vestirse. A Sienna le resultaba humillante que le diera órdenes en lugar de decirle palabras cariñosas e íntimas cuando terminaba, pero había aprendido a aceptarlo. Él la quería, lo sabía bien.

—Me has devuelto la vida —dijo abrazándola cuando se hubo vestido—. De verdad, no te

imaginas lo que supone esto para mí. Jamás lo olvidaré, Sienna, te juro que sabré recompensarte por ello, ya lo verás.

Ella lo miraba con devoción, agradecida porque valorase su gesto.

—Esto es el amor ¿no? —respondió con dulzura—. Saber que siempre podrás contar conmigo.

—¿Qué vas a hacer qué? —Trevor Nevins miraba a su hija perplejo.

—Voy a pedir un préstamo para ayudar a Miles. Necesita dinero para estudiar el máster de Jeffery Burgin...

—¿Y tú tienes que pedir el préstamo? —Isabella miraba a su hija sin dar crédito.

—A él no se lo dan, mamá. No tiene trabajo y su padre no puede avalarlo porque ya tiene dos hipotecas.

—Claro —asintió su madre—, dos hipotecas que pidió el pobre hombre para poder pagarle a su hijo la carrera.

—Mamá...

—¿No es cierto lo que digo? —Isabella miró a su marido esperando que replicase.

—Hija, un préstamo es un peso demasiado grande para pedirlo sin pensar.

—¿Y por qué crees que la voy a pedir sin pensar? Vosotros me conocéis, soy muy responsable. Isabella puso una mano encima de la de su hija y la miró a los ojos con evidente preocupación.

—Sienna, no eres responsable cuando se trata de Miles...

La joven apartó la mano y resopló molesta.

—Lo que ocurre es que a vosotros no os gusta —dijo enfadada—. Nunca os ha gustado...

—No es eso, hija.

—Sí, sí lo es —replicó con los ojos llenos de lágrimas—. Nadie os parecería suficiente para mí. Me tratáis como si yo fuese alguien especial solo porque soy vuestra única hija, pero no lo soy. Lo siento, siento no ser alguien extraordinario y maravilloso que os haga sentir os especiales. Soy una chica del montón, alguien mediocre que tuvo la fortuna de que el chico más brillante y con

mayor éxito del instituto se fijara en ella. —Se puso de pie al tiempo que se limpiaba las lágrimas—. Os quiero muchísimo y no soportaría que me hicieseis elegir un bando.

Isabella y Trevor se miraron perplejos y mudos ante aquel arrebato tan inesperado.

—Hablaré con ella —dijo Isabella.

—No. —Trevor se puso de pie muy serio—. Esta vez hablaré yo.

Abrió la puerta después de tocar con los nudillos y recibir como respuesta los sollozos que Sienna trataba de ahogar con la almohada. Se detuvo frente a la cama y esperó a que su hija levantase la cabeza.

—Ahora no puedo hablar, papá —dijo entrecortadamente.

Trevor no se movió, esperó hasta que Sienna entendió que no iba a marcharse y se puso de rodillas en la cama mirándolo dolida.

—Tu madre y yo no necesitamos que hagas nada para que nos sintamos especiales. Tu madre y yo no tenemos una vida porque tú estés en ella —dijo muy serio—. Lo que ocurre aquí es otra cosa y demuestras muy poca inteligencia si no eres capaz de verlo...

—Papá...

—No me interrumpas, creo que tú ya has hablado suficiente. Eres una adulta, estás en tu último año de carrera y tienes derecho a tomar tus propias decisiones. Y sí, también tienes derecho a equivocarte. Pero a lo que no tienes derecho es a ofendernos, a eso no. Nosotros tenemos otra perspectiva y te damos nuestra opinión, si no te sirve no la tomes en consideración, pero no nos trates como si fuésemos dos estúpidos que solo se mueven por sus sentimientos. Te hemos educado bien, te hemos mostrado muchas veces cuáles son nuestros valores y no creo que nunca te hayamos dado pie a pensar que somos estúpidos.

Sienna había empalidecido y las lágrimas se habían secado en sus ojos.

—Nunca os gustó Miles... —susurró.

—No, no me gusta Miles. Es egoísta y presuntuoso, trata muy mal a su padre, que se desvive por él. Ese hombre trabaja como un burro para que su hijo tenga todo lo que quiere y él lo trata como a un criado. Pero que no me guste no significa que no pueda analizar la situación con

frialdad para darte un buen consejo. Sabes que no soy un hombre que se deje arrastrar por las emociones.

Sienna asintió avergonzada.

—No entiendo cómo ha sido capaz de pedirte semejante cosa...

—Él no me ha pedido nada.

Trevor mostró una sonrisa desconfiada, pero no dijo nada al respecto.

—Hay muchas formas de pedir, Sienna. Pero es igual, que lo acepte me parece igual de despreciable.

—No entiendes lo que esto significa para él...

Su padre la miró severo y después de unos segundos fue a sentarse con ella en la cama.

—¿Estás dispuesta a escuchar mi opinión? Si lo estás, te la daré. Después respetaré lo que decidas y prometo no decirte nada si las cosas no salen como tú esperas, pero creo que necesitas escuchar lo que pienso antes de tomar una decisión.

—Ya sé lo que piensas —dijo ella bajando la mirada.

—¿Eso es un no?

—No, puedes decirme lo que piensas, escucharé cada una de tus palabras.

—El amor no es un compromiso y tampoco es una fiesta. El amor es un sentimiento que te empuja a proteger, cuidar y procurar el bien de la otra persona. También es pasión y fuerza, claro, pero esa es la parte buena —sonrió con tristeza—. Cuando amas a alguien no es que tú quedes anulado, es que la felicidad del otro alimenta la tuya...

—Entonces deberías entenderme —dijo Sienna con los ojos brillantes—. No puedo verlo sufrir...

—Pero es que ese sentimiento debe ir en las dos direcciones, hija. No puedes amar ciegamente a alguien que no te ama del mismo modo. Estás terminando la carrera y trabajas en una asesoría. Apenas tienes tiempo para hacer nada que no sea estudiar y ver a Miles. Duermes poco y tampoco comes demasiado. Sé que esa es la vida del estudiante y que ya te falta poco para terminar, pero... ¿un préstamo para pagarle el máster a Miles? ¿No has visto lo que eso le ha

hecho a su padre? No se conformó con cualquier universidad, no le importó que su padre tuviese que poner su vida patas arriba para conseguirle el dinero con tal de no endeudarse él.

—Algún día lo resarcirá por todo lo que ha tenido que arriesgar. Y cuando sea mi marido y un arquitecto famoso te alegrarás de que haya llegado muy lejos en su carrera...

—¿De verdad crees eso? —preguntó dolido—. ¿De verdad piensas que lo que a mí me importa es que tu marido llegue lejos en su carrera? Yo quiero que tú llegues lejos en lo que te propongas, hija, y que tengas un marido que te idolatre, eso quiero.

Sienna se mordió el labio apesadumbrada. Era consciente de que estaba siendo injusta con ellos, pero no soportaba que se pusieran en contra de Miles, que no entendiesen...

—No me parece bien que hagas lo que dices que vas a hacer, creo que te equivocas y mucho. Es un pésimo comienzo para una vida en común, pueden pasar muchas cosas que hagan que te arrepientas. Lo único que te pido es que reflexiones seriamente sobre ello, que te plantees todas las posibilidades...

—¿Crees que no lo he hecho? —dijo sin prevención—. Hasta he pensado qué pasaría si Miles me dejase. Me he planteado ese escenario, papá. ¿Y sabes qué? No me ha hecho cambiar de opinión, porque no puedo concebir que eso pudiera pasar. Miles me ama tanto como yo a él, tú no lo sabes porque no nos has visto en los momentos más importantes, pero yo lo sé.

Trevor suspiró, sabía muy bien a qué momentos se refería su hija y contra eso no podía luchar. Se puso de pie y la miró con ternura.

—La vida es un continuo examen y sus profesores no siempre nos quieren bien o son justos. Espero de verdad estar equivocado con Miles. Y te prometo que, si es así, no me avergonzaré reconocerlo y pedir disculpas por mi error.

Sienna le cogió la mano, se la llevó a la mejilla y cerró los ojos.

—Gracias por ser tan comprensivo, papá —dijo después de unos segundos—. Y por quererme tanto. No tengáis en cuenta mis arrebatos, sabéis que os quiero con toda mi alma.

Trevor se inclinó para darle un beso en la cabeza y salió de la habitación.

Capítulo 2

Gerald Craddock miraba a través del cristal de la ventana de su despacho mientras se tomaba un café bien cargado. A esa hora había mucho movimiento en la ciudad y poco en la oficina. Casi todo el mundo se había ido a casa y él se marcharía en cuanto recibiese la llamada de su médico. Apuró el contenido de su vaso y luego lo lanzó a la papelera con buena puntería. Nunca fue muy deportista, pero se le daba bien acertar, ya fuese en una papelera o en la acción más adecuada para invertir.

Nunca le gustaron los deportes de pelota, cuando era un niño prefería sentarse frente a las teclas de un piano antes que jugar a fútbol o a baloncesto con sus amigos. Nunca se lo confesó a nadie, pero le daba pánico que le diesen un pelotazo en la cabeza o que le rompiesen una mano y no pudiese volver a tocar nunca. Sonrió con ironía, ahora dedicaba los domingos por la mañana a escalar, una afición mucho más arriesgada y que a Roberta no le gustaba en absoluto.

Al pensar en su prometida sintió una punzada en el estómago. Por fin iban a tener aquella conversación que tanto había eludido. Ya no podía retrasarla más. La noche anterior se despertó y lo vio sentado en la cama temblando, un sudor frío lo había empapado y la cabeza le dolía tanto que tenía náuseas.

Hablar con Roberta suponía que sus padres también se enterasen y su mundo se vendría abajo definitivamente.

La puerta de su despacho se abrió y Ruby, su secretaria, asomó la cabeza.

—Ya me voy, Gerald, ¿necesitas algo?

—Creí que ya te habías ido. Dijiste que hoy saldrías a las cinco.

—Se anuló el plan que tenía y preferí quedarme para acabar algunas cosas —dijo Ruby—.

¿Tú no te vas?

—No, me quedaré un rato más. Que pases una buena noche, Ruby.

—Hasta mañana, jefe. —Se despidió haciendo un gesto de saludo militar con la mano.

Cuando se quedó solo regresó a su escritorio y se sentó frente a los ordenadores su mente seguía perdida en otros pensamientos. Miró el reloj y calculó que Roberta ya estaría en casa. Seguramente se habría dado una ducha y ahora estaría tomando una copa de vino, sentada en el sofá ojeando alguna revista de moda. Miró el teléfono móvil que descansaba a un lado de la mesa y después de una lucha interior, no perceptible al ojo humano, lo tomó y marcó uno de los números rápidos.

—Hola Jess —saludó recostándose en la silla—, ¿te pillo en mal momento?

Su hermana repasaba una partitura mientras disfrutaba de un refresco.

—Estoy estudiando un poco, me irá bien descansar, hermanito. —Subió los pies al sofá y se escurrió hasta estar semi tumbada—. ¿Te han entrado los nervios del último momento? No es que yo sepa nada de bodas, ni siquiera tengo novio...

—Tengo un tumor cerebral.

No había otro modo de decirlo, ni preparación que valiese. Jessica sintió que se le helaba la sangre en las venas, se incorporó de golpe en el asiento y se tapó la boca con la mano para no lanzar una exclamación de horror.

—Me lo han confirmado esta mañana. No se lo he dicho a nadie aún.

—Gerald...

—No es mortal, tranquila —siguió él—, pero tampoco pueden quitármelo sin peligro para mi vida.

Jessica suspiró aliviada.

—Si no es mortal, ¿para qué ibas a operarte? Nadie quiere que le abran el coco.

—Me dejará ciego. No saben cuándo, pero sí que será permanente.

Jessica se llevó una mano a la frente y la frotó como si quisiera que saliese de su cabeza el genio de la lámpara con alguna buena idea.

—Vamos a ver, explícamelo todo antes de que diga más tonterías.

—Hoy he tenido un episodio —dijo él aliviado de poder hablarlo con alguien—. Cuando regresaba del hospital he parado el coche porque no me sentía bien y de repente no veía nada.

—Eso es sugestión, Gerald.

—Es posible, pero ha sido... espantoso.

—¿Qué te ha dicho el médico exactamente?

—Pues que ocurrirá de repente, sin previo aviso. Un día dejaré de ver. Fin.

—¿Te afectará a otras cosas? Quiero decir, ¿tu cerebro...?

—No, no voy a quedarme tonto. A no ser que me opere y la cosa salga mal.

—No vas a operarte, supongo.

—Aún no he podido pensar en ello. La operación conlleva muchos riesgos. Puede dejarme incapaz, vegetal, ciego o puede matarme.

—No hay duda, debes operarte —dijo Jessica con sarcasmo y los ojos llenos de lágrimas.

Gerald sonrió. Sabía que era buena idea que ella fuese la primera en saberlo. A Jess no le iba el drama, era una persona vital y optimista que enfrentaba la vida como una oportunidad constante y siempre tenía aguja e hilo para coser cualquier roto.

—Mañana tengo concierto, pero pasado cojo un avión y voy a verte. Esto hay que hablarlo cara a cara.

—No seas imbécil —dijo él—, estás en plena temporada. Ni se te ocurra venir hasta la boda como tenías previsto. Hoy voy a hablar con Roberta y mañana se lo contaré a papá y mamá. Tranquila, no estoy solo en esto.

—¿No se lo has dicho aún a Roberta?

—¿No has oído cuando he dicho que eres la primera? Necesito asimilarlo para poder ayudarla a parar el golpe. Su futuro marido va a ser un invidente, no le va a resultar nada fácil...

Jessica se mordió el labio. Roberta era una buena chica, la apreciaba de verdad, pero sentía una profunda aversión por la enfermedad. Claro que quería a Gerald más que a nada en el mundo, así que seguro que sabría afrontarlo.

—Al principio mamá va a derrumbarse, Gerald, no dejes que eso te debilite. Sabes que es la mujer más fuerte del mundo, aunque viva...

—... en un recipiente débil —terminó él con una sonrisa triste—. Lo sé, hermanita, no te preocupes, estaré bien.

—Tampoco hay mucho que ver en este mundo, ¿verdad?

—Me voy a casa, ya hablaremos.

—Te quiero, Gerald.

—Y yo a ti.

Cuando colgó el teléfono Jessica se quedó unos segundos inmóvil y fría, con una sensación de catastrófica impasividad. Después cogió uno de los cojines, se tapó la cara con él y gritó hasta desgañitarse.

Estaba solo en medio de la montaña, que era como más le gustaba estar cuando iba a escalar. No era un deporte para practicar en compañía, no para él. La tierra húmeda desprendía un agradable olor. El día anterior había llovido bastante y llegó a pensar que no podría salir. Pero el domingo amaneció despejado y el sol radiante brillaba en el cielo para acompañarlo. Desplegó todo el material sobre el suelo sacando cada pieza de la mochila: el arnés, las cuerdas, los aseguradores y descensores, mosquetones y demás. Cuando comprobó que llevaba todo lo necesario se colocó el arnés y con la mochila a la espalda se dirigió a la pared que había elegido. La estudió desde abajo durante unos minutos fijándose en cada fisura, diedro y chimenea adelantándose a cualquier problema que pudiera surgir. Quería escalar una pared que no hubiese tomado nunca.

Mientras subía atento y concentrado, luchando con los imprevistos y protegiéndose cuando podía, su mente navegó por un mar en calma. Aquella actividad era lo único que podía templar sus nervios. Mente y cuerpo trabajando juntos de manera extraordinaria. La precisión, la solidez, la tensión exacta de cada músculo, y la capacidad para resolver los pequeños problemas que se van

produciendo mientras subía un largo, eran las sensaciones que más le gustaban.

No le gustaba la escalada deportiva, que se desarrollaba en lugares marcados y ya trabajados por otros escaladores. Él prefería paredes vírgenes, sin marcar, en las que se sintiese completamente a expensas de lo que la montaña quisiera darle.

Necesitaba un desafío, algo que le recordase quién era y a qué no estaba dispuesto a renunciar. Por eso eligió esa pared vertical, larga y sinuosa, una pared que lo llevaba a la cima. Esa mañana no quería hacer anchos sino altos. Remar hacia arriba, con el suelo a sus pies, allí abajo, muy abajo. Nada obvio, nada estructurado, tan solo la pared, sus manos y sus pies. Él y la montaña. Solos.

Varias horas después descansaba sentado en lo alto de la cumbre mirando a su alrededor, con un brazo alrededor de la rodilla mientras con la otra mano se sujetaba la muñeca. Nadie podía decir que Gerald Craddock se conformaba con ser el hijo de su padre. Había nacido en una familia rica, pero las cosas que más le importaban no costaban mucho dinero. Desde muy joven se empeñó en construir su propio espacio, dejar huella.

No necesitaba más de lo que tenía. De lo que tenía en ese momento. Una familia, una profesión, una novia y dos ojos que veían. Suspiró alejando de un soplido la angustia que le atenazó la garganta. No era un hombre dado a la autocompasión y no iba a empezar ahora, cuando realmente valía la pena demostrar lo contrario.

Le vino a la mente su abuela, Elizabeth Thorne, la mujer más fuerte y sabia del mundo. Al menos para él. Adoraba a esa mujer y su permanente sonrisa. Era como si nada la rozase. Estuvo ciega los últimos dos años de su vida y, aun así, seguía teniendo aquel semblante dulce y una sonrisa perenne. Él no iba a ser así, lo sabía. Sentía una rabia que le nacía en el pecho y parecía abrirle un boquete cada vez que lo atacaba. ¿Por qué? ¿Por qué? Todo el tiempo aquella maldita pregunta repitiéndose en su cabeza. Como si alguien pudiera darle una respuesta.

Hacía mucho tiempo que no iba a visitarla al cementerio. Sonrió, su abuela le habría dado una colleja si hubiese escuchado sus pensamientos. No era mujer de cementerio, jamás visitó la tumba

de su esposo, a pesar de que aseguraba que fue el amor de su vida. «No hay nada de él en aquel agujero», solía repetir cuando alguien hablaba del tema, «todo está aquí», decía señalándose el corazón.

Gerald sintió los ojos húmedos y se los apretó con dos dedos. No era hombre de lágrimas ni de demostrar sus sentimientos, pero la prueba que se había impuesto para esa tarde lo estaba debilitando. Tenía que contárselo todo a Roberta y no estaba seguro de cómo iba a reaccionar, pero no podía retrasarlo más. Quería estar sereno, aceptar las cosas tal y como fuesen. Después iría a ver a sus padres y la paz y el sosiego se irían definitivamente a la mierda.

Capítulo 3

Sienna se miró al espejo y tuvo que reconocer que nunca había estado tan guapa en toda su vida. El vestido le quedaba como un guante y, aunque era sencillo, eso le gustaba. Llevaba el pelo recogido con algunos mechones rizados y colocados de manera estratégica. Su madre le había dejado una gargantilla y la acarició con ternura. Sabía que sus padres no querían aquella boda y había tenido que hacer uso de toda su voluntad para no acabar cediendo a sus deseos. De hecho, no había pegado ojo en toda la noche por ese motivo.

Supuso que aquellos miedos eran normales, que atacarían a todas las novias del mundo. Después de todo, casarse no era ninguna tontería. Al menos para ella no lo era.

Se acercó más al espejo y se miró a los ojos. ¿Qué debería ver en ellos? ¿Una profunda emoción? ¿Nervios? ¿Trascendencia? No conseguía descifrar su propia mirada y tampoco entendía aquella apatía que le nacía en las entrañas y que se reflejaba en su dificultad para sonreír.

—Eres una cobarde, Sienna Nevins, una asquerosa y estúpida cobarde.

La puerta de su habitación se abrió y supuso que su padre venía a decirle que había que salir hacia la iglesia.

—¡Miles! —Lo miró sorprendida—. El novio no debe ver a la novia el...

—No puedo casarme, Sienna —la interrumpió—. Lo siento muchísimo, pero no puedo.

Sienna sintió que se le aflojaban los músculos y dejó caer el ramo que sostenía en una de sus manos.

—Llevo un tiempo dándole vueltas a esto y he tratado de hacer lo correcto, pero no puedo —dijo Miles con expresión atormentada—. Ya no te quiero, no de este modo. Me siento como un miserable, después de todo lo que hemos vivido juntos, pero sé que te haré muy desgraciada si me

caso contigo, y no te lo mereces.

—Lo haces por mí —dijo ella con ironía.

—Sí, aunque no me creas ahora mismo, lo hago por ti.

—¿Y qué hay de todos nuestros planes? ¿De nuestros sueños?

—Querrás decir mis sueños, Sienna. Tú jamás has tenido ninguno.

Ella no pudo rebatírselo porque era cierto. Entonces Miles apartó la mirada y Sienna lo supo.

—¿Quién es ella?

—Eso no es lo importante.

—Merezco saberlo por ti, Miles, no quiero que nadie me lo susurre al oído.

—Meredith.

Sienna empalideció.

—¿Meredith Thompson?

Miles asintió con la cabeza.

—Pero... pero... ¿desde cuándo?

—Hace... tres meses.

—¡Tres meses! —exclamó viendo pasar ante sus ojos las mil y una veces que había visto a Meredith durante esos tres meses—. ¡Trabajamos juntas! ¿Cómo habéis podido? ¿Cómo has podido seguir adelante con la boda?

—Ya te he dicho que quería hacer lo correcto.

—¿Lo correcto? ¿Crees que engañarme durante tres meses es lo correcto?

—Creí que se me pasaría, que solo era la novedad. Pero no ha sido así, la amo, Sienna, la amo de verdad.

—¿La amas de verdad? ¿Y cómo me has amado a mí?

—Lo nuestro era... otra cosa. Éramos dos críos cuando empezamos a salir. No sabíamos lo que nos íbamos a encontrar ahí fuera.

Sienna no sabía qué decir, la había dejado sin palabras.

—Debo mucho dinero, Miles —dijo cuando recuperó el habla.

—Lo sé y te prometo que, en cuanto me haya situado y gane dinero de verdad, te lo devolveré todo.

—¿Y cuándo será eso? —Una cosa era endeudarse por quien va a ser tu marido y otra muy distinta aquello.

—Esta semana me voy a Nueva York, ya lo sabes.

—El dinero para el apartamento lo he puesto yo...

—Pero el alquiler está a mi nombre —dijo él con expresión fría—. Supongo que no te importará que lo aproveche. Después de todo ya oíste al casero, dejó muy claro que no nos devolvería la fianza si cambiábamos de opinión. Te he dicho que te devolveré el dinero, Sienna, con intereses, no voy a dejarte en la estacada. Ahora mismo tienes un buen trabajo y sé que...

—¿Un buen trabajo? Voy a tener que ver a Meredith todos los días.

—Solo serán unos meses, luego ella... —no fue capaz de acabar la frase.

Sienna se sintió aún más estúpida al comprender todo lo que se le venía encima. No solo tenía una deuda gigantesca que había ido alimentando desde aquel primer préstamo para el máster, además, iba a tener que ver todos los días a la mujer que le había robado el novio. Y no solo trabajaban juntas, es que era la hija del dueño de la asesoría financiera en la que trabajaba.

—Ya me he pasado por la iglesia y he despedido a todos los invitados —dijo Miles sacándola de sus terribles pensamientos—. Y he entrado en tu casa por la puerta de atrás para que tu padre no me viera, pero si tú quieres hablaré con él.

—Mi padre te mata si te ve. Será mejor que te vayas, Miles. —No le quedaban fuerzas para más.

—Sienna, espero que algún día...

Ella le dio la espalda y esperó a que saliese de la habitación. Frente a sí tenía de nuevo su imagen en el espejo. Ahora sí reconocía aquella mirada, era de absoluta y total desolación.

Brooke entró en el cuarto y se encontró con Sienna tirada en la cama llorando desesperada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su amiga tumbándose junto a ella y abrazándola por la espalda

—. ¿Qué te ha hecho ese desgraciado?

—Me ha dejado, Brooke, me ha dejado en el día de mi boda. —Sollozó.

—Hijo de puta, malnacido, cabrón... —Brooke tenía aún más insultos para él, pero contuvo su rabia. Estaba claro que no era eso lo que su amiga necesitaba en ese momento—. Habla conmigo, Sienna, di lo que quieras, no te lo guardes.

Sienna se sentó en la cama y se limpió las lágrimas.

—Deberías haber utilizado máscara de pestañas *waterproff* —dijo Brooke viendo las manchas negras que rodeaban sus ojos.

—Sabes que no me gusta.

—¿Esa rata te ha dado algún motivo que justifique lo que ha hecho?

—Se ha enamorado de otra.

Brooke apretó los labios para no decir las barbaridades que se le estaban ocurriendo.

—¿Y se ha enamorado hoy?

—No, llevan tres meses saliendo. Bueno no sé si quería decir que llevan tres meses saliendo, tres meses follando o que hace tres meses que se dio cuenta de que estaba enamorado. No lo ha especificado.

—Lo de los tres meses nos ha quedado claro —dijo Brooke entre dientes—. Solo ese desgraciado esperaría a hoy para decírtelo. Bueno, mejor para ti, era una sanguiuela que solo quería sacarte la sangre. Ahora te librarás de todas esas deudas y podrás hacer lo que te dé la gana con tu vida. Lo primero, dejar de trabajar para Thompson, que bastante se ha aprovechado de ti con el rollo de que tenías que pagar esos malditos préstamos.

La mirada de Sienna fue tan elocuente que no habría hecho falta decir nada para que Brooke entendiera la situación. Pero es que su mejor amiga no podía concebir siquiera que la desfachatez de Miles Gemmell llegase a tal extremo.

—De momento solo me libro de él —dijo Sienna limpiándose la nariz y poniéndose de pie—. Anda, ayúdame a quitarme el vestido, no quiero que se estropee, así podré venderlo y recuperar algo de dinero.

Aquel gesto conmovió a Brooke que sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas también. ¿De verdad aquello estaba pasando? Sienna era la persona más buena que conocía, era su mejor amiga y sabía que debía sentirse afortunada por ello. No podía entender cómo Miles Gemmell podía ser tan cabrón con ella. Ese hombre no tenía corazón.

La ayudó a desvestirse y guardaron el vestido en la caja original. Después Sienna retiró el maquillaje de su rostro mientras Brooke deshacía el intrincado recogido y cepillaba su cabello hasta dejarlo suave y lacio, como siempre.

—Tu madre se ha quedado en la iglesia atendiendo a vuestros invitados —explicó—. Ella me envió corriendo para aquí y me dijo que vendría en cuanto se marchase todo el mundo.

—Estará destrozada —musitó, ya sin lágrimas—. Mi padre está abajo, esperándome. Ha subido a avisarme de que llegaríamos demasiado tarde y le he gritado que me dejara sola. Ya debe imaginarse que ha pasado algo malo, pero tengo que decírselo.

Brooke la abrazó deteniéndola.

—Tranquila, yo iré a explicárselo. No estás sola, Sienna, Esto no va a destruirte, lo superarás y dentro de un tiempo nos reiremos de todo esto, te lo juro.

—Voy a estar bien, Brooke —susurró—. Sé que estaré bien.

Las dos permanecieron abrazadas unos minutos y después, Brooke, bajó a hablar con Trevor.

Ervin entró en el bar después de quitar el cartel de «cerrado por bodorrio». Encendió las luces y arrastró los pies hasta detrás de la barra, cogió una botella de *whisky* y dos vasos y sirvió una cantidad generosa de bebida en cada uno de ellos. Miles llegó cuando ya había rellenado su vaso una segunda vez, cogió el que había servido para él y bebió un largo trago que le quemó la garganta.

—Ya está hecho —dijo sin soltar el vaso mirando a su padre con alivio.

—¿Te he contado alguna vez cómo conocí a tu madre? —preguntó Ervin.

Miles no estaba seguro, no solía escuchar cuando su padre hablaba, así que calló.

—Era amiga de Bethany Craddock, a pesar de que la vida de Bonnie no tenía nada que ver con la de Bethany, eran las mejores amigas. —Ervin sonrió—. Se empeñó en que Bethany tenía que salir conmigo. Entonces yo tenía... diecinueve años, sí, y trabajaba de camarero en este bar. — Señaló a su alrededor—. Se presentó aquí cuando el local estaba lleno y me pidió una cerveza. Le dije que volviese cuando tuviese edad de beber y me soltó una ristra de insultos bien encadenados y muy graciosos. Era muy culta tu madre, incluso para insultar.

Miles miraba su vaso dándole vueltas en sus manos sin prestar demasiada atención. Todavía le temblaban las piernas por lo que acababa de hacer, aunque se había quitado un peso de encima.

—Sienna me la recuerda a veces. Es impulsiva y muy apasionada en todo lo que hace. Y, por muy incomprendible que sea, te quiere.

Miles lo miró con expresión cínica.

—Cualquiera diría que estás enamorado de ella.

Si Ervin hubiese tenido un poder habría sido el de congelarlo allí mismo.

—Siempre has sido un necio, Miles, algo debo haber hecho muy mal.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que me casara con ella aunque ya no la quiera? ¿Te crees que yo quería que pasara esto?

—Hay muchas maneras de hacer las cosas, hijo, pero tú siempre encuentras la peor.

Miles apretó los labios enfadado y resopló por la nariz.

—Y tú siempre encuentras algo por lo que criticarme. Deberías estar orgulloso de mí por todo lo que he conseguido.

—¿Y qué has conseguido, Miles? Cuéntame.

—No tiene caso seguir hablando. Nunca me has comprendido, pero ya no me importa. Al fin voy a tener todo lo que siempre he querido. Lo que me merezco. Me marché a Nueva York y dejaré de ser una molestia para ti.

Ervin clavó sus ojos en él.

—¿Vas a devolverle el dinero que le debes?

Miles apretó los dientes y miró a su padre con desprecio.

—¿Preguntas por ella o por ti? Tranquilo, algún día os devolveré a los dos todo lo que habéis invertido en mí. Sé que lo hiciste por obligación, no porque creyeras en mí. Siempre me trataste con lástima porque ella murió, igual que sé que nunca creíste que conseguiría ninguno de mis sueños. Quizá eso me ha hecho como soy, o no, no lo sé ni me importa. Siempre me he sentido cuestionado por ti.

—¿Cuestionado? ¿Te sentiste cuestionado cuando dijiste que tenías que ir a la mejor universidad del mundo para poder llegar a ser como ese Burgin? ¿Te cuestioné cuando hipotecé mi casa y mi negocio?

—Ahí está —dijo Miles señalándolo con la mano abierta—, eso es lo que te reconcome, haber tenido que endeudarte para darle a tu hijo la educación que merece. ¡Era tu obligación! Si lo hiciste por compasión o por el motivo que sea, ahora no me lo echés en cara.

—Yo nunca te he compadecido. Y todo lo que te di lo hice porque quise, no tienes que devolvérmelo. Pero lo de Sienna es distinto, a ella se lo debes. No puedes abandonarla el día de su boda y dejarla con esa enorme deuda.

—¡Ahora no puedo pagarle, no tengo el dinero! —gritó furioso.

Ervin suspiró.

—Habla con el banco y que te traspasen la deuda. Es tuya, Miles, ella no ha tocado un dólar de ese dinero.

—¿Quieres que me endeude ahora que empiezo? ¡No puedo hacer eso! Tengo que asumir un nivel de vida, el mundo, las personas con las que voy a relacionarme...

—¿Te estás oyendo? ¿Es que ese «mundo» en el que vas a vivir no va a pagarte un sueldo? Si tan prestigioso es ese arquitecto supongo que recibirás lo que dices que mereces. Seguro que es más de lo que cobra Sienna. Tú podrás pagar la deuda mucho mejor que ella.

Miles se puso las manos en la cintura mirando a su padre como si estuviera loco.

—No sabes lo que dices —dijo negando con la cabeza—. ¡Voy a trabajar con Jeffery Burgin, el mejor arquitecto del mundo! ¿Crees que puedo codearme con ellos estando endeudado? ¿Crees que no se enterarían?

—¡Pero es que estás endeudado, Miles!

—Para Sienna no es problema, cobra lo suficiente para pagar el préstamo y cuando se lo devuelva lo haré con intereses. Al final saldrá ganando, ya lo verás. Y a ti también te pagaré. Voy a ganar mucho dinero, papá, sé que no te lo crees, pero voy a ser alguien importante.

—Ojalá no tenga que arrepentirme de haber permitido que te conviertas en la clase de persona que no paga sus deudas. Y no me refiero solo a las económicas.

Miles dejó caer las manos dándose por vencido.

—Me voy, papá. Tendrás noticias mías. Cuídate.

Ervin lo vio salir del bar, cogió la botella de *whisky* y relleno de nuevo su vaso. Saboreó la bebida y respiró hondo para tratar de recuperar la serenidad.

—Bonnie, Bonnie —susurró—, ojalá puedas perdonarme por haberlo hecho tan mal.

Capítulo 4

Estaba de pie delante de la chimenea. Sentía el calor de las llamas y escuchaba su crepitar como un mantra relajante. No le sorprendía que la gente buscara vídeos en internet con ese sonido para concentrarse y calmar el estrés. No es que él lo necesitase, acababa de cerrar una operación de un millón de dólares y estaba de lo más relajado, pero, aun así, aquel sonido le resultaba agradable. Lástima que no le ayudase a calmar el dolor de cabeza.

Regresó a su escritorio y revisó los gráficos de las pantallas. Nada destacable. Se recostó contra el respaldo y miró hacia la ventana, pensativo. Las últimas semanas habían sido una montaña rusa emocional, pero, contrario a lo que pudiera parecer, era mucho más desagradable aquella tensa calma que lo rodeaba ahora que todo había terminado.

Volvió a mirar las pantallas y un estremecimiento recorrió su espina dorsal. ¿Cuánto tiempo podría seguir trabajando? ¿Qué pasaría con su fondo de inversión? Su padre le había aconsejado que buscara a alguien que fuese tan bueno como él, pero no quería desprenderse de todo lo que había construido con tanto esfuerzo.

Siempre tuvo un oído muy fino, desde niño. Eso le ayudaría. Eso y su fortaleza emocional. Nunca perdía los nervios. Bueno, casi nunca.

Apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y dejó que sus pensamientos vagasen fuera de aquellas paredes. Era algo que solía hacer a menudo para no perder la belleza que atesoraba en su mente. Cosas cotidianas como el color de las flores, la majestuosidad de los árboles, el brillo de la luna sobre el agua...

Siempre le había gustado River Rock. Sus montañas, sus bosques, el río que serpenteaba sinuoso junto al sendero por el que tantas y tantas veces había corrido de niño persiguiendo a su

hermana. No siempre había vivido allí, cuando acabó la carrera se marchó a Nueva York. Allí estaban las mejores oportunidades de trabajo para alguien como él. Eso al menos es lo que le dijeron sus profesores: si quería dedicarse al mundo de la inversión, Nueva York era su destino.

Pero no funcionó. Le abrumaba la ciudad y su vertiginoso ritmo. Sus edificios altos y su ruido. El divorcio se hizo inapelable después de un año. Recogió todas sus cosas, que no eran muchas, devolvió las llaves del apartamento que había alquilado en Manhattan y regresó a River Rock contra toda opinión versada sobre el tema.

Cerrado ese capítulo de su vida se afanó en conseguir clientes para el fondo que él mismo había creado. Sus cifras eran espectaculares para alguien que no recibe el respaldo de una enorme fortuna y después de mucho trabajo y esfuerzo consiguió sus primeros clientes. Aun así, no olvidaba todas las puertas a las que tuvo que llamar, ni las veces que lo rechazaron. No con acritud ni rencor, al contrario, era consciente de que cada una de aquellas puertas que le cerraron en las narices le permitieron encontrar la que llevaba al éxito.

Desarrolló su pasión sin pensar en dinero y dejando de lado la ambición y el ego. No aceptó ayuda de nadie, ni siquiera de su padre que conocía a personas que podrían habérselo hecho todo mucho más fácil. Hacía lo que le gustaba, ¿qué más se le puede pedir a la vida? Viajó mucho durante esos años. Italia, Alemania y Canadá, fueron los primeros lugares a los que se desplazó. Aprendió de otros inversores, acudió a conferencias y debatió con los mejores y con los peores del mundo. Era de los que pensaban que se aprende mucho de los que se equivocan en cualquier ámbito de la vida.

Se llevó una mano a la cabeza y apretó la sien allí donde la afilada hoja de un cuchillo la atravesaba de parte a parte, y esperó. Se había acostumbrado a esperar a que el dolor remitiese. Suspiró, qué pena que Jess ya se hubiese marchado, era única para distraerlo cuando le dolía la cabeza.

Miró las paredes de aquel despacho y se dijo lo afortunado que era por tener una familia como la suya. Sus padres no esperaron a que él dijese nada, se presentaron en el apartamento después de que Roberta se marchase y le pidieron que volviese a casa. No quería sentirse como un inválido,

pero es lo que iba a ser, así que mejor afrontar la situación cuando aún podía manejarla.

Bethany cogió la bandeja con la taza de café y se dirigió a las escaleras. Cuando construyeron aquella casa tanto Clifton como ella sabían que quería que tuviese tres plantas para que sus hijos pudiesen tener intimidad, llegado el momento, y ellos también. Gerald escogió la más alta y a pesar de que Jessica vivía en Viena desde hacía año y medio, no quiso cambiar cuando se lo propusieron. Clifton y ella estaban dispuestos a dejarle la planta baja cuando llegase el momento, ya lo tenían todo planeado, pero no se lo dirían hasta entonces.

Recorrió el camino hasta el despacho y tocó a la puerta por cortesía antes de entrar.

—Aquí te traigo el café y el correo. Cada vez llega menos papel.

—Siempre quedan reaccionarios que se resisten a los avances —dijo Gerald dirigiéndose a la zona de estar en la que había un sofá, dos butacas y una mesita de centro, en la que su madre dejó la taza de café.

—¿Cómo estás hoy? —preguntó Bethany sentándose en el brazo del sofá, frente a él.

—Bien, todo normal.

Bethany asintió con alivio. Cada día que pasaba, sin que sucediera nada, era una alegría para ellos.

—Quería hablar contigo de una cosa, hijo.

—Adelante —dijo llevándose la taza a los labios—. Soy todo oídos.

—Es sobre Sienna.

Isabella, la madre de Sienna, era la cocinera de los Craddock, aunque para Bethany también era su mejor amiga. La familia Nevins era muy querida en aquella casa. Trevor era jardinero y paisajista y era el artífice de los exteriores de la mansión. Aunque él no trabajaba allí todo el tiempo porque tenía otros clientes. Sienna había pasado mucho tiempo en la casa cuando era pequeña, pero ahora solo la veían de manera esporádica.

—Ha perdido su trabajo —siguió Bethany—. Thomson la despidió hace varios meses y en

este tiempo solo ha trabajado en cosas que nada tenían que ver con su profesión, camarera y esas cosas. Esa muchacha tiene muchas deudas...

Gerald estaba al corriente. Un montón de malas decisiones, se dijo.

—¿Y qué quieres que yo haga, mamá? ¿Quieres que le dé trabajo?

—Podrías contratarla —asintió Bethany—. Estudió la misma carrera que tú. O, mejor aún, podrías enseñarle a gestionar bien su dinero y a hacerlo crecer. Es una muchacha muy orgullosa y no aceptará nuestra ayuda. Yo misma quise ofrecerme a prestarle el dinero para saldar sus deudas, cuando las cosas le fuesen mejor ya me lo devolvería, pero Isabella me dijo que ni lo intentara, que eso la ofendería.

Gerald no dijo nada, pero evidentemente que la ofendería. ¿Qué clase de persona aceptaría algo así?

—Yo no necesito ayuda, mamá. Lo que necesito no puede proporcionármelo Sienna.

—Ya lo sé, hijo, pero no es bueno que olvides que por muy mal que te vayan las cosas siempre habrá gente que esté peor que tú.

«¿Peor que él? Sienna Nevins se había buscado su propia desgracia. Primero se enamoró de un imbécil como Miles Gemmell y después dejó que la convirtiese en su banco particular. ¿Qué tenía eso que ver con lo que le había pasado a él? Él no había hecho nada para merecer lo que estaba sucediendo en su cabeza».

—¿Puedo pensármelo? —preguntó con cinismo.

—Gerald, no me hables así.

—Lo siento, mamá —dijo con sincero pesar—, discúlpame. Sabes que detesto a la gente que no quiere aprender a disparar, pero no dudan en coger una pistola. Esa gente acaba siempre disparándose en el pie y luego son otros los que tienen que cargar con ellos.

—Eres demasiado exigente.

—Sí, lo soy, pero nunca pido a los demás menos de lo que yo haría.

—Lo sé, hijo. Siempre has tenido una capacidad asombrosa de conquistar tus metas, pero no todo el mundo tiene tu fortaleza de carácter, y no por ello debes despreciarles. Sienna es una

buena muchacha, muy buena a decir verdad. Se enamoró de la persona equivocada, es cierto, y dejó que la arrastrase a un poco sin fondo, pero merece que la ayudemos.

Gerald no opinaba lo mismo, pero sonrió con cariño.

—Quiero mucho a Isabella —dijo como única concesión—. Pensaré en cómo puedo ayudarla sin que sienta que me debe algo. Aunque me lo deberá.

Bethany movió la cabeza a modo de reproche, pero se conformó con eso.

Durante los dos días siguientes, Gerald pensó en Sienna, aunque estaba seguro de que sus pensamientos no habrían agradado nada a su madre de haberlos conocido. Una vez que la idea germinó en su mente ya no pudo dejar de darle vueltas y vueltas. Había encontrado una motivación, una esperanza y estaba dispuesto a aferrarse a ella con uñas y dientes, costara lo que costara. Dinero le sobraba y no tenía miedo a la muerte. Lo que no quería era ser un inválido el resto de su vida. Eso, y ver la sorpresa y el arrepentimiento en el rostro de Roberta le dio el hilo para tejer su tela de araña.

—Voy a contratarla. —Buscó a su madre en su despacho una vez que tuvo todos los cabos atados—. Le diré que necesito ayuda por mi problema y además intentaré que aprenda a invertir como una persona inteligente. Me voy a esforzar en ser un buen samaritano, a ver si así me gana el cielo.

Bethany dio palmas entusiasmada, ignorando su sarcasmo.

—Cuánto me alegro, hijo, sé que tú podrás ayudarla. Sabes lo mucho que quiero a su familia, Isabella es mi mejor amiga...

—Los Nevins son buena gente. Aunque hace mucho tiempo que no veo a Sienna.

—Dejasteis de hablar después de aquella pelea con Miles.

—Éramos unos estúpidos adolescentes, ni siquiera me acuerdo de por qué fue la pelea

Bethany lo miraba con aquella ternura que la arrollaba muchas veces y que él conocía muy bien. Gerald no pudo menos que sonreírle con cariño. ¿Quién podría negarle nada?

—No debes decirle por qué lo haces —dijo Bethany—. Invéntate algo, dile que la necesitas,

que no puedes seguir haciendo las cosas sin ayuda. Lo entenderá, es una muchacha muy dulce.

Gerald sonrió con ironía.

—¿Por qué sonrías?

—¿Sienna Nevins dulce? Deben haberla abducido unos extraterrestres entonces, porque la Sienna que yo recuerdo era de todo menos dulce. Menudas patadas me daba.

Bethany se echó a reír divertida.

—Entonces era una niña, ahora ha crecido. Además, tú se las devolvías, lo que es muy poco caballeroso.

—¿Y quién ha dicho que yo fuese un caballero? —dijo él sonriendo—. No te preocupes, mamá, no le diré que pretendo ayudarla, sabré ingeniármelas.

—Estoy segura.

—¿Te queda mucho para acabar? —preguntó Gerald señalando su ordenador.

—Dos capítulos, más o menos, pero aún tengo dudas sobre el final. No quiero matar a Jackson y la trama me obliga.

—Esta conversación me suena de unas... ¿doscientas veces? —dijo poniéndose de pie y caminando hacia la puerta.

—Lo sé, lo sé —dijo su madre—. Soy una sentimental. Siempre quiero que mis personajes tengan un final feliz, pero cuando me siento a escribir...

—Te vuelves una asesina en serie.

—¡No digas eso! —exclamó su madre riendo—. Qué malo eres.

Brooke puso los pies encima de la mesa y dejó caer la cabeza hasta que encontró apoyo en el bajo respaldo de la silla.

—Me duelen horrores los pies —se quejó poniendo los ojos en blanco.

Sienna se llevó a la boca uno de los pastelitos de Brooke y disfrutó de su momento en el cielo.

—Te gusta, ¿eh? Le he puesto un poquito de cardamomo.

—Si me dijeren que me queda una semana de vida creo que la pasaría aquí, en tu pastelería. Comería todo lo que preparas hasta hartarme. ¿Por qué tenemos que engordar? ¿Qué clase de psicópata ha ideado este maquiavélico plan?

—Disfruta, anda, que con lo poco que comes, no sé ni cómo se te aguantan los pantalones. ¿Cuánto has adelgazado desde la *noboda*?

—Seis kilos —respondió Sienna y después se metió a la boca el resto del pastelito.

—Y entonces ya estabas flaca... —Brooke se puso de pie y se dirigió al mostrador—. Te voy a preparar un batido de chocolate.

—Me va a dar una subida estratosférica de azúcar.

—Anda ya.

Sienna se levantó también y limpió la mesa. Después se sentó en uno de los taburetes que había detrás de la pequeña barra. La pastelería de Brooke era un lugar muy agradable y acogedor. Tenía abierto hasta las siete de la tarde, porque a partir de esa hora empezaba a preparar las delicias que serviría al día siguiente. Su pastelería era eminentemente una tienda, pero también ofrecía cafés en todas sus variedades, chocolate caliente y leche merengada. Tenía clientes entre los bares y restaurantes de River Rock y se levantaba con el sol para llevarles los productos ella misma todas las mañanas. Era una trabajadora incansable.

—Podrías trabajar aquí —dijo cuando paró la máquina de batir—. Tengo demasiado trabajo.

—No sé nada de pasteles —dijo Sienna—, aparte de comérmelos, claro, eso lo hago de maravilla. ¿Necesitas a alguien en ese ámbito?

—Podrías hacer el reparto matutino. Eso me daría más tiempo a mí, me dejaría dormir un poco más, por ejemplo. —Vertió el batido en un vaso alto y se lo llevó al mostrador—. Anda, tómatelo, que esto resucita a un muerto.

Sienna no se hizo de rogar y volvió a poner los ojos en blanco.

—Dios mío, qué cosa tan deliciosa.

—Hay que ver lo fácil que es alegrarte el día, chica.

—Tengo una oferta de trabajo para llevar la contabilidad en una empresa de Jordansburg.

—Pero eso está a cien kilómetros.

—Sí, tendré que alquilar un apartamento, lo que reducirá el sueldo bastante. Además de la comida, la luz...

—Descartado —negó Brooke apoyando los codos en el mostrador—. No puede ser que no haya ningún sitio en River Rock. Pensemos. ¿Qué hay de los almacenes Sheridan?

—Tienen las plazas cubiertas, fui a hablar con el señor Rogers y me dijo que me apuntaba en su lista por si había una vacante.

—¿Y en el taller de Stuart? Ya sé que es una empresa pequeña, pero...

Sienna cogió el teléfono que había vibrado sobre el mostrador y vio que tenía un mensaje.

—Es de Gerald Craddock —dijo confusa—, quiere que nos veamos mañana en su casa.

—Qué raro. ¿Qué querrá?

—Ni idea. Espera que le pregunto a mi madre.

Escribió el mensaje y esperaron a que Isabella respondiera.

—No sabe nada —dijo Sienna enseñándole el mensaje de su madre—. Qué extraño.

—¿Cuánto hace que no habláis?

—Pues... —Pensó en ello antes de responder—. Creo que desde que se peleó con Miles en julio de hace... diez años.

—Joder, pues sí que te molestó —dijo Brooke levantando una ceja—. Me acuerdo de aquello, le dio una buena tunda. Ojalá le hubiera dado más fuerte.

Sienna también recordaba aquella noche, fue su primera vez con Miles. Su primera vez con cualquiera porque no había habido otro. Tenía dieciséis años y Gerald se comportó como un capullo. Todavía hoy no tenía ni idea de por qué se pelearon.

—¿Vas a ir? —preguntó Brooke.

—Claro. Mi madre trabaja para ellos, tengo que ir. Además... —Hizo una pausa para responder a su mensaje con un «Ok»—. Tengo curiosidad. ¿Tú no?

—Ya te digo.

Capítulo 5

Era aquella una fría mañana de invierno, de esas que te obligan a respirar despacio y caminar deprisa para impedir que el frío te paralice. Sienna caminaba al lado de su madre, pero ninguna de las dos tenía ganas de hablar. Si había algo que Isabella no podía soportar era la idea de que su hija se alejase de ella. Siempre habían sido uña y carne y Sienna siempre había tenido en cuenta su opinión en todo aquello que era importante. Siempre, hasta que se enamoró de Miles Gemmell.

Miles era un muchacho inteligente y muy guapo, pero tenía una característica que ninguna madre puede aceptar: era profunda y atrevidamente egoísta. Todo giraba a su alrededor y no había nada más importante en el mundo que aquello que a él le importaba. Cuando el joven comprendió que sus padres eran una amenaza para que pudiese lograr sus deseos, apartó a Sienna de ellos con una sutil manipulación difícil de ver a simple vista.

Sienna y Miles se conocieron en el instituto. Él era el muchacho con mejores notas de todo River Rock, lo que era ya de por sí destacable, pero es que además, se le daban muy bien los deportes lo que lo llevó a ser el capitán del equipo de béisbol. Sienna, en cambio, era una joven tímida e introvertida, con una sola amiga, Brooke, que era todo lo contrario a ella.

Isabella subía la colina con paso ligero. A pesar de sus cincuenta y cinco años estaba muy en forma. Salía a correr cada mañana antes de ir a trabajar a la mansión Craddock y tenía el trasero más firme y mejor puesto que muchas mujeres de treinta años. Miró a su hija por el rabillo del ojo, no quería que se diese cuenta de que estaba pensando en Miles, si algo se había agudizado en la mente de Sienna en los últimos meses era la perspicacia.

Había sido muy duro para la familia. Y eso sin tener en cuenta la parte económica, en la que Sienna no había permitido que intervinieran. Miles podría haberlo hecho todo peor, pero habría

tenido que esforzarse muchísimo para conseguirlo.

Sienna miró a su madre con disimulo, no quería que se diese cuenta de que sabía exactamente en lo que estaba pensando. Es difícil superar una garrafal humillación si tienes que estar ocultando que eres consciente de la lástima que despertaste a tu paso. Sabía que todo lo que le había ocurrido había sido por su culpa y sus padres no tenían por qué sufrirlo con ella. Al menos en lo económico, porque con lo emocional la cosa se complicaba bastante. No era justo para ellos. No después de lo mucho que se lo advirtieron.

Aminoró el paso sin darse cuenta y se quedó un poco rezagada de su madre. De repente estaba muy nerviosa. Si de verdad iban a ofrecerle un trabajo, como pensaba su padre, debía mantener el ánimo templado y la vanidad bien sujeta y no comportarse como una estúpida, no estaba en situación de mostrarse orgullosa. Necesitaba el trabajo y temía lo que se iba a encontrar. Cuando era niña su madre solía llevarla a aquella casa en vacaciones para no dejarla sola en casa.

Los Craddock eran una familia singular. Habían amasado una enorme fortuna, pero se comportaban como si no se hubiesen enterado de ello. Nunca alardeaban ni derrochaban obscenamente su dinero. Bethany, la esposa de Clifton Craddock, era una mujer divertida y cariñosa que disfrutaba escribiendo novelas policíacas, que publicaba bajo seudónimo. Lo que Sienna sabía ahora de Clifton Craddock era que poseía un montón de empresas y tenía mucho dinero. Lo que sabía cuando era una niña era que le gustaba jugar con la consola, había jugado con él muchas veces, y montar en bici.

Pero con quien pasaba la mayor parte del tiempo en aquellos veranos de su niñez era con Jessica y Gerald. Ahora Jessica tocaba el violín con una de las mejores orquestas del mundo y Gerald llevaba un poderoso fondo de inversiones, pero en aquella época tan solo eran dos niños con muchas ganas de divertirse.

Sienna sonrió imperceptiblemente al recordar sus juegos de entonces. Tenían una habitación en la tercera planta en la que tenían prohibido entrar sus padres y donde jugaban con total libertad. A Jessica le encantaba inventar aventuras y ponerles retos que debían cumplir. Como cuando se le

ocurrió que el que aguantase más tiempo con los cordones de las zapatillas atados entre sí, sería el que decidiría el nombre del labrador que iba a recibir dos días más tarde para su cumpleaños.

—Te agradezco mucho que le hablaras de mí a la señora Craddock, mamá —dijo de pronto.

Su madre se detuvo y la miró muy seria.

—Ya te he dicho que yo le he pedido nada.

—Ya sé que no le has pedido que me ayude, pero Bethany es tu amiga, además de tu jefa y no me creo que no hayáis hablado de mí.

—Claro que hablamos de ti, eres mi hija, ¿de quién quieres que hable? Pero sea lo que sea que Gerald va a proponerte, yo no he tenido nada que ver, hija. Sé perfectamente cómo eres.

—Una estúpida y patética orgullosa —sentenció Sienna con una sonrisa amarga.

—No digas tonterías. —Isabella se acercó a ella y la miró con cariño—. No eres ni estúpida ni patética. Un poco orgullosa, sí, pero eso te viene de tu abuela.

Sienna sonrió al pensar en la abuela Rosita, una italiana con mucho carácter y enormemente besucona.

—Tengo ganas de ver a los abuelos —dijo adelantando a su madre y haciéndole gestos para que siguieran—. Podríamos ir en verano.

—Me encantaría —dijo su madre asintiendo—. Hace tres años que no vamos y no dejan de insistir en que quieren vernos.

Sienna asintió apesadumbrada. Miles y ella iban a pasar unos días con ellos como parte de su viaje de bodas.

—Es posible que todo esto tenga que ver con la enfermedad de Gerald —dijo Isabella volviendo al tema anterior.

—¿De verdad se va a quedar ciego? —preguntó con tacto.

—Eso parece —confirmó Isabella—. Aunque hay una operación, tiene muy mal pronóstico y sus padres no quieren ni oír hablar de ello. Bethany dice que se puede vivir perfectamente sin ver, que todo es cuestión de acostumbrarse y que de ningún modo se arriesgaría a perder a su hijo. Gerald tiene a los mejores médicos, pero el dinero no lo puede todo, al contrario que nuestro

Señor.

Sienna contuvo el impulso de responder a eso. Su madre, como buena italiana, era muy religiosa. Católica, apostólica y romana, que diría su padre. Sienna sabía que en ese tema era mejor no meterse, así que hicieron el resto del camino en silencio.

—¿No quieres un café antes de subir? —le preguntó su madre al ver que se dirigía a las escaleras.

Sienna negó con la cabeza y le lanzó un beso con la mano antes de verla desaparecer por el pasillo que llevaba a la cocina. Subió a la tercera planta de la casa sin dejar de admirar la maravillosa decoración que iba encontrando a su paso. No es que ella fuese una entendida en interiorismo, pero no hacía falta para darse cuenta de que allí nada se había hecho al azar. A pesar del tiempo que hacía que no subía a aquella planta se dio cuenta de que recordaba cada detalle como si lo hubiese visto el día anterior. Sin pensarlo se dirigió al cuarto en el que jugaban cuando eran niños y no le sorprendió ver que todo estaba tal y como lo guardaba en su memoria. Sonrió al ver el escenario en el que Jessica y ella solían cantar para un público poco entregado y la pequeña pista con los bolos perfectamente colocados. Casi pudo escuchar las voces de Julie y Caroline discutiendo por quién era mejor de las dos...

Atravesó el cuarto y se acercó a la pared del fondo. Sonrió al ver la marca que hizo al lanzar un bumerán que Richard, el hermano de Caroline, trajo de uno de sus viajes. Al parecer no siempre regresan cuando los lanzas. Richard, al igual que su hermana y Julie, formaba parte del grupo de amigos de Gerald. Los dos chicos tenían la misma edad y a veces la trataban con arrogancia por ser mayores que ella, cosa que a Sienna le importaba bien poco. Igual que tampoco le importó que Richard se riera de ella cuando el bumerán chocó estrepitosamente con la pared dejando una marca, que no pensó que dejarían allí como un homenaje a su estupidez.

Se giró para ver aquel cuarto en toda su extensión, con los cuadros infantiles en las paredes, la chimenea apagada porque ya nadie lo utilizaba o los numerosos cachivaches que parecían no haber sido tocados desde la última vez que estuvieron allí. Se preguntó cuándo fue. Ella dejó de acompañar a sus padres cuando entró en el instituto. Pero ya el verano anterior había empezado a

sentirse fuera de lugar. Hasta entonces las preocupaciones de todos eran más o menos las mismas y el hecho de tener más o menos dinero no afectaba demasiado, pero ese verano pasó algo que lo cambió todo, aunque Sienna no recordaba qué fue. Quizá tuvo algo que ver que Julie y Caroline no dejaran de hablar de Milton, el instituto en el que Richard y Gerald llevaban ya dos cursos. Y Jessica, que se marchaba a Europa, a la Escuela de música de Viena, estaba demasiado nerviosa y excitada como para preocuparse por su «amiga pobre».

Salió de aquella habitación y cerró la puerta con cuidado esperando que ninguno de los fantasmas del pasado quisiera saludar. Se moriría de la vergüenza si su yo de entonces viera lo que había hecho con su vida.

El suelo enmoquetado y mullido amortiguó el sonido de sus pasos cuando atravesó el pasillo que llevaba al despacho de Gerald, lo que lejos de hacerla sentir cómoda la inquietó. No quería sorprenderlo y provocar una mala impresión. Mientras avanzaba se preguntó si no habría sido más lógico que se instalara en la primera planta, dado su problema. Después de todo no le iba a resultar fácil cuando fuese invidente bajar todas aquellas escaleras. Sería peligroso que se desorientase y acabase cayendo por ellas.

La puerta del despacho estaba abierta. Gerald estaba de pie frente a la ventana contemplando las montañas que se veían desde allí. Sienna extendió la mano para tocar con los nudillos y advertir de su presencia.

—Buenos días —dijo él girándose hacia ella—. Me gusta mucho la puntualidad.

Sienna asintió un poco cohibida.

—A mí también —dijo acercándose—. Buenos días, Gerald. Cuánto tiempo...

—Cierto —dijo él mostrando una mueca que pretendía ser una sonrisa—. ¿Nos sentamos? ¿Quieres tomar algo? ¿Un té? ¿Café?

—No, gracias, ya he desayunado en casa y ya sabes la clase de desayunos que prepara mi madre.

—Cierto —repitió.

Sienna pensó si sería una especie de mantra que utilizaba como coletilla cuando se sentía

incómodo. Porque no iba a dejarse engañar, tenía que estar incómodo. No solo porque hiciese años que no se dirigían la palabra, sino porque la primera vez que iba a hablar con ella en años tuviese que hacerlo de algo tan personal como un tumor cerebral. Aunque, claro no estaba que le hablase de ello... Sienna hizo callar a su cerebro y se sentó obediente.

Gerald Craddock siempre fue alto, incluso cuando eran pequeños. En alguna parte había leído que los niños que son altos de pequeños dejan de crecer antes. Pues Gerald no cumplió esa premisa y siguió creciendo hasta hacerse mayor. Tenía el cabello negro y lo llevaba perfectamente cortado. El color oscuro de su cabello hacía resaltar el azul cristalino de sus ojos, que tenían una expresión de excesiva seguridad lo que lo hacía parecer frío y calculador. Su boca era bonita, de labios finos pero bien dibujados. Sienna se preguntó si sonreía alguna vez. Lo más destacable de su rostro era un mentón que parecía haber sido cincelado por un artista a golpe de martillo, duro y rotundo. A su abuela Rosita le gustaría sin duda...

—¿Por qué sonríes? —preguntó él, desconcertado.

—Me he acordado de mi abuela —dijo sin dar más detalles.

A Sienna le pareció raro que la recibiese vestido con traje y corbata. Después de todo estaba en su casa, en la zona privada de su casa. Se preguntó si dormía con traje y no pudo evitar la incipiente sonrisa otra vez.

—Pues parece que te trae buenos recuerdos —dijo él en tono neutro.

¿Espera que me disculpe por sonreír? —Pensó Sienna—. *Hasta ahí podíamos llegar.*

—Será mejor que abordemos el tema por el cual me has hecho venir —dijo poniéndose seria.

—Espera un momento. —Fue hasta la puerta y la cerró—. Bien, no suelo andarme por las ramas cuando hablo de negocios. Soy hombre de números y probabilidades y sé que es mejor abordar las cuestiones importantes sin darle demasiadas vueltas. Así que espero que entiendas el sentido de mis palabras sin incluir esquemas de fabricación propia. —Hizo una pausa para darle a Sienna la posibilidad de intervenir, pero ella parecía haberse quedado muda—. Bien. Como ya te habrá contado tu madre, debidamente informada por la mía...

Pues sí, está claro que no le gusta irse por las ramas.

—Voy a quedarme ciego en cualquier momento.

—Lo lamento, Gerald, yo...

—Dejemos los formulismos para las reuniones sociales, Sienna. Tú no tienes por qué lamentar nada, no es cosa tuya y tampoco tiene nada que ver contigo —dijo él cortante.

—Aun así, lo siento —dijo ella poniéndose seria.

Él asintió agradeciendo la cortesía y continuó.

—No quiero quedarme aquí en esta casa cuando eso suceda, no puedo soportar la idea de tener a mi madre persiguiéndome todo el tiempo y diciéndome cómo y qué debo hacer como cuando era un niño. Por eso voy a comprar una casa y me trasladaré a vivir en ella en cuanto la compra sea un hecho.

Sienna no entendía hacia dónde iba la conversación y por algún motivo tampoco le gustaba el tono y el cariz que iba tomando, pero se había aleccionado durante horas para mantener un perfil bajo y mostrar una serenidad que no sentía en absoluto.

—He pensado en contratar a alguien para que viva conmigo, alguien que me «acompañe» en mi aprendizaje y me aguante cuando me ponga insoportable. Pagaré bien, muy bien —remarcó—. Pero necesito a alguien de confianza, que no vaya contando por ahí las veces que me tropiezo con los muebles o me choco con las paredes...

—¿Quieres que sea tu criada? —preguntó desconcertada.

—No exactamente. No pretendo que limpies la casa ni nada de eso. Solo quiero a alguien que esté conmigo mientras aprendo a manejarme.

Sienna lo miraba con una expresión entre ofendida e incrédula.

—Sé lo que estás pensando —dijo él—, crees que es humillante, pero míralo desde este punto de vista. Trabajarás para mí durante un año, en ese tiempo aprenderás todo lo que yo pueda enseñarte sobre inversiones, lo que te proporcionará los conocimientos necesarios para que consigas libertad financiera a largo plazo. Además, con lo que voy a pagarte, podrás saldar todas tus deudas y conseguirás un suculento capital que seguirá trabajando para ti el resto de tu vida...

Sienna apretó los dientes y su mirada se tornó tan fría como la de Gerald. *Así que esas*

tenemos, se dijo, vas a utilizar contra mí todo lo que sabes...

—Los dos tenemos muchas cosas en común. —Gerald se puso de pie y se movió por el despacho como un profesor dando una clase—. A los dos nos abandonaron al pie del altar, los dos estamos rotos y los dos necesitamos algo que el otro puede proporcionarnos. Yo necesito una tapadera y tú necesitas dinero para pagar las deudas de tu... lo que sea. ¿No es perfecto que podamos intercambiar esas necesidades?

Sienna quiso decirle que no con todas sus fuerzas. Se sentía ofendida por sus palabras, sobre todo porque había sacado un tema que, de haber tenido la más mínima decencia, no habría mencionado. Su seguridad y dominio de la situación no hacía más que acrecentar el rechazo visceral que sentía hacia él. Pero, sobre todo, quería decirle que no porque aceptar era reconocer que no podía solucionar sus problemas por sí misma, algo que se había prometido hasta la saciedad.

—¿Cuánto vas a pagarme? —preguntó poniéndose de pie ya sin disimular su irritación.

—Un millón de dólares en un solo pago al final de nuestro contrato.

Sienna empalideció y un escalofrío recorrió su cuerpo de arriba abajo.

—¿Un millón de dólares?

—Con la certeza de que podrás aumentar esa cantidad de manera exponencial rápidamente con todo lo que te enseñaré durante este año.

Sienna volvió a sentarse sin apartar la mirada de aquellos ojos azules que desde su posición parecían metálicos e irreales.

—Un millón de dólares... —En su mente iba descartando cada una de las deudas que había contraído y aún después de eso le quedaría suficiente para comprar su propia casa y empezar una nueva vida. Y solo por ser su criada durante un año.

Gerald relajó su expresión consciente de que ya casi la tenía en su bolsillo. Era el momento de poner todas las cartas sobre la mesa. Fue hasta su mesa y cogió un documento que le entregó sin más rodeos.

—Es un borrador del contrato con las condiciones que yo impongo. Debes leerlo con atención.

—Sienna percibió un leve temblor en su voz—. No puedes quitar nada de lo que hay estipulado, si no estás de acuerdo con algo no firmes porque no quitaré una coma. Pero puedes añadir lo que consideres imprescindible para aceptar.

Sienna empezó a leer con atención y la sorpresa tomó posesión de su rostro por completo.

—Esto parece un contrato matrimonial. —Lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Es un contrato matrimonial —dijo él con firmeza—. A efectos de todo el mundo estaremos casados.

—¿Te has vuelto loco? —dijo poniéndose de pie—. ¿Crees que voy a casarme contigo para que te asegures de que no voy a contar nada? «No revelarás... No podrás contar... Nunca explicarás...» —recitó y luego tiró el papel sobre la mesita de centro—. Definitivamente, estás como una cabra.

—No estoy loco, Sienna, lo he pensado mucho y es la mejor solución.

—¿La mejor solución? ¿Por qué? ¿Qué necesidad tienes de hacer esto? Puedes hacer con tu vida lo que quieras...

—Si te calmas podremos seguir hablando, no hace falta que te pongas como una histérica, nadie va a obligarte a hacer nada.

—¡Por supuesto que nadie va a obligarme! —dijo enfadada—. No sé quién te crees que soy, pero no voy a venderme por mucho que necesite el dinero.

—Siéntate, por favor.

—Me sentaré si me da la gana.

Una ligera sonrisa se dibujó en la boca de Gerald por primera vez.

—Veo que sigues teniendo el mismo carácter que hizo que tuviera las piernas llenas de moretones cuando éramos niños —dijo.

Sienna se dio cuenta de que era un hombre inteligente al tratar de desviar el tema hacia aquellos tiempos, y también que eso lo convertía en alguien peligroso.

—No me casaré contigo —dijo rotunda.

—Bien —aceptó él—. Entonces no hay más que hablar. Me he alegrado de verte, Sienna. Te

deseo lo mejor.

Cuando le tendió la mano, se sintió descolocada. Pensaba que insistiría más... Estrechó su mano sin decidirse a soltarla.

—Claro que, si quieres, podemos terminar esta conversación. Quizá teniendo todos los datos puedas tomar una decisión más acertada, ¿no te parece?

Se sentía ofendida y furiosa, pero al mismo tiempo había algo que la empujaba a querer saber los detalles antes de darle la espalda definitivamente.

—Está bien —dijo soltando su mano—. Escucharé lo que tengas que decirme antes de rechazar la oferta.

Un brillo de ironía refulgió en los acerados ojos masculinos.

—Buena decisión —dijo con voz suave y le indicó el sofá para que volviese a sentarse.

—Parece que tienes mucho miedo de que vaya por ahí contando tus intimidades —dijo ella volviendo a coger el contrato.

—Si creyera eso no te habría hecho venir. Conozco a tu familia desde que era un niño y si algo caracteriza a los Nevins es la fidelidad y una estricta honorabilidad. No creo que la hija de Isabella vaya por ahí contando las intimidades que se le confían.

—Y, sin embargo, lo has puesto en el contrato de mil formas distintas.

Él mostró una cínica sonrisa.

—La vida me ha enseñado a ser precavido.

—¿Lo dices porque tu novia te dejó plantado? —Se la debía.

—Entre otras cosas —respondió él sin inmutarse—. Sienna, si aceptas mis condiciones no tendré secretos para ti. Mi vida estará totalmente expuesta ante tus ojos.

Sienna percibió en aquellos fríos ojos un reflejo de algo que reconoció como debilidad. Después de todo, era algo que veía a menudo en el espejo.

—Pero ¿por qué tenemos que casarnos? Puedo firmar el contrato que me exiges sin necesidad de...

—No —la cortó—. Lo que pretendo hacer... Mi familia no lo permitiría. Bethany Craddock

tiene demasiado carácter, Sienna, no podría quitármela de encima sin crear una explosión nuclear que arrasaría con esta familia. Mis padres y Jess tienen su vida y yo no seré un lastre para nadie. Antes me tiro desde lo alto de la montaña.

Sienna frunció el ceño, pero no dijo nada, comprendía muy bien esos sentimientos. Pero ¿qué era lo que pensaba hacer?

Gerald cerró los ojos un instante y se llevó la mano a la cabeza como si le doliera. Después de unos segundos volvió a recuperar su expresión taimada y se sentó en la butaca mirándola con fijeza.

—En un año, después de nuestra boda, me someteré a esa operación de la que seguro ya te han hablado.

Sienna empezaba a comprender el porqué de todo aquel plan. Estaba buscando una coartada para poder operarse llegado el momento. Todo aquello era un paripé, una excusa para, al final, someterse a una operación que podía costarle la vida. Una decisión que su familia no aceptaría sin pelear. Y quién conociese a los Craddock sabía que eran incansables si se trataba de luchar por lo que querían.

—Mi madre dijo que podías morir o quedar...

—Sí, así es.

Sienna entornó los ojos incrédula.

—¿Piensas suicidarte?

—Si quisiera suicidarme ya lo habría hecho —contestó llanamente.

—Entonces solo estás planificando en qué momento te rindes.

—Yo no lo veo como una rendición, pienso trabajar duro durante un año para conseguir ser autosuficiente cuando llegue el momento en el que pierda la vista. Quiero poder decidir con pleno conocimiento de a lo que me enfrento. Pero no voy a condenar a mi yo del futuro a vivir una vida que no desee, solo porque eso es lo que quieren los demás. Yo tengo derecho a decidir cómo quiero que sea mi vida ahora y él lo tendrá en el futuro.

—Por supuesto, pero... ¿te arriesgarás a quedar postrado en una cama? Y deja de hablar como

si fuereis dos personas distintas.

—Somos dos personas distintas. Nadie es igual cuando pasa el tiempo. De aquí a entonces viviré experiencias que podrían hacerme cambiar de opinión. En cuanto a lo de quedar vegetal, he hecho testamento vital, tranquila —dijo, y se permitió sonreír—. Ya te he dicho que no viviré como no quiera vivir.

—¿Sabes cuándo ocurrirá? —preguntó volviendo a coger el borrador del contrato.

—¿Te refieres a cuándo me quedaré ciego? No, pero sé que ocurrirá sin previo aviso. No está claro que tenga un año para prepararme antes de que suceda. Pero, pase lo que pase, los dos cumpliremos con lo estipulado en el contrato hasta que se cumpla el año de nuestro matrimonio.

—Sigo sin entender por qué tenemos que casarnos —dijo ella visiblemente molesta.

—¿Cómo justificaríamos que vinieses a vivir conmigo? ¿Cómo lograría que mi madre no se presentase en mi casa a todas horas con cualquier excusa? Bethany solo respetará mi intimidad si la comparto con alguien.

—Podrías irte a vivir a la otra punta del estado, incluso a la otra punta del país.

—No pretendo romper la relación con mis padres —dijo él y por primera vez Sienna pudo ver cierta ternura en su mirada—. Los quiero mucho, ese no es el problema.

—¿Y cómo van a creérselo?

—Vamos a decirles a todos que vas a trabajar para mí, y en dos meses nos daremos cuenta de que somos dos personas tan compatibles que decidiremos casarnos.

Dios, qué romántico, se me caen las bragas solo de oírle hablar, pensó Sienna con ironía.

—Lo de mi enfermedad nos dará el argumento principal para la precipitación. Nos iremos a vivir a la casa que te he dicho y frente a todo el mundo seremos un matrimonio perfecto. Diremos que posponemos un año nuestra luna de miel por cuestiones de trabajo y si, llegado el momento, decido seguir adelante con la operación, esa será nuestra coartada, un viaje de novios. Vendrás conmigo a la clínica hasta que todo esté resuelto y, si las cosas salen mal, podrás explicarles toda la verdad. Una vez todo esté solucionado, de un modo u otro, tendrás tu libertad y el millón de dólares libres de impuestos que se estipula en el contrato.

—¿Libres de impuestos?

—Sí. Además, durante este año tendrás un sueldo mensual, primero como mi empleada y después como mi esposa. No va a faltarte de nada, Sienna y aprenderás algo que muy pocas personas estarían dispuestas a enseñarte.

—¿A ser una mentirosa y una manipuladora?

Gerald no pudo evitar la sonrisa, a pesar de la tensión evidente entre ellos.

—A conseguir que tu dinero trabaje para ti.

—Ah, eso... Ya me siento mejor. Cuando tenga que explicarles a tus padres que has muerto y que les hemos engañado durante todo un año, pensaré en el dinero y eso me reconfortará —dijo con acritud.

—Grabaré un vídeo para despedirme de todos y en él les contaré por qué lo has hecho. Lo entenderán.

—Seguro que sí —dijo irónica—. ¿Y mis padres? Estás loco si crees que puedo fingir que me he enamorado de ti sin que se den cuenta de que miento.

—Por eso no he hablado de amor —dijo Gerald que empezaba a cansarse por tener que insistir tanto—. He dicho que somos dos personas tremendamente compatibles. De todos modos no me importa que se huelan que hay algo detrás, mientras no sepan los verdaderos motivos, que piensen lo que quieran.

Sienna apretó los labios y Gerald suspiró esforzándose en seguir teniendo paciencia.

Capítulo 6

—El cuarto de juegos, ¿estaba tal y cómo lo recordabas? —preguntó Gerald para distender el ambiente.

Sienna se ruborizó hasta que su cara pareció una bombilla.

—No he podido resistirme —se disculpó por cotilla.

—Mi madre lo mantiene como si fuese un santuario, ya lo habrás visto —dijo sin mostrar que era consciente de su turbación—. Supongo que esperaba algo más de Jess y de mí. Pobrecilla.

—Cualquiera diría que eres un anciano decrepito y que tu hermana se ha hecho monja —dijo Sienna tratando de relajarse—. Sois jóvenes, quién sabe lo que traerá el futuro.

—Ese cabrón te pillará siempre desprevenido —dijo él pensando en el futuro—. Tengo una curiosidad.

—Adelante —lo animó Sienna, parecía no iban a haber secretos entre ellos.

—¿Por qué lo hiciste? Quiero decir, entiendo que amabas a Miles, pero después de lo que le hizo a su padre ya tenías información suficiente para saber que iba a pasar...

—Supongo que soy estúpida —dijo molesta con el giro de la conversación—. Está claro que muy lista no soy, ya que mi novio me endeudó hasta las cejas y me dejó tirada el día de mi boda. Si diesen un premio a la más patética del condado, fijo que me lo llevaba sin pelea. Quizá en el estado tuviese más dificultades, pero el del condado es mío sin discusión.

Gerald empezó a reírse entre dientes, pero acabó riendo a carcajadas.

—Veo que no has perdido esa fina ironía tan divertida. Sienta bien tener cerca a alguien que no camina de puntillas como si creyera que me he vuelto de cristal y estoy manteniendo el

equilibrio sobre un hierro candente.

—¡Vaya! —exclamó ella poniéndose de pie—. Menuda metáfora, tu madre haría maravillas con ella en una de sus novelas.

—Ya no pareces tan dispuesta a irte —dijo al verla pasear por la habitación.

—Estoy pensando en todo lo que me has dicho, no es fácil de digerir. Por un lado, me vas a pagar una pasta gansa y por otro voy a poder ponerme el vestido de novia antes de que se ponga amarillo. —Se giró a mirarlo—. ¿Sabes que no he podido venderlo en Internet? Resulta que hay muchísimos...

—No creo que sea apropiado que te cases con el mismo vestido —dijo él cruzando los brazos y mirándola con una actitud algo más relajada—, pero eso ya lo hablaremos en su momento. Ahora lo importante es que me digas tus condiciones.

—¿Mis condiciones? —Sienna pasaba los dedos por el respaldo de una butaca colocada estratégicamente entre una ventana y una librería, por lo que supuso que allí es donde se sentaba a leer cuando estaba saturado de números—. ¿Sigues siendo un ratón de biblioteca?

—Si te refieres a si sigo disfrutando del placer de la lectura, la respuesta es un rotundo sí. Deduzco por tus palabras que tú no has conseguido descubrirlo.

—Aborrecí cada uno de los libros que me obligaron a leer en el instituto —dijo poniendo cara de asco.

—Quizá si hubieses mostrado algo de interés...

Sienna levantó una ceja con expresión sarcástica.

—Ya lo intentaste cuando éramos críos y no lo conseguiste. No creo que ahora tengas más éxito.

—No me subestimes, en estos años he perfeccionado mi poder de persuasión. Acabas de ser testigo de ello.

Debía reconocer que se lo había puesto a huevo.

—Respondiendo a tu pregunta, mis condiciones son básicamente tres: que me pagues lo acordado, que no te metas en mi vida y que no habrá ninguna clase de contacto físico entre

nosotros.

Él soltó una carcajada espontánea que la sorprendió.

—¿Qué? —preguntó desconcertada.

—Por un momento me he sentido como uno de esos caballeros del siglo XIX que tomaban esposa contra su voluntad. No pretendo seducirla, *milady*.

—Si quisieras seducirme tendrías que ser mucho más inteligente de lo que eres —dijo ella sorprendiéndolo.

—No me gusta mezclar el amor con los negocios.

—¿Y quién ha hablado de amor? —dijo ella divertida al ver que era capaz de perturbar aquella fría mirada.

Gerald entornó los ojos al tiempo que se ponía de pie y se acercaba a ella. Sienna sintió que su imponente físico la hacía encoger a ojos vista.

—Disfruto mucho del sexo y no creo que tuviese ningún problema en disfrutarlo contigo, si eso es lo que quieres.

Sienna sintió que se desplomaba su seguridad autoimpuesta y carraspeó ligeramente para aclararse la garganta.

—Si llega ese día no dudes que te lo haré saber.

—¿Es una promesa?

Sienna mantuvo la tensión unos segundos más y, finalmente, sonrió perversa.

—Si vamos a casarnos tendrás que aprender a captar la ironía, debes saber que es el único deporte que practico.

Caminó de nuevo hacia el sofá con la única intención de alejarse de él. Aquella repentina e inesperada tensión sexual no tenía razón de ser. Gerald Craddock no le gustaba, era lo contrario al tipo de hombre que a ella le atraía. Completamente lo contrario. Claro que, teniendo en cuenta los resultados obtenidos, la clase de hombre que a ella le gustaba no parecía ser el más idóneo.

Gerald volvió también a la zona de estar sintiéndose molesto con ella. No entendía qué era lo que lo había incomodado, no podía ser por aquel juego erótico-infantil. Y, sin embargo, estaba

irritado.

—¿No sería más seguro que vivieses en la primera planta? —preguntó Sienna sentándose en una de las butacas.

—Esta ha sido siempre mi zona de la casa, ya lo sabes. De hecho, acepté vivir aquí de nuevo porque tengo intimidad. No soy ningún crío. —Se sentó en la otra butaca.

—Yo también vivo con mis padres, y te aseguro que no tengo una planta para mí sola.

—Pronto podrás cambiar de vida.

—Háblame del trabajo que diremos que voy a hacer hasta que decidamos que somos "irresistiblemente compatibles" —pidió haciendo las comillas con los dedos.

—¿Sabes algo de inversiones?

—Muy poco —dijo ella poniendo atención—. Nada, vaya.

—Pues, básicamente, gestiono un capital de alrededor de mil millones de dólares correspondientes a doce inversores. Aparte de mi propio capital, claro.

—¡Wow! —exclamó ella—. Supongo que tu padre es uno de esos clientes.

—Ahora sí, lo que no deja de ser un fastidio porque siempre quiere saber en qué invierto y por qué.

—Tú ya tienes empleados. —Gerald tenía un despacho en el centro de River Rock, Sienna había visto alguna vez a su secretaria en la pastelería de Brooke.

—Tres. Jack, Veronique y Ruby. Jack y Veronique hacen análisis técnico y fundamental, sondean el mercado y ejecutan las órdenes, además de tratar con los clientes, yo odio tratar con ellos. Ruby es mi secretaria...

Gerald siguió hablando consciente de que la tenía. Cuando lo planificó todo no estaba seguro de conseguirlo, pero ahora ya no le cabía la menor duda. En cierta manera eso lo puso más nervioso. Resultó más sencillo mientras la idea fue solo un pensamiento razonable basado en la lógica, pero ahora que todo tomaba forma sentía que arriesgaba algo muy importante para él y esa sensación resultó demasiado inquietante. También había un sentimiento de culpa escondido debajo de toda aquella maraña de emociones que trataba de mantener a buen recaudo. Sabía que Sienna

era vulnerable, que vivía una situación difícil que la presionaba a aceptar su propuesta.

—¿Entonces yo seré una especie de asistente? —preguntó Sienna sacándolo de sus pensamientos.

—No le pondremos etiqueta. Serás mi ayudante, barra secretaria, barra aprendiz, barra lo que se te ocurra. Ruby lleva el despacho y es un trastorno para ella cada vez que tiene que venir aquí, seguro que agradece que tú te encargues de atenderme.

—¿Qué les has contado?

—Piensan que he cogido un virus y que uno de los efectos es que me canso rápido, por eso prefiero trabajar desde casa. Supongo que deben pensar que estoy deprimido por la ruptura y eso ayuda a que no me hagan demasiadas preguntas. Les he pedido que no comenten nada con los clientes para no alarmarlos. A ellos tampoco les conviene que eso pase, está en juego su trabajo.

—Ya entiendo. Los tienes cogidos por los... —No terminó la frase, pero tampoco hacía falta—. Debo confesarte que no me gusta nada a lo que te dedicas, no tengo buena opinión de los inversores. Creo que lo que hacéis no es más que apostar.

—¿Apostar?

—Sí, apostar, apostar a que una acción va a subir o a bajar. Con la diferencia de que vosotros usáis vuestro enorme capital para modificar las reglas del juego a vuestro antojo y joder a los que tratan de ganar unos dólares extra para pagarle el *ballet* y el fútbol a sus hijos.

—Uy, cuánta literatura hay ahí. ¿Seguro que no estás leyendo uno de los libros de algún gurú sabiondo?

—Ya sabes que no me gusta leer. Pero da igual, aunque no me guste tu "trabajo" —dijo volviendo a hacer las comillas con los dedos—, soy capaz de hacer el mío sin que eso afecte a mi rendimiento. El que hacía en la empresa de Thompson tampoco me gustaba.

—¿Qué hacías allí?

—Me encargaba de los proveedores y de la contabilidad.

—Qué divertido —dijo él arrugando la nariz con disgusto.

—Pues sí, una juerga. Debería haberme alegrado cuando Thompson me echó porque su hija no

se conformó con quitarme el novio y también quiso quitarme el trabajo...

En cuanto vio la expresión en el rostro de Gerald se arrepintió de haberlo dicho en voz alta.

—¿No lo sabías? —preguntó sorprendida.

Él negó con la cabeza.

—¡Dios! Acabo de batir mi récord personal. Yuhuu, ahora sí que soy la más patética del estado —dijo esto último bajando el tono.

—No creas, yo puse el listón bastante alto. Y volviendo al tema que nos interesa, diremos a todos que estoy preparándote para que me ayudes cuando ya no pueda ver. De hecho, eso es lo que les he dicho a mis padres y les ha parecido estupendo. Eso y que iba a ayudarte a pagar tus deudas.

Sienna lo miró con una mirada asesina.

—¿Lo sabía! ¿Te han pedido que me ayudes?

—Por supuesto, mi madre te aprecia mucho.

—Qué vergüenza... —masculló entre dientes.

—¿Sabes algo de análisis fundamental y técnico? —siguió él haciendo caso omiso a su mortificación.

—Algo, pero muy poco.

—Mathiew Parker dice que eras una alumna aventajada, que aprendías muy rápido, así que no será un problema enseñarte.

Sienna lo miró sorprendida de que conociera a su profesor de política fiscal.

—Mathiew es un viejo amigo de mi padre —explicó Gerald—. Le llamé para preguntarle por ti y me dijo que tenías una gran perspicacia y ojo clínico para interpretar aquello que no se te había enseñado aún.

—Qué bonito —dijo ella con ironía. Mathiew era un filósofo de la economía—. ¿Quién más sabe lo de este plan?

—Solo una persona, aparte de ti. Y a Jess también voy a contárselo, con lo cabezota que es podría estropearlo todo si no le advierto de lo que pretendo.

—Quizá ella consiga quitarte de la cabeza lo de la boda.

Gerald la miró entornando los ojos, con las manos unidas por los dedos en una actitud serena y concentrada.

—No conozco a nadie que haya conseguido hacerme cambiar de idea cuando estoy decidido a hacer algo —dijo con voz profunda.

Sienna vio ante sí al niño arrogante y estricto que recordaba de su infancia. Ese que conseguía sacarla de quicio y al que perseguía para patearle las espinillas cuando se volvía un capullo.

—Cuando me enseñes a invertir, ¿tendré que hacerlo con mi propio dinero? —preguntó ella—. No querría perder lo poco que tengo...

—Yo te proporcionaré el capital necesario para tu aprendizaje, tranquila.

—Hablas como si tuvieses una máquina de hacer dinero debajo de la cama. ¿Tú sabes que hay gente en el mundo que se muere de hambre? —preguntó con toda la mala intención del mundo.

Gerald se echó hacia atrás y colocó uno de sus brazos en el respaldo de la butaca.

—Siempre fuiste un poco *tocapelotas* —dijo de pronto.

—¿Perdona?

—Vale, te perdono, pero eso no cambia mi opinión sobre ti —dijo burlón—. Si vamos a trabajar juntos...

—Aún no he dicho que sí —lo cortó malhumorada.

—No, aún no lo has dicho —dijo él sin borrar su expresión burlona—. Y yo aún no te he dicho que el dinero que consigas invirtiendo también podrás quedártelo cuando el contrato finalice. Si soy un buen maestro puedes conseguir duplicar ese millón de dólares antes de acabar el año.

A Sienna le temblaron las manos y las juntó para disimular su turbación. Dos millones de dólares eran muchísimo dinero. Más si tenía en cuenta que estaban hablando de que sería libre cuando finalizase el contrato.

—Si aceptas —siguió Gerald—, debes estar segura de que podrás mantener tu palabra y no le contarás a nadie ni una sola coma de mi plan. Pase lo que pase.

—No me gustan los secretos y mucho menos las mentiras, pero si acepto lo intentaré con todas mis fuerzas —dijo ella, molesta con la idea de tener que mentir a Brooke, a los padres de Gerald, a Ervin... Por no hablar de sus padres.

—Piensa que es por un bien mayor. O tómatelo como una obra de caridad. Pero, por si no he sido lo bastante claro, fijate en la parte final del contrato, esa en la que pone lo que tendrás que pagar si incumples las condiciones.

Sienna cogió el documento y fue hasta el penúltimo punto. Levantó la cabeza y sus ojos echaban llamaradas furiosas.

—¿Dos millones de dólares? Debes estar borracho si crees que firmaré esto. Jamás podría pagarte ese dinero, ni en un millón de años.

—No vas a tener que hacerlo. Esa cláusula es un seguro para ti, para que cuando todo se sepa puedas justificar el no haber dicho nada a nadie.

—¿No piensas hacerla efectiva? —pregunto confusa.

—Por supuesto que sí.

—¡Eres un buitre carroñero! —dijo poniéndose de pie para marcharse.

—Todos los buitres son carroñeros, eso es una redundancia, lo sabrías si leyeras más.

—Vete a la mierda y métete tu contrato por donde te quepa —dijo furiosa y dándose la vuelta se dirigió a la puerta.

—Te pagaré dos millones. —Gerald no se movió de donde estaba.

Sienna titubeó, pero finalmente siguió hasta la puerta.

—Cinco millones de dólares y recibirás el primero en cuanto nos casemos.

Todo su cuerpo temblaba como una hoja. Sentía una poderosa rabia naciendo de sus entrañas por lo que le estaba haciendo. Necesitaba ese dinero, lo necesitaba mucho. No podía pensar con claridad y le costaba respirar. Por eso dio un respingo cuando él la cogió del brazo.

—Ven, vuelve sentarte, aún no hemos acabado de hablar —dijo sin soltarla.

Cuando Sienna estuvo de nuevo sentada se tapó la cara con las manos. Sentía unas terribles ganas de llorar y la rabia golpeaba su cabeza con fuerza. No quería aceptar aquel trato, todo su ser

se revelaba contra ello, pero lo necesitaba tanto...

—Eres un maldito cabrón —dijo mirándolo unos segundos después. Él permanecía de pie delante de ella con las manos en los bolsillos de su pantalón de traje de mil dólares—. Sabes lo mucho que necesito el dinero.

—Cinco millones solucionarían tu vida durante mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo? Solucionarían mi vida para siempre.

Gerald se encogió de hombros.

—Con el primer millón podrás pagar todo lo que debes y ayudar a tus padres si lo necesitan, no sé cómo son las finanzas de los Nevins.

—Ni lo sabes ni te importa —respondió ella sin poder evitar el desprecio con que lo miró—, pero mis padres no tienen deudas.

—Mejor para ellos.

—Eso es lo que hacéis los inversores, engaños a los pardillos haciéndoles creer que el mercado está al alza y entonces vendéis provocando que baje. Así pierden su dinero a vuestro beneficio.

—¿Crees que quiero estafarte? —Frunció el ceño y continuó—. Sé que no tienes dos millones y aunque los tuvieras ¿para qué iba a quererlos yo? Si quieres te enseño mi patrimonio y verás que dos millones no cambiarían nada en mi vida.

—¿Entonces por qué esa cláusula abusiva?

—Debo asegurarme de que no vas a traicionarme.

—¿Y así vas a conseguirlo? Los dos sabemos que esa cantidad es imposible para mí, me enviarías a la cárcel y estaría endeudada de por vida.

—¿Cuánto dinero tienes?

—Sabes que no tengo un centavo.

—¿Cuánto crees que vale la casa de tus padres?

Sienna abrió los ojos asustada.

—Jamás les...

—¿Cuánto vale? —la cortó sin miramientos.

—No lo sé. —Sentía el cerebro embotado—. Creo que mi padre mencionó que podría sacar unos seiscientos mil por ella...

—Bien, cambiaré la cifra y pondré un millón seiscientos mil. Si rompes tu palabra me devolverás el millón que transferiré a tu cuenta en cuanto te cases conmigo y quedarán pendiente esos seiscientos mil a cuenta de la casa de tus padres. Así nos aseguramos que, pase lo que pase, no irás a la cárcel.

—Jamás les haría eso. ¿Quieres que los deje en la calle?

—Eso es lo que quiero oír —dijo satisfecho—. Así sé que no vas a traicionarme. Sienna, es solo un año de tu vida y te aseguro que no será un mal año. Al menos para ti.

Ella seguía temblando y ya no se esforzaba en disimular. Gerald se dirigió hasta el mueble bar y llenó de vodka un vaso pequeño.

—Tómate este chupito, templará tu sangre.

Sienna no se lo pensó dos veces y apuró el contenido en dos tragos.

—Lo único que tienes que hacer es mantener nuestro secreto a buen recaudo —siguió él—. No debes contárselo a Brooke, sé que sois muy buenas amigas. Tampoco debes hablar con Ervin y, por supuesto, nada a tus padres, ese sería el camino más directo hasta los míos. No me parece que sea una tarea demasiado complicada.

Sienna sintió la frialdad de su condescendencia y deseó con todas sus fuerzas poder rechazarlo. Pero lo cierto era que no podía, y cuanto antes lo aceptase mejor para todos. No solía beber y el vodka ya le estaba haciendo efecto.

—Te daré un millón de dólares al principio y cuatro al final. Me parece que estoy siendo muy generoso.

—¿Quién lo sabe? —preguntó ella poniéndose de pie un poco insegura. Dejó el vaso encima del mueble de donde el lo había cogido y se volvió a mirarlo con total serenidad—. Si voy a mentir quiero saber quién puede delatarme.

—Él no dirá nada.

—¿Él? Entonces es Richard —dijo mencionando a su mejor amigo.

—Sí, es Richard.

—Bien. Pues quiero que Richard también firme un contrato de confidencialidad. Si quieres que acepte el trato nuestra mentira quedará entre nosotros para siempre. No quiero que al finalizar el año se sepa la verdad. No quiero ver esa mirada en los ojos de mi padre.

Gerald la observó con mirada aguda.

—¿Tanto te importa?

Los ojos de Sienna se llenaron de lágrimas y asintió limpiándolas antes de que cayeran. ¿Por qué mierda se ponía a llorar ahora?

—Y en ese video que vas a grabar no mencionarás para nada que nuestro matrimonio fue una farsa. Tus padres y los míos creerán siempre que nos enamoramos de verdad. Cuando nos separemos lo haremos como cualquier pareja que se divorcia.

Gerald la miraba muy serio, pero finalmente asintió.

—Cuando tengas el documento de Richard, yo firmaré el contrato.

—Lo conseguiré esta misma tarde.

—Avísame y vendré —dijo haciendo ademán de marcharse.

—Espera, no puedes salir así. Tu madre verá que has llorado.

Sienna se dio cuenta de que era cierto. Necesitaba calmarse antes de bajar las escaleras.

—Quédate un rato, o si quieres date una vuelta por toda la planta. Es bueno que te familiarices con esto.

Gerald se sentó frente a su mesa de trabajo y fingió no prestarle atención. Sienna miró a su alrededor tratando de distraerse con la decoración y el mobiliario. Era un lugar confortable, aunque muy masculino, como su dueño. Olía a madera y a la colonia de Gerald. Sobre la chimenea había una representación al óleo de la batalla de El Álamo y Sienna lo contempló durante unos minutos en silencio mientras en su cabeza repasaba todo lo que él había dicho.

Su mesa de trabajo era robusta y clásica, como él, en cambio la zona en la que descansaba leyendo junto a una ventana, era ligera y luminosa. Tuvo que reconocer que le gustaba aquella

habitación. Sin mirarlo decidió tomarle la palabra y salió de allí para recorrer el resto de la planta. Pensó que la seguiría para vigilarla, pero al parecer le quedaba algo de sensibilidad y la dejó sola.

La planta constaba de cinco estancias. Aparte del despacho, su dormitorio, el baño privado y el cuarto de juegos, había una quinta habitación que hacía las veces de gimnasio. Había máquinas de esas con poleas para levantar pesos, una bicicleta estática y una cinta de correr, además de pesas de todos los tamaños. Sonrió con cinismo, ahora entendía que estuviese tan en forma, no lo veía yendo al gimnasio a soportar el sudor y la compañía de otras personas, pero podía imaginarlo allí, sudoroso y esforzado.

Cogió una pesa de cinco kilos con cada mano y empezó a levantarlas, primero una y luego la otra. Le pareció un entrenamiento muy aburrido. Aquello no era para ella, prefería salir a correr al aire libre...

—Puedes usar el gimnasio cuando quieras —dijo Gerald desde la puerta.

Sienna se giró sobresaltada.

—¿Podrías hacer un poco de ruido al caminar? No soporto a la gente que se acerca sigilosa.

—Trataré de recordarlo —dijo él con una extraña sonrisa—. No pretendía asustarte.

—¿Por qué es tan importante para ti? —preguntó al fin mirándolo con fijeza.

—¿Te refieres a la operación?

—Me refiero al hecho de anteponer la posibilidad de ver a la de vivir. Entendería que pensaras así si fueses una persona sin recursos que siempre va a tener que depender de los demás y que cree que no va a poder disfrutar de esa vida. Pero ¿tú? ¡Eres rico! Puedes hacer casi cualquier cosa.

—Si fuese esa persona que dices no tendría la posibilidad de escoger. Yo la tengo. Es una opción y solo yo puedo decidir sobre ello. No dejaré que sean los demás los que escojan cómo voy a vivir el resto de mi vida. Siempre he sido muy testarudo, ya lo sabes.

—Cierto —dijo ella con frialdad—. A veces eras insufrible.

—Gracias por lo de «a veces». De todos modos, no creo que debas juzgarme severamente por

no doblegarme a las maquinaciones de dos niñas resabidas.

—¿Resabidas?

—Siempre os aliabais contra mí y acabábamos haciendo lo que vosotras queríais —dijo caminando hacia ella con una ácida sonrisa—. Yo casi siempre estaba en minoría, debes reconocerlo.

—Que estabas en minoría lo reconozco, pero no que hiciésemos lo que nosotras queríamos. Ya entonces eras muy persuasivo y tu hermana caía siempre en tus maquinaciones. Eras un niño mimado, Gerald Craddock, y tengo la impresión de que tampoco en eso has cambiado.

—¿No crees que es un trato justo?

—¿Justo? Este trato no tiene nada de justo. Tú juegas con ventaja, utilizas lo que sabes de mí para coaccionarme.

—No te estoy coaccionando, eres libre de rechazarlo.

—No, no lo soy. No, realmente. Tengo un montón de deudas que acabaré de pagar cuando tenga cincuenta años. Y eso si tuviera un buen trabajo, que los dos sabemos que ahora mismo no tengo.

—¿Y qué es lo que te molesta, exactamente? ¿Tener que casarte conmigo de manera ficticia? ¿Qué es el matrimonio sino un contrato? No hay nada de malo que nuestra unión no sea fruto del amor. Ninguno de los dos está ahora mismo muy inclinado a entregar su corazón a otra persona, ¿no es así?

—No es eso lo que me molesta.

—¿Y qué es? ¿Qué hay tan espantoso en lo que te propongo? Estoy dispuesto a solucionar todos tus problemas y solo te pido un año de tu vida a cambio.

—¿Me pides mucho más que eso! —dijo furiosa—. Quieres que sea tu tapadera, que engañe a personas a las que quiero y respeto. Y todo eso sin tener en cuenta que a lo peor te mueres.

Gerald frunció el ceño mirándola desconcertado.

—Ahora mismo no eres mi persona favorita en el mundo, la verdad —siguió Sienna—, pero sé que cuando vivamos juntos acabaremos por limar esas asperezas y es probable que lleguemos a

ser amigos de nuevo. No soy estúpida y sé cómo funciona el ser humano y ya sabes el dicho: el roce hace el cariño.

—¿Temes enamorarte de mí?

—¡No! —exclamó y después se echó a reír—. No creo que pudiese enamorarme de ti ni aunque fueses el último hombre sobre la tierra.

—Vaya, gracias.

—Pero no hace falta que me enamore de ti para que te coja cariño. ¿Y tendré que acompañarte a esa clínica para que trasteen en tu cerebro sabiendo que eso puede matarte o dejarte más tonto de lo que ya eres?

Gerald no sabía si echarse a reír o enfadarse.

—¡Mírate! Tienes todo lo que cualquiera podría desear —siguió Sienna, que parecía haber abierto la caja de los truenos—. Estoy segura de que muchos darían sus ojos por tener todo lo que tú tienes y...

—¿Crees que porque tengo dinero no tengo derecho a decidir cómo quiero vivir? ¿En serio piensas que lo único importante en la vida es el dinero?

—No he dicho eso.

—No lo has dicho, pero lo has dado a entender. Tú dices que cualquiera daría sus ojos por tener lo que yo tengo. Bien, pues yo te digo que daría todo el dinero que tengo por tener sus ojos.

Sienna se quedó sin palabras.

—Pero eso no es posible, ¿verdad? —añadió Gerald, disgustado—. Sienna, no es una cuestión de lo que tú crees que es mejor para mí, eso es algo que solo yo debería decidir, ¿no crees?

—¿Y qué me impide rechazar tu oferta e ir corriendo a contárselo a Bethany?

Sienna se sorprendió al ver que empalidecía. No lo decía en serio, pero él pareció creer que sí. Después de unos segundos Gerald se recuperó y dejó salir el aire que se había acumulado en sus pulmones.

—Con eso solo nos harías más daño a todos, pero no evitaría nada. No voy a cejar en mi empeño, pase lo que pase, y sea cual sea tu respuesta.

Durante unos segundos esperó a que ella dijese algo, pero estaba claro que ya habían hablado suficiente.

—Tengo mucho en lo que pensar, así que me marcho ya —dijo Sienna con desánimo.

—Supongo que tus padres querrán saber qué te he ofrecido, así que deberíamos aunar criterios a la hora de responder.

—Me ofreces un trabajo de asistente. El sueldo es de cuatro mil dólares al mes y la posibilidad de aprender a gestionar mis inversiones. El horario será...

—De tarde —dijo él—. Necesito las mañanas para trabajar de verdad.

—Bien. Horario de tarde. Cinco días por semana.

—Y algunos fines de semana también. Piensa que debemos fingir que...

—Ya, ya, lo sé. Está bien, exiges disponibilidad y pagarás bien las horas extra.

—Pagaré muy bien. —Mostró sus dientes blancos con una expresión irónica en la mirada.

—Si no acepto la oferta pensarán que me he vuelto loca.

—Y tendrán razón.

—¿Y por qué siento que le estoy vendiendo mi alma al diablo? —preguntó sin humor antes de salir de allí apresuradamente.

Gerald escuchó el suave rumor de sus pasos sobre la moqueta y después el sonido de sus pisadas alejándose por la escalera. Sienna Nevins no había cambiado nada, era tal y como la recordaba, aunque ya no llevaba aquellas apretadas trenzas con las que él solía mortificarla.

Siguió con las manos en los bolsillos mirando hacia la ventana y de espaldas a la puerta durante un rato. Había sido muy duro con ella, no había mostrado la más mínima empatía ni consideración, pero si algo recordaba de Sienna Nevins era que tratarla con delicadeza era garantía de no conseguir lo que uno quería. No tenía otra opción.

Capítulo 7

Sienna entró en la cocina y su madre levantó la mirada de la tabla en la que estaba cortando las verduras.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó ansiosa.

—Bien.

—¿Bien? ¿Vas a trabajar para él?

—Todavía no lo sé.

—¿Cómo que todavía no lo sabes? —Isabella se limpió las manos en el delantal y se acercó a ella.

—¿Hay café? —Sienna se dirigió a la encimera en la que descansaba una cafetera de goteo con la lucecita encendida y, aliviada al ver que la jarra de cristal estaba llena, buscó una taza en los armarios.

—Están en ese de ahí —señaló Isabella a punto de perder la paciencia—. Quieres explicarme lo que ha pasado, que me va a reventar una vena...

—Qué exagerada eres, mamá —dijo volviéndose hacia ella esforzándose en sonreír.

—Ya veo que te lo estás pasando en grande haciéndome rabiar.

—Tengo que pensar en las condiciones antes de firmar nada —explicó antes de llevarse la taza a los labios y beber un sorbo del caliente y estimulante líquido.

Isabella frunció el ceño.

—¿Qué condiciones son esas?

—Lo normal, trabajo duro y dedicación completa. Tengo que estar segura de que va a

compensarme.

—¡Sienna! —la voz cantarina de Bethany resonó en la enorme cocina—. ¿Cuánto hace que no venías por aquí? Por cierto, cada día estás más guapa, chica.

Se acercó hasta ella y le dio dos sonoros besos al tiempo que la abrazaba con cuidado de no verter lo que había en la taza.

—Cada día que pasa te pareces más a tu madre —dijo mirándolas a ambas alternativamente—. Casi me parece estar viéndote hace veinticinco años, Isabella.

La madre se irguió orgullosa y sonriente.

—Es mucho más guapa que yo, pero sí se parece a mí, sí.

—¡Sois clavaditas!

—La nariz es de mi padre —intervino Sienna entre sorbo y sorbo—. Tu café es excelente, Bethany.

—Es mérito de tu madre y de esa cafetera, yo lo único que hago es bebérmelo porque no puedo inyectármelo en vena —dijo cogiendo una taza para servirse ella misma.

—Si trabajo para tu hijo tendré que llamarte señora Craddock —dijo Sienna sonriendo.

—No digas tonterías. Tú llámame Bethany, como hasta ahora, o te doy con ese rodillo que usa tu madre para hacer la pasta de hojaldre. Bastante tengo con aceptar los cambios físicos que me muestra el espejo cada mañana como para tener que enfrentarme a mi edad cada vez que me cruce contigo en casa. —Sonrió alegre—. Estoy muy contenta de que vayas a ayudar a Gerald. No sabes lo contenta que estoy.

—Bueno, aún no hay nada definitivo...

—Pamplinas —atajó Bethany—, tienes que decir que sí. Si no te gusta el sueldo, te lo sube y punto.

—No es una cuestión de dinero. Tu hijo ha sido más que generoso.

—Y, ¿entonces? ¿Cuál es el problema?

Que quiere que me case con él, os engañe a todos por dinero y me convierta en una zorra interesada.

—El trabajo es complicado y no sé si estoy preparada para llevarlo a cabo.

—Pamplinas —repitió, al parecer aquella palabra era una de sus favoritas del momento—.

Claro que vas a poder llevarlo a cabo, sé perfectamente que eres una persona competente y muy trabajadora. No entiendo cómo Thompson prescindió de ti, pero teniendo en cuenta cómo es su hija... —Se inclinó como si fuese a contarle un secreto—. Jessica siempre decía que Meredith era una estúpida integral.

—Cierto, recuerdo que Jessica y ella no se llevaban muy bien —dijo Isabella que había vuelto a sus verduras.

—Por eso sé lo que me digo —apuntó Bethany—. Jessica se llevó muchos disgustos con ella. Mi hija parece un león, pero en el fondo solo es un corderillo y no es difícil tomarle el pelo.

—Por cierto, ¿cómo está? —preguntó Sienna.

—¡Oh, bien, bien! La próxima vez que venga la verás. Ahora vas a pasar mucho tiempo aquí, serás de nuevo un miembro de la familia.

Ya te digo..., se dijo para sí.

—La vi en el Concierto de Año Nuevo y estuvo magnífica —dijo en voz alta.

—¿Sabes que quisimos ir, pero no conseguimos entradas? —se lamentó Bethany—. Se hace un sorteo y es un horror. No importa lo que estés dispuesto a pagar, si no te toca, no te toca.

—Eso es justo, ¿no crees? —dijo Sienna.

Bethany la miró un instante con el ceño fruncido y finalmente se encogió de hombros.

—Ciertamente sí, es justo, pero no sabes la rabia que me dio.

—Lo imagino. ¿Y cómo van tus novelas? Mi madre me dice que la editorial te ha estado tentando para que reveles tu identidad.

La mujer miró a su cocinera y amiga con una tierna sonrisa.

—¡Ja! ¡Que se lo han creído! Sí, me han ofrecido más dinero por firmar con mi verdadero nombre, pero les he dicho que nada de nada. Vosotras sois las únicas que sabéis mi secreto, aparte de mi marido y mis hijos, y así va a seguir siendo.

Hay que ver lo que le gustan los secretos a esta familia.

—¿Por qué quieres mantenerlo en secreto? —preguntó con curiosidad.

—Me encanta —dijo encogiéndose de hombros—. Es muy emocionante que nadie sepa quién soy.

—Bien hecho —dijo Sienna dejando la taza vacía sobre una de las encimeras de la cocina—. Me marcho ya, que tengo mucho en lo que pensar. Prometo darle una respuesta a Gerald cuanto antes. Sé que sabéis lo mucho que necesito el trabajo, tengo deudas que pagar y el sueldo que me ofrece es increíble, pero no diré que sí, si no estoy segura de que puedo llevarlo adelante hasta el final.

Bethany asintió comprensiva sin imaginar siquiera el mensaje oculto que había en aquella explicación. La cogió por los hombros y la miró a los ojos.

—Decidas lo que decidas, no cambiará nada el afecto que te tenemos, Sienna. —Miró a Isabella con una sonrisa—. Sois parte de esta familia y eso está por encima de estas menudencias.

—Gracias —dijo Sienna y se dirigió a la puerta para marcharse—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —se despidió Bethany y fue hasta Isabella para robarle uno de los bastones de zanahoria que la cocinera acababa de cortar.

—Nos vemos en casa —dijo su madre elevando un poco la voz cuando Sienna ya había salido.

Bethany entró en el despacho de su hijo y lo encontró de pie junto a la chimenea escuchando un audio de Veronique que lo llamaba de la oficina.

—...¿estás seguro, Gerald? Si sigue cayendo más podemos perder demasiado...

—Estoy seguro, Vero, deja que caiga, va a subir y lo hará con violencia —dijo haciéndole un gesto a su madre para que esperase.

—Walter y Travis ya nos han llamado dos veces, no lo tienen claro y nos piden que nos salgamos. No quieren arriesgar más capital —insistió Veronique.

—Diles que me llamen a mí. No hagas nada, en serio. Esperaremos hasta el límite que fijé, sé que no lo tocará.

—Está bien —aceptó con voz poco convencida—, tú eres el jefe.

—Lo soy —dijo Gerald sonriendo—. Tranquila, si hay sangre vendrán a por mí.

Cortó la comunicación y se volvió hacia Bethany.

—¿Qué te trae por aquí, madre?

—No me llames madre, sabes que no me gusta.

La sonrisa se ensanchó en el rostro de Gerald.

—Supongo que vienes a interrogarme sobre Sienna.

—¿Por qué no ha firmado el contrato? ¿Qué le has dicho que tiene que pensárselo? Ya te dije que su situación...

—Sí, mamá, lo sé. No le he dicho nada malo, tan solo hemos hablado de cuáles serán sus tareas y se ha asustado un poco. Necesita pensarlo, como cualquier persona responsable y normal a la que le ofrecen un trabajo complejo.

—Esa chica está pasando por una situación tremenda, hijo, lo responsable y normal es decir que sí. A no ser...

—¿Qué quieres que haga? —La cortó demasiado brusco—. Te dije que le propondría algo sin que pareciese que le ofrecía limosna y es lo que he hecho.

—No te enfades.

—No me enfado, pero no es fácil ayudar a alguien sin que se dé cuenta. Déjale tiempo para pensarlo, aceptará, ya lo verás —dijo pensando que no estaba nada seguro de eso.

—Está bien —dijo su madre caminando hacia la puerta—. Vero parecía preocupada.

—Vero siempre está preocupada —dijo él volviendo a su mesa y una vez frente al ordenador empezó a teclear rápidamente.

—Hasta la comida —dijo Bethany antes de salir.

Gerald ya estaba completamente imbuido en su trabajo y los únicos pensamientos que le cabían, además de los meramente técnicos, eran sobre lo ocurrido con Sienna.

Sabía que estaba caminando por un terreno peligroso. Había algo que no le había contado a Sienna ni a nadie. Algo que lo avergonzaba y que llevaba clavado en el pecho como un puñal.

Roberta. Ella fue la que plantó la semilla de su inamovible decisión de operarse. Su abandono lo golpeó de un modo brutal, casi inhumano. Así fue como empezó a idear ese maquiavélico plan. Quería enviarle un mensaje y para eso necesitaba una esposa. Al pensar en Roberta sintió que la rabia lo embargaba de nuevo. No es que no entendiera que no quisiera atar su futuro al de un inválido, ¿qué mujer habría aceptado tal destino?, pero su frialdad al reconocerlo aún conseguía estremecerlo.

«No sirvo para ser la enfermera de nadie, Gerald», aquellas habían sido sus palabras.

Directas y sin suavizar.

Fingir que Sienna y él se habían enamorado, y casarse, seguramente provocaría una sonrisa compasiva en el rostro de Roberta. Pensaría que Sienna lo hacía por compasión o por dinero, lo que más satisfacción le proporcionase. Pero sería después de la operación, cuando su plan maléfico lograra el triunfo. Si moría, no podría olvidarlo. Y si se curaba...

Se llevó un puño hasta los labios, pensativo. Sienna no tenía por qué saber más de lo que ya le había contado. Después de todo a ella no le importaban sus motivos, tan solo lo que recibiría a cambio y en ese aspecto estaba siendo más que generoso. Sintió un poco de pena por ella, porque ya la habían utilizado antes, pero entonces recordó que una vez trató de advertirla sobre Miles y no quiso escucharlo.

Conocía a Miles, los equipos de béisbol de sus respectivos institutos se habían enfrentado en varias ocasiones. No se caían bien, a pesar de saber que era el novio de Sienna. O quizá por ello. No era agradable para nadie que la apreciase ver cómo la trataba. Siempre fue prepotente, vanidoso y estúpido con todos, pero nunca pudo entender que lo fuese también con ella.

Recordaba muy bien aquella pelea en plena calle mayor de River Rock, aunque fingía haberlo olvidado. Miles alardeaba con sus amigotes de haberse tirado a Sienna detrás de la casa de sus padres, unos minutos antes. Recordaba las palabras exactas que utilizó.

«¿Os imagináis que habría pasado si Trevor hubiese visto a su niña empalada con mí...?»

Gerald se sacudió aquellos recuerdos de su cabeza. No quería pensar en Miles Gemmell. Ese imbécil engreído no había dudado en aprovecharse de todo aquel que se lo permitió, empezando

por su propio padre y acabando con la que se suponía iba a ser su esposa. A ambos los dejó en la estacada y él consiguió lo que siempre quiso: Trabajar en *Building Studio* y vivir en Nueva York. Eso sí, con Meredith Thompson se llevaba una joya. Quizá el *karma* funcionaba después de todo.

Abrió el cajón derecho de su escritorio y sacó el documento que llevaba días redactando para sus abogados, una pormenorizada y estricta serie de sucesos posibles y sus respectivas soluciones. Estaba repleto de términos legales y de palabras como eutanasia, testamento vital, últimas voluntades... Para ello tendrían que sacarlo del país y llevarlo a Bélgica, donde la eutanasia activa era legal. No pensaba dejar nada al azar, quería tenerlo todo atado y bien atado para que nadie tuviese que decidir por él. Durante la siguiente media hora escribió sin parar y cuando terminó se dejó caer contra el respaldo de la silla, agotado. Había gastado más energía en redactar aquel documento que en una jornada entera de trabajo.

Permaneció con los ojos cerrados un rato más tratando de vaciar la mente de aquellos malos presagios. Después se levantó y caminó hacia la ventana. Los días empezaban a alargarse y el sol calentaba con más fuerza. Pronto llegaría el buen tiempo.

Capítulo 8

Sienna entró en el bar, que a esa hora no estaba muy concurrido. Ervin Gemmell era un tipo inteligente y había convertido un bar de los de toda la vida en una especie de cafetería-bar-restaurante-sala de reuniones, de ese modo se aseguraba clientela durante todo el día. Por la mañana acudían mayoritariamente señoras que hacían una parada, en sus compras o tras llevar a los niños al colegio, para tomarse un café y comerse alguna de las deliciosas pastas que llevaba Brooke Smillie todas las mañanas. A mediodía acudían trabajadores que paraban para comer. Ken Howell se encargaba de la cocina y preparaba el más delicioso pollo *teriyaki* del mundo mundial. Luego por la tarde el bar se llenaba de jóvenes y por la noche acudían los clientes de toda la vida. Deana Bob, la camarera, tenía más tablas que la cubierta de un barco y una mano izquierda para llevar a Ervin que ya le gustaría a más de una.

—¿Café? —preguntó Ervin vertiendo el líquido humeante en la taza sin esperar contestación. Sabía que la respuesta era siempre sí.

—Te ha salido una rival con un alto grado de satisfacción —dijo Sienna cogiendo la taza con las dos manos para sentir el calor que desprendía la taza—. Dios, qué frío hace.

—¿A quién te refieres? —preguntó Ervin apoyando las dos manos en la barra.

Ervin Gemmell debía tener cerca de sesenta años. Llevaba el pelo largo y atado en una coleta gris. Era un hombre tremendamente atractivo, con unos ojos verdes espectaculares. Se vestía con la misma ropa que había llevado toda su vida, vaqueros negros, con cinturón de hebilla grande, camisas tejanas y negras con botones nacarados y bolsillos de solapa, y en los pies sus viejas botas camperas. Si Sienna hubiera visto un caballo aparcado en la puerta del bar no se habría extrañado en absoluto.

—He ido a casa de los Craddock —le recordó.

—Creía que la entrevista era esta tarde.

—Tienes que tomar algo para la memoria, Ervin —dijo ella sonriendo.

El hombre cogió un trapo húmedo y limpió la barra en un gesto mecánico, largamente ensayado.

—Y para el dolor de huesos, pero ya sabes lo que opino sobre las «ayudas químicas» si no van enrolladas y se les puede acercar un mechero, no me interesan.

Sienna soltó una carcajada y Ervin sonrió contagiado por su risa. Aquella muchacha tenía la risa más favorecedora que él hubiese visto jamás. ¿Cómo era posible que su hijo la hubiese dejado plantada en el altar? Su rostro se oscureció de repente y Sienna adivinó en lo que estaba pensando. Apartó la mirada apesadumbrada y se mordió el labio involuntariamente. Ervin suspiró y cogió una de sus manos apartándola de la taza.

—¿Te va a dar el trabajo?

—Si yo quiero, sí.

—Entonces ya está, ¿no?

—Bueno, tiene unas condiciones algo... complicadas —dijo ella llevándose la taza a los labios.

—¿Qué clase de condiciones?

—No puedo hablar de ello.

Ervin frunció el ceño.

—¿Cómo que no puedes hablar de ello? ¿Te ha pedido algo ilegal?

—¡No! —dijo echándose a reír al ver el susto que le había dado—. No es nada de eso. Se trata de algo suyo, algo personal que no quiere que nadie sepa.

—Ya veo... —dijo sin comprender nada, en realidad.

—No puedo hablar de ello con nadie, pero me gustaría poder hacerlo —dijo dándole vueltas a la taza entre las manos—. Es algo complicado, un tema extraordinariamente sensible que podría provocar un profundo dolor a algunas personas...

—¿Quiere suicidarse? —preguntó Ervin bajando el tono.

—Pero ¡qué dices! —exclamó ella también en susurros.

—Mujer, es que con tanto enigma uno se imagina cualquier cosa.

—Ya, pero eso...

Aunque, pensándolo bien, no iba tan desencaminado.

—Está bien —dijo asintiendo y con el mismo secretismo—. Imaginemos que fuese eso, que me hubiese hecho partícipe de sus planes para hacer algo como eso.

Ervin entrecerró los ojos mirándola con atención mientras su mente elaboraba el escenario que ella le presentaba.

—¿De cuánto tiempo es el contrato?

—De un año —dijo Sienna después de pensar bien si eso podía decirlo.

—Pues sí que le va a llevar tiempo suicidarse —sonrió—. Ya, ya sé que no estamos hablando de suicidio en sentido real.

—No, no va a suicidarse —dijo ella en susurros y después miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba pendiente de ellos.

—Bueno, es un hombre adulto que puede hacer con su vida lo que le venga en gana. Si consideras que lo que tiene en mente es algo malo, tienes un año para hacer que cambie de opinión —dijo Ervin—. Quizá eres la mano de Dios haciendo su trabajo.

Sienna suspiró pensativa. Ervin era católico practicante, como su madre, lo que no dejaba de ser chocante, pero, dejando a un lado la intervención divina, en realidad no distaba mucho de lo que ella misma había pensado. Un año era mucho tiempo, quizá pudiese afectar a su decisión de algún modo. O al menos, si finalmente decidía seguir adelante, quizá pudiese convencerlo para que implicase a su familia a pesar de los riesgos que eso conllevaba. No creía que Gerald Craddock fuese un cobarde.

—¿Cuál es el sueldo? —preguntó Ervin.

—Cuatro mil dólares al mes —respondió ella, muriéndose de ganas de contarle el resto.

—Buen sueldo.

—Además, al final del año me dará una cantidad extra considerable. Con eso podré saldar mis deudas, Ervin. Si sale bien, mis cuentas podrían quedar completamente saneadas.

Una sombra cruzó frente a los ojos del hombre, que dejó el trapo en el fregadero con un gesto brusco. Sienna le cogió la mano y se la apretó con cariño.

—De un modo u otro lo conseguiré, Ervin, no debes preocuparte.

—Ojalá pudiera ayudarte...

—No digas tonterías. —Sonrió—. Si todo va bien, seré yo la que te ayude a ti.

—¿Qué te ha ofrecido? ¿Robar un banco?

Sienna sonrió y su rostro se iluminó de un modo que consiguió emocionarlo.

—¿De quién has sacado ese carácter tuyo, niña? Nunca desfalleces...

—Sabes que sí —dijo ella inclinando la cabeza ligeramente hacia un lado.

—No quiero pensar en eso. —Ahora fue ira lo que mostraron sus ojos.

—No pensemos en cosas tristes y centrémonos en el tema que nos ocupa. Entonces ¿tú crees que debo aceptar?

—Siempre y cuando no te pida que seas tú la que le dé el veneno, no veo por qué no. Como te digo, quizá tu misión es ayudarlo a desistir de su deseo, sea el que sea.

—No lo había visto de ese modo, pero quizá tengas razón.

—Eso sí, siempre que no te pida algo que pueda hacerte daño a ti. Espero que eso lo tengas claro...

—Míralos ahí tan tranquilos mientras los demás trabajamos como burros —Brooke salía con las bolsas en las que había transportado la bollería para los desayunos.

Sienna la miró con aquella expresión tan suya entre admirada y furiosa. ¿Cómo podía estar siempre tan perfecta? Con su espeso cabello rubio y aquella carita de muñeca. Hubo un tiempo en que ella también se preocupaba por su aspecto, pero de eso hacía ya bastante tiempo. Mientras ella la miraba con aquella desconcertada expresión su amiga se acercó y le plantó un sonoro beso en plena mejilla.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó la pastelera poniéndose una mano en la cintura y mirándola

con los ojos entornados—. Cuenta.

—La reunión ha durado más de lo que pensaba.

—¿Y...?

Sienna se encogió de hombros y le contó lo que ya le había dicho a Ervin.

—Aun no sé qué voy a hacer —dijo al final.

Brooke miró a Ervin interrogadora.

—A mí no me mires —dijo el barman y las dejó para atender a unos clientes que acababan de entrar en el bar.

—¿Qué no me estás contando? —preguntó Brooke bajando la voz.

—Si acepto tengo que firmar un contrato y me comprometo a no contar nada de la propuesta. Solo lo que os he dicho —respondió en el mismo tono.

—Pero aún no has firmado, ¿no? Nada te impide contárnoslo ahora.

—Brooke...

—¿Qué? No estarías haciendo nada ilegal. Y está claro que te resulta difícil decidirte porque por ese sueldo ya habrías dicho que sí.

—Son cosas personales de Gerald.

—¿Tiene que ver con lo que me explicaste del tumor?

—Shhhhh —dijo poniéndose un dedo en los labios para advertirle—. Nadie debe saber eso. Te lo conté porque somos amigas.

—Vale, entiendo.

—Brooke —se inclinó para hablarle al oído—. Al finalizar el contrato me pagará cinco millones de dólares.

—¡Ostia puta! —exclamó Brooke, que guapa era un rato, pero fina ni un poquito.

Sienna le hizo un gesto para que bajase la voz al ver que Ervin las miraba con el ceño fruncido.

—Ni una palabra —musitó—. Como comprenderás será un trabajo intensivo.

—Anda, la tía, encima querrás que te dé ese pastizal por no hacer nada. Ya me gustaría a mí

ganar eso en la pastelería. Me conformaría con tenerlo de aquí a diez años.

—La pastelería es tuya.

—¿Y eso qué tiene que ver? Sabes lo duro que resulta ser empresaria, Sienna, a veces es una puta mierda.

Sienna sonrió burlona.

—Uy, la empresaria —dijo riendo.

—¿Qué? ¿No soy empresaria?

—Sí, sí, por supuesto.

—Las empresas no se miden por su tamaño sino por su rendimiento, monina.

—Y tú tienes la empresa más dulce y con más peligro de todo River Rock —añadió Sienna.

—¿Peligro? —Brooke tenía el ceño fruncido y arrugó la nariz.

—Si nos descuidamos nos convertiremos en el pueblo con más gordos del condado.

El rostro de Brooke se fue distendiendo y acabó por saltar una carcajada.

—Tengo que irme a abrir la pastelería, pero luego nos vemos en mi casa y seguimos hablando de esto. —Parecía entusiasmada—. Madre mía...

Sienna la vio marcharse con otro ánimo, ya no le parecía tan difícil tomar la decisión. Estaba claro que sus dos amigos creían que era una buenísima oferta. Aunque ellos no conocían algunos detalles importantes.

—¿Te has vuelto loco?

Gerald apartó el móvil de su oreja, aunque demasiado tarde, la potente voz de Jess ya le había taladrado el tímpano.

—De ninguna manera vas a hacerle eso a Sienna. Pero ¿cómo se te ocurre después de lo que le ha pasado?

—Precisamente por lo que le ha pasado es la mejor candidata. Le he propuesto que se case conmigo, Jess, no que mate a alguien.

—No seas cínico conmigo, Gerry.

Gerald sonrió, solo su hermana lo llamaba así.

—Escucha, Jess, lo he pensado muy bien, esto la ayudará a superar un tremendo y estúpido error.

—Ya estás.

—¿Qué?

—No la juzgues. No sabes por qué ha tomado las decisiones que ha tomado, no tienes derecho a juzgarla.

—Pero convendrás conmigo en que, viendo cómo le han ido las cosas, no fueron buenas decisiones, ¿no? Debe un montón de dinero y no tiene posibilidad de pagar sus deudas. Con este contrato voy a solucionar todos sus problemas de un plumazo. Yo creo que debería adorarme. Y tú también.

—Yo ya te adoro, imbécil.

—Que frase más contradictoria.

—No bromees, Gerry, siempre haces eso.

—¿El qué?

—Bromear cuando estás hecho polvo.

Gerald cerró los ojos un instante, le dolía la cabeza y era consciente de que a Jess no podía engañarla por mucho que se esforzase.

—No voy a hacerle daño, te lo prometo. Cuando pase este año sabrá lo muy agradecido que le estoy y su vida será mejor.

—No estoy segura de eso. Ni de lo que piensas hacer. —Jessica estaba de pie frente a la ventana mirando a la gente que pasaba por la calle preocupada por sus quehaceres cotidianos. Así es como querría estar ella ahora mismo—. Te prefiero ciego a muerto.

Gerald no supo qué decir a eso y los dos permanecieron unos segundos en silencio.

—Ven pronto, hermanita —dijo al fin—. Tengo ganas de verte.

Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Jessica sin que ella hiciese nada por detenerlas.

—Te quiero, Gerry.

—Y yo a ti.

Richard era el mejor amigo de Gerald desde siempre. No había acontecimiento en sus vidas en el que no estuviese vinculado el otro de algún modo. Cuando supo que Gerald tenía un tumor cerebral, lloró como un niño, salvaje y desesperadamente. Y no es que fuese un hombre dado a las lágrimas. La última vez que lloró fue cuando Charlie le partió un dedo entrenando y de eso habían pasado quince años.

En esos momentos leía el documento que Gerald le había dado para que lo firmara. En él se comprometía a no revelar, ni ahora ni en el futuro, ninguna información concerniente al plan de Gerald.

—¿Quiere que firme esto?

Su amigo asintió y le tendió la mano con un bolígrafo.

—Fírmalo, no le des más vueltas.

—¿Y qué pasa si dentro de diez años no me acuerdo y comento algo sin darme cuenta? ¿Me demandaréis?

—Yo no, por supuesto, pero qué sé lo que hará Sienna dentro de diez años. Tú, firma de una puta vez.

Richard miró a su amigo con expresión dubitativa, pero finalmente se encogió de hombros y estampó su rúbrica en el papel. Gerald cogió el documento y lo tiró en una de las bandejas de su mesa.

—¿De verdad vas a hacerlo? —preguntó Richard.

—No, era broma.

—Estás mal de la cabeza, pero no tiene nada que ver con el tumor ese.

—Ya soy mayorcito, no necesito tu aprobación.

Su amigo lo miró unos segundos con atención, analizando su expresión corporal. Richard estaba convencido de que no podría engañarlo aunque quisiera y que por eso era una de las tres

personas que conocía su plan.

—¿Crees que podrá aguantar la presión? —preguntó.

Gerald asintió al tiempo que se llevaba una mano a la cabeza.

—¿Han aumentado los dolores de cabeza?

—Sí, a las dos preguntas.

—Hace mucho que no veo a Sienna. Bueno, la he visto por el pueblo y nos hemos saludado, pero ya me entiendes. Es muy amiga de la pastelera. —Gerald asintió ligeramente con la cabeza para no moverla demasiado—. Menudo carácter tiene esa Brooke. ¿Estás seguro de que no le va a contar...?

—Ha firmado un contrato que le supondría una demanda de casi dos millones de dólares, te aseguro que no va a contarle nada a Brooke ni a nadie.

—Son amigas desde pequeñas, Gerald. ¿Crees que podrías ocultarme algo así a mí?

—Si tuviera que hacerlo lo haría.

—¡Ja!

Richard se sentó en el sofá y apoyó los brazos en cruz sobre el respaldo al tiempo que cruzaba las piernas. Gerald se sentó en su butaca.

—¿Has hablado con Roberta últimamente? —preguntó con disimulo.

Richard entornó los ojos y asintió.

—Está muy bien —dijo antes de que siguiese preguntándole—. Está contenta en el *ballet* de Grecia.

—Las veces que rechazó esa oferta... —Gerald torció el gesto en una mueca cínica—. Cualquiera cosa es mejor que quedarse a mi lado.

—¡Vaya! No veas qué frase más inspiradora. ¿Sabes, Gerald? A ti te iría bien una temporadita en un pueblo de la África profunda, con Ébola, sin apenas comida y agua y otras cosillas sin importancia.

—Qué bien me quieres —respondió el otro sonriendo al fin—. Ciego y escupiendo sangre, menudo panorama.

—Bueno, estarías ciego poco tiempo —bromeó Richard.

Gerald pensó que aún faltaba una cosa que hacer y se levantó para coger una carpeta de su mesa. Se la entregó a Richard que la miró con el ceño fruncido antes de cogerla.

—¿Qué es esto?

—Mi testamento.

—Vete a la mierda. —La apartó de un manotazo.

—Es una copia, quiero que tú la tengas y te asegures de que se cumple con mi voluntad.

El otro cogió la carpeta sin demasiada convicción y la dejó rápidamente sobre el asiento vacío del sofá.

—Todos vamos a morir, Richard. Tú y yo nunca hemos tenido temas tabú, ¿verdad? No vamos a empezar ahora.

—Cierto. ¿A mí qué me dejas?

—Mi coche.

—¿Y para qué quiero yo tu coche?

Gerald sonrió abiertamente.

—Es veinte veces mejor que el tuyo.

—Y una mierda. Tu coche parece el de un sesentón y el mío va acorde con mi edad.

—Con tu edad mental, sí.

Richard apoyó los codos en sus piernas y junto las manos mirándolo a los ojos.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. No importa lo que opine sobre tu mierda de decisiones, te apoyaré en todo lo que decidas. Pero quiero que sepas que si te mueres en esa operación este mundo será mucho peor para unas cuantas personas. Sobre todo para mí. Espero que lo tengas en cuenta.

Gerald asintió con expresión seria.

Capítulo 9

Sienna llegó a casa de los Craddock enfundada en una falda negra de piel y un suéter de lana y cuello subido en color blanco. En los pies unos zapatos *derby* en blanco y negro, de lo más masculinos, y un abrigo cruzado con cuatro botones. Era una chica alta y, aunque siempre había sido delgada, ahora lo era aún más. Cuando se quitó el abrigo, su busto resaltó bajo aquel jersey que se ajustaba a su figura como un guante. Se había atado el cabello, castaño, en una cola alta que caía en suaves ondas hasta su espalda. La expresión de su rostro era de firmeza mientras subía los peldaños uno a uno, sin prisa. No había dormido mucho dándole vueltas y más vueltas a la situación hasta decidirse. Su boca se mantenía seria y se mordió el labio inferior en un gesto nervioso. Al llegar al rellano de la primera planta se detuvo frente a un espejo colgado en la pared sobre una mesa de patas doradas. Suspiró con disgusto, no le gustaba su aspecto, parecía una institutriz moderna. Su boca era de firme trazo y sus dientes mostraban pequeñas imperfecciones. Sus ojos eran de un vulgar castaño claro y no tenía unas pestañas excesivamente largas. La mandíbula estaba bien marcada, pero su barbilla tenía una redondez muy poco griega. Con unos cuantos retoques podría llegar a ser una belleza, lástima que ese Dios al que Isabella y Ervin veneraban no hubiese tenido a bien esmerarse un poquito más con ella.

Al girarse tuvo un sobresalto y dio un sonoro respingo.

—Ese espejo es una enorme tentación —dijo Gerald burlón desde el final de la escalera.

—Buenos días —dijo pasando junto a él sin detenerse.

Gerald la siguió hasta el despacho y cerró la puerta después de entrar. Ella esperaba en medio de la estancia sujetando el bolso con las dos manos en actitud relajada.

—¿Tienes el documento firmado por Richard? —preguntó.

—Está sobre mi escritorio.

Sienna lo comprobó y después de guardarlo en su bolso, se quitó el abrigo y lo dejó sobre una silla.

—¿Dónde está el contrato?

—Tenemos percheros abajo —dijo él sin borrar aquella expresión de burla que Sienna se esforzaba en no ver.

—No estaba segura de si me quedaría.

Gerald se acercó a la mesa y abrió un cajón del que sacó el contrato definitivo, redactado por sus abogados.

—Bajaré a dejar tu abrigo y traeré café mientras tú lo lees y lo firmas...

Sienna había cogido el bolígrafo que había en la mesa y estampó su firma sin más preámbulos. Gerald frunció el ceño desconcertado y ella sonrió satisfecha por haber borrado aquella estúpida expresión de su rostro.

—¿No vas a leerlo?

—Ya lo leí ayer.

—Podría haber incluido una cláusula abusiva...

—¿Más abusiva que enviarme a la cárcel? ¿Qué has estipulado? ¿Azotarme en medio del prado atada a una estaca si me atrevo a revelar de qué color son tus calcetines?

—Sienna, por favor, léelo. Esta no es la manera en la que yo hago las cosas.

—Me importa un bledo cómo haces tú las cosas —dijo encogiéndose de hombros. Después cogió su abrigo de la silla y se dirigió a la puerta—. Ahora ya soy tu empleada, así que yo bajaré a buscar ese café.

Gerald suspiró pensativo. Esperaba no haberse equivocado con ella, lo último que necesitaba eran más dolores de cabeza.

—Bien. —Sienna dejó la bandeja con los cafés sobre la mesita que había en el área de descanso y tomó su taza—. Ya puedes empezar a enseñarme.

Gerald la miraba con curiosidad.

—¿A qué se debe este cambio? Pareces ansiosa por empezar.

—Anoche le di muchas vueltas y me di cuenta de que no es mi problema lo que decidas hacer con tu vida. Y tampoco puedo preocuparme por tus padres. Mi vida es demasiado complicada como para agravarla con los problemas de otros. Te cedo un año de mi vida a cambio de que tú saldes todas mis deudas. Me parece un trato justo e intentaré llevarlo a cabo sin demasiados reparos.

—Vaya, veo que eres más pragmática de lo que parecías ayer.

—Es lo que tiene ser pobre. Claro que tú no sabrás nunca de lo que te hablo.

La expresión burlona regresó y Sienna se arrepintió de haberla traído de nuevo al juego.

—Saldremos a dar un paseo —dijo él cuando dejaron las tazas vacías sobre la bandeja.

—¿Un paseo? —Aquello le resultó inesperado.

—Voy a darte una larga y aburrida charla sobre cómo entender el mercado bursátil y la psicología del inversor. Si lo hacemos paseando será más ameno y servirá para avanzar en mi plan. Es bueno que nos vean paseando.

—Podrías habérmelo dicho. Habría dejado mi abrigo aquí.

—Se me ha ocurrido de repente.

—Ya —respondió incrédula. Dudaba mucho que Gerald Craddock hiciese nada que no hubiese meditado antes.

—Tenemos un vasto terreno, que conoces bien por haberlo recorrido —dijo él apartándose de la puerta para que pasara delante—. De niños, huiste muchas veces de mí después de darme una patada en la espinilla.

—Cada patada que te di fue totalmente merecida.

Una vez fuera de la casa, Sienna se esforzó en no demostrar que se sentía incómoda, pero avanzaba a un paso demasiado rápido, como si quisiera que el paseo terminase lo más pronto posible.

—No tienes muy claro el concepto de pasear —dijo él con ironía—. No te estoy persiguiendo, la gente que pasea camina una al lado de la otra.

Sienna aminoró el paso con expresión seria.

—Está bien —aceptó—, pero no pienso cogerte de tu brazo.

—Todavía es pronto para el contacto físico —dijo él conteniendo una sonrisa.

¿Por qué la irritaba tanto que sonriera de ese modo?

—Hace un día perfecto —siguió él cuando iniciaron el verdadero paseo—. Está despejado y hace frío. Me encanta el frío, ¿a ti no?

—No.

Gerald comprendió que no daría su brazo a torcer y se encogió de hombros dándose por vencido.

—Entonces hablaremos de trabajo.

Le habló de cómo había construido su fondo de inversión. Le explicó lo que eran las velas japonesas, las medias móviles, las tendencias y los diferentes mercados. Pero donde más se explayó fue en la psicología del inversor. Los miedos, las inseguridades, el ego y sus contrapartidas. De cómo asumir que la pérdida era inevitable y cómo impedir que el ego la arrastrase a un escenario catastrófico. También le aclaró los conceptos erróneos que le habían enseñado personas que se sabían muy bien la teoría, pero jamás habían perdido su dinero invirtiendo. Ideas sobre el dinero sucio, la maldad de los ricos y otros conceptos similares.

Sin poder evitarlo Sienna se sintió atrapada por su verbo fácil y su voz profunda. Para Gerald aquel no era un simple modo de ganar y hacer ganar dinero, hablaba con pasión de lo que hacía y extrapolaba lo que ocurría en los mercados bursátiles a lo que sucedía en la vida cotidiana de un modo sorprendente. Por un rato se olvidó de lo que la había llevado hasta allí y empezó a vislumbrar levemente el mundo que se abría ante ella. Durante la charla caminaron y caminaron sin que sintiese el menor cansancio y mientras su cerebro iba construyendo un nuevo entarimado de conocimientos sus ojos disfrutaban del maravilloso paisaje.

—Mañana empezaremos a poner todo esto en práctica frente a la pantalla y seguiremos

profundizando hasta convertirte en una inversora rentable —dijo Gerald cuando regresaban hacia la casa—. La excelencia solo podrás lograrla con mucho esfuerzo y trabajo, pero eso ya es cosa tuya.

—¿Mañana? ¿Por qué no hoy mismo? —preguntó ella con curiosidad.

—El resto de la tarde lo emplearemos en que conozcas a nuestros clientes, sus empresas y los beneficios que les hemos reportado hasta ahora.

Sienna sintió una cálida sensación al verse incluida con ese «nuestros clientes» y asintió complaciente. Hacía un rato que ya no sentía deseos de estrangularlo. Había visto varias veces una preciosa sonrisa en sus labios, muy distinta a esa mueca burlona que solía dedicarle. Cuando eran niños ya era guapo, con un atractivo rotundo e infantil. Sus facciones eran suaves y demasiado perfectas entonces, lo que hacía que no se diferenciara mucho de las de su hermana. No había cambiado mucho, seguía siendo terriblemente guapo, con aquella belleza casi perfecta, como si su rostro hubiese sido esmeradamente dibujado por un artista.

—La casa que has pensado comprar, ¿tiene tanto terreno como esta? —Deseaba poder seguir dando paseos como el de ese día.

—No. Es una casa muy especial, pero solo tiene dos mil metros cuadrados.

—¡Solo! —exclamó ella riendo—. Dos mil metros cuadrados es muchísimo. Pero bueno, aquí sería todo mucho más difícil.

El rostro de Gerald se ensombreció al comprender a lo que se refería y Sienna se arrepintió enseguida de haber mencionado ese tema porque la expresión burlona había vuelto a su rostro.

—Tienes razón —dijo—. Aquí sería muy difícil no chocar con todos esos árboles. Tendría que recluírme en mi zona de la casa como un ermitaño.

—Podrías contratar a alguien que te quitara todos los obstáculos del camino —dijo ella tratando de hacer una broma.

—Eso es lo que he hecho —dijo él muy serio.

Sienna no supo por qué se sintió tan ofendida, tampoco es que hubiese dicho nada que no fuese cierto.

—Soy bastante patosa. Intentaré no contagiarte.

—Será difícil al principio —dijo él con un tono íntimo—. Dicen que tendré la sensación de que siempre hay algo delante de mi cara con lo que voy a chocar. Pero estoy seguro de que con paciencia podré apañármelas. Aun así, en cuanto la casa sea mía trataré de acondicionarla lo mejor posible.

—Lo dices como si te estuviese resultando difícil conseguirla. Empiezo a sentir curiosidad.

Él sonrió ambiguo.

—Estoy seguro de que te encantará.

El primer mes fue de arduo trabajo. Sienna pasaba las mañanas en casa entre gráficos, balances de empresas, rendimiento de acciones y mucho material de lectura. Warren Buffet, Peter Lynch y Ray Dalio dejaron de ser meros nombres que conocía de la carrera para convertirse en hombres de carne y hueso con historias de éxito que merecía la pena conocer.

Por las tardes trabajaba con Gerald frente a una pantalla de ordenador en la que analizaba toda clase de instrumentos, desde divisas a índices sin dejar atrás las acciones de toda clase de empresas. Gerald no se apartaba de su lado e iba indicándole qué debía mirar y a que debía estar atenta, mientras resolvía sus dudas, que no eran pocas. Crearon un ambiente de trabajo agradable y relajado que hizo que Sienna se despertase por las mañanas con renovadas ilusiones.

—Hoy saldremos a cenar.

Acababan de cerrar una inversión *intradía* exitosa. Llevaban una semana haciendo esa clase de inversión, agresiva y rápida y Sienna segregaba adrenalina por todos sus poros. Por eso se puso de pie de golpe al escuchar aquella frase y se apartó del escritorio en el que habían estado trabajando las últimas dos horas como si huyera del fuego.

—¿Ya? Solo hace un mes...

—Tienen que empezar a cuchichear sobre nosotros. Diremos que es una cena de trabajo.

—Pero, nos verá gente...

—De eso se trata —dijo él con una fría sonrisa—. Queremos que nos vean.

Sienna se apartó el pelo y lo colocó detrás de la oreja. La ponía nerviosa pensar en esa parte del trato, pero Gerald le había dicho que se casarían en tres meses tras la firma del contrato y había pasado uno. Si querían que resultase creíble no podían postergarlo mucho.

—Está bien.

—Tienes que irte a casa y arreglarte —le ordenó.

Sienna frunció el ceño.

—No querrás ir a cenar con esos tejanos —dijo él mirándola de arriba abajo—. Te quedan estupendamente, pero al sitio que voy a llevarte no te dejen entrar así vestida.

Sienna lo miró levantando una ceja.

—Vamos a tener un problema. No creo que en mi armario haya ningún vestido que tú aprobases.

—El atuendo que te pusiste el primer día servirá —dijo él entornando los ojos al recordar el ligero paño azul que se amoldaba a su figura como un guante y las botas altas que estilizaban aún más su figura.

Sienna frunció el ceño tratando de recordar.

—Llevabas un vestido azul de paño y unas botas altas —dijo como si le leyera el pensamiento.

¿En serio se acuerda de lo que llevaba? —pensó en silencio.

—Pasaré a recogerte a las siete. Dejaremos mi coche frente a tu casa e iremos al restaurante caminando. Es más romántico —dijo la misma frialdad que empleaba para hablar de la tendencia del mercado.

—Si me hablas así acabaré por enamorarme de verdad —dijo ella con ironía.

—Sería una estupidez imperdonable.

¿Por qué hacía eso? Estaban bien, era evidente que trabajaban a gusto juntos y, sin embargo, cuando menos se lo esperaba sacaba las garras y la hacía sangrar.

—Tranquilo, ya te encargas tú de que eso no pase —dijo caminando hacia la puerta—. A las

siete estaré lista con mi vestido azul y mis botas. ¿Algo más que quieras ordenarme? ¿Peinado? ¿Maquillaje?

—Lo dejo a tu criterio. Nada excesivo, por favor, lo más natural posible —dijo con la mirada ya en sus documentos, dando por terminada la conversación.

Sienna apretó los labios y salió de allí poniendo todo su esfuerzo en no dar un portazo que hiciese temblar las paredes de la mansión Craddock.

Trevor levantó la mirada del periódico que leía en su tableta y miró a su hija con una sonrisa de aprobación.

—Estás preciosa.

—Gracias, papá. —Sienna se inclinó y le estampó un beso en la mejilla.

—Qué majo Gerald por invitarte a cenar.

—Sí —dijo caminando hacia la puerta.

—¿No le vas a decir que entre?

—No es una cita, papá, es mi jefe, probablemente hablemos solo de trabajo —dijo ella sonriendo—. Además, ya lo ves casi todos los días en su casa.

—Cierto. Dale saludos —dijo volviendo a las noticias.

Sienna sintió un pellizco en el corazón, pero se obligó a recuperarse rápidamente. Se alegraba de que su madre no estuviese en casa, así se ahorraba mentirles a los dos.

Gerald la esperaba apoyado en su coche y al verla aparecer tuvo una reacción física inmediata y brutal que lo dejó fuera de juego durante unos segundos, el tiempo que tardó Sienna en cerrar la puerta y recorrer los escasos metros que los separaban. Haciendo caso omiso a sus indicaciones, se había puesto un vestido con florecitas color granate, muy vaporoso y que solo llegaba hasta la mitad del muslo, y sobre él una cazadora de piel, también en granate. En los pies calzaba unas botas vaqueras de tacón bajo. Se había dejado el pelo suelto y el maquillaje era apenas perceptible. Sus ojos brillaban de un modo intenso y su piel se ofrecía sedosa y aterciopelada.

Pero lo que causó estragos en la secuencia hormonal de Gerald fue la ferocidad de su salvaje inocencia.

Sienna lo miró de arriba abajo y sonrió perversa.

—No vas vestido adecuadamente.

Llevaba uno de sus trajes más caros y unos lustrosos zapatos de charol, además de un abrigo que costaba más que toda la ropa que tenía Sienna en su armario.

—La gente te mirará cuando entremos en *Ervin's*, aunque estoy segura de que estás acostumbrado a que te miren.

Gerald entornó los ojos dejando que una sonrisa se dibujara en su rostro.

—Espera un momento —pidió al tiempo que se dirigía a la parte posterior de su coche.

Se quitó el abrigo y la chaqueta del traje y los colocó con cuidado en el maletero, después sacó una cazadora de piel negra y se la puso.

—¿Mejor así? —preguntó de nuevo a su lado.

—Pasable —dijo ella sin dejar de sonreír—. Tendrás que llamar a ese restaurante caro en el que has reservado, no querría que te pusieran en una lista negra por no presentarte.

Gerald sonrió y esta vez lo hizo con humor.

Capítulo 10

—Os he preparado tu mesa favorita —dijo Ervin acompañándolos hasta el rincón.

—Gracias, Ervin —dijo Sienna quitándose la chaqueta y colgándola en el respaldo de su silla

—. Ya conoces a Gerald Craddock, ¿verdad?

—¿Quién no conoce a los Craddock? —preguntó Ervin estrechándole la mano.

—Estoy deseando probar tu café —respondió Gerald—. Sienna dice que es el mejor del mundo.

El hombre sonrió satisfecho.

—Pues espera a probar la cocina de Kent, estoy seguro de que te va a sorprender, salvando las distancias con Isabella —dijo mirando a Sienna que ya iba a protestar—, todos sabemos que es la mejor cocinera de River Rock. ¿Qué queréis beber?

Ervin les tomó nota de las bebidas y les dejó la carta del día para que pudiesen escoger con tranquilidad. Gerald miró a su alrededor, el ambiente del bar a esas horas era tranquilo y agradable. De fondo se escuchaba música *country* y le sorprendió darse cuenta de que se sentía extrañamente cómodo.

—¿Lo tenías planeado o se te ocurrió sobre la marcha?

Sienna sonrió.

—Ya estaba vestida tal y como me habías ordenado...

—No te lo ordené, fue una petición.

—Ya, de esa manera que tiene Gerald Craddock de pedir las cosas. En fin, la cuestión es que me miré al espejo y pensé, si vamos a cenar no tengo por qué ser su empleada. Fuera de las horas de trabajo quiero ser yo misma, aunque tú estés ahí.

Gerald apoyó los brazos sobre el mantel y jugueteó con la servilleta de papel.

—¿No te quitas la cazadora? Aquí hace calor —dijo Sienna apoyándose contra el respaldo de la silla.

Gerald le hizo caso y Sienna no pudo evitar fijarse en los músculos que se apretaron contra la tela de la fina camisa. Se sonrojó levemente y desvió la mirada hacia la barra. Sus ojos se cruzaron con los de Ervin y la expresión en su rostro acrecentó su rubor. No entendía por qué era un libro abierto para él, pero lo cierto es que, casi con total seguridad, Ervin había captado sus pensamientos y no estaba muy contento con ellos.

—Deberíamos tratar de pasarlo bien —dijo Gerald sacándola de su bucle emocional—. Se supone que...

—Ya, ya sé —lo interrumpió temiendo que dijese algo que pudiese delatarlos frente a oídos extraños—. Hablemos. Cuéntame algo de ti.

Gerald frunció el ceño, desconcertado. ¿Qué podía contarle?

—¿Por qué decidiste dedicarte a invertir? —empezó ella para facilitarle la tarea—. Quiero decir, no es algo que te enseñen en la universidad y no es la típica cosa que haría alguien como tú.

—¿Qué quieres decir con «como tú»?

—Bueno, tu hermana y tú teníais la vida resuelta. Podríais haber trabajado en las empresas de vuestro padre, pero los dos preferisteis tomar otros caminos.

—Supongo que los dos queríamos forjar nuestro propio destino —dijo sonriendo—. Lo de Jess es distinto. «El arte te escoge a ti, no tú a él», según sus palabras. Lo mío fue más una cuestión de libertad. Quería trabajar en algo que me dejase libertad total para hacer lo que quisiera. No quería estar supeditado a nada...

Sienna frunció el ceño.

—Pero eso no es cierto, te debes a tus clientes.

—Bueno... —Bajó la mirada y la posó en el vaso con el que jugaba indolente—. Es que ese no era el plan inicial. Mi idea era invertir mi dinero hasta convertirlo en una cantidad suficiente para que no tuviese que preocuparme por él el resto de mi vida. Creé el fondo para mí. No quería

vivir de mis padres, Jess y yo siempre tuvimos eso muy claro.

—¿Y qué pasó?

—Pues, supongo que lo típico. Conocí a Roberta, empezamos a hacer planes, ya sabes...

Claro que sabía, el futuro arrasa con el presente.

—¿A qué pensabas dedicar tu vida cuando ya no necesitas trabajar?

—Pues lo primero iba a ser viajar por el mundo. Pero no un viaje de vacaciones alojándome en los mejores hoteles. Eso lo llevo haciendo desde que tengo memoria. Me refiero a conocer de cerca la vida de personas distintas en distintos lugares. Y, una vez hubiese visto todo lo que quería ver escogería dónde vivir. Tenía que ser un lugar con montañas, necesito paredes que escalar.

Sienna lo miraba con curiosidad y mucha atención. Aquel que tenía delante no parecía el Gerald que veía todos los días. No pudo decir nada porque Deana, la camarera, llegó para tomarles nota.

—¿Cómo está Sophie? —preguntó Sienna cuando lo hubo anotado todo—. La vi hace tres días y parecía a punto de explotar.

—Nada, chica, ese muchachote no quiere salir. Debe estar de lo más a gusto en la barriga de su madre.

—Dale recuerdos de mi parte y muchos ánimos.

Deana los dejó solos y Sienna miró a Gerald con una gran sonrisa.

—Su hija ya ha salido de cuentas —explicó.

—Lo he supuesto.

—¿No la conoces? Es la dueña de la carnicería que está junto el pasaje entre la calle mayor y... —Gerald puso cara de póker—. No conoces mucho a los habitantes de River Rock, ¿verdad?

—No mucho.

Sienna asintió.

—Supongo que te mueves en otros ambientes.

—¿Eso es una recriminación? Porque ha sonado como una recriminación.

—No, de verdad que no. Me he propuesto que esta noche nos llevemos bien.

—Vaya. —Se recostó contra el respaldo y la miró divertido—. No sabía que tuvieses que proponértelo.

—Normalmente no me lo pones muy fácil, que digamos.

—O sea que es mi culpa.

—Yo no he dicho... —La sonrisa burlona la hizo darse cuenta de que se estaba riendo de ella—. Vale. Volvamos al tema de los viajes, me gustabas más cuando hablabas de eso.

—No hay mucho más que decir. —Se apoyó de nuevo en la mesa en una actitud más cercana y relajada.

—Yo solo he estado en Italia, en casa de mis abuelos.

—Viven en la provincia de Siena, ¿verdad? De ahí tu nombre.

—Que poco originales, ¿verdad?

—Al contrario. Siempre he creído que tu nombre es precioso, al igual que la ciudad de la que proviene.

—Viven cerca de Montesoluto, ¿te suena? —preguntó interesada.

—Sí, he oído hablar a tu madre de su pueblo con auténtica pasión. Hace cinco años Roberta y yo hicimos un viaje a Italia, concretamente a la zona de la Toscana y visitamos Montesoluto. Pensé en buscar la casa de tus abuelos y pasarme a saludarlos, pero me pareció una intromisión presentarme sin avisar...

—Estoy segura de que les habría encantado. Mis abuelos viven en una casita preciosa rodeada de olivos. Mi abuelo es productor de aceite y a pesar de sus setenta y cinco años aún trabaja. Aunque él asegura que no ha trabajado nunca, porque lo suyo es una pasión, no una obligación.

—Tu abuelo es muy afortunado.

—Sí, sobre todo porque tiene a mi abuela.

—La abuela Rosita —dijo él sonriendo—. He oído hablar mucho de ella.

—Pues si la conocieras verías que todo lo que se dice de ella es cierto. Es una mujer increíble. Parece que puede ver lo que tienes en la cabeza por muy escondido que lo tengas. No te rías, te lo digo en serio. Nunca puedes ocultarle nada.

Deana llegó con las hamburguesas y las patatas que habían pedido y empezaron a cenar.

Después del primer bocado Gerald puso los ojos en blanco y emitió un largo y contenido gemido.

—¡Dios! —exclamó—. Está deliciosa.

—Es por la carne —dijo Sienna satisfecha—, y por la cebolla caramelizada.

—¿Es eso que cruje?

Sienna asintió.

—Ken la hace como nadie. Ya te he dicho que te encantaría.

—Madre mía, creo que a partir de hoy no quiero comer otra cosa.

Sienna se rio a carcajadas al ver sus exageradas expresiones. Miró hacia la barra y le hizo un gesto de victoria a Ervin que Gerald confirmó con el pulgar levantado.

—¿Y tú? —preguntó cuando fue capaz de soltar la hamburguesa en el plato—. ¿Cuáles son tus planes de futuro?

—Bueno, los más importantes ya los conoces y con suerte estarán resueltos en un año —respondió ella con mirada cómplice.

—¿Y luego?

Sienna se quedó pensativa un momento.

—Pues lo cierto es que no había pensado en ello —dijo jugando con una patata—. Supongo que el hecho de que hacer planes se me haya dado tan mal hasta ahora...

—Miles y tú empezasteis demasiado pronto.

—A la vista de los resultados, no hay duda.

—Si pudiéramos anticiparnos a lo que ocurrirá, nadie se equivocaría —dijo él volviendo a coger la hamburguesa y mirándola con deseo antes de darle un enorme mordisco.

Sienna sonreía sorprendida, no esperaba tener tanto éxito con su elección, pero estaba claro que Gerald estaba disfrutando de lo lindo. Siguieron hablando distendidamente sobre gustos, planes y opiniones varias, con naturalidad. La cena estaba resultando mucho mejor de lo que Sienna esperaba y cuando salieron del bar de Ervin se sentía alegre y satisfecha.

—¿Quieres dar un paseo? —preguntó él—. Me gustaría enseñarte algo. Sería mejor si fuese

de día, pero creo que con esta luna tendremos luz suficiente.

Sienna aceptó con gusto y caminaron en dirección a la salida del pueblo.

—Ví a Jessica en televisión, en el Concierto de Año Nuevo. Supongo que debe estar feliz con su vida.

—Le encanta vivir en Viena —confirmó Gerald tomando un sendero—. Siempre fue muy europea, ¿no crees?

—Le encantaba imitar el acento de Londres. Era muy divertido.

—Sigue siendo tan divertida como cuando éramos niños. Es capaz de hacerte reír en los momentos más inoportunos —dijo Gerald.

—Me acuerdo del día que tiró a Caroline a la piscina. —Sienna se tapó la boca para ahogar la risa—. No debería reírme, pero no puedo evitarlo.

—Menudo disgusto se llevó Caroline, tan orgullosa que estaba de su vestido para la fiesta.

—Fue todo muy kafkiano.

—¿Kafkiano? —Levantó una ceja.

—¿Qué? Leí La metamorfosis en el instituto. No fui a tu colegio de pijos, pero los pobres también estudiamos literatura en el insti.

—¿A qué te refieres tú con kafkiano?

Sienna lo miró con expresión falsamente ofendida. Así que esas tenemos...

—Veo que me consideras mucho más imbécil de lo que me imaginaba.

—¿Eso es una táctica para no responder? —preguntó escondiendo una sonrisa.

—La situación fue kafkiana porque resultó cómicamente trágica.

Gerald no pudo disimular su sorpresa. Él habría empleado un montón de palabras para decir exactamente lo mismo.

—¡Ja! En tu cara —dijo ella con un gesto muy poco elegante.

—Cuando nos casemos me llevaré mi biblioteca y pongo a Dios por testigo de que te haré leer todas las noches un capítulo de algún libro.

Sienna se detuvo confusa. Escuchar aquella frase aceleró los latidos de su corazón. «Cuando

nos casemos». Había sonado tan íntimo y dulce... Gerald se detuvo al ver que no lo seguía y se giró a mirarla interrogador.

—¿Qué ocurre? Te aseguro que conseguiré que disfrutes de ello.

¿De casarme contigo?, se preguntó ella en silencio.

Gerald continuó caminando y tomó el sendero que subía hacia la colina. Sienna volvió a detenerse ahora con el ceño fruncido y las manos en la cintura.

—¿Adónde me llevas?

—Ya lo verás —dijo él.

—Espera...

De pronto se hizo la luz en su cerebro y una idea explotó como fuegos artificiales.

—¿La casa de la colina? ¿Esa es la casa que quieres comprar?

—Acabas de estropearme la sorpresa —dijo él con pesar—. Aún no la he comprado porque la dueña sigue reacia a desprenderse de ella, a pesar de que no le ha hecho ni caso en los últimos cuarenta años.

Sienna se había quedado sin habla. ¿En serio? ¿Quería comprar la casa de la colina? ¿La casa de la colina?

Gerald volvió sobre sus pasos para acercarse a ella y la miró desconcertado al ver su expresión y el brillo intenso de su mirada.

—¿Qué ocurre?

—Nada... —titubeó—. Es solo que... Esa casa.

—Ya, ya sé lo que estás pensando. Parece ruinoso porque la maleza ha tomado la entrada y los jardines, pero la dueña me ha dicho que está en buen estado. Necesitará una inspección a fondo y algunos arreglos de tuberías y esas cosas, pero estoy seguro de que es una buena casa. Tranquila habrá tiempo de dejarla a punto.

Sienta trató de que su cara reflejase aprobación para que Gerald no quisiera indagar en sus verdaderos sentimientos. ¡La casa de la colina! Había soñado un millón de veces con vivir allí. Era una de esas fantasías que dejas que te acompañen toda la vida, como un símbolo mágico...

—¿No quieres verla? —preguntó abriendo la mano para mostrarle una llave—. Podemos entrar.

—Pero es de noche. No habrá luz.

—Sí hay. La señora Armitage ha hecho que vuelvan a conectarla.

Sienna no necesitaba que le explicase nada de aquel lugar, lo conocía muy bien. Había pasado horas sentada en una de las piedras del exterior de la verja de entrada, y junto a uno de los árboles de la fachada lateral. Gerald no sabía lo mucho que le gustaba aquella casa, lo que simbolizaba para ella...

Llegaron a lo alto de la colina y recorrieron el sendero que serpenteaba hasta la entrada de la casa antes de detenerse frente a la verja cerrada.

—¿Crees que es buena idea? —preguntó ella un poco sobrecogida por la emoción—. No es el mejor lugar para que viva un...

Gerald se giró y clavó sus azules y fríos ojos en ella.

—Puedes decirlo, no es un conjuro maligno. Voy a ser ciego, aunque espero que no por mucho tiempo. En cuanto a la casa, la dueña va a arreglarla, al menos por dentro.

—Pero la colina... Moverse por este terreno será mucho más complicado.

—Ya me preocuparé de eso cuando llegue el momento —dijo él molesto porque hubiese sacado ese tema precisamente ahora.

¿Por qué se estaba esforzando en estropearlo? Aquella casa era especial para él, desde crío sintió una fuerte atracción por ella y llevaba años intentando comprarla. La dueña era la esposa de Walter Armitage, el arquitecto que la construyó especialmente para ella, y había resultado un hueso duro de roer. Pero, por algún motivo que se le escapaba, en los últimos meses parecía haberse suavizado y Gerald veía posible convencerla.

Sienna observaba la lúgubre fachada bajo los rayos de la luz de la luna y sintió un escalofrío. Gerald era la segunda persona que trataba de romper el vínculo que había entre aquel lugar y ella. La primera fue Miles.

—No quiero entrar —dijo titubeante.

—Vaya. —Gerald se detuvo decepcionado—. Ya veo que no te entusiasma la idea. Está bien, será mejor que volvamos.

Sienna lo vio dirigirse al camino sin esperarla y comprendió lo había hecho enfadar. Miró una última vez a la casa y, resignada, lo siguió.

Brooke tiró su mochila sobre el sofá y se dejó caer como un fardo sobre los cojines amontonados.

—Estoy muerta —dijo cerrando los ojos un instante.

Sienna la observaba desde el rincón opuesto, con las piernas dobladas y el codo apoyado en el respaldo del sofá.

—¿Un día duro de trabajo?

—He tenido diecisiete encargos. ¡Diecisiete, Sienna!

—Tienes que contratar a alguien más para que te ayude, no puedes hacerlo todo sola.

—No lo hago sola, tengo a Tommy.

—Tommy atiende a los clientes de la cafetería, pero no te ayuda con los pasteles y los hornos.

—Estoy enseñándole algunas recetas, lo que pasa es que disponemos de poco tiempo libre para eso. No tengo dinero para contratar a nadie más, Sienna. —La miró sin cambiar de posición.

—Yo puedo ayudarte con eso.

Brooke se sentó erguida en el lado opuesto del sofá de manera que quedaron una frente a la otra. Los padres de Sienna habían salido a cenar como hacían todos los viernes desde que ella cumplió los quince años.

—¿Ya has cobrado?

—Mi primer y succulento sueldo. —La sonrisa de Sienna era enorme.

Brooke no sabía lo del millón de dólares que Gerald le había transferido a su cuenta. No pensaba tocar ese dinero hasta que todo hubiese terminado y estuviese segura de que no había infringido los términos del contrato. Si eso ocurría tendría que pagarle un millón seiscientos mil

dólares y no tendría de dónde sacarlos. Así que pensaba ahorrar todo lo posible de su sueldo, además de no tocar el millón ni con el dedo meñique. Pero si Brooke necesitaba ayuda, algo podría hacerse...

—Tranquila, por mí no te preocupes, soy una chica dura. —Mostró su escuálido bíceps para demostrarlo—. Cuéntame qué tal con Gerald, ¿va siendo menos capullo?

—Hoy me ha felicitado —respondió orgullosa—. En serio, se ha plantado delante de mí y me ha dicho: «bien hecho».

—¡Ostras! ¿Para cuándo la boda?

Sienna empalideció. ¿Había dicho algo que...?

—Chica, que es broma. —Brooke se echó a reír a carcajadas—. ¡Qué susto te has llevado!

«No lo sabes tú bien», se dijo Sienna y trató de que su sonrisa pareciese sincera.

Capítulo 11

—No vas a besarme delante de tu madre. —Sienna lo miraba decidida, y hablaba con absoluta firmeza.

—Llevamos dos meses con esto y aún no sospechan nada.

—Hemos salido a cenar dos veces, una a ese restaurante de postín en el que te conocen bien y otra...

—En ninguna de esas ocasiones pueden decir que estuviésemos derritiéndonos el uno por el otro, precisamente.

Eso sería imposible, escuchó Sienna en su cabeza, eres demasiado frío para poder derretirme.

—Esperaremos a que suba a saludar y...

—¡Claro, seguro que no se da cuenta de que está preparado!

—No se dará cuenta, te lo aseguro.

—Me lo verá en la cara.

—Sienna, no podemos decir que nos casamos de la noche a la mañana sin que hayan tenido tiempo de hacer cábalas sobre nosotros. Si se te ocurre otro modo, adelante, te escucho.

Se afanó en encontrar una alternativa. No es que la idea de besarlo le repugnase, al contrario, estaba segura de que sería algo muy agradable... Quizá era precisamente eso lo que la echaba para atrás. ¿Y si le gustaba demasiado? ¿Y si él se daba cuenta de que le gustaba?

—Prometo no meterte la lengua —dijo él con mirada cínica.

Sienna se mordió el labio sin darse cuenta y desvió la mirada hacia la ventana. Los ojos de Gerald se oscurecieron antes de deslizar su mirada por la suave y aterciopelada piel de su cuello.

Aquella mujer era un acertijo cada vez más indescifrable para él. Había pensado que todo sería sencillo con ella, que podría manejarla a su antojo y le serviría como una perfecta comparsa en aquella obra que había ideado. Pero nada era como él lo había planeado. Para empezar, se tomaba el trabajo demasiado en serio y se estaba convirtiendo en su mejor empleada. Era disciplinada, objetiva, buscaba siempre la excelencia y nunca aducía cansancio, al contrario, era él quien daba por terminada la jornada y casi siempre mucho más tarde de lo acordado.

Pero lo que lo inquietaba y hacía que se sintiese inseguro era su personalidad explosiva. Era apasionada, entusiasta y divertida, tremendamente divertida. Hacía mucho tiempo que él no se reía como lo había hecho con ella. Sus ocurrencias solían ser estrambóticas e inesperadas. Le dejaba notas en el libro que estaba leyendo argumentando que así seguro que le hacía caso. Hablaba con los clientes del fondo con tal naturalidad, que parecían amigos suyos de toda la vida. Y organizaba salidas intempestivas para llevarlo al pueblo y que conociera a sus vecinos. Los viernes lo obligaba a salir a correr con ella para después ir a tomar el desayuno a *Ervin's*. Y hacía todo eso como si fuera algo espontáneo y no preparado.

Estaba claro que la idea de besarlo le producía urticaria y no entendía por qué le molestaba tanto. Ni por qué llevaba todo el día fantaseando con ese beso.

—Está bien —dijo dándose por vencido y volviendo a su escritorio—. Si no quieres que te bese, no lo haré. Trataré de pensar en otra estratagema.

Sienna se sintió inexplicablemente decepcionada. Se giró a mirarlo, pero él estaba ya enfrascado en el trabajo y parecía haberse olvidado de ella. Se preguntó cómo Gerald podía tener dos personalidades tan distintas. Para su trabajo era optimista, con un pensamiento positivo que empujaba a actuar. Era concienzudo en todos sus análisis, y su actitud era tan motivadora que la energía que desprendía casi podía verse brillando a su alrededor. En cambio, en su vida personal parecía alguien que permanece en espera, como si estuviese viviendo en un paréntesis al que no quisiera sacarle el jugo.

Miró el reloj, eran las cinco, en un par de minutos Bethany entraría por la puerta con una bandeja y tres tazas de té con pastas, como hacía todas las tardes. Sienna sabía que era una excusa

para verlos y charlar un poco. Miró de nuevo a Gerald y su corazón se aceleró.

—Gerald —lo llamó—, ¿podrías venir un momento?

Él levantó la mirada con el ceño fruncido.

—Quiero enseñarte algo —dijo haciéndole un gesto para que se acercara.

Gerald apartó la silla sin mucho miramiento y recorrió los cinco pasos que los separaban.

—¿Qué...?

Sienna le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo, decidida. Su cálida boca cerró la de él, que se había abierto ligeramente para protestar, y su lengua no tardó en sorprenderlo colándose entre sus labios sin esperar invitación. La garganta de Gerald emitió un involuntario sonido antes de rendirse a aquel beso. Perdieron de vista la motivación inicial de aquella caricia y se fundieron lentamente el uno en el otro. La inicial oleada de calor se fue transformando en puro fuego. Gerald se olvidó de todo lo que no fuera aquella lengua batiéndose suave con la suya. Se centró en sentir y disfrutar del sabor de Sienna, un profundo y peligroso estímulo que le recordaba que estaba vivo. Metió los dedos en su pelo y tomó el control. Su mente deseó tomar y poseer, sentirla plenamente y derrotarla a fuerza de placer. Él no era esa clase de hombre. No era visceral y primitivo. Sin embargo, ahora sentía su cuerpo como una cuerda repleta de nudos, nudos que solo ella podría desatar. Un deseo adolescente y salvaje...

—¡Pero bueno!

La voz de Bethany los devolvió a la realidad y se separaron como si les costara un titánico esfuerzo.

—Mamá...

Bethany había dejado la bandeja sobre la mesilla y los miraba entre sorprendida y perpleja.

—Bethany... —Sienna se apartó de Gerald visiblemente conmovida. Luego tendría que pensar en lo que acababa de hacer.

La madre de Gerald los miró a ambos. Sus rostros de confusión, de desconcierto... Soltó una carcajada y siguió riendo sin poder contenerse.

—Tendríais que veros las caras —dijo sin parar de reír—. Parecéis dos adolescentes a los

que han pillado infraganti.

Así era exactamente como se sentían.

—¡Pero, chicos! ¿Esto desde cuándo ocurre? —Bethany se limpió las lágrimas que la risa había provocado y se acercó a ellos—. ¡Qué más da! ¡Me encanta!

Gerald dejó que su madre los abrazara sin poder evitar que una punzada de culpa lo atravesara como una flecha.

Sienna no se sentía mejor que él, pero abrazó a Bethany con cariño, consciente de que era una mujer maravillosa.

—Madre mía —dijo la mujer dando un paso atrás para mirarlos bien—. ¿Cómo no me di cuenta de lo buena pareja que hacéis? ¿Puedo decírselo a Isabella?

—Puedes decírselo a quien quieras, mamá —dijo Gerald—, pero sin demasiados añadidos, por favor.

—Solo contaré lo que he visto —dijo riendo de nuevo al tiempo que se daba la vuelta para salir del despacho.

—¿No vas a tomarte el té? —preguntó Sienna.

—Ahora no quiero té, lo que quiero es contárselo a todo el mundo.

Gerald y Sienna se quedaron unos segundos con la mirada fija en la puerta cerrada. Los dos sentían una desagradable emoción inundándoles el pecho, pero ninguno dijo nada. Gerald aún se sentía conmocionado por el beso de Sienna. La explosión que había estallado en su pecho fue del todo inesperada y lo había dejado terriblemente confuso. A eso debía añadir la alegría de su madre basada en un engaño. Soltó el aire de golpe con un bufido y se apartó el pelo hacia atrás con cierta violencia. Sienna lo miró consciente de que no se sentía nada bien con la situación.

—Aún estamos a tiempo de echarnos atrás —dijo con timidez.

Él apretó los labios y la miró con dureza.

—Seguiremos con el plan tal y como está —dijo rotundo—. A partir de ahora debemos comportarnos de un modo más... cercano. En un mes nos casaremos, tal y como está escrito en nuestro contrato.

—¿Ya tienes la casa?

—No. Grace Armitage quiere conocerme antes de darme una respuesta definitiva. Ya le he dicho que voy a casarme y que necesito tiempo para arreglar la casa antes de ocuparla...

—Si la consigues ¿habrá tiempo de dejarla a punto?

—Richard le va a echar un vistazo para asegurarse.

—Richard...

—Sí, Richard.

—El único que sabe...

—El mismo —la cortó—. Podrás verlo en mi cena de cumpleaños. Ve preparando un vestido para la ocasión.

Sienna entró en el bar de Ervin, fue hasta la barra y se sentó en un taburete.

—Ponme una cerveza —pidió con cara de necesitarla mucho.

Ervin no dijo nada e hizo lo que le pedía. Esperó hasta que hubo dado un largo trago y dejó la botella de nuevo en la barra.

—¿Un mal día?

—Los he tenido peores —dijo ella mirando a su alrededor y saludando aquí y allá con la mano, antes de volverse de nuevo hacia él—. ¿Querías verme?

Ervin asintió.

—Tengo algo que contarte —dijo bajando la voz—, aunque no sé si debería esperar a que tuvieses un buen día.

Sienna sonrió.

—Qué melindroso te has vuelto.

—Es sobre Miles.

—Lo imaginaba. ¿Él y Meredith van a casarse?

—Ya se han casado. Al parecer ella está embarazada.

Sienna asintió sin decir nada y cogió la botella para dar un largo, largo trago. Su corazón latía

desbocado y un torbellino de sentimientos se batía dentro de su cabeza sin que hubiese un claro vencedor. Dolor, angustia, tristeza, incompreensión... Ervin cogió una de sus manos y la apretó. No dijo nada para consolarla, tan solo mantuvo su mano allí tratando de trasmitirle su calor.

Salió del bar con la cabeza aturullada de pensamientos. No quería regresar a casa así y que su madre la bombardeara a preguntas. Sabía que no había modo de engañar a Isabella. Realmente debería tener su propia casa, ya no tenía edad de vivir con sus padres.

Hacía una noche preciosa, la luna resplandecía en el cielo, pero la apagaban las luces de las calles. Caminó alejándose del pueblo, quería disfrutar del espectáculo de aquel cielo plagado de estrellas y no se le ocurrió un lugar mejor para despejarse y pensar que lo alto de la colina. La casa emergió como un fantasma al recorrer el sendero que llevaba hasta la entrada. Sienna frunció el ceño al comprobar que por primera vez en su vida había luz en su interior. Se preguntó si no estaba más borracha de lo que creía y se acercó a la verja para tratar de ver mejor. Un perro corrió hacia ella desde dentro y comenzó a ladrar al tiempo que saltaba de un lado a otro. Sienna se apartó de golpe, asustada y sorprendida a partes iguales.

—Jack, Jack, calla, deja de ladrar.

La voz de la mujer era profunda y suave. Sienna entornó los ojos para tratar de ver mejor a través de los barrotes y con la tenue luz de la luna.

—¿Quién hay ahí? —preguntó la anciana.

—Discúlpeme... —titubeó Sienna—. No creí que hubiese nadie. No vengo a robar ni nada de eso. Me llamo Sienna Nevins y vivo en River Rock.

—¿Qué ocurre, señora? —Un hombre se había acercado a la anciana con celeridad.

—Nada, August, nada. Abra la verja, tenemos visita.

El hombre, que debía ser un criado a juzgar por su comportamiento, hizo lo que la mujer le pidió. Sienna estaba confusa, todavía no estaba segura de que aquello estuviese sucediendo de verdad. Más bien parecía un sueño. O una pesadilla si esa ancianita sacaba un hacha de debajo de su elegante vestido...

—Adelante, Sienna Nevins —dijo la mujer recibéndola con una sonrisa—. Pareces necesitar

un lugar en el que cobijarte. Hace frío.

Sienna no lo pensó, sus piernas se pusieron en movimiento y atravesó la verja sin decir nada. El perro que antes ladraba con fiereza ahora corría a su alrededor como si quisiera jugar con ella. No entendía de razas de perro, pero aquel no parecía peligroso.

—No le hagas mucho caso —dijo la anciana—, es muy juguetón y como le sigas la corriente no te dejará tranquila ni un momento.

Grace Armitage era una mujer enjuta, con una esbeltez sorprendente para su edad. Uno espera que los años nos dobleguen y marquen en nuestra columna el peso de la vida, pero a aquella anciana no parecían haberla doblegado en absoluto. Llevaba un vestido color salmón que se ajustaba a su cintura con un fino cinturón. Calzaba unos zapatos negros para pies delicados y con unos tres centímetros de tacón. Nada de perlas ni recogidos, una media melena de color gris, muy cuidada, con cada pelo en su sitio. Y Siena había comprobado que caminaba con agilidad sorprendente, pues no había que olvidar que aquel cuerpecito escuálido llevaba más de ochenta y ocho años vagando por el mundo.

Echó un vistazo al jardín y comprobó que estaba completamente abandonado, como en sus sueños las malas hierbas habían tomado posesión de él sin pedir permiso.

—No sabía que hubiese nadie en la casa —dijo con timidez mientras subían los escalones de la entrada.

La puerta abierta dejaba ver el vestíbulo y la luz cálida que emergía de su interior.

—Soy Grace Armitage, la dueña de este viejo caserón.

—¡Oh! —Fue una exclamación en tono muy bajo.

—¿Sueles venir por aquí a estas horas de la noche? —preguntó la mujer cuando estuvieron dentro—. August, lleva un poco de té y algunos emparedados al saloncito. Esta muchacha necesita tomar algo reconfortante.

Sienna la miró avergonzada.

—No suelo...

—Tranquila, tranquila. —Grace la cogió del brazo y la guio hasta un salón que olía a limpio

—. Yo también he tenido mis momentos. No nací con ochenta años.

Sienna se sentó en el sofá junto a ella, tal y como le indicó dando golpecitos con la mano sobre el asiento. Sus ojos no podían dejar de admirar la estancia que había sido decorada con un gusto extraordinario.

—Los muebles son un poco antiguos —explicó Grace sonriendo—. En los sesenta eran muy modernos.

—¿Son los mismos muebles?

Grace asintió.

—Sí. Cuando dejé la casa no me llevé nada. En la maleta tan solo metí una fotografía y unas cuantas prendas de ropa para el viaje. Hice que cubrieran todo con telas y cerrasen la casa para siempre. No tenía intención de volver por aquí jamás.

Sienna la miró con curiosidad.

—Y, sin embargo, aquí está —dijo.

—Sí, aquí estoy. —Grace asintió con la cabeza mirando a su alrededor como antes lo había hecho Sienna—. Es curioso, creí que me sentiría una extraña, pero es como si nunca me hubiese marchado.

—¿Cuántos años vivió aquí?

—Pues... —pensó un instante antes de responder—. Trece, trece años.

—No es mucho tiempo...

—Eso depende de cómo se mire. Esos trece años fueron los más importantes de mi vida. —Sonrió—. Si me dieran la oportunidad de vivir cien años más a cambio de borrar esos trece años, no lo aceptaría.

—¿Ni aunque le ofreciesen vivíroslos como una persona joven? —preguntó Sienna con una sonrisa pícar.

—Ni aun así.

—Pues debieron ser unos años increíbles.

—Lo fueron.

August llegó con un carrito repleto de comida y el té que su señora le había pedido y lo colocó lo bastante cerca de ellas para que pudieran tomar lo que desearan.

—Gracias, August, ya puedes retirarte, debes estar cansado.

—Puedo esperar hasta que usted se acueste, señora. Estaré en la biblioteca.

Grace lo miró con cariño y asintió.

—Está conmigo desde hace treinta años —explicó cuando estuvieron solas—. Me conoce como nadie.

—¡Treinta años! Eso es mucho tiempo.

—Sí, lo es. He vivido con mi mayordomo más años que con Walter, mi esposo. —Miró a Sienna sosteniendo la tetera en el aire—. Pero te aseguro que jamás me he acostado con él.

Sienna no pudo evitar sonreír ante tal comentario y Grace terminó de servir el té.

—Y no es porque no fuese guapo. Era terriblemente guapo y mucho más joven que yo...

—No es su tipo.

—No, no es mi tipo. A mí siempre me gustaron mayores.

—Vaya, como a Becky G.

Grace la miró con el ceño fruncido.

—¿Quién?

—Nadie, déjelo. —Sienna cogió la taza y bebió un reconfortante sorbo.

—Coge un emparedado —ordenó Grace—, ya que hemos hecho que August los prepare debemos comerlos.

Sienna obedeció sin protestar. Realmente estaba allí, en los sueños no hay emparedados comestibles, solo son de atrezo.

—Bien. —Grace se sacudió una miga de la falda y miró a Sienna con curiosidad—. Y ahora que ya nos hemos presentado y hemos comido juntas, explícame qué hacías ahí fuera a estas horas de la noche.

—Este lugar es especial para mí. Quiero decir, la colina, el exterior. La casa estaba cerrada y nunca...

—Ya, ya lo he entendido. Sigue.

—Siempre que me sucede algo suelo subir hasta aquí y me siento ahí fuera, en una de las piedras o debajo de un árbol, a meditar.

—Ya entiendo.

—No me esperaba encontrarme con que la dueña había vuelto.

—No he vuelto —se apresuró a responder—. Hay un joven que quiere comprarme la casa y es tremendamente insistente.

Sienna contuvo una sonrisa.

—¿Y va a vendérsela?

—Aún no lo he decidido.

—Y, sin embargo, aquí está.

Grace la miró y por un instante el velo de su mirada desapareció y casi pudo intuir la verdadera mujer que se escondía detrás del personaje que había creado.

—No me queda mucho tiempo —dijo—. No tengo hijos y todo lo que tengo se lo llevará mi sobrino, un tarugo pragmático sin la más mínima sensibilidad. Es un buen hombre, respeta a su mujer y quiere a sus hijos, pero no ha heredado ni un ápice de la maestría y excepcionalidad de su tío. No me importa que se quede con todo el dinero y con la empresa, después de todo la dirige desde que tuvo las capacidades necesarias para poder hacerlo. Pero dejarle la casa...

—Y entonces, ¿por qué duda?

Grace suspiró y dejó la taza sobre el carrito.

—Ese muchacho, el que quiere comprarla, no sé qué clase de persona es. Me he estado informando. Sé que es hijo de una de las familias más ricas de River Rock y que gestiona un fondo de inversiones, pero no he podido averiguar nada más. No me impresiona mucho su currículum, no es eso lo que me interesa de él.

—Yo le conozco —dijo Sienna sin pensar—. De hecho, quiere esta casa para... nosotros.

La cara de sorpresa de Grace resultó incluso divertida.

—¿Es tu novio?

Sienna asintió sin demasiado convencimiento y Grace frunció el ceño desconcertada.

—No pareces muy segura de ello.

—Bueno... todo ha ocurrido demasiado... rápido. Empecé a trabajar para él hace solo dos meses y vamos a casarnos en un mes.

—Si pensáis casaros es porque estáis enamorados. ¿O hay otra razón?

Sienna apartó la mirada con disimulo y cogió otro de los deliciosos emparedados de pollo que había preparado August. Fue arrancando miguitas que se llevaba a la boca como si estuviese alimentando a un pajarillo abandonado.

—Ahora veo por qué para él es tan importante comprar esta casa —dijo Grace, pensativa—. Lo hace por ti, porque este lugar es especial para ti.

Sienna no dijo nada para no desmentirla, era mejor que pensara así.

—Por algún motivo tú no tienes claro ese matrimonio y no creas que no te entiendo. Yo dudé mucho antes de casarme con Walter. Muchísimo. De hecho, hui de su lado cuando me lo propuso.

Sienna la miró sorprendida.

—Si de verdad es el hombre de tu vida sabrá encontrar el modo de convencerte —dijo sonriendo—. Me has dado un motivo para reflexionar. Hablaré con él y si me gusta, quizá le venda la casa. ¿Te gustaría vivir aquí?

Sienna miró a su alrededor y no tardó en responder asintiendo con la cabeza.

—Me encantaría.

—Bien. Y ahora dale un buen mordisco a ese emparedado, que parece que estés desplumando el pato de Acción de gracias.

—¿Puedo pedirle algo? —preguntó con timidez. Esperó a que Grace asintiera—. No le diga a Gerald que nos hemos conocido, si le vende la casa quiero que sea solo mérito suyo.

La anciana sonrió con ternura y aceptó.

Capítulo 12

Gerald miraba a través de la ventana la lluvia azuzada por el viento. ¿Cómo sería cuando solo pudiese escucharla a través de los cristales sin que sus ojos le mostrasen aquel espectáculo cotidiano en toda su plenitud? Se obligaba a no pensar en ello, pero en ocasiones, como en ese momento, sus pensamientos se liberaban de las cadenas autoimpuestas y venían a torturarlo. Cuando eso sucedía se sentía completamente inseguro y débil, como un niño pequeño que se ha soltado de la mano de su madre y se ve rodeado por desconocidos.

Respiró hondo y se obligó a recuperar el control devolviendo esos oscuros pensamientos al recóndito lugar en el que los mantenía escondidos. El rostro de Sienna se materializó entonces y una extraña emoción lo sacudió como el viento hacía con la lluvia. Desde el primer día, cuando firmó el contrato y empezaron a trabajar juntos, se dio cuenta de que las cosas no iban a ser exactamente como él las había planeado. Era una mujer demasiado temperamental, brillante y salvaje por momentos y tierna y sensible en otros.

Durante esos dos meses se había esforzado en mantener las distancias con ella. No aceptó las mil y una veces que trató de recordarle la amistad que compartieron de niños. No quería eso de ella. Tan solo debía ser su cómplice en aquel juego, su salvoconducto.

¿Cuándo se había resquebrajado el muro, dejando pasar la luz y la calidez que desprendía? ¿Cómo no se dio cuenta? Maldijo entre dientes sin saber contra quién blasfemaba. Desde que se besaron no había podido dejar de pensar en ella. Trató por todos los medios de recuperar su indiferencia y pensar en ella como una mera empleada, pero nada de lo que hacía servía para eso. Sabía que estaba siendo antipático, injusto a veces al regañarla cuando cometía algún error insignificante, pero no sabía de qué otro modo actuar para quitársela de la cabeza. Para no pensar

en besarla todo el tiempo cuando la tenía delante.

Sacó el móvil de su bolsillo y marcó su número.

—Mañana quiero que estés aquí a las ocho de la mañana —ordenó.

—Mañana es domingo —dijo Sienna algo confusa.

—El lunes te daré fiesta, pero mañana te necesito.

—¿Qué pasa mañana? El mercado está...

—No vamos a trabajar. Quiero ir a escalar y no puedo ir solo. Lo único que necesito que hagas es que me esperes abajo.

—¿Quieres que vaya contigo a escalar y que me quede esperándote sentada en una roca?

¿Cuánto tiempo tardas en hacer eso?

—Un par o tres de horas.

—¿Quieres que me quede esperándote tres horas?

Sienna se subió los calcetines de lana y se bajó de la cama en la que se había tumbado a remolonear mientras esperaba a que su madre la llamase para bajar a cenar. Miró por la ventana.

—Está lloviendo a cántaros.

—Lo sé. Mañana estará despejado y me gusta escalar después de un día de lluvia. Hace mucho que no lo hago y lo necesito. Si no quieres venir, iré solo.

¿Chantaje emocional? ¡Pues ve solo! —gritó en su cabeza—. *¿Qué podía pasarle? ¿Que perdiese la visión de repente a doscientos metros del suelo?*

—Está bien, iré —dijo entre dientes—, pero tendrás que pagarme extra. Y el lunes trabajaré igual.

—De acuerdo —dijo él y sin más colgó.

Sienna miró el móvil sin dar crédito.

—Eres un insoportable mandón, estúpido y arrogante —dijo hablándole al aparato—. No sé qué clase de educación te han dado, pero uno se despide de la gente antes de colgar. Imbécil.

Desde que ella lo besó su relación parecía haberse enturbiado. Y no es que él no respondiera a su beso. ¡Vaya si respondió! Lo escuchó jadear y no habían sido imaginaciones suyas, como todo

lo demás que pasó en su cabeza después del beso.

Volvió a la cama y se sentó con las piernas dobladas y apretadas la una contra la otra, como si eso pudiera detener lo que se había encendido allí abajo. Gerald era un completo imbécil y todo lo contrario del tipo de hombre que a ella le gustaba. Jamás tendría nada con él, aunque fuese el único hombre sobre la tierra... Bueno, nada, nada... Su forma de besar había estado a punto de hacerla perder el sentido. Si todo lo hacía así de bien...

Lo observó mientras sacaba todo lo que llevaba en la mochila y lo colocaba ordenadamente en el suelo.

—¿Qué haces? —preguntó Sienna.

—Compruebo que no me he olvidado de nada importante —dijo sin mirarla y con expresión concienzuda.

—Pero ¿esa no es la mochila que utilizas siempre?

—Sí.

—Entonces estará todo lo que trajiste la última vez, ¿no? ¿Para qué tienes que comprobarlo cada vez que vienes? ¿No es un poco inseguro? ¿Y qué pasa si te olvidas de un mosquetón? ¿No son suficientes los otros?

Gerald levantó la mirada y la posó en ella con evidente malhumor.

—¿Has visto esa pared?

Sienna siguió con los ojos el lugar al que señalaba su dedo índice. Era realmente alta. No entendía que nadie quisiera escalarla. Gerald volvió a su recuento y cuando estuvo satisfecho se puso de pie y empezó a colocarse el arnés.

—¿Tengo que estar mirándote todo el rato mientras subes o puedo darme una vuelta por aquí? —preguntó Sienna deambulando a su alrededor.

—Puedes hacer lo que te dé la gana. Si me quedo ciego de repente esperaré colgado del arnés a que regreses.

—No te vas a quedar ciego precisamente hoy.

—¿Eres adivina o algo? —Terminó de atarse las correas y se colgó la mochila a la espalda.

—Me quedaré cerca.

—Haz lo que te dé la gana —repitió él y se dirigió a la montaña que iba a escalar.

Sienna lo observó subir y enseguida quedó fascinada por su maestría en el asunto. Ella no tenía ni idea de escalada y suponía que era cuestión de poner el pie donde debía y sujetarse con la mano donde pudiera. Pero pronto comprendió que así no se llegaba muy arriba. Había que ir poniendo agarres según ascendías y asegurarse con la cuerda para poder seguir subiendo.

Cuando alcanzó una altura considerable el corazón de Sienna se aceleró inesperadamente. ¿Y si se caía?

—¿Esa cuerda es segura? —gritó—. No te despachurrarás contra el suelo, ¿verdad?

Gerald miró hacia abajo con movimientos controlados.

—No deberías hablarme —gritó—. Me desconcentras.

—Lo siento —se disculpó. Solo faltaba que se cayera por su culpa.

Voy a pensar que sabes lo que haces y que esa cuerda es segura, se dijo mentalmente.

A Sienna se le hicieron eternas las dos horas que tardó Gerald en subir y bajar. Cuando puso el pie en el suelo a punto estuvo de correr a abrazarlo. Gerald sonrió al ver su expresión aliviada.

—No confiabas mucho en mi buen hacer, veo.

—Has subido muchísimo —dijo ella con las mejillas arboladas y sin poder estarse quieta—. No me he podido mover de aquí, me duele el cuello de tener la cabeza todo el rato en la misma posición.

—No hacía falta que me vigilaras. Tampoco podrías hacer nada para ayudarme.

—¿Entonces, para que me has traído? —preguntó malhumorada.

—Por si me quedaba ciego de golpe, ya te lo he dicho, pero como mucho habrías tenido que pedir ayuda.

Sienna lo observó en silencio mientras se desprendía del arnés. Las mallas que llevaba eran demasiado ajustadas para su gusto y se esforzó en que sus ojos no se fueran directamente a donde ella no quería que fueran.

—¿Cuánto hace que haces esto? —preguntó para distraerse.

—Desde los catorce años —dijo mirándola a los ojos—, justo el verano que dejaste de venir a casa. Richard se marchó de vacaciones y Jessica se había echado nuevas amigas. Me aburría y decidí experimentar cosas nuevas. Al principio busqué paredes cerca de casa y cuando pude conducir empecé a desplazarme más lejos.

Sienna se paseó mirando a su alrededor.

—Este lugar es increíble —dijo admirada—, y no está muy lejos de River Rock.

—Si conduces, no —dijo él sonriendo—. Deberías replanteártelo.

—Me da miedo conducir —confesó—. No me gusta la idea de tener en mis manos algo que puede causar la muerte a alguien, aparte de a mí misma.

—Entonces no debes conducir. —Terminó de meter todo en la mochila y caminó hasta el coche para dejarla en el maletero.

Sienna lo observó mientras sacaba el pantalón que había dejado allí y vio que iba a quitarse las mallas por lo que se dio la vuelta rápidamente. Gerald sonrió con ironía, pero no dijo nada. Se limpió el sudor y se cambió de camiseta, aquello serviría hasta que llegase a casa y se diese una ducha. Cuando acabó, cerró el maletero y se acercó hasta ella con las manos dentro de los bolsillos de la cazadora deportiva.

—¿Quieres dar un paseo? —preguntó.

—Me encantaría. ¿No te importa?

Gerald se pasó las manos por el pelo húmedo para peinarlo y sonrió.

—En absoluto —dijo.

Caminaron tranquilos disfrutando del paisaje y la clama que allí se respiraba.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Sienna.

—La tierra y la hierba mojadas. Por eso me gusta tanto venir después de que haya llovido —respondió Gerald que seguía con las manos en los bolsillos de su cazadora.

—Mi abuela te regañaría por caminar con las manos en los bolsillos. Te diría que, si le tienes aprecio a tus dientes, nunca deberías caminar con las manos ocupadas, por si tropiezas y te caes.

Gerald sacó las manos de los bolsillos y se las mostró interrogante.

—Mucho mejor.

Sienna sonrió y Gerald se sintió extrañamente conmovido.

—Quieres mucho a tu abuela, ¿verdad?

—Muchísimo. Es una mujer maravillosa y me enorgullece que digan que me parezco a ella.

Ojalá.

—Yo también quería mucho a mi abuela.

—La señora Thorne —recordó Sienna de su infancia—. Era una mujer impresionante, a mí me daba un poco de miedo, la verdad.

—¿Miedo?

—«Tienes que ser más atrevida, Sienna Nevins» —citó imitando su profunda voz—. «Los muchachos no te tomarán en serio si eres tan blanda».

—¿Blanda? —Gerald soltó una carcajada, realmente la había imitado muy bien—. ¡Pero si eras un bicho!

—Pues ya ves que tu abuela no pensaba lo mismo.

—¿Qué quería? ¿Que me patearas la cabeza? Porque mis piernas estaban llenas de moretones por tu culpa.

—No te hagas la víctima ahora, que tú no te quedabas atrás.

—Siempre me estabas provocando. Reconócelo —exigió mirándola divertido—. En el fondo te encantaba que te persiguiese.

—Uy, sí, me volvía loca que me hicieras correr como una posesa hasta quedarme sin respiración.

Llegaron hasta un pequeño lago en el que estaba prohibido el baño.

—Qué pena —dijo Sienna acercándose al borde—. Sería un lugar magnífico para venir en verano.

—Hay corrientes subterráneas y no se sabe su profundidad. Es peligroso.

—Como la vida misma —musitó ella sin pensar.

Gerald la miró fijamente, pero Sienna estaba perdida en sus pensamientos y no se percató de su escrutinio. Pensaba en un día que Miles y ella habían ido de excursión. Se tumbaron sobre la hierba y hablaron del futuro. Ahora se daba cuenta de que Miles hablaba y hablaba, pero en ningún momento la mencionó a ella. Quizá siempre supo que no estaría en ese futuro. Suspiró librándose de esos pensamientos y al mirar a Gerald se sintió turbada por su mirada.

—¿Qué? —preguntó.

—Estabas... muy concentrada —dijo cambiando el «preciosa» en el último momento.

No lo pensó, Sienna agarró las solapas de su cazadora y tiró para atraerlo hacia ella. Su boca se plantó sobre la de él y lo abordó sin esperar autorización. Fue un beso profundo y rápido, tal como lo había empezado, lo acabó y se apartó de él como si le quemase su contacto.

—Me apetecía —dijo esforzándose en sonar tranquila, a pesar de que el corazón bombeaba tan fuerte que lo sentía rebotar en su pecho—. El lugar...

Gerald la agarró del brazo.

—A mí también me apetece —susurró.

Puso una mano en su nuca y la miró a los ojos antes de besarla. Sienna sintió que le temblaban las piernas y se agarró a él como a una tabla ardiendo. Su beso había sido salvaje, inesperado y rápido. El beso de Gerald fue suave y dulce. Calmó su espíritu al tiempo que incendiaba su cuerpo. La oyó suspirar, casi gemir y eso lo alentó a profundizar más, exigir más, tomar más... Sienna no opuso resistencia, se dejó abatir, se fundió con él sin pensar en nada que no fuese el sabor de sus labios y el calor de su lengua. Gerald percibió el peligro que se cernía sobre él, pero su mente solo podía pensar en poseerla.

Se apartó de golpe, casi empujándola sin soltarla. Se quedaron mirándose unos segundos en los que su cabeza permaneció nublada como un día de lluvia. Su imaginación no dejaba de mostrarle imágenes de Sienna en el suelo desnuda y él...

—Somos dos adultos con necesidades físicas —dijo Sienna de pronto, cargándose de un plumazo la erótica atmósfera que habían creado—. El cuerpo no entiende de responsabilidad y se excita con cualquier estímulo. Cualquier otra cosa interferiría en nuestros planes y sería estúpido

y dañino para ambos. Podríamos follar y quedarnos a gusto, pero eso podría complicarnos mucho la vida, así que sugiero que busquemos otros medios para nuestras necesidades.

—¡Vaya! —exclamó él tratando de ocultar lo muy decepcionado que se sentía—. Hay que reconocer que eres tremendamente romántica.

—¿Romántica yo? ¿Te recuerdo que mi novio me dejó el día de mi boda? Es difícil ser romántica con mi currículum. —Trató de sonreír sin que pareciese que iba estreñida.

—Y yo te recuerdo a ti que has sido tú la que me has besado... otra vez. —Que pensara en Miles en un momento así fue demasiado para él.

—Me irritas, eres molesto y al parecer eso me pone.

—Pues dado nuestro contrato te voy a «poner» muchas veces en los próximos meses.

Sienna arrugó la nariz como si oliese mal.

—Sabré controlarme, tranquilo. No soy una gata en celo.

—Por cómo me has metido la lengua en la boca, nadie lo diría.

—No todos podemos ser tan comedidos como tú —replicó molesta y se puso las manos en la cintura en actitud chulesca—. Yo tengo la sangre caliente y a veces se me calientan otras cosas.

—¿Me estás llamando frío? —Hizo una mueca irónica y extendió la mano para agarrarla, pero ella dio un paso atrás antes de que la alcanzara—. Creo que puedo demostrarte lo poco frío que soy aquí mismo.

—Como he dicho, debemos dejar las manos quietas y nuestras bocas a cierta distancia. Un metro estaría bien.

—Una distancia aséptica —dijo burlón.

—Exacto. No quiero tus microbios en mi organismo.

—Espero que lo recuerdes la próxima vez que te calientes y quieras comerme la boca —dijo Gerald sin poder evitar que su voz sonase irritada—. Y ahora volvamos, necesito ducharme.

Sienna se esforzó en caminar más rápido que él para no ir a su lado.

A partir de aquel beso los dos trataron de mantener su relación dentro de lo estrictamente profesional y solo cuando estaban en presencia de otras personas fingían un acercamiento más sutil, aunque nada acaramelado. Sienna estaba convencida de que Gerald creía que era una salida y que en cuanto le pusiera la mano encima se iba a tirar a su cuello. Claro que tenía motivos para pensar así. ¿En qué estaba pensando? ¡Lo había besado dos veces! Y no habían llegado a más porque algún dios del Olimpo se había compadecido de ella y no había permitido que llegase a ese punto de patetismo. ¿Tan necesitada estaba? Sí, era una mujer apasionada y su relación con Miles había sido de todo menos casta, pero tampoco es que fuese una ninfómana. ¿O sí?

—¿Cuánto hace que no echas un polvo?

Brooke la miró sorprendida por la pregunta.

—Pues... déjame pensar, creo que dos meses. Sí, dos meses. Salí con Clive un par de veces, ¿te acuerdas? No funcionó. En realidad, nos acostamos dos veces para asegurarme de que lo de la primera vez no fueron imaginaciones mías. Ya te conté que fue nefasto. Pero ¿por qué me preguntas eso?

—Trato de averiguar cuánto es normal.

—¿Cuánto es normal? ¿De qué hablas?

—Hace mucho que no me acuesto con un tío —dijo Sienna.

—Querrás decir que hace mucho que no te acuestas con Miles —Brooke se levantó del suelo y fue a la nevera a buscar dos cervezas.

—Eso.

La casa de Brooke era minimalista, como ella. Tenía los muebles justos y no tenía mesa ni sillas de comedor. Cuando Sienna comía con ella los domingos se sentaban en el suelo frente a una pequeña mesita auxiliar con patas de esas que permiten ponerla a diferentes alturas. Su cocina era completamente abierta y daba directamente al salón. Tampoco importaba, porque nunca cocinaba en casa. Le gustaban las verduras crudas y no comía apenas carne, aunque no era vegetariana, simplemente no le apetecía casi nunca. Así estaba ella, fuerte y esbelta como una espiga, con su cabello rubio y brillante.

—Ya va siendo hora de que pruebes otra verga, chica.

—¿Verga? ¿Qué eres ahora? ¿Un narco?

Brooke se llevó la botella a la boca y bebió aguantándose la risa.

—¿Y cómo la llamas tú? ¿Pito?

Sienna rompió a reír a carcajadas.

—¿Tan ñoña me ves?

—Pero si cuando éramos niñas te escabullías en el gimnasio para no tener que cambiarte con todas. Sienna, que son muchos años, ya.

—Uy, sí, mira la abuelita.

—Pero, venga, suéltalo, ¿a qué ha venido esa pregunta?

—Me he planteado acostarme con Gerald.

Brooke, que estaba dando otro trago a su cerveza se atragantó y empezó a toser desesperada. Cuando la pastelera recuperó la capacidad para respirar miró a su amiga, divertida.

—Se supone que estáis saliendo, ¿no?

—Ssssí...

—Ya.

—Es complicado.

—Y no debo preguntar —siguió Brooke.

—No.

—Vale. ¿Cuál es el problema de que os acostéis? ¿Perjudicaría en algo la relación que tenéis?

Sienna asintió, luego negó y finalmente asintió con más efusividad.

—Pues entonces tendrás que buscarte otro «consuelo» para lo tuyo. Al menos hasta que se acabe lo que sea que estáis haciendo. Porque, sea lo que sea, no veo a Gerald del tipo de tío que acepta que su «novia», por muy novia falsa que sea, se vaya por ahí de parranda con otros tíos.

—¿Tú ves normal que me ponga? Es tan, tan...

—¿Tan guapo? ¿Tiene un cuerpo de dios griego? ¡Hasta yo me lo tiraría, Sienna!

—¿Sí?

—Pues claro que sí. Está para hacerle un traje de saliva.

—Pero qué burra eres.

—Y tú qué fina.

Aunque no lo dijo en voz alta, se quedó más tranquila después de hablar con Brooke. Estaba claro que a ella no le pasaba nada, que lo que sucedía con Gerald no tenía nada que ver con sus sentimientos ni esas puñetas. Era algo físico. Él estaba buenísimo y ella estaba muy necesitada. Solo eso.

Capítulo 13

—Estamos organizando todo para la cena —dijo Bethany con una enorme sonrisa cuando Sienna entró en la cocina a buscar su café, como todos los días—. Tu madre ha preparado un menú increíble. Quiero que sea muy especial por si es su último cumpleaños soltero.

Sienna sintió aquel pellizco en el corazón y evitó la mirada de su madre temerosa de que pudiese verlo.

—¿Has traído ropa para cambiarte? —preguntó Bethany señalando la bolsa que sostenía en la mano.

—Sí, así no tengo que salir antes y puedo aprovechar para trabajar hasta el último momento.

—Hay que ver qué eficiente eres. Hace mucho que no ves a los chicos, ¿verdad?

—¿Quién viene? —preguntó con curiosidad.

—¿Gerald no te lo ha explicado? Este muchacho. —Movi6 la cabeza con pesar—. Pues... Julie y su marido Osmond, Caroline y su hermano Richard, y Roberta Duncan. A Roberta es a la 6nica que no conoces, creo.

—No...

—Roberta es bailarina —explic6—. Ahora trabaja en el *Ballet* Nacional de la Opera Griega y vive en Atenas, por eso la vemos poco...

Sienna dej6 la bolsa sobre un taburete y cogi6 una taza para ponerse caf6.

—Por supuesto te quedar6s a cenar —sigui6 Bethany—. Seguro que acab6is a las mil y no es plan que tengas que marcharte a esas horas. Puedes dormir con Gerald o en la habitaci6n en la que te quedabas cuando eras ni6a, t6 decides. Por si acaso le he pedido a Mary que la prepare.

—Me acuerdo de esa habitaci6n —respondi6 Sienna—. ¿Todav6a tiene aquellas cortinas de

crochet? Creo que Jessica y yo no las tratamos demasiado bien.

—No, hija, no, aquellas cortinas fueron insalvables.

—Lo siento —dijo volviendo a coger la bolsa—, espero que no me lo tengas en cuenta. Tengo que subir ya o llegaré tarde.

—Déjame la bolsa y colgaré tu ropa para que no se arrugue —dijo Isabella.

—No quiero molestarte, mamá.

—Anda trae. —Su madre se la quitó de la mano con suavidad y Sienna la besó en la mejilla.

—Gracias, mamá.

Isabella la observó mientras se alejaba y suspiró.

—¿A qué vienen esos suspiros? —Bethany la miró con el ceño fruncido—. Desde que te conté lo que había entre ellos estás así.

—Así, ¿cómo?

—Así, mustia. ¿Piensas que mi hijo la va a tratar mal?

—No es eso, Bethany. Quiero a Gerald como si fuese mi hijo y sé que es un joven maravilloso.

—¿Entonces es porque va a quedarse ciego?

Isabella la miró con expresión culpable.

—No voy a engañarte, eso me preocupa, pero ¿no te parece todo demasiado precipitado? Me resulta muy raro. Los he visto pasear juntos y no parecen dos enamorados.

—¿Y crees que ellos no saben que los veías? Son nuestros hijos, seguro que han tratado por todos los medios de que no nos enterásemos.

—Y, sin embargo, los encontrarse besándose justo cuando les llevabas el té de la tarde. Un té que les has estado llevando todos los días a la misma hora...

—Estás paranoica.

—Es posible, pero conozco muy bien a mi hija y sé cómo se comporta cuando está enamorada.

Bethany entrecerró los ojos pensativa, pero después de unos segundos se deshizo de todos aquellos enrevesados razonamientos y decidió seguir creyendo la versión de su hijo. Después de

todo era la que la hacía más feliz.

Sienna se acercó a él y Gerald sintió que su corazón se aceleraba como los pistones de un motor.

—Feliz cumpleaños —dijo Sienna besándolo en la mejilla—. Te he traído un regalo.

Le dio una caja negra. Gerald frunció el ceño y movió el objeto ligeramente. Algo se movió en su interior, algo que se deslizaba con rapidez.

—¿Qué es?

—Un Mortal 0 —dijo ella sonriendo.

—Perdona mi ignorancia, pero ¿eso qué es?

—Es una especie de puzle sensorial. Dentro tiene un laberinto con una bolita. No hay nada en su exterior que te indique cómo es ese laberinto, de manera que para liberar la bola debes utilizar tus otros sentidos. Es el modelo más difícil, los otros, hasta llegar a este, tienen un plano del laberinto y, además, se pueden desmontar, si te pierdes, para volver a empezar. Con este no hay nada de eso, solo una caja negra y tus sentidos.

Gerald frunció el ceño desconcertado.

—¿No te gusta? —La voz de Sienna mostró su desilusión.

—Es un regalo... peculiar.

Sienna suspiró y se encogió de hombros.

—El reloj de diamantes y el viaje a la luna estaban agotados, tuve que conformarme con esto. Siento que no sea de tu agrado.

—¿Quién ha dicho que no me guste? —dijo él un poco áspero.

—Será mejor que nos pongamos a trabajar —dijo caminando hacia el escritorio que Gerald había hecho colocar para ella junto al suyo—. Por cierto, la bolita está fija hasta que la activas, pero no pude resistir la tentación y me pasé la noche intentando resolver el puzle, así que me temo que he aumentado la dificultad. Sé que no es muy adecuado utilizar algo que vas a regalar, pero

como tampoco te ha gustado mucho...

Gerald estalló en sonoras carcajadas.

—Ahora sí es un regalo estupendo —dijo sin dejar de reír—. Saber que no has podido resolverlo hará que el éxito sea aún más satisfactorio.

—Qué infantil eres —dijo mirándolo con una ceja levantada—. Siempre obsesionado con ganar.

—Pues tú no te quedabas atrás. Aún recuerdo aquella vez que te golpeaste contra una columna por llegar antes que yo hasta Jess.

—No estoy segura de que no me empujaras.

—No te rocé siquiera, estaba demasiado ocupado tratando de impedir que me ganaras.

—Pues no lo conseguiste.

Gerald la miró sorprendido y volvió a reír a carcajadas.

—¡Tenías la cara llena de sangre que no paraba de brotar de tu nariz! Me dijiste que buscara ayuda y después echaste a correr hacia Jess. Eso fue trampa.

—Se te quedó una cara de idiota... —Sienna empezó a reír también al recordarlo—. Solo por verte esa cara valió la pena el trompazo que me di, que dolió muchísimo, por cierto.

—No me extraña, creo que temblaron los cimientos de la casa.

—Muy gracioso. Vamos a trabajar, que hoy será un día complicado. ¿Has visto Warmant? No sé si mi análisis ha sido correcto.

—Es una empresa sólida, sus beneficios el año pasado confirman tus apreciaciones, y los dividendos, también.

—Pero mira estas señales —dijo Sienna abriendo la pantalla de la empresa en su ordenador y mostrándole los gráficos.

—Lo sé, es una caída brusca...

—Justamente cuando Julien anuncia la compra de Startiks. No me parece poca cosa, me da un poco de miedo —dijo ella mirándolo con preocupación—. Creo que debería cerrar parte de mis posiciones. No digo de venderlo todo, pero sí que aseguremos parte de la inversión. Por si acaso,

Gerald, me sentiría más tranquila.

—Está bien —dijo él después de unos segundos—. Si es lo que piensas, adelante. Es tu dinero.

Ella lo miró entornando los ojos.

—¿Tú no lo harías?

—Nop.

Gerald se fue hacia su silla con el puzle en la mano y toda su atención puesta en la bolita que se deslizaba en su interior.

—¿No crees que pueda ser una reversión?

—Nop.

Sienna se sentó pensativa. Él era el experto y si no estaba de acuerdo con ella debía tenerlo en cuenta. Era mucho dinero el que estaba en juego, dinero que era suyo y se sumaría al resto del pago.

—Está bien, mantendré mis posiciones.

—Yo compraría más.

Sienna miró la pantalla y aquella aparentemente imparable caída en el precio de las acciones de Warmant. ¿En serio quería que metiese más dinero allí?

—No hagas lo que yo digo, eso no te hará una buena inversora. Haz lo que te dicte tu corazón —dijo él.

—¿Como hice con Starbucks?

—Eso fue un fallo de novata.

—Si tú lo dices...

Gerald no respondió, estaba demasiado concentrado en su juguetito. Sienna suspiró y movió la cabeza.

—En el fondo es un crío —susurró para sí y se puso a trabajar.

—Deberías ir a arreglarte para la cena —dijo Gerald sacándola de su abstracción.

Sienna miró el reloj y lanzó un exabrupto.

—¿Cómo no me has avisado antes? —dijo poniéndose de pie—. Quería darme una ducha y arreglarme el pelo...

—¿Qué le pasa a tu pelo? —dijo él cogiendo uno de sus mechones y acariciando entre los dedos.

Sienna se apartó incómoda. Desde que se besaron sentía su presencia como una amenaza, no porque pensara que podía hacerle algo sino porque temía hacerlo ella.

—Ya da igual porque no me da tiempo —se lamentó.

—Tu madre ha dejado la ropa en mi habitación —dijo él sonriendo perverso al ver la turbación en su rostro. Se sentía más cómodo si era ella la que se veía afectada—. Es lo lógico, ¿no crees?

—¿Y tú dónde te vas a cambiar? —preguntó titubeante.

—¿Dónde crees?

—Pero...

—Tranquila, puedo meterme en el baño, así no tendrás que verme desnudo. Si no quieres, claro.

—No quiero —dijo con demasiada precipitación y sus ojos la traicionaron sin que pudiera impedirlo.

Gerald afianzó su sonrisa.

—Ve a ducharte, tranquila, hay tiempo suficiente. Yo me quedaré un poco más e iré cuando hayas salido.

Sienna se apresuró a marcharse sin mirar atrás. Se había puesto demasiado nerviosa para que sus disimulos surtieran efecto.

Gerald se quedó mirando la puerta cerrada con expresión reflexiva. De repente le había venido un recuerdo a la mente. En su décimo cumpleaños Sienna rompió una jarra de cristal y cayó de culo sobre los cristales al hacer una voltereta en el aire que vieron en una película. Se preguntó si aún tendría la cicatriz.

Sienna salió del baño envuelta en una enorme toalla y con el pelo desenredado. Al final decidió arreglarse el pelo. No pasaba nada porque ella se retrasara, nadie iba a echarla de menos. Sacó el secador de la bolsa que su madre había dejado sobre el banco que estaba colocado a los pies de la cama de Gerald. No pudo evitar mirar aquella cama con curiosidad preguntándose cómo dormiría. ¿Usaría pijama o sería más de dormir en calzoncillos?

—¿Puedo pasar? —preguntó Gerald desde la puerta.

—Sí. —Con el secador en la mano esperó a que entrase—. ¿Vas a darte una ducha? ¿Dónde puedo secarme el pelo?

—Puedes enchufarlo ahí —señaló un enchufe situado a un lado de una cajonera—. Aunque a mí no me importa si lo haces en el baño.

Sienna no respondió y se dirigió a la cajonera mientras Gerald se metía al baño y dejaba la puerta entreabierta. Bajó la cabeza para airear el cabello mientras lo secaba y lo agitó con la mano para ayudar a que fuese más rápido. Después de unos minutos apagó el aparato y lo cepilló repetidamente dejándolo sedoso y sin enredos.

Cuando se giró se topó con la mirada escrutadora de Gerald observándola.

—¿Qué miras?

—Buscaba una cicatriz —dijo con una sonrisa burlona.

Sienna se llevó automáticamente una mano al trasero para asegurarse de que la toalla llegaba hasta donde debía.

—No puedes verla.

Gerald se acercó y Sienna se sintió intimidada por su presencia. Él tan solo llevaba una pequeña toalla sujeta en un lugar estratégico, por debajo de su cintura, que permitía ver sus abdominales en toda su extensión, desde los superiores a los inferiores. Resultaba muy difícil que la mirada no siguiese su recorrido imaginando lo que se ocultaba debajo.

—Cuando estabas inclinada con la cabeza hacia abajo para secarte el pelo...

Sienna se llevó la mano a la boca para ahogar una maldición.

—No es la primera vez que te veo el trasero, Sienna. Te recuerdo que te quité alguno de los cristales que se te clavaron.

«Cierto», pensó ella, «pero entonces éramos unos críos». Levantó la cabeza tratando de restablecer su orgullo.

—¿Vas a aprovechar la cena para hacer el anuncio? —preguntó de pronto sorprendiéndose a sí misma.

Gerald frunció el ceño.

—¿Lo de... nuestra boda? —Hizo un gesto señalándolos a ambos.

Sienna asintió.

—No —dijo rotundo.

Sienna sintió una punzada de algo que podría ser identificado como decepción, pero no aceptó esa percepción por considerarla poco razonable. ¿Por qué iba a sentirse decepcionada? Aquello no era una relación auténtica, tan solo un teatro por el que ella iba a recibir mucho dinero.

—Perfecto —dijo sonriendo para fingir despreocupación—, solo quería saberlo para no meter la pata. Será mucho más sencillo así.

Gerald se acercó un poco más y Sienna habría dado un paso atrás si hubiese podido moverse. Ella fijó la mirada en sus labios y sintió un irrefrenable deseo de sentirlos en los suyos. Pero esta vez fue él quien tomó la iniciativa y tomó su boca como quien tiene ante sí un manjar que sabe que no debe probar, pero que desea con todas sus fuerzas. Su sabor se inyectó en él como una droga, estiró los brazos para rodearla con ellos y atraerla hacia su cuerpo mientras su lengua se movía suave pero exigente. Fue un beso letal porque acabó por completo con toda resistencia.

Sienna se dejó elevar cuando Gerald la agarró por las nalgas y enredó sus piernas alrededor de él como la hiedra que serpentea por el tronco que ha invadido. Se aferró a su cuerpo con brazos y piernas y dejó que la llevara hasta la cama. Sus bocas no daban tregua y se comunicaban con los gemidos de un lenguaje ancestral.

Ni siquiera se dieron cuenta en qué momento se libraron de las toallas. Las manos de Gerald se deslizaban suaves sobre la piel brillante de Sienna y la contemplaba como quien tiene ante sí

una joya que le había pasado desapercibida.

—Es solo sexo —dijo ella de pronto—. No significa nada, tan solo es sexo.

Gerald se detuvo cuando su boca iba directa hacia el botón de uno de sus pezones. Levantó la cabeza, confuso, con la mirada vidriosa y la respiración agitada.

—Se trata solo una necesidad física —siguió Sienna como si estuviera fuera de su cuerpo y viera la escena de pie junto a la cama—. Será como hacernos una paja el uno al otro.

Gerald frunció el ceño mientras su corazón bajaba lentamente de pulsaciones. Se incorporó y se apartó de la cama.

—Tienes razón —dijo Sienna apoyándose en los codos—, esto es lo mejor, debemos centrarnos en el plan, no desviarnos. Formamos un equipo, es mejor no entrar en...

Él la miró como si estuviera loca y fue en busca de la toalla para volver a colocarla alrededor de su cintura, aunque no es que tuviese nada que proteger, ella lo había visto en toda su extensión. Se dirigió al baño y cerró la puerta tras él de un portazo.

Sienna miró su cuerpo desnudo y con un gruñido de rabia se dejó caer de nuevo sobre la cama tapándose la cara con las manos.

Capítulo 14

A Julie la conocía desde pequeña, pero Osmond, su marido, que era de Wisconsin, era un completo desconocido para ella. Claro que Julie y Osmond no se movían en los mismos ambientes que ella, igual que Caroline y su hermano, Richard. Aquellos jóvenes eran hijos de las familias más ricas de River Rock, incluso de las más ricas de toda Montana.

Sienna sospechaba que su presencia iba a resultar «chocante», pero estaba bien entrenada para ello. Después de todo era la hija de la cocinera y el jardinero de los Craddock, algo que nunca la había avergonzado por mucho que lo «comentaran despreocupadamente» los amigos de Gerald y Jessica, cuando eran niños.

Julie parecía sacada de una revista del corazón. Llevaba un vestido verde, con encaje en el escote y un fino cinturón que marcaba su cintura. La falda era plisada y caía con movimiento fluido un par de centímetros por encima de la rodilla. Llevaba unos altísimos zapatos de tacón de los que a Sienna le costó apartar los ojos. A Miles le encantaba que llevara zapatos de tacón alto y ella se esforzaba en utilizarlos a pesar de su negado estilo para caminar sobre ellos.

—Sienna, ¡cuánto tiempo! —exclamó dándole dos besos—. Estás estupenda, como siempre. Te presento a mi marido, Osmond. Ella es Sienna Nevins, una buena amiga de los Craddock. Jugábamos de niñas siempre que veníamos a casa de Gerald, sobre todo en sus cumpleaños.

A Sienna le sorprendió aquella presentación y que no hubiese mencionado la relación que unía a las dos familias. Tal como lo había dicho pareciera que ella pertenecía a su elitista grupo.

—Encantado de conocerte —dijo Osmond con una brillante y cálida sonrisa.

—Igualmente.

Osmond debía rondar los treinta y pico y tenía la actitud relajada de quien sabe que no tiene

nada de lo que preocuparse. Era atractivo a su manera y encajaba a la perfección con su esposa, a la que miraba con cariño.

—¡Sienna! —Los enormes y azules ojos de Caroline la analizaban con interés—. Pero, mírate. ¿Cuánto hace desde la última vez que nos vimos? ¿Diez años?

—Doce —respondió Sienna—. Yo tenía catorce.

—Entonces yo también porque tenemos la misma edad. ¡Oh, qué tiempos aquellos! —exclamó y después le dio dos besos—. Richard, di hola a Sienna.

—Hola, Sienna.

¡Dios bendito! ¿Ese era Richard Sand? No podía ser el mismo Richard que ella recordaba. Aquel muchacho delgaducho y huraño de timidez casi enfermiza, que se mostró siempre distante y frío con ella. Ahora tenía delante a un hombre alto, rubio, de anchos hombros y fuertes brazos que la miraba con unos ojos azules demasiado oscuros para ser reales.

Richard se acercó a Sienna y la besó en la mejilla, con una de sus manos colocada estratégicamente en su espalda con aparente descuido. Estaba claro que no quedaba nada de aquel muchacho, sus ademanes seguros y seductores hablaban por sí solos. Aquel hombre desprendía feromonas en cantidad y trataban de comunicarse directamente con una parte muy delicada de su anatomía. Cuando se apartó deslizó su mano de tal forma que Sienna sintió un escalofrío.

—Cuánto tiempo... —dijo él con voz aterciopelada.

¡Por Dios! —La voz de Brooke sonó en su cabeza—. *Hay que ver lo necesitada que estás.*

—Mucho —dijo en voz alta y no estaba segura a cuál de los dos había contestado.

—A Roberta no la conoces.

Gerald la sujetaba del codo con gran delicadeza y a Sienna no le pasó desapercibida la tensión que había entre ellos. La joven era una exótica morena de largo cabello ondulado en rotundos rizos, unos ojos color negro azulado y la boca más sensual y bella que Sienna hubiese visto jamás. Llevaba un vestido blanco nacarado que se ajustaba a su cuerpo como un guante, marcando suaves arrugas con cada movimiento. No llevaba ningún adorno, ni pendientes ni colgantes, tan solo una pulsera de brillantes en la muñeca izquierda y un anillo con un enorme

pedrusco en la derecha.

—Roberta Lincoln, Sienna Nevins.

Las dos se besaron en las mejillas con naturalidad y Sienna le mostró una sonrisa franca a la que Roberta no respondió.

—Encantada de conocerte —dijo Roberta con tono amable y voz suave.

«¿Es que no hay nada que no sea perfecto en esta mujer?» Se preguntó Sienna esforzándose en mantener un semblante inexpresivo al responder a su frío saludo.

—¿No vas a ofrecernos algo de beber? —preguntó Roberta mirando a Gerald.

—Así que trabajas con Gerald —Caroline la cogió del brazo y se la llevó a un lado mientras los otros se servían algo de beber—. Sé que estudiaste Economía, tus padres están enormemente orgullosos de ti.

Caroline tenía una expresión tan agradable que Sienna sintió un repentino sentimiento de culpa por haber dudado de ella. Había dado por hecho que se habría convertido en una esnob. Su aspecto era impecable y sus ademanes desprendían una elegancia casi excesiva. Llevaba unos pantalones negros de una tela preciosa, con una raya muy marcada y cinturilla alta que realzaba su figura. Arriba, una blusa blanca con mangas abullonadas y pequeños volantes en cuello y puños. Sus zapatos eran mocasines y se había sujetado el cabello rubio en un moño dejando que tomaran protagonismo los largos pendientes de los que colgaba una pequeña piedra azul. Todo su atuendo era de máxima calidad, pero lo llevaba como si no fuese consciente de ello, sin presunción ni arrogancia. Era la misma Caroline de sus juegos infantiles, consciente de que tenía dinero, pero sin la estupidez de creer que ha hecho algo para merecerlo.

Se sentaron en sendas butacas y Sienna cruzó las piernas en un gesto mecánico. Se fijó entonces en sus zapatos de medio tacón y estiró la corta falda de su vestido granate. Definitivamente no estaba a la altura de todos ellos. Sus ojos se cruzaron con los de Gerald que parecía estar tratando de atravesar la capa de hueso de su cráneo para entrar en su cerebro. Se llevó una mano al cabello, con disimulo, su instinto la empujaba a asegurarse de que la coleta estaba bien apretada, pero sabía que aquel gesto no estaba permitido, así que rezó mentalmente

porque todo estuviese en su sitio y se encomendó a la diosa de la etiqueta y las buenas formas, deseando que en el Olimpo tuviesen alguna.

—¿Y qué tal te va todo? —preguntó desviando el interés—. Sé que tienes una galería de arte en la calle principal.

Caroline asintió con la cabeza

—Estudié Bellas Artes, ya sabes que de niña me gustaba mucho dibujar y, bueno, tampoco es que sea una vocación de esas que hacen que sea el centro de tu vida, pero me gusta y me va bien...

Mientras escuchaba a Caroline, Sienna utilizaba la visión periférica para observar a Richard con disimulo. Se había vestido como alguien que se sentiría más cómodo en un bar con una cerveza en una mano y un palo de billar en la otra. Un pantalón negro que se ajustaba a sus fuertes piernas sin ser estrecho, una camisa blanca y una cazadora de cuero. En un descuido desvió la mirada y se encontró con que sus ojos la observaban con una inquisitiva expresión, mientras sus labios permanecían en un reposo expectante. No sabía si catalogarlo como guapo sería justo, el puente de su nariz y una mandíbula demasiado rotunda lo cuestionaba. Era atractivo y extremadamente masculino, del estilo de hombre que una espera ver en una película de caballeros con espada.

Sienna descruzó las piernas y contuvo el impulso de aplaudir cuando vio que se acercaba a ellas con sendas copas de vino.

—Gracias —dijo al tomar la suya.

Richard sonrió y regresó a buscar otra para él.

—...me casé hace dos años —seguía Caroline—, y me separé hace dos meses. El dos siempre ha sido un número importante en mi vida, pero el tres es mi talón de Aquiles, así que cuando supe lo de su amante, se acabó. Por suerte no tengo hijos, así que puedo seguir con mi vida como si este desagradable episodio no hubiese sucedido.

Sienna apartó la mirada con disimulo y se llevó la copa a los labios para no tener que comentar nada al respecto. Julie, que llegó junto a ellas en ese momento, había escuchado la última parte de la conversación.

—Yo tengo una niña —dijo acercando una silla para sentarse—. Se llama Tammie, luego te enseño una foto, tengo el móvil lleno.

Sienna sonrió al tiempo que asentía.

—No te vas a pasar toda la noche hablando de Tammie —le advirtió Caroline—, por muy adorable que se la niña.

—No, tranquila —dijo Julie sonriendo y después miró a Sienna con complicidad—. Las madres somos horribles, solo sabemos hablar de pañales, biberones y cosas así.

—¿Cuánto tiene?

—Cuatro meses. No pude darle el pecho, no me subió la leche, así que me recuperé enseguida —explicó al tiempo que se erguía poniendo una mano en el abdomen para evidenciarlo.

—¡Oh, Sienna! No la provoques o no parará en toda la noche. Si hemos de hablar de cosas aburridas, hablemos de hombres —pidió Caroline.

—Tu tema favorito —dijo Roberta acercándose también.

—¿El tuyo no? —preguntó Caroline mirando a la exuberante y exótica ex novia de Gerald—. ¿Qué ha sido de ese modelo con el que has estado saliendo? Os vi en una revista en la peluquería.

—Era falso. Solo salimos a cenar un par de veces —aclaró Roberta antes de llevarse la copa a los labios.

—¿Falso? —Caroline la miró sin disimular su disgusto—. ¡No me digas! Qué pena, porque era igualito a Henry Cavil.

—Pero no era Henry Cavil —dijo Roberta sonriendo—. Tú mejor que nadie deberías entender que no solo de músculos vive la mujer.

—El problema de Donald no eran sus músculos, precisamente —dijo Caroline—, lo cierto es que eso es lo único que hizo soportable mi matrimonio.

Roberta sonrió con ironía y Sienna se preguntó por qué la hacía sentir tan pequeña.

—¿Y tú, Sienna? —preguntó mirándola—. ¿Hay algún hombre en tu vida?

Julie y Caroline se miraron incómodas y el silencio se volvió denso, espeso como la mantequilla. Gerald giró la cabeza instintivamente y Sienna sintió sus ojos clavados en ella.

—¿Ya sabéis adónde iréis este verano? —Caroline deshizo la tensión de un plumazo—. Yo me estoy planteando hacer un crucero, dicen que se conoce a muchos hombres y está claro que yo necesito conocer hombres. Al menos uno, que tampoco es que yo sea muy promiscua que digamos.

—También dicen que desaparece mucha gente en los cruceros —apuntó Julie.

—¿De qué hablas? —La sorpresa en el rostro de Caroline era mayúscula.

—Leí un artículo el otro día...

—Ya estamos. —Caroline se giró hacia Sienna—. Julie siempre ha leído algún artículo que viene al caso de lo que se habla.

—Es cierto —confirmó Osmond colocándose junto a su esposa—. Por eso siempre sabe de cualquier tema que se hable.

—Es un pozo de sabiduría —dijo Gerald uniéndose al grupo seguido por Richard a corta distancia.

—Lo que quieren decir es que es repelente —contradijo Caroline riendo.

—Los repelentes sois vosotros —respondió Julie, y les sacó la lengua.

—La cena está lista, chicos —dijo Bethany con voz cantarina—, vamos al comedor.

—¿Qué le pasaba al Ford Torino, Osmond? —preguntó Clifton durante la cena.

—Nada grave —respondió el otro con expresión de alivio—. Se lo llevé a Winston y lo arregló sin problemas, pero me llevé un buen susto.

—Osmond colecciona coches antiguos —explicó Julie en voz baja a Sienna, que se sentaba a su lado—. Tenemos un garaje más grande que nuestra casa.

Su esposo la miró con sorna.

—Mira que llegas a ser exagerada.

Julie le lanzó un beso desde el otro lado de la mesa.

—¿Te gustan los coches antiguos, Sienna?

—No me gustan los coches, así en general —dijo ella cortando un pedacito de pescado para

después llevárselo a la boca—. No tengo el permiso de conducir y no entiendo nada de vehículos.

—¿Y cómo haces para moverte? —preguntó Roberta—. Yo no podría vivir sin la independencia que me da mi Chevrolet.

—Ni yo, la verdad —compartió Caroline.

—Bueno, no es que me mueva mucho —confesó Sienna—. No salgo apenas de River Rock y voy a todas partes caminando...

—¿No sales nunca de este pueblo? —Roberta dejó el cubierto en el plato y se limpió los labios con la servilleta—. No puede ser.

No he dicho nunca, listilla. Sienna sonrió entre divertida y avergonzada. Todos la miraban como si acabase de salirle un tercer ojo en la frente.

—Espero que me dejéis acabar de cenar antes de quemarme en la hoguera.

Un brillo divertido apareció de improviso en los ojos de Gerald.

—¿Has sufrido algún accidente? —preguntó Richard con curiosidad.

—No, no, no es nada de eso, simplemente no me gusta. Prefiero caminar, ir en bici... Me gusta disfrutar del camino y no me importa tener que salir antes de casa para llegar a tiempo.

—Pero hay lugares a los que no se puede ir caminando o en bicicleta, mujer —dijo Julie.

—Por eso casi no salgo de River Rock. Solo cuando alguien conduce. —Miró a Gerald un instante y él apartó la mirada, incómodo.

—Claro, tu lógica es aplastante —dijo Roberta—, pero muy limitadora.

—¿Tú crees? —preguntó Sienna—. No veo por qué debemos vivir todos del mismo modo, hacer las mismas cosas o aspirar a las mismas metas. Yo me siento afortunada de haber nacido aquí. Adoro estas montañas y disfruto de las cosas sencillas, como tomarme un café en el bar de Ervin y para eso no necesito un coche.

—¿El bar de Ervin? ¿Te refieres a Ervin... Gemmell? —Richard la miró sorprendido.

—Sí, ese Ervin —respondió incómoda. ¿Cuándo iba a aprender a pensar antes de hablar? Roberta comprendió que allí había algo que ella no sabía.

—¿Qué pasa con ese Ervin? ¿Es alguien famoso en River Rock? —preguntó mirando a

Richard.

—Nnnno... es, bueno..., conocemos a su hijo.

Roberta frunció el ceño. ¿Qué había de peculiar en que conociesen al hijo del dueño de un bar?

De nuevo aquel silencio incómodo en la mesa.

—A mí también me encanta el café que hace Ervin —dijo Clifton—. Lo conozco desde que trabajaba en ese mismo bar, pero como camarero; mucho antes de que se hiciese con él.

—Nos lo presentó Bonnie —recordó Bethany—. Menudo carácter tenía Bonnie, ¿verdad, Clifton?

—Era una mujer de armas tomar —asintió su esposo.

—Si ella hubiese querido...

—No digas tonterías, cariño, yo solo tenía ojos para ti. Igual que ahora.

—Ya, ya...

Sienna los miró a ambos sin poder disimular su sorpresa. ¿Clifton y la esposa de Ervin?

—No pongas esa cara, Sienna —dijo Bethany sonriendo—, éramos jóvenes y teníamos las hormonas muy alteradas, pero me consta que Bonnie siempre estuvo locamente enamorada de Ervin.

—Como yo de ti —insistió Clifton y su esposa le guiñó un ojo con expresión cómplice.

—Puedo confirmar que el café de Ervin es el mejor que he probado —dijo Gerald evaporando la nube de los pensamientos de Sienna que había viajado a un lugar de su mente que permanecía cerrado con candado—. Y ahora podríamos hablar de un proyecto en Ruanda en el que ha estado involucrado alguien de esta mesa...

Todos miraron a Richard y lanzaron exclamaciones de ánimo y felicitaciones que despertaron la curiosidad de Sienna.

—¿Has vuelto satisfecho? —preguntó Bethany.

—Muy satisfecho —respondió el interpelado—. Han sido unos meses de mucho trabajo, de ir y venir constantemente, pero ya está todo organizado y en funcionamiento.

—¿Has resuelto todos los problemas de los que me hablaste? —preguntó Clifton.

—Así es —admitió—. El proyecto era ambicioso y sabíamos que surgirían problemas, pero con la colaboración de todos encontramos el modo de solucionarlos.

—Richard ha financiado un internado para niñas en Ruanda —dijo Julie mirando a Sienna—. Además de conseguir el dinero diseñó el proyecto y ha pasado largas temporadas allí, los últimos seis meses, trabajando en su construcción.

—En realidad, he estado trabajando para la ONG «Somos más» —aclaró él—. Ellos son los verdaderos artífices de lo que se ha hecho allí, lo mío es solo un granito de arena.

—¿Y por qué un internado? —preguntó Sienna, que no sabía nada de la ONG que había mencionado.

—El proyecto inicial era crear una escuela de formación profesional —explicó Richard—, querían que las niñas pudiesen estudiar costura, hostelería y agricultura para ayudar a crear un tejido social femenino más fuerte en la zona. Un grupo de la ONG se instaló en el lugar en el que pensaban construir la escuela, algo simple y sin demasiada infraestructura. Pero descubrieron que el proyecto tenía mucha demanda, se apuntaron muchas más niñas de las que esperaban, y la mayoría tenía que recorrer muchos kilómetros para llegar, con los consiguientes peligros y dificultades que eso entraña para esas niñas. Ya había colaborado con ellos en otros proyectos y me pidieron ayuda con este. Mientras lo estudiaba me di cuenta de que podría hacerse algo más, un lugar en el que pudieran vivir el tiempo que estuviesen estudiando. Les pareció una idea genial, pero no tenían presupuesto para ello...

—Y a Richard se le ocurrió financiarlo —sentenció Caroline, que llevaba meses sin escuchar hablar de otra cosa en su casa que no fuese el internado de Ruanda y, aunque quería muchísimo a su hermano, hasta el helado cansa si lo comes a todas horas.

—Vamos, que les ha hecho un campus en medio del desierto —dijo Bethany sonriendo.

—Es algo sencillo, pero funcional —asintió Richard—. Al principio no estábamos seguros de cómo aceptarían la idea en su entorno, todavía hay muchos prejuicios contra nosotros allí, pero al final se han apuntado ciento veinte alumnas.

—Por supuesto nos ha hecho colaborar a todos —dijo Julie.

—A la mayoría de sus amigos —confirmó Caroline.

—Para esto estáis —añadió él sonriendo.

—Nunca lo habría dicho... —musitó Sienna, perpleja.

Richard se inclinó por delante de Julie para mirarla con atención. Sienna no pensaba decirlo en voz alta, pero al parecer su lengua no estaba en sintonía con su voluntad.

—¿Nunca habrías dicho el qué?

Sienna se había metido solita en ese berenjenal.

—No quiero decir que los ricos no sean altruistas... —Venga, arréglalo un poco más, que tú puedes—. Quiero decir que tenéis el dinero, pero no soléis emplearlo en estas cosas...

La mirada irónica y el rictus contenido de los labios de Richard evidenciaron un cierto desprecio.

—O sea, eres arquitecto. Pensaba que tus proyectos eran más de áticos de lujo en Manhattan o mansiones como esta. Suponía que vuestras metas eran más competitivas, como aparecer en la lista Forbes.

—No todos los arquitectos soñamos con trabajar en *Building Studio* dando pábulo a las idas de olla de Jeffery Burgin. Siento que tus referencias sean tan poco altruistas. Aunque viniendo de donde vienen, tampoco me extraña.

Aquella respuesta, dicha con gran frialdad, llegó hasta ella como una bofetada. Su rostro perdió el color y dejó el tenedor en el plato con gesto lento.

—¿Lo dices por Miles? Tranquilo, como ves puedo pronunciar su nombre. Los demás también podéis —dijo mirando al resto de los comensales—, no voy a desmayarme por eso. Y no, no lo decía por él. Como sabes, Miles no tuvo un centavo hasta hace poco. Justo cuando me dejó.

Caroline miró a su hermano con mirada asesina y Julie iba a decir algo cuando las dos camareras del servicio entraron en el comedor portando los segundos platos. Eso le dio tiempo a Sienna para recuperar la compostura y al resto de comensales la opción de cambiar de tema con mayor facilidad.

—La crema de marisco estaba deliciosa, espero que Isabella haya hecho de más y pueda repetir mañana —dijo Clifton aspirando el aroma a hierbas del lenguado que Louise había colocado ante él.

—Sí señor, tiene un bote en la nevera que lleva su nombre —dijo Louise sonriendo.

—Menos mal que nuestra cocinera no es como Isabella —dijo Julie—, no podría pasar por la puerta si tuviese acceso a sus recetas.

—¿Qué ha preparado de postre? —preguntó Caroline a Suzanne haciéndole un gesto con la mano para que esperara a responder antes de ponerle el plato en la mesa.

—Un brownie con helado de vainilla de Madagascar.

—¡Oh, Dios! —exclamó poniendo los ojos en blanco—. Muero de amor. No hace falta que me sirvas el lenguado, pasaré al postre directamente.

—Pruébelo al menos —pidió Suzanne—. Isabella me matará si sabe que no lo probó siquiera.

Caroline sonrió y dejó que le pusiera el plato. El aroma llegó a ella como una tentación y encogiéndose de hombros se dijo que podía hacer un exceso, después de todo era Isabella. Cuando las dos criadas los dejaron solos retomaron la conversación obviando el desafortunado roce entre Richard y Sienna.

—¿Y ya habéis terminado del todo? ¿No vas a tener que volver? —preguntó Gerald a su amigo.

—No, ya está terminado.

—Me alegro —dijo Gerald pensando en su inminente boda para la que necesitaría padrino.

A Sienna le costó librarse de la sombra de Miles durante el resto de la cena, a pesar del magnífico brownie y de que su madre lo hubiese acompañado de su helado preferido. No soportaba que la afectase tanto hablar de él, aunque fuese de refilón, y eso la irritaba sobremanera. Él estaba en Manhattan, viviendo su sueño y disfrutando de su adorada esposa. Porque estaba segura de que sería magnífica, no como la que planificó con ella. Estiró el brazo y cogió la botella de vino para llenar su copa.

Capítulo 15

—Voy a explotar —musitó Julie sosteniéndose una imaginaria barriga.

Se habían trasladado al salón, que era más espacioso y menos formal que una mesa de comedor, para seguir con la velada.

—Es hora de darle los regalos a Gerald, ¿no os parece? —dijo Roberta yendo hasta la mesa en la que los habían depositado al llegar. Cogió un paquete envuelto en un brillante papel rojo y se lo ofreció a Gerald—. Este es el mío.

Él lo desenvolvió con cuidado mientras todos comentaban tratando de averiguar lo que sería.

—Parece un libro —dijo Caroline.

Todos la miraron como si hubiese dicho una estupidez. Gerald tenía demasiados libros.

—Puede ser uno de coleccionista —explicó muy certeramente—. De esos que llaman «incunables».

—Incunables son los libros que se imprimieron antes del 1500 —dijo Julie.

—¡Ya estamos! —exclamó su amiga poniendo los ojos en blanco.

El regalo contenía una caja con forma de libro, pero en su interior había un reloj deportivo carísimo.

—Supongo que sigues haciendo escalada —dijo Roberta.

Gerald no mostró ninguna expresión. Sostuvo el reloj en su mano durante unos segundos y Sienna sintió un encogimiento en su estómago. Desde que trabajaban juntos solo había salido a escalar un día, cuando pidió que lo acompañara. ¿En serio Roberta creía que ese era un buen regalo para alguien que está pasando por lo que él pasaba?

—Muchas gracias. Es un reloj magnífico.

—Sabía que te gustaría —dijo ella algo turbada por su fría reacción.

—Deberías haber abierto el mío primero —dijo Caroline encogiéndose de hombros y caminando hacia Clifton, que servía una bebida para Sienna apostado detrás del bar—. Ningún batín, por muy de seda que sea, puede superar ese reloj. A mí ponme un *gin-tonic*, Clifton.

—Otro para mí —pidió Julie acercándose también.

Gerald abrió todos y cada uno de los regalos y Sienna tuvo que aguantar la vergüenza de que explicara el suyo cuando los demás preguntaron.

Bethany y Clifton tomaron una copa con ellos y después se retiraron para dejarlos solos. Roberta se empeñó en que pusieran música para bailar por parejas y sacó a Gerald a la improvisada pista. Enseguida se les unieron Julie y Richard, Osmond y Caroline, dejando a Sienna sentada en su taburete, disfrutando de su tercera copa y preguntándose qué narices hacía ella allí.

Se hubiese escabullido sin que nadie se percatase, si no fuese porque Gerald no dejaba de mirarla a cada rato. Estaba segura de que sabía lo que pretendía y por eso se había colocado estratégicamente en el recorrido hacia la puerta. Roberta y él hacían muy buena pareja.

¿Qué narices hacía esa mujer? —escuchó en su cabeza—. ¿No lo había dejado en la estacada? ¿Por qué lo abrazaba de aquel modo? Estaba claro que aquellos sensuales movimientos buscaban continuidad en una cama.

Sin poder contenerse los imaginó en posición horizontal y un fuego iracundo la arrolló de pies a cabeza. Vació su copa de nuevo y se aupó por encima de la barra para alcanzar la botella de ginebra, eso hizo que la falda de su vestido mostrase más de lo necesario. Por suerte el único que la observaba era Gerald, que recordó lo que había estado a punto de pasar en su habitación, poco antes de la cena. Y, de repente, lo traspasó una punzada de deseo al imaginarla sobre su cama completamente desnuda. ¿Qué era aquello? ¿De dónde surgía aquella explosión apasionada que lo arrollaba de improviso?

—¿Por qué dices que no con la cabeza? —preguntó Roberta.

—Estaba pensando.

—Ya lo imagino. —Siguió su mirada y vio a Sienna dando vueltas en su taburete—. Si sigue

bebiendo así va a tener un disgusto. Está claro que no sabe comportarse.

Gerald la soltó y atravesó la habitación para acercarse a Sienna.

—Deja de dar vueltas —dijo con suavidad—, te vas a romper la cabeza.

Sienna lo miró por encima de su copa y sonrió.

—Es divertido.

—¿Cuántas te has tomado?

—¿Te preocupas por mí? —Lo agarró de la corbata y tiró de él para que se acercase más.

—Sienna... —susurró.

—Antes no parecía molestarte tenerme tan cerca —dijo susurrando también.

—Parece que Sienna tiene una fiesta particular —dijo Roberta detrás de él.

Sienna se inclinó para verla. Levantó la copa y exclamó:

—¡Salud!

—Los desengaños amorosos nunca deberían ahogarse en alcohol —dijo la otra con evidente sarcasmo.

—¿Sabes mucho de desengaños amorosos, Roberta? —dijo Sienna bajando del taburete y acercándose a la bailarina con paso inseguro—. No pareces la clase de mujer a la que «desengañan», más bien lo contrario.

Roberta la miró con expresión fría y distante.

—Tú no sabes nada de mí.

—Cierto. Y no se debe juzgar el contenido de un paquete por su envoltorio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que eres perfecta por fuera, pero eso no significa...

—Será mejor que te lleve a la cama. —Gerald la cogió del brazo y tiró de ella con suavidad pero con firmeza para sacarla de allí cuanto antes.

—En eso estaba yo pensando —dijo mirándolo con tal sensualidad que hizo que el corazón de Gerald se acelerase.

—Si quieres yo puedo llevarla a casa —se ofreció Roberta haciendo que se detuvieran—. No

estoy segura de que esté en condiciones de decidir lo que le conviene.

—No hace falta que te preocupes por mí, Roberta. —Sienna se soltó de Gerald y regresó junto a sus amigos—. Ya habíamos decidido que hoy dormiría aquí... con Gerald.

Roberta no pudo disimular su sorpresa, pero rápidamente cambió su expresión por una de desprecio.

—Vaya, parece que tu contrato va más allá de labores de oficina —dijo tratando de ofenderla.

—Bueno, depende de a qué contrato te estés refiriendo. Si estás hablando de nuestro contrato matrimonial, supongo que es como todos: hasta que la muerte os separe, bla, bla, bla.

Todos miraron a su amigo con expresión perpleja esperando que dijese algo que contradijese la bomba que acababa de soltar Sienna.

—Estás más borracha de lo que pensaba —dijo Roberta con expresión cínica.

—¿No me crees? —Sienna se acercó a Gerald, le cogió la cara con las manos y le plantó un beso en la boca. Después lo agarró del brazo y miró a sus amigos con una enorme sonrisa—. Díselo, cariño, cuéntales ya nuestro secretito.

Gerald suspiró dejando escapar el aire suavemente entre sus labios.

—Es cierto —. La cogió de la cintura y la apretó contra su cadera con más fuerza de la necesaria—. Sienna y yo vamos a casarnos.

—¿¡Qué!?! —exclamaron las otras mujeres.

El único que permaneció inmóvil y mudo fue Richard.

—¿Tú lo sabías? —preguntó su hermana—. ¿Y no me habías dicho nada?

—Se suponía que no debía decirlo.

Caroline miró a Gerald y a Sienna.

—Pero... ¿desde cuándo estáis juntos? ¿Por qué no nos lo habéis dicho enseguida?

—Mis padres aún no saben lo de la boda —respondió Gerald obviando la primera pregunta—. Creí que debían ser los primeros.

Sienna tenía niebla en los ojos y la cabeza en un torbellino. Ahora que había soltado la bomba, empujada por el malestar que Roberta le había causado, su estómago parecía no estar a gusto

bañado en alcohol y temió que vomitaría en la alfombra si Gerald no la soltaba y dejaba que corriese hasta el baño.

—Voy a vomitar —dijo en un susurro.

—Disculpadnos —pidió Gerald llevándola hacia la puerta—. Es evidente que Sienna no se encuentra bien.

—Tranquilo —dijo Julie—. Nosotros nos marchamos para que podáis descansar. Ya hablaremos de todo esto.

Tenía la impresión de que la llevaba prácticamente en volandas, sus pies apenas rozaban el suelo y los rebotes de su estómago eran cada vez más intensos. Se llevó la mano a la boca para tratar de detener lo inevitable y Gerald tuvo el tiempo justo de levantar la tapa del inodoro y sujetarle el cabello mientras su estómago se liberaba de la mezcla de vino y ginebra que lo inundaba. Cuando terminó, Sienna se levantó y se miró al espejo antes de enjuagarse la boca y lavarse la cara.

—¿Estás bien? —preguntó Gerald muy serio.

—Sí.

Gerald salió del baño y cerró la puerta para dejarle intimidad. Y también buscando alejarse de ella lo suficiente para que le resultase más difícil estranglarla. Porque eso era exactamente lo que quería hacer. ¿Qué había sido aquello? Debería haberle advertido de su problema con el alcohol. Con esa actitud podría echar a perder todo su plan. ¿Cómo podía estar seguro de que en una de esas no se le escaparía nada de lo que le había contado?

Sienna sacó el cepillo de dientes de su neceser y se los lavó a conciencia. Después cogió una toallita desmaquillante y se limpió el rostro y el cuello. No quería salir de allí, si se le hubiese ocurrido algo más que hacer habría seguido escondida como una rata. Sentía la cabeza embotada y el estómago dolorido. ¿Qué había sido aquello? Nunca le había pasado nada parecido. Aunque para ser sinceros debía reconocer que no acostumbraba a beber más que cerveza y algún Martini de tarde en tarde. Quizá eso debería haberle advertido de lo que podía pasar. ¿Y si llega a contar todo el plan? ¡Dios! ¡La cara que habían puesto todos al saber lo de la boda! ¿Tan terrible les

parecía que Gerald se casara con ella?

Cuando finalmente se decidió a salir del baño vio que Gerald no estaba en la habitación. No podía dejarlo así, no era justo. Si él quería enfadarse con ella tenía derecho y ella tendría que aguantarlo. Salió de la habitación y recorrió los metros que la separaban del despacho.

—¿Qué haces? —preguntó al verlo sentado frente al escritorio.

—Trabajar. —No apartó la mirada de la pantalla.

—¿A estas horas? —Se acercó y se sentó en una de las sillas colocadas frente a él, al otro lado de la mesa.

Ahora sí que sus ojos se posaron en ella y el fuego que había en ellos habría podido descongelar los polos.

—Di lo que tengas que decir —pidió resignada.

Su actitud sumisa y encogida acabó por enervarlo aún más. ¿Por qué se comportaba como un perrillo asustado que esperaba recibir su castigo? ¿Qué pensaba que le iba a hacer?

—¿Por qué lo has hecho?

—Creía que era evidente que estaba borracha.

—¿Y se puede saber por qué mierda te has emborrachado?

—No debería haber estado en la cena... Y tampoco debería haber venido a molestarte ahora.
—Se puso de pie dispuesta a marcharse.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? —Gerald también se levantó apartando la silla de golpe y haciendo que chocara con la pared. El cuadro de El Álamo tembló y Sienna lo miró compungida.

—Si te digo que lo lamento, ¿servirá de algo?

—Probablemente no, pero deberías decirlo igual.

—Lo siento muchísimo, no sé qué me ha pasado.

Gerald se llevó la mano a la cabeza tratando de calmarse. Soltó el aire de sus pulmones y asintió como si hablase consigo mismo.

—Lo que has hecho no altera nuestros planes...

—Querrás decir tus planes.

La miró malhumorado.

—¿Vamos a discutir sobre semántica?

—No quiero discutir sobre nada, solo quiero irme a la cama, si te parece bien.

—Deberías comer algo antes —dijo él. Había un deje de preocupación en su voz—. ¿Por qué has bebido tanto si no estás acostumbrada? ¿Ha sido por lo que ha dicho Richard?

—Eso no me ha ayudado mucho, la verdad. —«Aunque la que me ha sacado de mis casillas ha sido tu perfecta Roberta».

—Tú le has provocado —dijo, enfadado, al darse cuenta de que Miles seguía teniendo un gran poder sobre ella—. ¿Solo pensamos en salir en la lista Forbes? Has sido ofensiva.

—No lo pretendía.

—Ya, ya sé que no lo pretendías, pero lo has sido.

Sienna sintió una impotencia extraordinaria. ¿Por qué a nadie le importaba lo que ella sentía? ¿No había escuchado lo que Richard había dicho? Y no fue solo en ese momento, su amigo había estado toda la noche muy antipático con ella y él sabía por qué. No le gustaba su plan ni que ella fuese su cómplice. Y, sobre todo, dejó que Roberta la tratase como... como... Apretó los labios y los puños para contener las emociones que crecían en su pecho. No iba a llorar y tampoco quería gritarle, así que se dio la vuelta para salir del despacho y se alejó sin decir nada más.

Entró en la habitación y cerró la puerta dispuesta a meterse en la cama para tratar de dormir. Ni siquiera se preguntó dónde iba a dormir él, esperaba que lo hiciera en el sofá del despacho. Aunque tampoco pasaría nada si se metía en la cama con ella, estaba segura de que ahora no la tocaría ni con un palo.

Se quitó las medias y el vestido y lo tiró todo sobre una silla, después se llevó las manos al broche del sujetador, pero cambió de idea enseguida. Mejor dormir con él puesto. Se puso el camisón encima y se metió entre las sábanas, frescas y suaves. La puerta de la habitación se abrió y Gerald entró como un ciclón.

—¿Vas a cumplir con nuestro contrato? —preguntó de pie a su lado.

Sienna lo miró desconcertada.

—Si sigues queriéndolo... sí, por supuesto.

—¿No voy a tener que estar controlando lo que bebes y lo que dices en todo momento?

Sienna se sentó en la cama y se apoyó en el cabecero de madera mirándolo con expresión de cansancio.

—Ya te he dicho que voy a respetarlo. No volveré a beber más que cerveza, si es lo que te preocupa. Tampoco ha sido una experiencia agradable para mí.

—De verdad que no puedo entender por qué lo has hecho.

—No, ya he visto lo perspicaz y detallista que eres —dijo ella entre dientes.

Gerald la miró incrédulo.

—¿Estás diciendo que es culpa mía?

—Has dejado que Richard me humillara y que Roberta me tratase como a una sirvienta.

Gerald abrió los ojos con sorpresa.

—¿Querías castigarme?

—¡No! ¡Quería que dejasen de hacerme daño!

A Gerald lo conmocionó el dolor que vio en sus ojos. Ni por un momento se había dado cuenta de que la estaban hiriendo. De pronto sintió un irrefrenable deseo de abrazarla, pero Sienna se tumbó en la cama dándole la espalda.

—Déjame dormir, por favor —pidió.

—¿Entonces no será necesario que añada otra cláusula al documento que indique que no puedes beber alcohol? —¿*Por qué he dicho eso?* Pensó maldiciéndose en silencio.

Sienna estaba agotada, emocional y físicamente. Habían pasado demasiadas cosas ese día y necesitaba dormir. Y olvidar.

—Haz lo que te dé la gana —dijo y se acurrucó cerrando los ojos—. Firmaré lo que quieras, pero ahora déjame en paz, por favor.

Gerald seguía mirándola con aquella expresión de impotencia y después de soltar un bufido salió del cuarto dejándola al fin sola.

Gerald entró en el despacho como un animal rabioso. Estaba enfadado consigo mismo por lo

que había pasado, por lo que había hecho y, sobre todo, por lo que no había hecho. Tenía que quitársela de la cabeza, aquellos sentimientos que crecían dentro de él se calmarían y desvanecerían si se esforzaba lo suficiente. Fuerza de voluntad no le faltaba, precisamente.

Se fue hasta el escritorio y apoyó las manos en él dejando caer la cabeza para relajar el cuello. Tenía los músculos en tensión y sentía los nudos que amenazaban su espalda. No podía dejar que las cosas se le escaparan de las manos. Negar lo que sentía no haría que desapareciesen esos sentimientos, pero era un hombre adulto, podía controlarlos. Un tirón en su pierna lo hizo doblar la rodilla y su codo se golpeó contra el borde de la mesa. Mordió el grito que escapaba de su garganta para no dejarlo salir y cayó al suelo encogido de dolor. Se quedó allí tirado durante un buen rato, apretando los dientes y conteniendo las lágrimas. El dolor era tan intenso que lo dejaba sin respiración, aparecía de pronto y sin aviso y lo golpeaba con fiereza dejándolo exhausto.

No supo cuánto tiempo estuvo allí tirado, abrió los ojos al escuchar que se habría la puerta de su dormitorio. Temió que Sienna entrase y lo encontrase en ese estado y haciendo un esfuerzo se levantó y fue hasta el sofá.

El cerebro de Sienna no le dio reposo. Lo ocurrido había removido muchas cosas en su interior y durante una hora estuvo dando vueltas en la cama sin poder dormirse. Finalmente optó por ponerse la bata y bajar a la cocina a prepararse una infusión relajante que la ayudase a conciliar el sueño.

Con la taza entre las manos miró hacia lo alto de las escaleras lamentándose de que Gerald estuviese durmiendo en su despacho, habría sido muy productivo dedicar su insomnio a trabajar un poco, además de distraerla de sus oscuros pensamientos. Se encogió de hombros y se dirigió a la primera planta, la de Jessica. Allí encontraría algún lugar en el que estar tranquila y no había peligro de molestar a nadie. Llevaba el móvil en el bolsillo, se entretendría mirando Instagram o Facebook, seguro que encontraba algún vídeo de gatitos que le levantase el ánimo.

El cuarto que escogió fue el salón de música. Allí Jessica tenía toda clase de instrumentos. Aunque había hecho la carrera de violín también tocaba el piano, la guitarra eléctrica y la flauta

travesera. Sienna se paseó por aquella cálida habitación con las paredes pintadas de un verde suave y techos con molduras y pudo imaginársela concentrada en sus partituras y su música. Recordar a la hermana de Gerald le produjo añoranza, podrían haber sido buenas amigas. Jessica era vital, optimista, muy apasionada, como buena artista, y concienzudamente metódica. Sienna estaba segura de que si hubiesen sido amigas habría hecho todo lo que pudiese por apartarla de Miles desde el principio. Vino a su mente la forma en que la miró la noche de la pelea entre Gerald y Miles. Parecía estar preguntándole, ¿qué estás haciendo, Sienna?

¿Qué diría cuando se enterase de la boda y de todo lo demás? ¿Entendería su postura? ¿La despreciaría por vender un año de su vida por dinero?

Se tumbó en un sofá colocado frente a la chimenea apagada, organizó varios cojines contra uno de los brazos y se recostó cómodamente con las piernas dobladas. Sacó su móvil del bolsillo y se entretuvo mirando fotografías de gente a la que no conocía de nada, pero a la que seguía no sabía muy bien por qué. Pronto se cansó de aquello y sintió un irrefrenable impulso contra el que trató de luchar con todas sus fuerzas dejando el móvil en el sofá. Pero, tras unos segundos en los que sus ojos iban irresistiblemente a buscarlo, lo cogió, enfadada por ser asquerosamente débil.

Como un autómatas tecleó el nombre de Miles en el buscador de Instagram, tenía la cuenta pública y que podría ver lo que compartía, aunque ella ya no estuviese entre sus amigos. Sintió una punzada en el pecho al ver su rostro sonriente y feliz. ¿Qué esperaba? ¿Que estuviese llorando en un rincón? Deslizó el dedo para ver las últimas fotografías que había compartido y se mordió el labio al verla a ella en la mayor parte de las imágenes. Meredith Thompson, tan perfecta y tan zorra.

Respirando con dificultad lanzó el móvil con ira contra el sofá, rebotó y cayó al suelo con la pantalla hacia abajo. Ni siquiera se inmutó, ojalá se rompiese y dejará de funcionar para siempre.

—Menudo lanzamiento.

La voz de Gerald le hizo dar un respingo y se giró hacia la puerta sorprendida.

—¿He hecho ruido? Creía que estaba teniendo mucho cuidado, pero mi madre siempre dice que soy como un elefante en una cacharrería. Espero no haber despertado también a tus padres,

sería muy...

—No te he oído en absoluto —la cortó él acercándose para sentarse frente a ella—. Yo duermo poco.

—¿Poco? —Miró el reloj de su muñeca—. Me acosté hace dos horas y tú estabas trabajando.

—No he trabajado mucho. Aunque creo que hoy he batido mi récord de sueño.

—¿Diez minutos?

Los labios de Gerald sonrieron, aunque sus ojos seguían con aquella mirada fría que Sienna ya conocía bien.

—¿Siempre duermes tan poco?

Él asintió ligeramente al tiempo que colocaba los pies en el escabel y se recostaba en postura relajada. Tenía ojeras bajo los ojos y no podía disimular que estaba agotado. Sienna supuso que su falta de sueño se debía a su enfermedad y por eso no preguntó más.

—Si vamos a casarnos deberías saber que nunca duermo más de cuatro horas, a veces solo dos —explicó él con los ojos cerrados—. Tengo fuertes dolores de cabeza, y me dan rampas en las piernas y los brazos que resultan muy dolorosas también.

—¿Cuándo duermes?

Gerald asintió sin abrir los ojos.

—Sobre todo cuando duermo.

«Así que durante el día también los tiene», se dijo Sienna, pensativa, recordando algunos momentos que había presenciado en los que se llevaba la mano a la sien y respiraba concentrado.

—¿Tus padres lo saben? ¿Que duermes tan poco y que sufres dolor a menudo? Eso quizá les hiciese comprender...

La miró con intensidad amenazadora.

—No. —Rotundo.

Sienna se removió incómoda en el sofá. Durante unos segundos permanecieron en silencio, Gerald con los ojos cerrados y Sienna observándolo con atención. Bajó la mirada hasta sus manos que descansaban entrecruzadas sobre su estómago. Eran manos suaves y delicadas y casi pudo

sentirlas recorriendo su cuerpo. Sonrió para sí, nada que ver con las del niño que la perseguía para devolverle el empujón que le había dado o para recuperar algo que le había quitado.

—Te amargué la existencia cuando éramos niños, ¿verdad? —preguntó de pronto.

Gerald abrió los ojos y la miró con ojos vidriosos y somnolientos.

—Eras muy divertida. A Jess y a mí nos gustaba que estuvieses aquí.

Sienna se levantó del sofá y rodeó la butaca en la que él se había sentado para ponerse a su espalda. Puso las manos en su cabeza y comenzó a masajearla con cuidado. Gerald cerró los ojos de nuevo, pero ahora respiró pausadamente. Durante los siguientes cinco minutos estuvieron en silencio. Sienna esperaba que aquel masaje aliviase su dolor de cabeza y acabase por dormirse. Mejor aquello que nada.

—¿Quieres hablar de ello? —dijo él de pronto poniendo sus manos sobre las de ella para indicarle que ya era suficiente.

Sienna obedeció y fue hasta donde había caído su móvil para recogerlo.

—¿De la cena? —preguntó confusa.

—De Miles. De lo que os pasó.

Ella se mordió el labio sintiéndose de nuevo vulnerable ante él.

—A veces va bien soltar lo que llevamos dentro —dijo Gerald, que ahora se veía relajado—. A mí me hizo bien compartir contigo mis planes.

—No es lo mismo. Lo tuyo solo te incumbe a ti.

—Nada de lo hacemos nos incumbe solo a nosotros, Sienna.

—Ya, ya —dijo sentándose de nuevo en el sofá mientras daba vueltas al móvil en sus manos—. En River Rock todo el mundo sabe lo que pasó, los cotilleos viajan deprisa aquí. Tuve que ver las caras de lástima de todo el mundo durante meses, cada vez que me cruzaba con cualquiera.

—Fue el acontecimiento más extraordinario en décadas, no puedes reprochárselo. Nunca pasa nada en River Rock.

—No hay nada que contar que no se sepa —dijo encogiéndose de hombros. Subió los pies al sofá y se abrazó a sus rodillas.

—El efecto beneficioso se consigue al contarlo. Por dar nuestra versión del asunto, ya sabes.

—Me dejó prácticamente en el altar —dijo al fin—. Bueno, no exactamente, porque tuvo la delicadeza de venir a verme a casa antes de que mi padre y yo saliésemos. Claro que antes se había pasado por la iglesia y se lo había contado a todos los invitados, así que, técnicamente, fui la última en enterarme.

—¿De verdad no lo viste venir? —preguntó él sin paños calientes.

—Claro que lo vi venir, pero soy tan estúpida que dejé que sucediera —confesó entre dientes—. La noche anterior a la boda no pude pegar ojo, escuchaba una vocecita en mi cabeza que me decía que lo parase, que aún estaba a tiempo. Que no nos queríamos lo suficiente, que él ya no era el chico del que me había enamorado. ¿Y sabes por qué no lo hice?

Gerald sintió la furia que contenía con gran esfuerzo.

—Porque soy una cobarde de mierda que jamás se ha enfrentado a ninguno de sus malditos miedos. Porque tenía una enooooorme deuda que pagar y no sabía cómo acabar con aquella farsa y recuperar mi dinero... ¿Te lo puedes creer? Estaba dispuesta a casarme por dinero. ¿En qué me convierte eso?

La expresión de Gerald era un poema. Sienna frunció el ceño preguntándose en qué estaba pensando y entonces cayó.

—¡Eh! ¡Esto no es lo mismo!

—Ya lo sé. —Gerald sonrió.

—En serio, esto nuestro es distinto.

—Repito que lo sé.

Sienna lo miró con atención tratando de averiguar si decía la verdad. Después de unos segundos aceptó que parecía sincero y se reclinó contra el respaldo más tranquila.

—¿No se ofreció a devolverte el dinero? —preguntó Gerald—. A pagar sus deudas, vaya.

—¿Miles? —soltó una carcajada—. Entró en mi habitación como un alma en pena. En serio, casi sentí el impulso de consolarlo. Que si «lo siento mucho», que si «estoy destrozado»... Y me ves a mí con mi vestido de novia y mi ramo de flores y con cara de imbécil escuchando que no

quería enamorarse, que llevaba meses tratando de resistir sus impulsos, pero que el corazón manda y no se le puede contradecir... —Clavó la mirada en una flauta travesera que descansaba en una estantería—. ¿Y sabes qué hice. Nada. Absolutamente nada.

—¿Aún le amas?

Sienna lo miró sorprendida. ¿Qué clase de pregunta era aquella? Y entonces se dio cuenta de que no había hurgado en el apestoso y denso montón de mierda en el que se ocultaba la respuesta a tan inoportuna pregunta. Quizá ya era momento de hacerlo. Su cuerpo lo echaba mucho de menos, eso no podía negarlo, pero en ningún otro ámbito de su vida notaba la carencia de Miles en absoluto.

—¿Por qué te despidió Thompson? —Después de un rato Gerald comprendió que no iba responder y continuó la conversación.

—No lo sé. Argumentó cuestiones económicas. Después me soltó una retahíla de halagos enumerando mis muchas capacidades y se ofreció a ayudarme a encontrar otro trabajo.

—¿Y lo hizo?

—No es un mal hombre, pero tiene muy mala memoria.

Gerald se guardó su opinión sobre el tema.

—Puedes verlo como una oportunidad para mejorar. Gracias a ello vas a recibir cinco millones de dólares.

—El universo haciendo su trabajo —dijo ella sonriendo con cinismo.

—Aunque dentro de un año no necesitarás su dinero, yo no lo dejaría así —la voz de Gerald era dura y cortante como la hoja de un cuchillo—. Esa deuda es de Miles.

—Digamos que es mi obra benéfica de la década —dijo Sienna fingiendo tomárselo a broma—. Estoy segura de que la vida se encargará de reclamárselo de algún modo.

Gerald la miró entornando los ojos.

—¿Crees en esas cosas?

—¿A qué te refieres?

—A los designios del universo, el Karma y esas mandangas.

—¿Mandangas? —Frunció el ceño—. ¿No crees que recogemos lo que sembramos?

—¿Entonces yo he sembrado para recibir un tumor?

—No quería decir eso —respondió ella angustiada—. No creo que las enfermedades sean el pago por haber hecho alguna clase de maldad, por supuesto que no. Yo hablaba de las cosas que hacemos por voluntad propia, cuando hacemos daño a alguien o cuando somos injustos o crueles...

Gerald dejó que su sonrisa aflorara y Sienna le lanzó una mirada asesina.

—¿Te estabas burlando de mí?

—Un poco. Pero estarás conmigo en que no te mereces otra cosa por haberme traicionado esta noche vilmente.

Sienna sintió una cálida sensación y tuvo que reconocer, aunque jamás lo diría en voz alta, que hablar de aquello le había sentado muy, pero que muy bien.

—Mañana no trabajaremos —dijo Gerald poniéndose de pie—. Vamos a ir a ver la casa de la colina. Tenemos una cita con Grace Armitage a las cinco.

Sienna se estremeció, pero no fue por tener que volver a la maravillosa casa y reencontrarse con su anciana dueña, fue por incluirla en algo tan íntimo, como si aquella compra fuese realmente algo de los dos.

Capítulo 16

Sienna bajó a desayunar temprano, a pesar de no haber dormido mucho. Entró a la cocina y abrazó a su madre con firmeza infantil.

—¡Pero bueno! —exclamó Isabella apretándola con cariño—. ¿Te han dicho que me voy a morir o algo?

—No es nada —dijo su hija soltándola y yendo directa a por la cafetera—, anoche estuve pensando mucho...

—¿A qué hora acabó la fiesta? ¿Os gustó la cena? —Isabella dejó el pelador de verduras y se limpió las manos en el delantal.

—Estaba todo increíble, mamá. Acabamos sobre las doce y media, más o menos, pero no era una fiesta, solo cenamos y charlamos un poco.

—Pues parece que no has dormido mucho —dijo Isabella sonriendo.

Sienna se ruborizó intuyendo lo que su madre pensaba que había pasado.

—Esta tarde quiero hablar de algo con papá y contigo —dijo sin mirarla a los ojos.

—¿Hablar de qué? —Isabella se puso en guardia.

Sienna no se dejó sondear y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

—Me voy a casa a ducharme y repasar algunas cosas —dijo al tiempo que lavaba la taza en el fregadero.

—Ve a ver a tu padre antes de irte —pidió su madre regresando a su trabajo con las verduras—, seguro que quiere saber cómo te fue anoche. Y de paso le dices lo de esta tarde para que se organice, creo que iba a pasarse por casa de los Standley.

Sienna observó a su padre desde cierta distancia, con las manos enguantadas metidas dentro

de los bolsillos de su abrigo y una expresión de orgullo filial innegable.

—Me voy a casa, papá —dijo acercándose a darle un beso en la mejilla.

Trevor la miró con aquella expresión tan suya, entre risueña y concentrada.

—¿Cómo fue anoche?

—Muy bien. Lo pasé en grande.

—Lo dudo mucho.

—No seas malo, de verdad que lo pasé bien —dijo sonriendo—. Me sorprendió ver lo poco que han cambiado todos.

—¿Eso es bueno?

—Sí, papá. Son muy diferentes a cómo imaginé que serían. Parece ser que no todos los ricos son odiosos —dijo con un guiño cómplice.

—Bueno, bueno, no te deshagas de tus prejuicios tan rápido.

—Me voy a casa, aquí fuera hace mucho frío. No deberías salir a trabajar tan temprano. Deberías estar en el invernadero hasta que suban un poco las temperaturas.

—¿Esto te parece frío? —dijo su padre levantando una ceja—. Estás hecha una flojucha.

—¿Esta tarde tienes algo que hacer?

—Pensaba ir a casa de los Standley. El otro día al pasar por delante de su jardín vi que no está muy descuidado y pensé ayudarles un poco.

Mary y Luke Standley eran dos octogenarios que poco podían hacer por su jardín.

—¿A qué hora pensabas ir?

—Sobre las cinco.

—Bien. Después de comer me gustaría que hablásemos mamá, tú y yo.

—¿Hablar de qué?

Sienna sonrió y le dio un largo beso en la mejilla antes de darse la vuelta para marcharse.

—Después de comer —dijo levantando la mano para despedirse.

—Está bien —aceptó sin más remedio y le devolvió el gesto de saludo.

Recorrió el sendero de entrada hasta cruzar la verja y se sorprendió al ver a Richard apoyado

en su coche esperándola.

—Dijiste que no tenías coche.

—¿Crees que necesito coche para ir hasta mi casa?

—Hace frío —dijo abriéndole la portezuela del vehículo—. Y tenemos que hablar.

Sienna subió al coche y sujetó su abrigo para que pudiese cerrar la puerta. Richard rodeó el vehículo y tomó asiento junto a ella. Sienna observaba el interior de aquel viejo Mustang, no se esperaba que tuviese un coche como aquel. Podía tener el último modelo de cualquier poderosa marca y en lugar de eso prefería aquel viejo auto.

—¿Qué tal lo pasaste anoche? —preguntó atento a la carretera.

—Bien.

Él giro la cabeza un momento para posar sus ojos en ella y luego volvió la vista a la circulación con una sonrisa irónica curvando la comisura de sus labios.

—Te has vuelto muy callada —dijo con su voz grave—. Cuando eras pequeña eras una metralleta parlante.

—Tú también has cambiado mucho —dijo sin pensar.

—¿Tú crees? —preguntó mirándola de nuevo un instante.

—Es evidente. El Richard que recuerdo era un muchacho delgaducho, tímido y callado que pasaba de nosotros porque éramos demasiado infantiles para él.

—Vaya, parece que no era muy popular entonces —dijo burlón.

Sienna observó por la ventanilla mientras se esforzaba en deshacerse de los pensamientos que pululaban en su cabeza.

—Lo de ser popular está sobrevalorado —musitó.

—¿Has desayunado? —preguntó él entrando en el pueblo por la calle principal.

—He tomado un café.

—Había pensado ir donde Ervin, si te apetece —la interrumpió deteniendo el coche delante del bar.

Apagó el motor y se giró para mirarla.

—Quiero hablar contigo de Gerald y también quiero tomarme uno de esos cafés que tanto has elogiado, si puedes dedicarme unos minutos de tu tiempo.

En la mente de Sienna se empezaba a abrir un claro a la consciencia. Asintió y después bajó del coche.

—No solo vas a probar el mejor café del mundo, también podrás disfrutar de las mejores y más dulces *delicatessen* preparadas por Brooke. Y si eres de los que prefiere unos buenos huevos con bacon, Ken te alegrará la mañana.

—¿Eres su publicista? —preguntó Richard rodeando su coche para seguirla al interior del bar.

Sienna saludó a una pareja que estaba sentada en una pequeña mesa cerca de la puerta y a dos hombres que tomaban café en la barra.

—Buenos días, Ervin —dijo con una dulce sonrisa—. Te traigo a un nuevo cliente que quiere probar tu maravilloso café.

—Bienvenidos —dijo Ervin sonriéndole también.

—Buenos días, Sienna —dijo Brooke saliendo de la cocina—, que madrugadora.

—Brooke, ¿qué delicias has preparado para hoy?

—Pues he hecho panecillos de leche, hojaldres con fruta y bizcochitos de yogurt.

Sienna puso los ojos en blanco y luego miró a Richard.

—Tienes que probarlo todo.

—Ya he empezado a salivar —dijo él sonriendo.

—Os traeré un plato de degustación —dijo Brooke volviendo a la cocina.

—Ervin, este es Richard Sand, el amigo de Gerald.

Richard se inclinó por encima de la barra y le estrechó la mano.

—Anoche en casa de los Craddock, Sienna habló de tu café y no podía esperar para venir a probarlo.

Ervin lo miraba sin expresión alguna. Sienna conocía bien aquella cara, era la que ponía cuando estaba evaluando a alguien y aún no tenía una opinión formada sobre esa persona.

—Vamos a sentarnos en mi mesa de siempre —dijo Sienna mirando hacia el rincón del local

donde solía sentarse.

—Adelante —dijo Ervin poniendo una taza delante de Richard—. Pruébalo. Espero que no lo quisieras con leche ni ninguna de esas mariconadas.

Richard obedeció.

—Vaya —dijo mirando al camarero con complacencia—. Realmente es el mejor café que he tomado, y he tomado muchos, te lo aseguro.

Ervin asintió sin sonreír y cogió el trapo para limpiar la barra.

—Bien, sentaos , ahora os llevaremos el desayuno.

—¿Y bien? —preguntó Sienna dejando a un lado los tópicos sociales sobre el clima o el local—. ¿Qué es eso de lo que quieres hablar? Ya sé que sabes...

En ese momento llegó Brooke con sus delicias. Sienna se dio cuenta de que su amiga miraba a Richard de un modo peculiar, como solía mirar la masa antes de hundir sus manos en ella.

—¿Conoces a Richard Sand? —preguntó complaciente—. Esta es Brooke, mi mejor amiga.

—Nos hemos visto alguna vez —dijo Brooke.

—Sí, he comprado alguna vez en tu pastelería —confirmó Richard—. Tus pasteles son deliciosos.

—Cierto —confirmó Brooke que carecía por completo de hipocresía—. Los mejores de Montana, sin duda.

Richard sonrió ante tan elevado ego.

—Estoy seguro de que disfrutaré de estas delicias.

—No te quepa la menor duda —dijo la pastelera y después miró a su amiga—. Luego pásate por la pastelería que tengo un encargo que hacerte.

—¿Sigue en pie lo de esta noche? —preguntó Sienna.

Brooke asintió sonriendo y se despidió de todos antes de marcharse. Richard puso los ojos en blanco cuando probó el primero de los pastelitos y volvió a hacerlo cuando tomó un sorbo de café.

—Aún está más bueno después de comer esto.

Sienna se puso las manos en la cara para apoyar la cabeza y lo miró con curiosidad.

—¿Piensas decirme de qué quieres hablar?

—Sé lo que Gerald se trae entre manos y quería saber tu opinión al respecto. —Al ver que no se decidía a hablar siguió él—. Se que vas a ser su tapadera frente a sus padres, que no quiere que sepan que va a someterse a esa maldita operación. Puedes hablar conmigo, eso no vulnerará el contrato que has firmado, ya que no vas a contarme nada que no sepa.

—No sé adónde va esta conversación y me gustaría saberlo antes de decir nada.

—Gerald es mi mejor amigo. Quiero a ese tío como si fuese mi hermano. Lo que le ha pasado es una grandísima putada y ojalá hubiese una razonable posibilidad de recuperar la vista con esa operación, pero los médicos han sido muy claros con él, el tanto por ciento de éxito es despreciable y el riesgo de acabar muerto o como un vegetal, altísimo. Tiene todo programado, ¿sabes? Ha dado órdenes a sus abogados de que si la operación sale mal lo trasladen a Bélgica para una eutanasia activa.

Sienna empalideció, pero trató de mantener una expresión serena.

—Yo no tengo voz ni voto en esa cuestión —dijo Sienna abandonando su prevención—. Es un hombre adulto y consciente, tiene derecho a decidir...

—Estupideces —la cortó Richard en tono mordaz—. ¿Dejar que se suicide?

Sienna bajó la mirada y se concentró en seguir el movimiento de su cucharilla dentro de la taza de café.

—¿Estás de acuerdo con él? —preguntó Richard, irritado por su mutismo.

—No, no estoy de acuerdo con él, pero no tenemos derecho a decirle cómo debe vivir.

—¿Crees que permitiré que mi amigo acabe con su vida solo porque ha tomado malas decisiones? ¿No te ha dicho por qué quiere correr ese estúpido riesgo? ¿Te crees que es solo porque quiere volver a ver? —dijo entre dientes y en tono bajo para que nadie más lo oyese—. ¿Qué coño hay que ver en este mundo de mierda?

Richard cerró los ojos un instante consciente de que se estaba alterando demasiado.

—Quizá no ha sido buena idea venir aquí, después de todo —dijo Sienna mirando hacia la

barra, pero se tranquilizó al ver que Ervin no estaba pendiente de ellos.

Richard se tranquilizó y bebió un sorbo de café para templar los nervios.

—De verdad que está delicioso —dijo tratando de sonreír.

Sienna comprendió que estaba realmente afectado por lo que estaba pasando con su amigo. Si estuviesen hablando de Brooke, ella también se alteraría.

—Comprendo la angustia que sientes, pero creo que, si lo que quieres es ayudarlo, deberías tratar de distanciarte.

—Lo he intentado —confesó más sereno—. Dios sabe que lo he intentado, pero no puedo. Me hierve la sangre.

—A mí no me gusta nada la idea que tiene en mente, creo que es un error arriesgar su vida por una remota posibilidad de recuperar la visión. Por eso me costó tanto decir que sí en un primer momento.

—Tu situación pesaría mucho en esa decisión.

Richard mostró una expresión demasiado elocuente para que hiciese falta decir nada más. Por desgracia todo el mundo en River Rock sabía demasiado sobre ella.

—No creas que porque necesito el dinero sería capaz de aceptar cualquier cosa.

—No tengo una mala opinión de ti —aclaró Richard—. Para serte sincero no tenía ninguna opinión, no había pensado en ti desde que dejamos de vernos en casa de los Craddock... xxx

Sienna lo miró reflexiva unos segundos antes de responder.

—Ya, entiendo —dijo afirmando con la cabeza—. Yo tampoco había pensado mucho en vosotros, la verdad.

—Éramos unos críos.

—Cierto. La cuestión es que yo necesito muchísimo ese trabajo, pero no habría aceptado cualquier cosa. En el fondo creo que Gerald tiene derecho a decidir por sí mismo. De verdad que lo creo. No es justo que otros le digan cómo debe o no debe vivir. Si para él es tan terrible quedarse ciego, lo sabrá cuando ocurra. Lo que piensa ahora no es importante, en realidad.

—Destrozaré la vida de mucha gente.

—¿Y debe sacrificarse para que los demás vivan tranquilos con su moral y su conciencia?
¿Eso es lo que dices? Yo espero que cuando llegue el momento haya aprendido que ser ciego no es el fin del mundo, que su vida puede ser plena y satisfactoria sin ver. Siempre que los dolores remitan según vaya pasando el tiempo. Sabes que está sufriendo, ¿verdad? Tiene fuertes dolores de cabeza y no puede dormir apenas. Es normal que no quiera aceptar...

—¿Te ha dicho cuál es la verdadera causa por la que quiere someterse a esa operación? —la cortó—. Es por Roberta, solo por ella.

Sienna no estaba segura de si Richard conocía la verdad...

—Ella lo dejó y se quedó hecho polvo.

Pues sí lo sabía.

—Me juró que la recuperaría como fuese y después de eso urdió este plan maquiavélico. Quiere vengarse y quiere recuperarla, como si ambas cosas fuesen compatibles.

Sienna se esforzó en no demostrar la desazón que le causaron sus palabras.

—¿Por qué querría volver con alguien que lo abandonó en el momento más crítico de su vida?

—Porque la ama —dijo Richard echándose hacia atrás hasta chocar con el respaldo de la silla—. La ama como un adolescente y no puede soportar que lo dejara.

—Aun así, tiene derecho a tomar sus propias decisiones —dijo muy seria y en tono contenido sin apartar la mirada de la taza que tenía delante.

—¿Le dejarás morir? —La miró con incredulidad—. ¿De verdad te casarás con él y te quedarás mirando cómo camina hacia el abismo sin mover un dedo?

—Ya te he dicho lo que pienso. Intentaré que en este tiempo aprenda a vivir con ello y su vida sea lo suficientemente valiosa como para no arriesgarse a perderla...

—Deberías hacerte amiga de Roberta —dijo él de pronto—. Hacer que estén cerca el uno del otro...

Sienna soltó una carcajada involuntaria.

—Yo, ¿amiga de Roberta? Eso sí que no se lo creería nadie.

Richard la miró sorprendido.

—¿No te cae bien Roberta?

—A ver, no es una cuestión de «caer bien». Es más una cuestión de que la reina del baile jamás se hace amiga de la hija de la cocinera. Eso no pasa en la vida real.

Richard la miró con expresión irónica.

—Ahí están otra vez esos prejuicios.

—Ya viste anoche...

—Yo estoy seguro de que Roberta aún lo ama, aunque tema una vida de sacrificio. Por eso anoche se comportó así contigo. Nos quedamos unos minutos hablando en la puerta de la casa de los Craddock antes de ir a nuestros coches y se veía que ella estaba muy afectada por tu anuncio de la boda.

—No debería haber bebido —dijo avergonzada al recordar aquel momento.

—No seas demasiado dura con ella. Roberta vivió con una madre enferma hasta la adolescencia y tiene un rechazo visceral por la debilidad.

—Todos tenemos razones para ser como somos, eso no cambia nada.

—Lo sé, pero no es mala persona.

—No he dicho que lo fuese.

—Entonces, ¿no me ayudarás a evitar que Gerald cumpla sus planes?

—Si lo que me preguntas es si voy a tratar de que lo olvide, la respuesta es sí. Pero no voy a manipularlo, engañarlo o estropearle lo que quiera que decida. Respetaré sus decisiones sean cuales sean. Es un hombre adulto y merece respeto. Sobre todo, de sus amigos.

Richard bajó la cabeza sintiéndose impotente. Estaba claro que no iba a convencerla.

Isabella y Trevor miraban a su hija como si hubiese soltado aquella parrafada en un perfecto chino: Perplejos, estupefactos y desconcertados.

—¿Has dicho que vais a casaros? —Isabella era siempre la primera en reaccionar.

—Dentro de tres semanas. El día doce, para ser más concretos. Gerald ya lo tiene todo

preparado. Será una ceremonia íntima, a la que solo asistirán nuestros padres y amigos más cercanos...

—Sienna, no puedes estar hablando en serio —su madre de nuevo—. ¿Cuánto hace de esto?

¿Un mes?

—Estamos decididos.

—¿Por qué? Y no me vengas con que estáis enamorados, porque no me lo trago.

—Quiero casarme con él, mamá, ¿eso no te basta?

—¿Es por el tumor? ¿Te ha pedido él que te cases para ayudarlo? ¿Qué te ha ofrecido a cambio? ¿Dinero?

Trevor no decía nada, solo miraba a su hija con fijeza leyendo en sus ojeras, en las arrugas en la comisura de sus labios, en el temblor de sus manos...

—¿No es necesario casarse para eso! —Isabella estaba fuera de sí. Se había levantado y deambulaba por la habitación como alma en pena—. Mi niña no puede casarse así, así no.

—Ahora resultará que preferirías a Miles.

Su madre la miró dolida.

—No me hagas hablar, hija.

—Habla, mamá, habla —dijo ella enfadada—. Nunca puedes hacer que las cosas sean fáciles, ¿verdad? Siempre tienes que dramatizar y exagerarlo todo. Quieres a Gerald, siempre lo has dicho, ¿por qué no te parece bien que nos casemos? ¿Porque se va a quedar ciego? ¿Es eso? No te tenía por una persona tan cruel.

—Eso es muy injusto. No me importaría que te casaras con él si estuviéseris enamorados, pero si ha ideado todo esto es porque hay algo malo detrás y no me gusta que tú participes en algo así. Quiero muchísimo a esa familia...

—¿No puedes decirnos los verdaderos motivos? —preguntó su padre con serenidad.

Sienna no dijo nada, tan solo lo miró con el corazón en los ojos.

—¿Y no hay otro modo? —Sienna movió ligeramente la cabeza indicando que no.

Trevor miró a su mujer que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Siéntate, Isabella —ordenó con suavidad a lo que su esposa obedeció sin protestar. Trevor tomó aire por la nariz para llenar sus pulmones y después lo soltó de golpe por la boca—. Está bien. Vais a casaros. Los dos estáis de acuerdo y no hay imposición de ningún tipo por ninguna de las dos partes. ¿Esto es así?

Sienna asintió aliviada. Trevor mantuvo su mirada unos segundos y finalmente asintió y se puso de pie acercándose a su hija. Sienna se levantó también y dejó que su padre la abrazara.

—Tu madre y yo confiamos en ti, hija. Sabemos que no harías nada incorrecto, así que te doy mi enhorabuena, no se me ocurre un muchacho mejor que Gerald para ser mi hijo.

Sienna sintió un puñal que le atravesaba el pecho y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no romper a llorar. ¿Qué pensaría su padre si supiese toda la verdad? ¿Si conociera los detalles del plan de Gerald?

Isabella se abrazó a ellos, pero no dijo nada. Nadie conocía a su hija mejor que ella.

Capítulo 17

En su imaginación aquella casa era un lugar habitado por la maleza, en el que las raíces de los árboles habían penetrado través de suelos y paredes haciéndose con el control del espacio. Las ramas se colarían por las ventanas de cristales rotos y sus hojas secas, después de otoños y otoños, sembrarían el suelo de una alfombra que crujiría con cada paso. En las habitaciones los muebles, ajados por el paso del tiempo, se mostrarían desnudos y el polvo habría encontrado reposo en ellos.

Nada que ver con lo que vio cuando estuvo charlando con Grace Armitage el día que la sorprendió frente a la verja de entrada y la obligó a pasar y explicarse. Gerald no sabía nada de aquello y, en cuanto estuvieron frente a la anciana, Sienna comprendió que iba a guardarle el secreto, tal y como ella le había pedido.

La casa olía a limpio y parecía estar ya en perfecto estado. Las cuadrillas de limpieza y acondicionamiento que había contratado la dueña habían hecho un trabajo excelente.

—Bienvenidos a mi casa —dijo la anciana recibéndolos en el *hall*.

—Encantado de conocerla, señora Armitage —dijo Gerald extendiendo la mano para que ella la estrechara, cosa que hizo con firmeza—. Le presento a mi prometida, la señorita Sienna Nevins.

La anciana la saludó como si no se conocieran y les brindó algunos cumplidos al respecto de su futuro enlace. Los guio hasta un salón diferente al que había visto Sienna la otra vez. Los muebles eran de madera, pero en un color claro que hacía que pareciesen más livianos. Las paredes estaban pintadas en un ligero tono turquesa apenas perceptible. Dos grandes ventanales a los que habían desprendido de sus cortinas, probablemente para lavarlas, dejaban entrar la luz del exterior.

—Sentaos en el sofá —les indicó la señora Armitage—, todo está limpio como podéis ver. El equipo de limpieza que contraté ha trabajado muy duro estos días para dejar la casa a punto.

Gerald y Sienna se sentaron.

—Así que quieres mi casa —dijo Grace sin más preámbulos mirando a Gerald.

—Así es.

—¿Por qué? —preguntó.

—Como le dije...

—Ya, ya, ya sé lo que me dijiste, pero ahora quiero que seas sincero conmigo y me expliques el porqué de verdad. Podrías conseguir una casa mucho más confortable que esta y más accesible, si es que de verdad vas a quedarte ciego.

Sienna observaba en silencio, disfrutando del espectáculo de la conversación.

—Tengo un tumor cerebral —confirmó Gerald—. Le aseguro que no es ninguna broma.

—Lo siento, de verdad. Pero aún no has contestado a mi pregunta.

Lo dijo con tal sencillez y naturalidad que Sienna estuvo segura de que era sincera.

—Una casa como esta puede ser una trampa para alguien que no la conozca bien, mucho más si esa persona es ciega —insistió Grace.

—Aprenderé. Y Sienna estará conmigo.

Grace miró a Sienna con simpatía.

—Así que tú vas a ser sus ojos —dijo.

—Sí, señora.

—Te has buscado un lazarillo muy bonito —dijo Grace volviendo a mirar a Gerald.

—No será mi lazarillo, será mi esposa —dijo él empezando a sentirse molesto.

—¿Qué harás con tu trabajo? Tengo entendido que eres inversionista. Un trabajo horroroso, permíteme que te lo diga. No entiendo cómo nadie puede querer dedicar su vida a mirar una pantalla de ordenador. Me da dolor de cabeza solo de pensarlo. —Levantó la mano y apoyó el dorso en su frente—. Pudiendo hacer cualquier otra cosa... Hasta meter la mano en una zarza me parece más atrayente, al menos ahí sientes algo.

Sienna sonrió abiertamente ante aquella comparación tan extrema.

—Por suerte, en esta vida hay personas a las que les gustan cosas distintas —intervino—. Sería terrible que a nadie le gustase cocinar, yo moriría de hambre porque odio la cocina.

—Bien dicho —respondió Grace—. Bueno, está claro que con tu actitud no vas a convencerme de que te venda la casa y empiezo a pensar que he hecho el viaje en balde. Mira, Gerald, tengo ochenta y ocho años, en un par de meses cumpliré ochenta y nueve, y he pasado la mayor parte de esos años sola. Como supondrás he tenido mucho tiempo para reflexionar hasta llegar a entender lo que es verdaderamente importante en la vida. Para que yo te venda el único lugar en el que fui plenamente feliz tendrás que darme parte de tu alma, no me sirven solo un montón de billetes. Tu verdad es lo único que puede marcar una diferencia con los otros compradores. Hay mucha gente con dinero, muchacho.

Sienna pudo percibir un sutil cambio en la expresión de Gerald. Fue como si una capa de piel falsa hubiese caído de manera natural y viese su auténtico rostro sin imposturas. Cuando empezó a hablar, incluso su voz le pareció distinta.

—Cuando era niño soñaba que mi vida sería una aventura. Construiría un globo y viajaría por todo el mundo, deteniéndome allí donde el viento me llevase. Era una fantasía, claro, algo que imaginaba cuando estaba solo en mi habitación y creía que la vida era pura magia. En lugar de eso crecí, estudié, me comprometí... Tenía mi vida totalmente programada y segura, con solvencia económica y una idea clara de cómo serían los próximos cuarenta años.

Grace se fijó en cómo Sienna lo miraba y sonrió imperceptiblemente.

—Sabía todo lo que me iba a ocurrir, incluso sabía cuándo ocurrirían todas esas cosas. Y entonces, un día me desperté con un fuerte dolor de cabeza. No podía concentrarme en las gráficas, no podía ni pensar. Tomé analgésicos y el dolor no solo no cedió sino que aumentó hasta resultar insoportable. Fui al médico, me hicieron pruebas y me dijeron que había una masa comprimiendo una parte de mi cerebro. Era pequeña y estaba localizada en una zona compatible con la vida, pero comprometía seriamente una arteria cerebral por lo que no era aconsejable operar. Lo que yo escuché en aquella conversación fue que iba a morir. Ya está, lo que siempre

nos preguntamos, ¿cuándo sucederá?, ahí estaba. La única fecha que faltaba en el plano de mi vida. Le pregunté al médico cuánto me quedaba y él me respondió que con medicación para el dolor y una vida saludable podría vivir muchos años, no tantos como si no tuviese el tumor, pero muchos. Pero lo que sí era seguro era que me iba a quedar ciego.

Sienna no había escuchado esa historia y sintió un estremecimiento que la sacudió de pies a cabeza.

—Vale, no voy a morir, pensé, tan solo voy a quedarme ciego —sonrió con ironía—. Supongo que cuando pones las cosas en escala puedes valorarlas de manera racional, pero la razón no es lo que prima en el ser humano, ¿verdad? Salí del hospital y regresé a River Rock conduciendo, a pesar de que el médico me aconsejó que me olvidase de conducir. Bueno, no va a ocurrir instantáneamente, tendré alguna señal, pensé. Cuando llegué al pueblo me di cuenta de que no podía presentarme en casa y soltarle a la mujer con la que iba a casarme el futuro que le esperaba a mi lado. Temí desmoronarme, perder la serenidad con la que debería afrontarlo. Necesitaba pensar. Tiempo. Así que conduje hacia el bosque pensando en pasear un rato para meditar y acabé aquí, frente a la verja. No sé qué me trajo hasta este lugar, nunca le había prestado atención, pero en la vorágine de pensamientos que se desencadenó en mi cerebro, esta casa me atrajo como un imán. Estuve parado delante de la verja durante más de una hora. —Pareció que su mente se trasladaba hasta aquel momento—. Y entonces ocurrió. Todo se volvió negro de repente. No podía ver nada. Me agarré a la verja y sentí que el suelo se abría bajo mis pies. Fue una sensación espantosa, la más horrible que he tenido en mi vida. El corazón me latía desbocado y no podía respirar, como si alguien estuviese estrujándome los pulmones y no me dejara tomar aire.

Un intenso silencio sobrevolaba la estancia y el corazón de Sienna latía tan fuerte que temió que pudieran escucharlo.

—No sé cuánto tiempo duró, segundos, minutos, no lo tengo claro, pero me golpeó como el martillo de Thor, se lo aseguro. Un golpe fuerte en el núcleo. No sé qué fue aquello, el médico dice que fue psicológico porque el tumor no había llegado aún a la zona de peligro, cuando lo haga la ceguera será permanente. Pero me sirvió para tomar verdadera conciencia de lo que me iba a

sucedier y un montón de ideas comenzaron a germinar en aquella ciénaga oscura y aterradora.

Miró a Sienna un instante y sus ojos eran claros y transparentes, no había prevención ni disimulo en ellos. Respiró hondo tratando de calmar la tensión que tiraba de sus músculos y volvió a mirar a Grace Armitage.

—No puedo darle un motivo racional para querer esta casa, solo sé que desde que estuve aquí aquel día he sabido que es el lugar en el que quiero vivir. El lugar en el que quiero estar cuando ocurra lo inevitable.

—Yo os traje una vez cuando éramos niños —dijo Sienna captando la atención de los dos—. A Jessica y a ti.

Gerald la miró confuso.

—¿Nos trajiste aquí?

Sienna asintió.

—Fue al morir tu abuela, la señora Thorne. Jessica y tú estabais muy tristes, nunca os había visto así. Debíamos tener...

—Once años —dijo él—. Yo tenía once cuando mi abuela murió. Jess y tú debíais tener nueve.

Sienna asintió.

—Os dije que había un lugar mágico en lo alto de la colina. Me inventé una historia muy tonta..

Gerald, pensativo, entrecerró los ojos. Algo le sonaba de todo aquello...

—Nos sentamos en el suelo, frente a la verja. Por aquí no venía nunca nadie. Contamos historias, hablamos de vuestra abuela... Cuando regresamos estabais mejor, como si hubieseis dejado la pena aquí.

Gerald la miraba con intensidad.

—No seré yo la que diga nada en contra de algo tan rocambolesco —intervino Grace Armitage—. Yo me enamore del hermano de mi primer esposo organizando la biblioteca de la casa de sus padres.

Gerald y Sienna la miraron con curiosidad y la anciana sonrió feliz por recibir tanta atención.

—Conrad Armitage, mi suegro, era un erudito, pero en cuanto a organización y orden era el mayor analfabeto de la Historia. Él sabía de mi amor por los libros y también de mi extraordinaria capacidad para el minimalismo, así que me pidió ayuda. Y el primer libro que saqué de las estanterías fue la Divina Comedia.

Sienna frunció el ceño. Conocía la obra de Dante por el instituto, pero solo sabía que hablaba del infierno.

—Paolo y Francesca —dijo Gerald asintiendo. Conocía algo de la vida de Grace Armitage y su esposo Walter. Él era el hermano mayor de su primer marido.

—La vida es muy bromista —dijo Grace poniéndose de pie sin prestar atención al desconcierto de Sienna que no había entendido nada de la última parte de la conversación—. ¿Qué os parece si os dais un paseo por la propiedad mientras yo reflexiono un poco sobre lo que hemos hablado? Eres un muchacho muy agradable, Gerald Craddock, y la vida no te ha tratado del todo mal. Ya sabes lo que decía Epicteto: no es lo que nos pasa sino lo que nos decimos sobre lo que nos pasa.

—Le agradezco mucho que nos permita... —empezó Gerald.

—Bla, bla, bla —lo cortó Grace haciendo un gesto con la mano mientras se dirigía a la puerta—. Los siento, pero ya no tengo tiempo para paparruchas.

—¿Qué ha sido todo eso de Dante y la Divina comedia? —Estaban en la biblioteca de la casa y Sienna se paseaba frente a las estanterías repletas de tomos—. ¿Crees que dejará aquí todos estos libros?

—¿A qué contesto primero?

—A lo que te dé la gana.

—Bien, pues la Divina comedia primero. Dante escribió un poema sobre Francesca y Paolo, dos personajes basados en Francesca de Rímimi y Paolo Malatesta, que era el hermano pequeño de su esposo. El padre de Francesca la obligó a casarse con Gianciotto Malatesta al que, por

supuesto, ella no quería. Paolo y Francesca se enamoraron, Gianciotto lo descubrió y los mató a los dos. Esa es más o menos la historia resumida.

Sienna se giró a mirarlo para ver si bromeaba, pero Gerald seguía recorriendo las paredes con las manos, como si estuviese dibujando un mapa mental.

—¿Y qué tiene eso que ver con ella?

Gerald sonrió sin prevención y sin aquella fría mirada que tanto la disgustaba.

—Grace era la esposa de Lionel Armitage, el hermano pequeño de Walter.

Sienna abrió los ojos como platos.

—¿En serio? ¿Se enamoró de su cuñado?

Gerald asintió.

—No solo se enamoraron, se divorció de Lionel y se casó con Walter, a pesar de tener a las dos familias en contra. ¿No te parece curioso?

Sienna se encogió de hombros al tiempo que asentía.

—Sí, un poco raro es, pero a Francesca y a... ¿cómo se llamaba?

—Paolo Malatesta, que significa mala cabeza, por cierto —respondió él sonriendo burlón.

—Pues, a ellos los mataron, no creo que a mí me gustase nada que el destino me mandase una señal como esa. Malatesta —murmuró—, qué curioso...

—No creo que Grace y Walter le diesen muchas vueltas al asunto. No parece una mujer que se cuestione sus sentimientos, más bien creo que debió lanzarse sin paracaídas.

Gerald terminó de recorrer la biblioteca y se paró en medio de la sala con las manos en la cintura.

—¿Cuántos libros crees que hay? —preguntó Sienna.

—Alrededor de dos mil —dijo Gerald—. Supongo que se los llevará todos.

Sienna hizo un recorrido visual por toda la estancia. La chimenea de piedra sobre la que descansaba un reloj dorado y dos jarrones vacíos. Las librerías colocadas a un lado, los dos sofás con una mesita de centro y dos butacas. Las alfombras y el artesonado del techo. El color de las paredes, las baldosas del suelo, la altura de las ventanas...

—Si los deja aquí tendré muchos libros para recomendarte —dijo Gerald—. Quizá consiga aficionarte al fin.

—¿De verdad viviremos aquí? —preguntó sin poder disimular la emoción que sentía.

Gerald asintió mirándola a los ojos.

—No recordaba que nos habías traído —dijo.

Sienna asintió al tiempo que metía las manos en los bolsillos de su pantalón y deambulaba por la estancia tratando de evitar aquella persistente mirada.

—Éramos unos críos.

—¿Nunca volvimos?

—No. Era mi lugar, no pretendía que fuera el vuestro —reconoció—. Tan solo quise calmar la angustia que sentíais en aquel momento.

—Pues aquello debió dejar una marca en mi cerebro, aunque esté en una parte del subconsciente —dijo pensativo—. Realmente estábamos muy tristes tras la muerte de nuestra abuela. La queríamos muchísimo.

—Lo sé —asintió—. La recuerdo. Era una mujer encantadora, muy cariñosa. Tu madre se le parece mucho.

Gerald sonrió como respuesta.

—Tendrás mucho trabajo aquí —siguió Sienna, caminando hacia el sofá y poniendo las manos en el respaldo antes de volver a mirarlo—. Hay demasiadas «trampas», como ha dicho Grace.

—¿Grace? —Sorprendido.

—La señora Armitage —se corrigió rápidamente—, ahora no nos oye, podemos llamarla como nos dé la gana.

—No sé si me la va a vender. Hay momentos en los que creo que me está tomando el pelo y en realidad nunca ha tenido intención de hacerlo. Y el tiempo se mueve tan despacio...

Sienna se puso seria.

—Sería mejor que no pensaras todo el tiempo en la operación. Se te va a hacer insoportable la espera.

—¿Crees que puedo dominar mis pensamientos? Me tienes muy sobrevalorado.

—He visto lo que eres capaz de hacer —dijo sin pensar.

—¿Me estás halagando, Sienna Nevins?

—Ni lo sueñes.

—Ya me parecía a mí...

—Pero reconozco que tienes una capacidad inhumana para mantener la cabeza fría en situaciones complicadas —añadió Sienna como el que no quiere la cosa.

Gerald la miraba con evidente curiosidad.

—¿Podrías ponerme un ejemplo?

—En aquella videoconferencia con Daryl, cuando le dijiste lo que pensabas de Saunders y donde se podía meter sus opiniones. No sabías que Saunders, al que le gestionas un capital de ciento cincuenta millones de dólares, estaba en la sala y lo escuchaba todo, pero reaccionaste con una serenidad pasmosa. Yo me habría caído muerta, pero tú hiciste que pareciera una broma. Nunca había visto a nadie con tanta sangre fría.

—¿Y quién dice que no lo sabía?

Sienna abrió la boca y los ojos y lanzó una exclamación de sorpresa.

—Lo sabía perfectamente —confesó Gerald—. Saunders me tenía hasta los cojones y necesitaba que lo supiera. Estoy seguro de que captó el mensaje porque no ha vuelto a molestarnos y deja que hagamos nuestro trabajo sin meter las narices donde no le importa. En negocios como este hay que mantenerse siempre frío. Eso no significa que no haya momentos en los que mi sangre se convierta en magma volcánica incandescente, lo que ocurre es que he aprendido a disimular mis emociones.

—Ya me había dado cuenta —dijo Sienna mirándolo a los ojos.

—Terminemos de ver la casa —dijo Gerald. Ahora fue él quien no pudo sostenerle la mirada.

—¿Veredicto? —preguntó Grace cuando se encontraron de nuevo en el salón en el que los había recibido.

—Notable alto —dijo Gerald con una sonrisa afable—. La casa parece estar en un estado excelente.

—Me alegra oír eso —dijo Grace—. Venid conmigo, quiero enseñaros algo antes de que os marchéis.

La siguieron y atravesaron la casa para ir a la parte de atrás.

—Quiero que veáis mi lugar favorito —dijo con una sonrisa.

—No sé por qué creí que su lugar favorito sería la biblioteca.

—¡Oh, no! Ese era el lugar favorito de Walter. A mí me gusta mucho leer, pero nunca lo hacía en aquella habitación. Necesito ver el cielo, los árboles...

—Pues en invierno debía ser duro —sonrió Gerald.

—No le temo al frío. Me he duchado con agua fría desde los diecisiete años, en verano y en invierno. Es algo que me enseñó mi abuela y ella vivió hasta los noventa y nueve años.

—Ahora entiendo su fortaleza.

—Todo genética, me temo.

Abrió unas puertas que daban a una galería acristalada, pequeña y acogedora, que daba al patio de atrás.

—Esta es mi galería, mi lugar especial, aquí pasaba casi todo mi tiempo libre. Cuando Walter me dejaba, claro, porque era muy absorbente, siempre quería que estuviese con él si estaba en casa. Sentaos ahí —dijo señalando un repecho en la pared ya que solo había un sillón para Grace, que lanzó un suspiro de satisfacción al sentarse—. Tal y como la recordaba, sí señor. No sé por qué no me lo llevé conmigo. No he vuelto a tener ningún sillón tan cómodo como este.

Grace cerró un momento los ojos para dejarse arrollar por los recuerdos. No es que los hubiese mantenido escondidos, al contrario, durante años se recreó en ellos como el que recuerda unas vacaciones plenas cuando vuelve al trabajo. Pero no es lo mismo recordar con un nexo entre aquello que se recuerda y el presente que se vive. Suspiró de nuevo y abrió los ojos.

—Imagino que debe costarle deshacerse de esta casa —dijo Gerald llevándola al terreno que le interesaba.

—La casa cumplió su función y cuando me marché lo hice porque quise. No me imaginaba viviendo aquí con otra persona que no fuese Walter. Durmiendo con otro en la cama en la que él me había hecho el amor. No, no. —Movi6 la cabeza negativamente—. Cuando muri6, la casa muri6 con 6l para m6. No pongas esa cara, ni6a, he vivido en casas much6simo mejores que esta, m6s bonitas, m6s grandes... Ahora, en Nashville, vivo en una muy peque6a, tan peque6a que mi sobrino la llama «la caja de cerillas». Adoro esa casa, es perfecta para m6.

—¿Va a dejarle esta casa a su sobrino?

—¿A Eric? ¡No! —exclam6 entre carcajadas—. Ese hombre tiene la sensibilidad de un jarr6n, en cuanto la tuviese en sus manos la vender6 al mejor postor.

Gerald la miraba desconcertado.

—No est6s acostumbrado a tratar con gente como yo —dijo Grace sin dejar de sonre6r.

—No s6 a qu6 gente se refiere.

—A gente vieja.

Su tono burl6n hizo que Gerald se relajara un poco, pero no que bajara la guardia.

—Las personas que estamos al final de nuestra senda no tenemos muchos reparos en decir lo que pensamos y hacer lo que nos da la gana. Yo ten6a tu edad cuando me enamor6 de Walter —dijo se6alando a Sienna—. Bueno, ser6a m6s exacto decir «cuando me di cuenta de que lo amaba». Creo que me enamor6 de 6l desde el momento en que le conoc6. Mi padre hab6a organizado mi matrimonio con Lionel por cuesti6n de negocios, ya sab6is, asuntos familiares. —Acarici6 el brazo del sill6n como si se tratase de una mascota que pide cari6o—. Lionel era muy guapo, joven y fuerte, no me result6 desagradable la idea del matrimonio. Yo sab6a en qu6 mundo viv6a y la orden de mi padre no me pill6 por sorpresa. Tampoco es que estuviese enamorada de otro, lo que lo habr6a complicado todo mucho.

Sienna la escuchaba con sumo inter6s. Por alguna raz6n imaginaba a Lionel con el rostro de Miles.

—Nos casamos y nos instalamos en la mansi6n familiar. Los Armitage tienen una propiedad enorme, quiz6 hay6is o6do hablar de ella. —Gerald asinti6—. Nosotros ten6amos una casa para

nosotros solos, por lo que la privacidad no era un problema. Y sus padres eran buena gente, me trataron siempre bien, así que mi vida no era un drama, debo reconocerlo. De verdad que creí que podría vivir con Lionel plácidamente el resto de mi vida, nunca fui una persona ambiciosa ni con sueños que realizar. Walter también tenía su propia casa en la propiedad familiar, pero él no estaba casado y pasaba mucho tiempo en la ciudad, por lo que nuestra relación era bastante superficial. Hasta que se rompió una pierna esquiando. Su madre y yo nos relevamos para atender sus necesidades y entonces ocurrió. No fue algo apasionado, la verdad, fue lento y natural. Como no podía moverse mucho me acompañaba mientras organizaba la biblioteca de su padre. Nos dimos cuenta de que nos gustaba estar juntos. Charlábamos de cualquier tema y nunca nos sentíamos incómodos el uno al lado del otro. Nos hicimos buenos amigos. Cuando le quitaron la escayola y empezó con la rehabilitación yo le ayudé con los ejercicios. Luego empezaron los paseos por el campo, nos gustaba montar a caballo...

—Y se enamoraron.

—Nos enamoramos —confirmó Grace—. No fue como en las películas, algo espectacular. Simplemente un día que estábamos dando un paseo, él me besó. Fue un beso rápido, casi sin pensar. No excusamos con mil y una mentiras y fingimos que todo seguía igual. Pero era evidente que por mucho que lo negásemos nuestros sentimientos estaban ahí, torturándonos. Y un día ocurrió lo que tratábamos de evitar. —Suspiró—. Nos acostamos y al día siguiente se marchó a Helena jurando no volver jamás. Dios, lo echaba tanto de menos... Mi vida se volvió monótona y triste. Ya nada podía volver a ser como antes. Lionel me resultaba anodino, sus conversaciones me aburrían mortalmente y no me interesaba nada de lo que me contaba. Asentía en silencio mientras me preguntaba cómo iba a soportar vivir para siempre con él. Salía a pasear sola, montaba a caballo y me colaba a hurtadillas en la casa de Walter, recordando todos los momentos que compartimos.

—¿Por qué los seres humanos somos tan complicados? —preguntó Sienna.

—No podría responder a eso —dijo Grace.

—Podríamos hacer las cosas más sencillas, pero siempre tendemos a complicarlas. Es como

si la paz y la tranquilidad no fuesen nunca suficientes.

—Y no lo son. Necesitamos sentir apasionadamente. ¿No crees? —preguntó Grace con curiosidad.

—Depende —respondió entornando los ojos—. A veces podemos sentir mucho y eso que sentimos puede ser autodestructivo, algo que nos va mermando sin darnos cuenta. No toda la pasión es buena, a veces puede corroerte las entrañas.

Gerald la miró sorprendido y Sienna se sintió avergonzada por haber mostrado tanto de sí misma.

—Por supuesto —reconoció Grace—, pero debes preguntarte por qué aceptamos eso. Quizá es el único modo de sentirnos vivos. El sufrimiento también puede ser un sentimiento apasionado. No quiero decir que debamos buscarlo, pero si llega no deberíamos empeñarnos en ignorarlo, sino que deberíamos abrazarlo con fuerza, dejar que traspase nuestra carne y nuestros huesos. Solo así seremos capaces de conocernos de verdad. —Clavó sus ojos en Gerald—. ¿Y tú, muchacho? ¿Piensas que es mejor sentir?

—Ahora mismo no —reconoció con frialdad.

—¿Estás en un intermedio? ¿Esperando mientras la vida pasa?

Gerald asintió con la cabeza.

—Ya veo. Y, sin embargo, vais a casaros. Una con miedo a sus malas decisiones y otro con la espera como dote.

—Nuestro matrimonio no es real —dijo Gerald de pronto provocando un respingo en Sienna que lo miró asustada—. Es un contrato comercial.

Grace los miró desconcertada y sorprendida.

—Ya me parecía a mí...

—Voy a someterme a una operación que conlleva un alto riesgo de fracaso.

—¿Fracaso mortal o de dejarte aún peor?

—Ambos.

La anciana suspiró y junto las manos colocándolas en su regazo.

—Ya veo. ¿Y cuándo será esa operación?

—Un año después de nuestra boda.

—¿Cuánto es un riesgo alto?

—Un setenta por ciento de posibilidades de que salga mal.

—Eso es mucho riesgo —dijo ella pensativa—. ¿Por qué quieres hacerlo? ¿Tan terrible te resulta la idea de no poder ver?

—Quiero una vida plena.

—¿Un invidente no puede tener una vida plena?

—Por supuesto que sí. Si él o ella aceptan esa vida, será plena sin duda. Yo no la acepto.

—¿Es por eso por lo que rompiste el compromiso con tu novia? ¿Ese sí era por amor?

—Fue ella la que lo rompió —dijo muy serio, pero sin acritud.

—Me parece algo estúpido que te cases con Sienna si lo que quieres es recuperar a tu antiguo amor.

—Yo no he dicho que quiera recuperarla.

—No, no lo has dicho. ¿Y por qué Sienna?

—Ella necesitaba ayuda y yo podía brindársela.

—Lo que quiere decir —Sienna se alejó de él sintiéndose molesta—, es que a mí podía comprarme. Tengo deudas y necesito el dinero.

—De nuevo, yo no he dicho eso.

—No, no lo has dicho —repitió Sienna citando a Grace.

—Y tus deudas son fruto de esos «sentimientos autodestructivos» —dijo Grace empezando a encajar todas las piezas del puzle.

Sienna asintió tratando de contener unas emociones que podían dejarla en evidencia. Grace volvió a poner su atención en Gerald.

—¿Estás dispuesto a morir por recuperar a esa mujer? Debes amarla mucho.

Él suspiró, no iba a volver a repetir que no era por Roberta.

—No quiero vivir esta vida —dijo entre dientes—. Desde que me diagnosticaron he sentido

una apatía insana. No estoy enfadado, no estoy triste, es como si nada me importase. Me han cortado las alas y no consigo curar esa herida y seguir con mi vida a pie de suelo. Me levanto de la cama, como, trabajo, pero en realidad nada me parece real. Es como si estuviese en una sala de espera pendiente de que me devolviesen mi vida.

—Así me sentí yo cuando Walter se marchó —dijo Grace comprensiva—. Te entiendo bien, supongo que a mi edad la muerte no es algo tan terrible. No sé si en tu caso la solución está en esa operación, pero es tu vida y solo tú debes decidir cómo vas a vivirla.

—¿Cómo lo hicieron? —preguntó Sienna ya sin prevención de ningún tipo—. ¿Cómo se enfrentaron Walter y usted a una situación tan difícil? Debió ser un cataclismo para la familia.

—Hablé con Lionel y le expliqué que no podía seguir con aquel matrimonio, que no lo amaba y esa vida me estaba consumiendo. Hice las maletas y me marché. No regresé a casa de mis padres en Nashville, me fui a Helena a buscar a Walter. Me presenté en su apartamento con una maleta dispuesta a soportar la mayor de las humillaciones. Estaba preparada para su rechazo, pero no para lo que ocurrió. No hizo falta que dijese nada, en cuanto abrió la puerta y me vio allí me abrazó con tanta fuerza que sentí que me rompía todos los huesos.

—Debe ser increíble amar así —susurró Sienna.

—Lo es. En los trece años que vivimos juntos jamás dejé de sentir aquel sentimiento intenso y estremecedor. Creo que lo amé tanto que gasté la capacidad que tenía para amar, por eso nunca volví a enamorarme.

Gerald la miraba incrédulo.

—¿Te resulta difícil de creer? Entonces es que nunca has amado de verdad.

—El amor se desvanece cuando el objeto de nuestro deseo se quiebra —dijo Gerald sin borrar su amarga sonrisa.

—Habría amado a Walter ciego, sordo, mudo y tumbado en una cama sin poder moverse. Lo siento mucho, Gerald, pero eso que teníais vosotros no era verdadero amor. Espero que superes esa operación y vivas mucho tiempo para que puedas experimentarlo. Te aseguro que cuando lo sientas, lo sabrás. Si aún estoy viva espero que descuelgues el teléfono y me lo cuentes. La casa es

tuya.

Capítulo 18

Brooke terminó el contenido de su Martini y dejó la copa en la mesa con una sonrisa forzada.

—¿Quieres la aceituna o la tiro? —preguntó mirando a su amiga.

Sienna asintió, cogió el palillo despistada y se la llevó a la boca.

—Menuda despedida de soltera —dijo Brooke trayéndola de sus pensamientos.

—Perdona, tengo la cabeza que no para de darle vueltas a todo.

—No me extraña.

Brooke se cruzó de brazos mirando hacia la pista de baile con expresión amargada. Sienna puso una mano sobre uno de sus brazos y la miró a los ojos.

—Todo va a ir bien.

—¿Por qué no quieres contármelo? Creía que nunca habría secretos entre nosotras.

—Te he dicho todo lo que te podía decir.

—Y yo me he imaginado lo demás —dijo inclinándose hacia delante para hablar en un tono bajo—. Entiendo que te pasarán cosas muy malas si lo cuentas, no soy estúpida. Pero ¿de verdad tienes que casarte con él?

—Ni que fuera el diablo.

—No, no es el diablo y está bueno de cojones, pero ¿casarte?

—Cuando todo acabe me habré librado de todos mis problemas... para siempre.

Brooke abrió los ojos como platos.

—¿Tanto va a pagarte?

—No debería beber, maldita sea —masculló Sienna entre dientes sabiendo lo fácil que era hacerla hablar.

—No sé, Sienna, mañana vas a casarte, otra vez, por cierto, y en esta ocasión no se presenta el temita mucho mejor que en la anterior.

Sienta soltó el aire con un bufido y se puso de pie.

—Quiero irme a casa, no me apetece hacer el paripé. Las dos sabemos que no hay nada que celebrar.

Salieron del local y caminaron por el centro hacia la casa de Brooke que era la que estaba más cerca.

—Supongo que vuestra relación será meramente platónica —dijo Brooke sonriendo—. Pero eso no significa que no puedas darte una alegría un par de veces por semana.

—No seas imbécil.

—Ese tío tiene un buen polvo, no pasa nada porque disfrutes de él mientras dure. Sois adultos, chica.

Sienna le lanzó una mirada asesina y después comprobó que no había nadie cerca. Era la una de la madrugada, la gente decente de River Rock hacía horas que dormía.

—Quítate ya el hábito de monja, Sienna, ya vale de llevar luto.

—No es que haya tenido muchas oportunidades, que digamos.

—¡Pero si estás parapetada tras un muro de alambre de espino! ¿Cómo se te va a acercar nadie? ¿No has visto al rubio ese que se te comía con los ojos?

—¿Pretendes que me tire a un desconocido en mi despedida de soltera?

—Las dos sabemos que no pasaría nada. ¿O es que Gerald te ha pedido fidelidad? Oye, que si está dispuesto a satisfacer tus carencias puedes serle todo lo fiel que...

—Yo no tengo carencias.

—No claro, desde que se inventaron los consoladores la mujer que no se desahoga es porque no quiere.

—Mira que eres burra.

Brooke se detuvo frente a la puerta de su casa y se puso delante de Sienna para mirarla a los ojos.

—Escúchame. Miles era un cabrón, siempre hizo contigo lo que le dio la gana, y las dos sabemos cuál era su arma, te tenía completamente ganada en la cama. Pero es que nunca has probado otra cosa, Sienna. Tienes que dejar abierta esa puerta y así descubrirás que no era para tanto. O sí, no lo sé ni quiero saberlo, pero tienes que dejar que alguien más pase la línea.

Sienna se acordó del incidente en la habitación de Gerald cuando estuvieron a punto de pasar esa línea de la que Brooke hablaba. Eso no pasaría cuando estuviesen casados, no podía pasar. Si daban ese paso la confusión podría llevarlos al desastre. De ningún modo, con Gerald no.

—Richard me puso un poco cachonda —dijo de pronto.

—¿Richard Sand? Es tan estirado y tan, tan...

—¿Guapo? Ese hombre es un monumento a la masculinidad. Y encima tiene conciencia social, ya te conté lo de la ONG...

—Ya, ya, mucho cuento tiene, seguro que sacó algo y se olvidó de decírtelo. Ha venido algunas veces a mi pastelería y lo siento, pero me repatea el hígado.

—Eso viene de cuando le mandaste aquella cartita cuando teníamos doce años.

—Entonces era una idiota ridícula.

—No le perdonas que no te contestara.

—¿Qué clase de imbécil no responde a una chica que le dice que le gusta?

—¿Uno muy tímido?

Brooke pensó en la última vez que lo vio, cuando Sienna y él pasaron por el bar de Ervin a desayunar. Se preguntó cómo alguien podía tener un cuerpo tan perfecto. Sospechaba que sus antepasados debían tener una historia que contar al respecto, porque eso no era normal.

—Sea como sea, eso tuyo hay que solucionarlo. —Se sentía más cómoda hablando de los problemas de Sienna que de los suyos.

—¿Eso mío?

—La sequía —dijo Brooke señalando hacia su entrepierna.

—Pues no creo que vaya a solucionarse en breve.

Las dos amigas se despidieron con un beso en la mejilla y Brooke prometió estar temprano en

su casa para ayudarla a ponerse el vestido de novia. Mientras caminaba sola Sienna se preguntó si había algo que no funcionaba bien en ella, si Miles habría roto algo en su interior que había acabado con su libido y el deseo de encontrar a alguien con quien compartir su vida. Entonces se acordó de lo que ocurrió con Gerald la noche de su cena de cumpleaños y sonrió involuntariamente. A su libido no le pasaba nada de nada, eso estaba claro. Lo demás ya era otra cosa. Se encogió de hombros y aceleró el paso. Un año pasaría rápido y después no tendría que volver a preocuparse por nada. La vida le daba una oportunidad de empezar de nuevo y no iba a desaprovecharla.

La boda no fue algo para recordar y Sienna cayó esa noche en la cama bajo un agotamiento extremo como jamás antes había sentido. Demasiadas horas de fingimiento, de sonrisas congeladas, buenos deseos que se sustentaban en una enorme mentira. Y Gerald a su lado como el perfecto novio, amable y solícito, tratando de que se sintiera menos mal.

Tumbada en la cama de su nueva casa miraba el techo con los ojos muy abiertos. Su cuerpo necesitaba descanso, pero su mente la torturaba con un torrente de pensamientos que no le permitía conciliar el sueño. ¿Quién podría? Veía a su madre con semblante serio y preocupado, la tristeza de su padre cuando bailó con ella, la interrogadora mirada en los ojos de Brooke...

Se levantó de la cama, fue hasta la ventana y la abrió de par en par para que el frío de la noche la sacudiera. La luna brillaba rodeada de estrellas. Allí arriba las luces del pueblo quedaban lejos y el cielo resplandecía sin que le hicieran sombra. El frescor de la noche y el sonido de las hojas de los árboles meciéndose con el suave viento que soplaba, le dieron un poco de paz.

Después de unos minutos empezó a tiritar y decidió que ya era suficiente. Cerró la ventana y se envolvió en una bata, dispuesta a bajar a la cocina para prepararse una infusión bien caliente. Algo que la ayudase a dormir.

Cuando salió de su cuarto miró hacia el otro lado del pasillo, la puerta de la habitación de Gerald estaba cerrada y no se veía luz por las rendijas así que supuso que estaba durmiendo. O al menos trataba de hacerlo.

Miró la casa desde lo alto de las escaleras. Era una casa magnífica sin duda, mucho más de lo que ella había imaginado cuando subía la colina y se refugiaba en el exterior. Lo único que no había acondicionado Grace, el jardín delantero y la parte de detrás de la casa, fue obra de su padre. Gerald le había pedido que lo hiciese según su criterio y Trevor había dedicado dos semanas de intenso trabajo a dejarlo tal y como Sienna quería.

La puerta de la cocina estaba abierta y la luz apagada, pero la luz de la luna se colaba por la ventana y caía sobre la figura encorvada que se apoyaba en la mesa con las manos sosteniéndole la cabeza.

—No enciendas la luz, por favor —pidió Gerald con voz ronca.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó con preocupación.

—Doler no define cuidadosamente lo que siento —musitó.

—Te haré una infusión de manzanilla y lavanda —dijo poniéndose a ello—. Alivia dolores de cabeza como los tuyos...

Gerald levantó la cabeza y la miró sorprendido.

—¿Has estado buscando en Google?

—Me compré un libro sobre plantas medicinales —dijo llenando la tetera de agua y utilizando su voz más suave—. Hay un capítulo dedicado solo a los dolores de cabeza.

Sienna terminó de prepararlo todo lo más silenciosamente que pudo y mientras las hierbas infusionaban dentro de la tetera ella se preparó un café en la nueva y flamante cafetera que habían comprado, idéntica a la que Bethany tenía en su casa.

—¿Vas a tomar café? —preguntó él en tono irónico.

—Venía a por una infusión, pero tengo muchas ganas de probar la cafetera y descubrir si hace el café tan delicioso como el de tu madre. Usaré descafeinado para no desvelarme más, aunque lo veo difícil.

Cuando todo estuvo listo se sentó frente a la mesa de la cocina. Bebió un sorbo de café y arrugó la nariz decepcionada.

—La cafetera es nueva —dijo Gerald leyendo en su expresión—. Dale tiempo.

Sienna se encogió de hombros y esperó a que él tomara varios sorbos de la infusión que le había preparado. Su expresión se fue suavizando a medida que las hierbas hacían su labor. No esperaba que fuese algo milagroso, pero sí que lo aliviase un poco. Aunque, quizá, lo que lo alivió no fueron las hierbas sino el cariño de Sienna al preparárselas.

—Ya me siento un poco mejor —dijo él mirándola con ojos vidriosos.

—Es terrible que no puedas descansar. Estoy segura de que te sentirías mejor si pudieses dormir ocho horas de un tirón.

—Probablemente.

—Supongo que el trajín de la boda no te ha ayudado mucho.

Gerald negó ligeramente consciente de que el dolor aumentaría con poco esfuerzo.

—Deberíamos habernos escapado —dijo ella provocándole una sonrisa—. ¿Qué? Piénsalo, todo habría sido mucho más fácil. No habríamos tenido que fingir que estamos enamorados. El mero hecho de fugarnos habría sido una declaración mucho más convincente y no habría requerido el más mínimo esfuerzo por nuestra parte.

Gerald asintió y después hizo algunos estiramientos laterales con el cuello para relajar la tensión que había acumulado.

—Todo ha ido bastante bien —dijo pensativo.

Sienna apartó la mirada y la fijó en los visillos de la ventana.

—Imagino que no es la boda que habías imaginado —siguió él—. Lo siento.

Su voz sonó tan sincera que Sienna lo miró sorprendida. Suspiró dejando escapar el aire entre sus labios.

—Ninguna de mis bodas lo ha sido. —Trató de sonar despreocupada, pero un deje amargo se lo impidió.

—Tú y yo nos parecemos a esos relojes rotos que se dejan abandonados en un cajón. No pueden dar la hora porque nadie se preocupa de arreglarlos. Nosotros hemos decidido sacarlos y hacerlos funcionar de nuevo.

—¿Crees que es eso lo que hacemos? —Pensaba fríamente—. ¿No será que hemos aceptado

que ya nunca vamos a volver a funcionar?

Gerald, pensativo, se mordió el labio y desvió la mirada. Después regresó y su expresión era de firme resolución.

—Podemos conseguirlo, Sienna. Los dos. Podemos hacer que esto funcione.

—¿El qué?

—Esto —dijo señalándolos a ambos—, nuestro pacto. Me ayudarás a prepararme para lo que viene antes de la operación y yo te daré las herramientas para que nunca más tengas que preocuparte por el dinero. Hemos sido amigos, podemos volver a serlo.

Sienna lo miraba consciente de que había mucha verdad en sus palabras.

—Dejemos a un lado el hecho de que hemos engañado a personas a las que queremos. O no, aceptemos lo que hemos hecho porque nuestra motivación era evitarles sufrimiento. Lo que hacemos no hará daño a nadie, tan solo pretendemos recuperar las riendas de nuestra vida. Para eso es este plan.

Sienna asintió despacio, no muy convencida aún.

—¿Y qué propones?

—Ya te lo he dicho, que seamos amigos. Dejemos a un lado las prevenciones y nuestra forzada enemistad. Nadie nos ha obligado a hacer algo que no deseáramos.

—Un poco sí me has obligado —dijo ella sonriendo.

—Solo lo necesario para que abandonaras tus malditos prejuicios de pobre.

—¡Oye!

—¿Qué? ¿No es cierto? Eras de esa clase de persona que piensa que los ricos son ricos porque han hecho algo malo, ¿o no?

—Bueno, algunos lo son.

Él la miró burlón.

—Con esa línea argumental yo podría decirte que los pobres son pobres porque no hacen nada para dejar de serlo.

—No es la misma línea argumental, idiota.

Gerald abrió los ojos sorprendido.

—¿Me has llamado idiota?

—Sí, ¿qué pasa?, cuando éramos amigos te lo llamaba constantemente. Casi podríamos decir que era tu segundo nombre.

—En esa época eras cabezota, descortés y egoísta. Pensaba que habías cambiado un poco con los años.

—Pues ya ves que no —dijo ella terminándose el café y llevando la taza al fregadero dispuesta a limpiarla.

—Deja eso, mañana vendrá Martha a primera hora. —Gerald colocó su taza junto a la de ella y la apartó del grifo—. Esa chica necesita el trabajo y querrá tener algo que hacer.

—¿De verdad tenemos que tener servicio? No me gusta la idea de que haya gente por la casa. ¿Qué pasará si oye algo de lo que decimos y se da cuenta de que no estamos...? Ya sabes.

—¿Enamorados?

Sienna asintió.

—Vendrá solo unas pocas horas por las mañanas. Limpiará y nos hará la comida, después se irá. Estaremos trabajando, tranquila, no se dará cuenta de nada.

—Si tú lo dices.

Gerald sonrió y la cogió por los hombros para mirarla a los ojos.

—Gracias, Sienna.

—¿Ya no te duele la cabeza?

—Sí, pero ahora es soportable. Me echaré un rato a ver qué pasa.

Ella asintió y esperó hasta que salió de la cocina. Tenía la mano en el mando del grifo cuando escuchó su voz desde la puerta.

—Sal de la cocina —ordenó.

Martha se acomodó rápidamente a ellos. Era cierto que necesitaba el trabajo. Sienna

descubrió que era madre soltera de un pequeñín adorable al que llevó algunas veces cuando estaba enfermo y no podía dejarlo en la guardería. Era una chica muy reservada y profundamente respetuosa que, si detectó algo extraño en ellos, no mostró el menor signo.

A Sienna le sorprendió lo fácil que le resultaba ser amiga de Gerald. Quitarse todas aquellas ideas preconcebidas sobre cómo debía ser su relación hizo que abandonase sus prevenciones y se mostrase con él tal como era. Podían charlar sobre cualquier tema y, de hecho, a veces les daban las tantas de la noche sin levantarse de la mesa después de una larguísima cena, hablando sin parar.

Las mañanas las dedicaban a las inversiones y por las tardes empezaron con los ensayos para la ceguera, como Sienna había bautizado aquellos ejercicios que se encargaba de dirigir. Gerald se tapaba los ojos con un pañuelo y seguía las indicaciones de Sienna para moverse por la casa. Al principio tuvieron algunos «accidentes» más o menos dolorosos, como cuando Gerald se tropezó con el pico de la escalera y se cayó de bruces al tratar de recuperar el equilibrio. Pero lo cierto es que, en esos casos, el más perjudicado era su orgullo.

Poco a poco aquellos ejercicios se volvieron rutinarios y en dos meses podía moverse a oscuras por la casa con relativa seguridad y sin necesitar a su lazarillo particular. Dedicaba gran parte de la noche a vagar por la casa a oscuras y con las cortinas cerradas, de manera que pronto fue capaz de reconocer hasta el más pequeño cambio en la colocación de muebles u objetos.

Sienna estaba leyendo en la galería de Grace, así llamaban a aquel espacio tan especial para la anciana, cuando oyó el ruido que hizo un mueble al caerse y escuchó un grito enfadado. Dejó el libro sobre la mesita y salió corriendo en busca de Gerald. Encendió la luz de la biblioteca y lo encontró en el suelo con sangre resbalando por su cara desde algún lugar de la cabeza.

—¡Dios mío! —exclamó asustada, corriendo hacia él—. ¿Qué te ha pasado? ¡Estás sangrando mucho!

—Me he dado un golpe en la frente —dijo poniéndose de pie malhumorado—. Ese sillón no estaba en su sitio.

—Siéntate —pidió Sienna—. Iré a buscar gasas y un desinfectante para curarte esa herida.

Creo que necesitarás puntos, te has abierto una brecha muy grande.

Gerald hizo lo que le pedía y esperó a que regresara con todo lo necesario del botiquín.

—He traído puntos adhesivos, pero mañana iremos a que te curen bien.

—No hará falta —dijo él con semblante airado.

Sienna lo curó y, una vez limpió la sangre, vio que la herida no era tan grande como parecía.

Solo utilizó dos puntos. Cuando acabó miró su camisa blanca manchada de sangre y su cara enfadada y sonrió inoportuna.

—Pareces un crío que se ha caído al barro por trasto.

—¿Encima soy un trasto? ¿Quién ha movido ese maldito sillón?

—Habrás sido Martha al limpiar.

—Pues mañana le voy a decir lo que pienso de que me ponga trampas.

—Yo hablaré con ella. Eres capaz de hacerla llorar.

Gerald seguía con aquella expresión airada tratando de contener la rabia que sentía.

—Quizá deberías caminar más despacio cuando haces tus experimentos, ¿no crees?

—No, no creo. Camino como camino y punto.

—Claro que sí, enfurrúñate como un niño malcriado —lo animó conteniendo la risa.

—¿Te estás riendo de mí?

Sienna sonrió más ampliamente como respuesta y a él se le incendiaron los ánimos.

—Muy bonito, yo aquí sangrando como un cerdo y tú burlándote de mí. No quiero ni pensar lo que pasará cuando esté ciego de verdad y me estampe contra las paredes.

—No te estamparás contra nada. Al menos no aquí —dijo burlona—. Estoy segura de que conoces la casa mejor que Walter Armitage.

—Venga, sigue burlándote.

—Si te vieras ahora mismo te darías cuenta de que haces mucha gracia.

Gerald le lanzó una mirada asesina.

—¿No has entrenado ya suficiente? —siguió Sienna recogiendo las gasas que había empleado

en limpiarle la herida y la cara y metiéndolas en una bolsa que había llevado para ese menester—. Llevas dos meses deambulando cada noche por la casa en la más completa oscuridad. Yo creo que podrías relajarte un poco.

—Se te olvida que en cualquier momento esa será mi vida.

—Por eso mismo —dijo ella con énfasis—. Ya has practicado bastante. Ahora deberías centrarte en hacer lo contrario.

—¿De qué hablas?

—Mi abuela no deja de decirme que vayamos a verla —dijo tratando de disimular lo mucho que le apetecía la idea—. Podríamos pasar unos días en su casa.

—¿Me estás proponiendo un viaje a la Toscana? —dijo él con mirada pícaro.

Sienna asintió y Gerald entrecerró los ojos.

—Tu abuela cree que somos recién casados.

—Bueno, recién, recién...

—¿Hace tres meses de la boda! ¿Crees que la gente cuando se casa se «cansa» tan rápido?

—Cansarse no, pero imagino que ya no estarán todo el rato dale que te pego.

—Pero tendremos que dormir en la misma habitación.

Sienna se encogió de hombros.

—¿Y?

—¿No temes que mis necesidades físicas me jueguen una mala pasada?

Sienna soltó una carcajada y Gerald trató de no sentirse ofendido.

—No somos animales —dijo convencida—. Estoy segura de que podemos dormir juntos sin que te lances sobre mí como un perro en celo. Además, eres un hombre muy civilizado y no te imagino dejándote llevar por tus emociones de ese modo.

Gerald levantó una ceja observándola con atención. Realmente lo decía en serio y no quiso preguntarse por qué le molestaba tanto.

—Esas cosas solo pasan en las películas románticas —siguió Sienna ajena a las señales en el rostro de Gerald—. Ya, ya sé que tú no ves esas películas, faltaría más. Y he pensado algo más.

Podríamos ir a visitar a Jessica a Viena, ya que estaremos en Europa...

Ahora sí percibió la sombra que pasó ante los ojos de Gerald. Sabía que estaba dolido con su hermana por no ir a la boda, ni siquiera los había visitado una vez en aquellos tres meses, pero también sabía que era por lo mucho que la quería.

—No sé si estará en su casa, iba a salir de gira en algún momento —dijo fingiendo indiferencia.

—Eso es fácil de averiguar —dijo señalando el móvil que él había dejado sobre la mesita contra la que se había golpeado la cabeza.

Lo pensó durante unos segundos. Podría estar bien alejarse unos días de todo. Desde que supo lo del tumor había vivido prácticamente recluido.

—Está bien —aceptó—, haremos ese viaje.

—Bieeeeeen. —Sienna dio palmas, entusiasmada—. Mañana llamo a mi abuela y se lo digo, se va a poner tan contenta... Te gustarán mis abuelos.

—Espero que no sean demasiado duros con el marido de su nieta.

Sienna soltó una carcajada al pensar en cómo reaccionaría él cuando su abuela le cogiese la cara con las manos y le plantase su ristra de besos encadenados sin dejarlo escapar. Porque querría, estaba segura.

—Es muy cariñosa —dijo sin poder aguantarse la risa.

—¿De qué te ríes ahora?

—De nada. Tú aféitate bien. Y no olvides que ahora eres miembro de la familia.

—Espero no arrepentirme —musitó llevándose una mano a la frente.

Capítulo 19

La mañana amaneció con un color rosado. Sienna se desperezó en su enorme cama y sonrió satisfecha al ver las paredes color turquesa. Las cortinas se mecían con la suave brisa primaveral. Bajó los pies de la cama y los puso sobre la mullida alfombra antes de desperezarse y bostezar con muy poco *glamour*.

Durante aquellos tres meses su vida se había deslizado sobre una deliciosa rutina, pero la perspectiva del inminente viaje a Italia le dio una dosis extra de vitalidad que necesitaba. Se dirigió a la ventana y la abrió de par en par. El jardín estaba precioso y enviaba hasta ella el aroma de las flores como un suave saludo matutino.

Con una cancioncilla de esas que martillean sin que puedas sacarlas de tu cabeza, se dirigió al baño para darse una ducha vigorizante que la pusiese a tono para una intensa mañana de preparativos.

Ya vestida, bajó las escaleras atándose la coleta y se dirigió a la cocina para preparar el desayuno. Gerald bajó cuando estaba todo listo en la mesa y ella disfrutaba de una deliciosa taza de café mientras miraba las noticias bursátiles en su *tablet*.

—Buenos días —dijo él sentándose en el mismo sitio de siempre.

—¿Qué tal tu cabeza? ¿Te sigue doliendo el golpe?

—No, todo bien —respondió con expresión afable cogiendo su taza de humeante café—. ¿Qué dicen los expertos?

—Pues que hoy no va a ser un buen día.

—Estupendo —dijo Gerald sonriendo—. Cuando pronostican días nefastos es cuando mejor nos va, ya lo sabes.

—Cierto —respondió Sienna cogiendo una de las tostadas para untarla de mantequilla con sal, su favorita.

Gerald se llevó la mano a la cabeza y apretó sobre la sien izquierda.

—¿Te duele la cabeza?

—Un poco, pero nada importante. Entonces, ¿esta mañana no vas a trabajar conmigo?

Sienna negó con la cabeza antes de responder.

—Tengo mucho que hacer. Hablar con mi abuela, comprar los billetes de avión, preparar las maletas...

—La mía la preparo yo, todavía no soy un inválido.

—No pensaba hacerlo —dijo ella levantando una ceja—. Solo faltaba, ni que fuera tu criada.

Gerald pasó de ella y no apartó la mirada de su *tablet*.

—Las criptomonedas están subiendo, como predije. Supongo que invertirías... —La miró interrogador.

Sienna desvió la mirada y rellenó las tazas de café para disimular.

—¡Sienna! —exclamó él para regañarla.

—Es un mercado demasiado inestable, no me siento cómoda en él.

—Pero tienes que aprender a manejar tu miedo, de eso se trata —dijo con severidad, pero sin enfado—. No nos iremos a ninguna parte hasta que hayas invertido los cincuenta mil que te dije. Tú decides el momento, pero no nos iremos hasta entonces.

Ella apretó los labios para contener la retahíla de insultos que resonaban en su cabeza: prepotente, mandón, autoritario, energúmeno, inconsciente, otra vez mandón...

—Déjame tu *tablet* —pidió con demasiada energía.

—¿Vas a hacerlo ahora? ¿No te he enseñado nada?

—Si es tu condición para que nos vayamos, meteré esos malditos cincuenta mil dólares ahora mismo en Bitcoin y a tomar por culo.

—Cada día eres más fina hablando —dijo él aguantándose la risa—. Estoy pensando en pedir una audiencia con la reina de Inglaterra para tomar el té.

—Dame tu *tablet* y vete a la mierda.

Él hizo la primera parte de lo que le pedía sin borrar la maquiavélica sonrisa de su rostro.

—No me importa perder cincuenta mil dólares si con eso te callas —dijo ella tocando en la pantalla con dedos rápidos.

—Esa no es la actitud.

—Ya, ya. No empieces con tu psicología barata.

—¿Psicología barata? —Ya casi no podía contener las carcajadas que tensionaban su boca.

—«Perder es ganar» —citó ella imitando su voz—. «La paciencia lo es todo. Sigue la tendencia. No luches contra la marea, pero controla su arrastre. Bla, bla, bla». ¡Hecho!

Le devolvió la *tablet* y siguió comiéndose la tostada que había dejado sobre el plato.

—Al menos has invertido antes de que abra el mercado. En algo me has hecho caso.

—Las criptomonedas no tienen horario —respondió ella haciéndole una mueca de burla.

—«Pero se puede ver afectado por la marabunta de inversores que entran al inicio del día...»

—¿No te cansas de repetirte como un loro?

—Un poco, sí, pero es que tienes una cabeza muy dura.

—Y tú me la vas a ablandar siendo un pelmazo.

—Eso intento. —Sonrió—. ¿Cuántos libros has leído en los últimos tres meses?

Sienna entrecerró los ojos taladrándolo con ellos.

—Doce.

Gerald abrió la boca abrumado por la sorpresa y rompió a reír a carcajadas.

—¿Doce? ¡Pero eso es una barbaridad! Está claro que te dejo demasiado tiempo libre.

Sienna se removió inquieta en su silla. Realmente la había enganchado a la lectura, pero no quería reconocérselo. No iba a ponérselo tan fácil.

—No tenemos tele —dijo mohína—. Algo tendré que hacer. Además, la galería de Grace es un lugar muy agradable. Me gusta estar allí.

—Ya. Y en ese afán lector no tienen nada que ver los libros que te he recomendado.

—Pues no. De hecho, ayer terminé uno que no me habías recomendado tú, sino Brooke.

—¿Brooke te recomendó un libro?

—¡Serás imbécil! ¿Te crees que porque es pastelera no le gusta leer?

—No es eso, solo me parece raro que siendo amigas desde crías haya empezado a recomendarte libros precisamente ahora.

—Porque ahora me gusta leer.

—Así que reconoces que te gusta.

—No, si te parece me he leído doce libros para autocastigarme. Claro que me gusta. Y es posible que tus recomendaciones ayudarán algo y me hicieran ver la lectura como algo distinto a la idea que tenía antes.

—¿Es posible? —Gerald no disimulo su jocosidad—. Claro, es posible.

—¿Siempre tienes que ser tan pretencioso y arrogante?

—¿Desde cuándo decir la verdad es ser pretencioso y arrogante? Yo reconozco tus logros y virtudes, ¿por qué te cuesta tanto reconocer los míos?

—¿Porque no los tienes? —dijo levantándose de la silla y recogiendo los platos y las tazas—. Tengo mucho que hacer y Martha está a punto de llegar.

—¿Hablarás tú con ella? —Gerald también se levantó y guardó en la nevera lo que había sobrado del desayuno.

—Sí. Ni se te ocurra regañarla, que es muy sensible.

Él asintió, salió de la cocina con un breve saludo y cerró la puerta tras de sí, pero no se movió, se quedó parado y pensativo en medio del pasillo. Sabía que Sienna no se sujetaba el cabello en aquella coleta alta que hacía resaltar sus ojos, ni se ponía aquellos gastados pantalones tejanos, que dibujaban a la perfección cada curva de su anatomía, para seducirlo. Respiró hondo por la nariz recordando el aroma cítrico y fresco que dejaba a su paso y que empezaba a volverlo loco. No era solo que cada vez le resultase más difícil disimular lo que le provocaba físicamente, es que también sentía deseos de consolarla, de protegerla y hacerla sonreír todo el tiempo.

No quería involucrarse en algo serio con ella, no era eso lo que necesitaba precisamente. Más bien supondría un contratiempo extraordinario. Pero su cercanía diaria, su complicidad, su

arrolladora personalidad estaban haciendo saltar cada uno de los candados con los que había protegido su territorio y temía que si seguían avanzando acabaría por dejarlo a la intemperie.

—Yo me lo he buscado —musitó entre dientes. Y apretando los labios, enfadado, se alejó de allí.

Sienna se quedó unos segundos con el trasero apoyado en la encimera mirando hacia la puerta. Todo lo que había dicho Gerald era cierto, él le había inoculado el gusanillo de la lectura. Sus charlas en la biblioteca, cuando le hablaba de algún libro que, según él, debería leer habían sido un motor cuyo empuje pareciera no tener fin. Nunca habría imaginado que leer pudiera resultar tan emocionante.

Pero ahora su pensamiento no estaba en sus recomendaciones, sino en él mismo cuando las hacía. Era apasionado y desinhibido. Se arremangaba la camisa, su cabello, siempre bien colocado, se alborotaba y caía sobre sus ojos dándole un aspecto peligroso. Y sus manos..., sus manos se movían veloces describiendo escenarios o momentos y provocándole un cosquilleo a Sienna por todo el cuerpo al imaginarlas acariciando su piel. ¿Cómo no iba a motivarla si era capaz de convertirse en un hombre desconocido, seductor y excitante? Eso la perturbaba porque sentía cosas que no quería sentir. *Está lloviendo en el desierto* —se dijo recordando las palabras de Brooke sobre su «sequía».

—Buenos días, Sienna. —Martha entró en la cocina rompiendo la burbuja de sus pensamientos.

—Buenos días —respondió mecánicamente y después suspiró antes de abordar el tema sobre mover los muebles. No quería que se le olvidase.

Martha se tapaba la boca con las manos con expresión angustiada, mientras escuchaba lo que había pasado la noche anterior.

—Lo siento muchísimo. Debió ser cuando limpié la alfombra, no me di cuenta de que había cambiado la butaca de sitio. ¿Vais a despedirme? Te juro que no volverá a ocurrir...

Sienna puso una mano en su brazo con simpatía.

—No digas tonterías, solo quiero que lo tengas muy presente en adelante, que pongas cuidado,

solo eso.

Martha asintió aliviada.

—Por supuesto, te aseguro que no volverá a pasar, tendré mucho cuidado.

—Te vamos a dar unos días de vacaciones. —Sienna no podía disimular su alegría—. Mañana salimos para Italia, pasaremos un par de semanas en la casa de mis abuelos y hemos pensado que con que te pases cada día a ver que todo está bien, es suficiente. No hace falta que limpies, ni que hagas nada. Solo vienes y echas un ojo. ¿Qué te parece?

—Puedo pasar el plumero.

—Haz lo que te apetezca, pero de verdad que no es necesario. Cuando vayamos a volver te avisaré para que lo tengas todo listo y la nevera llena. Por cierto, llévate todo lo que pueda estropearse, por favor, no quiero que la comida se tire, me parece una costumbre horrible.

—Una luna de miel —dijo la criada sonriendo—. No tuvisteis luna de miel después de la boda. Italia debe ser un país maravilloso.

—Lo es —corroboró Sienna obviando lo de la luna de miel—. Mis abuelos viven en un lugar precioso, en plena Toscana. Me encantaba ir a su casa cuando era niña. Bueno, la verdad es que me ha gustado siempre.

—¿Gerald no ha ido nunca?

—No, será la primera vez.

—¡Qué romántico! —exclamó con una enorme sonrisa.

—Bueno, será mejor que nos pongamos a trabajar —dijo Sienna algo incómoda—. Tengo muchas cosas que hacer.

Martha asintió y Sienna sacó su móvil del bolsillo trasero de su tejanos para llamar a su abuela. Sus abuelos eran muy madrugadores y ya estarían enfrascados en alguna tarea. Tal como esperaba, la mujer reaccionó con un estallido de alegría y se puso a gritar para decírselo a su abuelo, que debía estar fuera de la casa.

Ya solo quedaba contárselo a sus padres y preparar las maletas. Casi no podía contener la alegría

Tocó en el cristal con los nudillos lo bastante fuerte como para que Brooke se girase y la viese. La pastelera salió de detrás del mostrador y caminó hasta la puerta para abrirle.

—No me has dicho que venías —dijo volviendo a cerrar con el pestillo una vez que Sienna estuvo dentro.

Era mediodía y la pastelería estaba cerrada durante una hora.

—Vengo a ver si has hecho nubes de azúcar.

—Claro, las hago todos los días.

—¿Y te quedan?

Brooke ya estaba detrás del mostrador mirando la bandeja.

—Tienes suerte —dijo mostrándosela.

—Hubiera querido que fuesen más, pero vale. Pónmelas en una caja.

Brooke frunció el ceño.

—Me voy a Italia.

—¿Qué? —Dejó la bandeja sobre el mostrador y se acercó a su amiga—. ¿Cómo que te vas a Italia? ¿Qué ha pasado? ¿Os habéis peleado? Sabía que pasaría algo así, aunque debo reconocer que, cuando cené con vosotros el domingo, me pareció que os iba muy bien. Demasiado bi...

—No pasa nada, Brooke —la cortó—, todo va bien. Nos vamos los dos. Me apetece muchísimo y he pensado que mi abuela se pondrá muy contenta si además de su nieta le llegan unas nubes de azúcar de las tuyas. Ya sabes que le encantan.

Brooke sonrió satisfecha. Encantar no era una palabra suficientemente grande para definir el amor que sentía la abuela Rosita por ese preciado manjar. Miró de nuevo la bandeja y comprendió que no eran suficientes.

—Mientras me cuentas voy a preparar más —dijo poniendo manos a la obra.

—Pero es tu hora de comer, no hace falta, Brooke. Estas serán suficientes.

—De eso nada. No quiero que tu abuela piense que me he vuelto una roñica. Comeré mientras las preparo. Y, mientras, entreténme contándome lo del viaje.

—Se me ocurrió anoche. Gerald se pasa el día trabajando y las noches practicando para cuando se quede ciego.

Brooke ya sabía las secuelas que iba a dejarle el tumor. Gerald le había permitido contárselo siempre que no revelase nada de lo establecido en su contrato sobre la operación y no fuese hablado de su inminente ceguera por ahí.

—Menudo panorama para unos recién casados. —Ahí estaba su fina ironía.

—La cuestión es que puede recorrerse la casa entera completamente a oscuras... siempre que Martha no mueva un sillón y provoque que se abra la cabeza.

Brooke se giró a mirarla con la cascara de huevo en la mano.

—Sí, hija, se pegó un buen porrazo anoche. Y fue eso lo que me hizo pensar —siguió mientras su amiga continuaba con la masa—. Está tan centrado en lo que le va a pasar que no se da cuenta de que deja pasar los días sin disfrutar de lo que tiene.

—¿Te refieres a ti?

—No seas burra, Brooke.

Su amiga la miró a los ojos y dejó de lado la ironía y la falsa despreocupación con la que siempre hablaban de ese tema.

—Creo que está empezando a importarte de verdad —dijo sin matices—. Te conozco bien, Sienna, muy bien y veo lo que estás haciendo.

—¿Qué estoy haciendo?

—Estás tratando de salvarlo.

—No digas tonterías. —Cogió un pastelito del mostrador y se lo llevó a la boca fingiendo indiferencia.

—Es tu sello, siempre haces eso con todo el mundo.

—No sé de qué me hablas.

Brooke terminó de colocar las bolitas de masa sobre el papel de horno, metió la bandeja en el centro y lo programó veintisiete minutos exactos. Después se lavó las manos, se las secó y entonces se volvió hacia su amiga con expresión seria.

—Estuve en vuestra boda. Bueno, en aquel teatrillo que montasteis tan bien organizado y tan frío como mi congelador. Sé que esta relación es meramente comercial, él necesita algo de ti y a cambio te va a pagar una suculenta cifra. No sé cómo de suculenta, pero lo suficiente como para que hayas aceptado semejante propuesta. —Hizo un gesto con la mano para que no la interrumpiese, algo que veía en su mirada que iba a hacer—. Pero lo que vi hace unos días en esa casa no me pareció una relación comercial.

Sienna pensó en lo mucho que tuvo que insistirle a Gerald para que aceptase cenar con ellas. Siempre que Brooke iba a la casa de la colina él se escabullía hasta que se marchaba. Pero aquel día lo pasaron bien. Cenaron, charlaron y tomaron un par de copas, nada importante, pero fue divertido.

—Os vi juntos y algo ha cambiado entre vosotros —aclaró Brooke como si hubiese seguido la evolución de su pensamiento—. Teníais complicidad, se os veía a gusto juntos... ¿Os estáis acostando?

—¡No! —exclamó con demasiada vehemencia—. ¿Estás tonta?

—Sé cómo eres cuando estás enamorada, Sienna.

—No digas estupideces.

—Ese tío no está bien. Hay un velo en su mirada, una sombra de oscuridad...

—¡Venga, suelta el lastre que nos vamos *p'arriba!*

—Sienna...

—¿Qué? Nos llevamos bien, ¿qué pasa con eso?

—Si fuese sexo no me preocuparía, pero esto... No quiero que te hagan daño otra vez.

Sienna no entendía el comportamiento de su amiga.

—Nada de sexo, somos amigos y nadie va a hacer daño a nadie.

Brooke apoyó las manos en el mostrador lateral estirando los brazos hasta que sus hombros quedaron tensos. La miraba a los ojos con fijeza y no permitió que desviase la mirada de ellos.

—¿Italia, Sienna? ¿Tu lugar preferido del mundo?

—Teniendo en cuenta que es el único sitio al que he ido...

—Sabes lo que quiero decir, te he visto allí. Te conviertes en... otra persona. Ni siquiera fuiste con Miles.

—¿Por qué te empeñas en recordármelo? —dijo enfadada—. Siempre haces lo mismo, cuando me ves bien ¡zas! Sacas a Miles. ¿Por qué?

—Porque sigue aquí, contigo. Ervin me dijo cómo te pusiste cuando supiste que se habían casado.

—Ervin debería cerrar la boca.

—Me lo dijo a mí, Sienna, a tu mejor amiga. Y lo hizo porque creyó que ya me lo habrías contado. Estaba preocupado por ti.

—No había nada que contar.

—¿Que no había nada que contar? Y ahora me dirás que eso no tuvo nada que ver en tu decisión de aceptar casarte con Gerald.

—Es que no tuvo nada que ver, ya lo tenía decidido.

—Sí, claro, seguro.

—Si llego a saber que tendríamos esta discusión te juro que no habría venido —dijo poniéndose de pie para dirigirse a la puerta—. Quédate tus nubes de azúcar, ya no las quiero.

—¡Sienna! —gritó Brooke, pero la única respuesta fue el portazo que hizo temblar la puerta de cristal al cerrarse.

Llegó a casa furiosa y subió las escaleras a la carrera haciendo caso omiso del saludo de Gerald que salía de la cocina con una taza de café en la mano. Él frunció el ceño y la siguió preocupado. No llamó a la puerta, entró directamente en su habitación.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han dicho que el fin del mundo es inminente? Si es así dímelo para que pueda prepararme.

—Déjame en paz —dijo tumbada en la cama bocabajo.

—Tengo café —dijo él apoyándose en la pared.

—Felicidades. —Su voz sonaba amortiguada por la ropa de cama.

—Podría dártelo y hacerme otro, pero tendrías que sentarte, en esa postura no creo que pudieras tomártelo.

Sienna se dio por vencida y estiró el brazo para que le diese la taza. Lo hizo y se sentó junto a ella.

—¿Habéis discutido Brooke y tú?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó perpleja.

—Ha llamado para decirme que mande a alguien a buscar unas nubes de azúcar que has encargado para tu abuela.

—Mira que es cotilla —dijo entre dientes antes de beber otro sorbo de delicioso café.

—¿Quieres hablar de ello?

—No.

—¿Es por mi culpa?

Ella lo miró asustada.

—Supongo que te resulta difícil sortear sus inquisitivas preguntas sobre lo nuestro.

Vale, no se lo ha dicho, pensó.

Gerald suspiró y se mordió el labio mirando al frente.

—Sé que debe resultarte muy difícil. A mí me pasa con mi madre, ya sabes lo perspicaz e insistente que es.

Sienna asintió. Mejor que fuese por ahí, era un terreno mucho menos peligroso que el que había labrado Brooke.

—Siento causarte problemas, Sienna —dijo y sintió una cálida sensación al ver el suave rubor de sus mejillas que hizo que sus ojos se viesan más brillantes de lo normal—. Ahora veo que este viaje nos va a venir bien a los dos. A mí me ayudará a ahuyentar mis demonios y a ti te alejará de las mentiras.

—No puede alejarme de las mentiras —dijo ella mirándolo a los ojos—. Tendré que mentirles a mis abuelos.

Gerald negó con la cabeza.

—No si crees que guardarán nuestro secreto.

Sienna abrió los ojos como platos.

—¿Me dejarías contarles la verdad?

—Si estás segura de que no dirán nada a nadie, sí —asintió con la cabeza.

Sienna no pudo contenerse y después de dejar la taza en la mesilla le echó los brazos al cuello.

—Gracias —dijo sincera sintiendo las manos de Gerald rodeando su espalda suavemente, deslizándose como el agua en busca de un resquicio al que agarrarse—. Te aseguro que no dirán nada si yo se lo pido.

Gerald sintió su cuerpo como una presencia que lo colmaba todo. Fue un sentimiento súbito e inesperado que aceleró los latidos de su corazón y puso en marcha la maquinaria aletargada de sus emociones. Sienna también lo notó y se apartó de él con brusquedad poniéndose de pie y cogiendo la taza que tintineó contra los anillos de sus dedos.

—Voy a llevar esto a la cocina. Tengo muchas cosas que hacer —dijo nerviosa—. Tú también tendrás... cosas.

Gerald se puso de pie y la miró algo confuso.

—Sí, claro —dijo de manera mecánica.

—Bien, pues sal de mi habitación, porque seguro que esas cosas no están aquí dentro.

Esperó hasta que estuvo fuera y cerró la puerta tras él sin esperar a que dijera nada. Después apoyó la espalda en ella y se quedó mirando al techo. Estuvo así un buen rato y de pronto miró la taza que tenía en las manos y se preguntó qué hacía allí. Enseguida recordó que él se la había dado y una oleada de calor la inundó. ¿En serio? ¿Cómo era posible que Brooke se diese cuenta antes que ella de lo que le estaba pasando?

—No —negó con la cabeza—, de ninguna manera. Eso no va a pasar Sienna Nevins, ni en tus peores sueños vas a enamorarte de ese, ese, ese...

Soltó de golpe el aire acumulado en sus pulmones y volvió a sentarse en la cama sin soltar la maldita taza. Estaba claro que aquellos sentimientos no eran reales. Probablemente se había

mezclado su necesidad con una pizca de compasión y todo ello, aderezado con el tiempo que pasaban juntos, la estaba confundiendo. Apenas veían a nadie más y se pasaban el día compartiendo momentos. ¿Y qué es la vida sino momentos? Eso podría confundir a cualquiera. Y no es que ella no fuese fácil de confundir, más bien lo contrario.

Gerald miraba la puerta con expresión tensa y el corazón latiendo desbocado dentro de su caja. ¿Qué mierda era aquello que sentía? Era como una catástrofe nuclear en pleno núcleo. Un tsunami explosivo y arrollador que se llevaba por delante cualquier prevención y resistencia que hubiese podido ejercer sobre la fiera que Sienna había despertado. No, no podía abrir esa puerta. De ninguna manera podía abrir esa puerta.

Dio un paso rápido y abrió la puerta de golpe.

Capítulo 20

Tan pronto lo tuvo delante Sienna se fue hacia él y le dio un profundo beso en la boca. No hizo falta que Gerald dijese nada, su expresión lo hizo por él. La pasión lo invadió como una flecha de punta afilada que dio en pleno blanco. Sus manos se hundieron en el pelo de Sienna y separó un instante su boca para poder hablar.

—Tu olor me vuelve loco —dijo con voz ronca.

—Huelo a jabón —dijo ella divertida.

Gerald sentía el corazón en su garganta.

—Sabes a dónde nos lleva esto, ¿verdad? —preguntó tan excitado que temió la respuesta a esa pregunta.

—Eso sería obvio incluso para un ciego —dijo ella echando la cabeza para atrás riéndose.

Gerald no pudo contenerse y la besó en el cuello, justo donde una vena latía.

—Estás muy duro por ahí abajo —dijo mirándolo a los ojos provocadora.

Él puso las manos en sus caderas y la atrajo con fuerza. Claro, que no contaba con que ella se moviera contra él para torturarlo. Gerald se lanzó a por su boca y ella utilizó los dientes para marcar sus labios ligeramente. Se apartó y la miró un instante sorprendido por su violencia.

—¿Qué pasa? No te habré asustado... —dijo ella con mirada febril y excitada.

Él soltó el aire con un bufido. Asustado no es cómo definiría su estado, más bien estaba al borde del colapso. Le agarró las nalgas y volvió a apretarla contra él. El rubor en las mejillas de ella y la suavidad de su piel resaltaban la excitación de sus ojos.

—Nos vamos a arrepentir de esto —dijo haciendo un esfuerzo heroico para influirle algo de cordura.

Sienna se sacó el suéter por la cabeza y lo lanzó lejos mientras él hablaba.

—Si quieres que pare, dilo —dijo empezando a desabotonar la camisa de Gerald—, pero si lo que estás haciendo es proteger mi honor y mis sentimientos, deja de hablar y fóllame.

Gerald se deshizo de esos pensamientos y abarcó uno de sus senos con la mano, llenándose con aquella carne, firme y flexible, que lo hizo encoger sus abdominales profundos.

—Al cuerno —susurró antes de levantarla del suelo para llevarla hasta la cama.

La dejó caer sin miramientos y se dejó dominar por la locura que emanaba de ella. Se desnudaron a trompicones, como dos adolescentes en su primera vez. No pensaron, tan solo sintieron cada roce, cada contacto de su piel con el cuerpo del otro como la promesa de placer que ellos mismos estaban dispuestos a brindar. Se besaron de forma violenta y apremiante. El cuerpo de Sienna era un volcán en plena erupción. Se encabritaba, lo buscaba y presionaba tratando de que la colmara de una vez. Las manos de Gerald querían ser suaves y acariciadoras, pero ella lo arrastraba exigente. Quería que la apretara, que la invadiera provocándole un placer desgarrador. Quería el trueno, la descarga del rayo, pero no su luz.

Sienna gritó, pero no de dolor sino de placer, cuando llegó el primer orgasmo, intenso y duro. Pero lejos de sentirse satisfecha la embargó una necesidad aún mayor. Empujó a Gerald para que se tumbara y se sentó a horcajadas sobre él, como una amazona salvaje. A él se le derritieron los huesos y se vio totalmente vulnerable en sus manos.

Sienna lo sintió vibrar dentro de ella y la cabeza empezó a darle vueltas. Sentía demasiado y demasiado rápido.

—¡Ahora! —pidió arqueándose—. Córrete ahora, por Dios.

Sin poder contenerse, Gerald se vació dentro de ella.

La brisa suave entraba a través de los visillos y caía sobre sus cuerpos sudados como una bendición. Gerald estiró el brazo para coger la sábana y la cubrió amorosamente con ella, agradecido porque no lo hubiese matado, tal y como había sentido que ocurriría al borde del paroxismo.

La mente de Sienna se fue aclarando y giró la cabeza para mirarlo con una satisfecha sonrisa. Él la miraba con preocupación.

—No he utilizado protección —dijo con temor.

Sienna se incorporó de golpe. No se había dado cuenta de ese estúpido detalle.

—No voy a quedarme embarazada —dijo fingiendo seguridad—. No estoy en mi momento fértil y solo ha sido una vez. Esas cosas no pasan en la vida real.

—Me he comportado como un animal —dijo él sin deshacerse de esa expresión preocupada.

En el rostro de Sienna se fue dibujando una sonrisa divertida.

—¿Temes haberme hecho daño?

—Todo ha sido bastante... salvaje.

Sienna asintió.

—Porque los dos hemos querido.

Él se apoyó en el codo para mirarla y pasó un dedo por el hueso de la clavícula.

—Has sido toda una sorpresa, Sienna Nevins —dijo con voz profunda—. No imaginaba que fueses tan... ¿Te he hecho... daño?

—No, claro que no. —Movi6 las piernas y tuvo que reconocerse que iba a tener algunas molestias por allí abajo—. Gerald, ha sido muy satisfactorio.

—La próxima vez no me olvidaré del condón, lo prometo —dijo al tiempo que su dedo bajaba por el esternón y seguía hasta sus senos para dibujar los pezones.

Sienna sintió que aquella sensación tan intensa que había sentido unos minutos antes regresaba como el sonido de una ópera *in crescendo*. Levantó la sábana para ver cómo reaccionaba él y lo miró con una enorme sonrisa.

—Espero que tengas a mano ese condón —dijo.

Lo que ocurrió a continuación era algo para lo que ella no estaba preparada. Su vida sexual se había reducido a una sola persona, Miles, y el sexo con él siempre fue rápido, intenso y apasionado. Era como una tormenta de verano, torrencial y violenta. Te calaba hasta los huesos, pero igual que venía se marchaba y dejaba que el potente sol borrara sus huellas.

Gerald era distinto y después de un primer polvo, precipitado por el deseo contenido durante demasiado tiempo, se mostró tal como era y la llevó por un laberinto de sensaciones.

La obligó a saborear cada momento, cada caricia, sorprendiéndola y tentándola sin dejar que el fuego los arrollase y decidiese por ellos. El ansia había sido para ella una parte más del acto sexual, pero Gerald la derritió, con ternura y calidez, convirtiéndola en una abrumadora e intensa sensación que parecía no iba evaporarse. La acarició con dedos suaves y curiosidad, aprendiendo de sus gestos y de los gemidos que su garganta emitía contra su voluntad.

El cuerpo de Sienna se fue elevando de aquella cama como si un mago la estuviese haciendo levitar con su magia. La probó delicadamente, reconociendo sus sabores y después se entregó a su deleite dándosele todo.

Sienna sintió cómo su cuerpo iba despertándose y cómo la conectaba a su verdadera fuerza interna, a lo más profundo de su ser. Y entonces descubrió un sentimiento mucho más devastador que cualquier cosa que hubiese sentido antes. Sus ojos se llenaron de lágrimas y una irresistible necesidad se abrió en su pecho como un boquete.

El fuego que se movía entre sus piernas los calentaba sin quemarlos. Suave y profundo, dispersándose y tomándola por completo, en cuerpo y alma. Se sentía incapaz de resistirse, dispuesta a seguirlo adonde quisiera llevarla. Su corazón bombeaba con fuerza mientras Gerald la esperaba. Tembló y gimió derrotada, mientras una lágrima caía por la comisura de uno de sus ojos. El placer brotó de ella como la magia misma, se enroscó alrededor de él y lo constriñó con la suavidad del terciopelo.

Cuando llegó la noche, Gerald aún seguía llevándola irreverente hacia picos más altos a los que ella se aferraba para no caer. Y la habitación se llenó de ecos y gemidos eternos.

Sienna se desperezó somnolienta ignorando el crujido de sus huesos. Miró a su alrededor, decepcionada porque Gerald no estuviese allí. La ventana estaba abierta y la brisa fresca de la mañana agitaba los visillos y los perfumaba con aroma a flores silvestres y madre selva. Se

acurrucó encogida y sonriente. ¿De verdad había ocurrido todo lo que veía en su mente? Al mover las piernas comprobó que estaba dolorida y su sonrisa se hizo más amplia. Estaba claro que había ocurrido. ¿Y dónde estaba él ahora? Se sentó en la cama y miró hacia la puerta con preocupación. Se daría una ducha y saldría a buscarlo.

Gerald entró en ese momento en la habitación, llevando una bandeja en las manos, y se detuvo en seco al verla como una diosa desnuda frente al ventanal, con las cortinas ondeando tras ella.

—Si no te pones algo encima ahora mismo, no voy a poder esperar a que desayunes y repongas fuerzas —dijo al tiempo que soltaba la bandeja sobre la cama y caminaba hacia ella.

Sienna dio un paso atrás sin poder contener una risa nerviosa.

—Ni se te ocurra —dijo tratando de taparse con las manos—. Dentro de dos horas tenemos que estar en el aeropuerto...

Gerald llegó hasta ella y la abrazó sin que sirviera de nada que tratase de resistirse.

—Esto podría considerarse acoso —dijo ella rindiéndose y rodeándole el cuello con los brazos—. Tú estás demasiado vestido y yo desnuda.

—Eso puede arreglarse fácilmente. —La soltó y se quitó el suéter que se había puesto.

Antes de que terminase de quitarse los pantalones ella había corrido saltando por encima de la cama para meterse en el baño.

—Me ducho en cinco minutos. No te comas mi desayuno —dijo ya detrás de la puerta.

Gerald soltó un largo bufido decepcionado.

La casa de los abuelos Brambilla era alta, cuadrada y de un color rojizo. Las ventanas tenían postigos de un color verde pálido y el tejado era de tejas antiguas. Había un balcón en la primera planta con balaustrada de hierro forjado.

—Pasé muy buenos ratos en ese balcón —dijo Sienna agarrada al brazo de Gerald—. Mi abuelo me contaba historias de miedo en las noches de verano.

—¿Historias de miedo?

—Sí —asintió—, y se ponía muy serio para contarlas.

La casa estaba orientada al sur, hacia un profundo valle repleto de olivos. Al fondo, los Apeninos.

—Cuando llueve la fachada de la casa brilla como el sol del atardecer.

Gerald la miró con ternura.

—Amas este lugar —dijo con envidia—. Reconozco esa mirada.

Sienna sintió que se le sonrojaban hasta las orejas. Aún no había podido asimilar lo que estaba ocurriendo entre ellos. El viaje no había sido lo suficientemente largo.

—¡Alonzo! —gritó la abuela Rosita al verlos desde la ventana de la cocina.

Sienta miró a Gerald sonriendo.

—Prepárate para una larguísima ristra de besos —dijo cogiéndolo de la mano y llevándolo hacia la puerta.

—¡Abuela! —Se abrazó a la mujer con tanto cariño que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Mi niña preciosa —dijo la abuela Rosita cogiéndole la cara con las manos y mirándola bien—. Estás feliz, mi niña.

—Sí, abuela, estoy muy feliz y me alegro tanto de verte... Mira, te presento a Gerald.

La abuela lo miró de arriba abajo y asintió con la cabeza dando su aprobación.

—Gallardo muchacho —dijo admirada y después le cogió la cara con las manos y comenzó a besarle en la mejilla sin que Gerald pudiese hacer nada para detenerla.

—¡Ragazza! —exclamó el abuelo Alonzo llegando hasta ellos.

—Abuelo. —Sienna lo abrazó con cariño y después puso un beso en sendas mejillas—. ¿Estás bien? Me dijo la abuela que te habías caído del almendro.

—Bah, no fue nada —dijo el hombre sonriendo—. ¿Este es tu marido?

—Sí, te presento a Gerald Craddock.

—Bienvenido, muchacho —dijo estrechándole la mano.

Gerald tenía la mejilla roja de los apretados besos que había recibido y agradeció un saludo masculino y firme para contrarrestar.

—Estaréis cansados del viaje —dijo la abuela Rosita cogiendo a su nieta del brazo para entrar en la casa con ella—. Os hemos preparado la habitación de la buhardilla, tiene baño y estaréis más anchos. Y más aislados.

Sienna sintió que volvía a ruborizarse, pero no hizo ningún comentario.

—Podéis refrescaros y descansar un poco antes de bajar a cenar. Tenéis una hora antes de que lo tenga todo listo. ¿Será suficiente? —preguntó guiñándole un ojo a su nieta.

—Sí, abuela.

—Bien, pues hala, arriba que aún tengo que terminar de condimentar las berenjenas.

Gerald cogió las dos maletas y siguió a Sienna escaleras arriba. La buhardilla era la única habitación de la tercera planta. Una habitación amplia y con dos ventanas que daban a la parte de atrás de la casa. Sienna se asomó a una de las ventanas y contempló el maravilloso paisaje que desde allí se veía. A lo lejos podían verse los tejados de Castelltortó y frente a él los campos de olivos que llegaban hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Todo esto es de tu abuelo? —preguntó Gerald admirado.

—¡No! —exclamó Sienna riendo—. Mis abuelos nos son ricos como tu familia. ¿Ves aquellas varas altas de color verde? Aquel es el linde de sus tierras.

—Supongo que tiene ayuda para recoger todas esas aceitunas.

—Sí, cuenta con una buena cuadrilla de hombres y mujeres y recogen la aceituna con el método tradicional. El aceite de mi abuelo tiene un sello de calidad y está considerado como un producto Gourmet.

Gerald la cogió de la cintura y la pegó a su cuerpo sin dejar de mirarla a los ojos.

—Estás muy orgullosa de él.

Sienna le rodeó el cuello con los brazos.

—Lo estoy.

Gerald se inclinó y la besó suavemente en los labios, pero pronto ese beso se hizo más intenso y profundo. Cuando se separó de ella, Sienna tenía los ojos dilatados y brillantes.

—Te amo, Sienna —dijo con voz ronca—, y vas a tener que acostumbrarte a escucharlo.

—Creo que podré hacerlo —musitó muy cerca de su boca—. Yo también te amo, Gerald Craddock.

Se dieron una ducha juntos y bajaron a cenar con evidente buen humor. Los abuelos de Sienna fueron tal y como ella los había descrito. Los interrogaron sobre la boda y la casa que habían comprado. También hablaron sobre el problema de Gerald y él les explicó las complicaciones de su enfermedad.

—Bueno, muchacho —dijo Alonzo poniéndose serio—, nadie sabe lo que le espera en la vida. Tú tienes la suerte de poder prepararte para ello. Además, tienes a tu lado a una mujer que te ama profundamente, a juzgar por cómo te mira. Ella cuidará de ti.

—Y él de mí —dijo Sienna rápidamente. No quería que Gerald se sintiese como alguien inválido.

Gerald no dijo nada, tan solo sonrió al tiempo que asentía. Después de la cena Sienna dijo que quería dar una vuelta y los dos salieron de la casa cogidos de la mano. Caminaron en silencio hasta alejarse de todo y entonces él soltó su mano y la cogió de la cintura con suavidad.

—¿No vas a contarles la verdad? —preguntó sin dejar de caminar.

—¿Qué verdad? Las cosas han cambiado —dijo con una sonrisa llena de amor—. Nos amamos y estamos casados, ¿qué hay que decirles?

—Sienna...

Gerald se detuvo en un lado del camino y su rostro quedó oculto por la oscuridad, tan solo sus ojos refulgían como dos llamas frías y duras. Sienna sintió que se le helaba la sangre.

—Nada ha cambiado —dijo él tratando de no sonar cruel—. En febrero del año próximo...

—¡No! —exclamó ella apartándose de él

Gerald la dejó alejarse, consciente del golpe que era para ella.

—Has dicho que me amas —dijo incrédula.

—Y así es.

—Entonces no podrás hacerme esto.

Gerald se acercó a ella y extendió el brazo para cogerla, pero Sienna se apartó con rabia.

—No estás pensando en mí.

—No puedo pensar en ti, Sienna, debo pensar en mí.

—¿Puedes vivir conmigo el resto de tu vida! ¿Eso no te basta? ¿Prefieres arriesgarte a morir? ¿Me abandonarás?

—No quiero abandonarte.

Sienna apenas veía detrás del manto acuoso que había frente a sus ojos, pero lo que la arrollaba era una rabia profunda e hiriente que la empujaba a agredirlo, a hacerle daño como se lo estaba haciendo él.

—Ni siquiera vas a pensártelo. Disfrutarás de mi cuerpo durante este año y después, si te he visto no me acuerdo.

—Justamente es lo contrario —dijo él con serenidad—. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, Sienna y por eso no puedo...

—¿Qué pasará si te curas? ¿Volverás con Roberta? Eso es lo que siempre has querido. Maldito seas.

Se alejó de él corriendo y Gerald corrió tras ella y la detuvo con firmeza rodeándola con sus brazos. Sienna se revolvió como una gata salvaje, con desgarradores sollozos.

—Amor mío... —susurró él apoyando la boca en su pelo—. Ojalá pudiera soportarlo. ¡Dios, solo querría poder soportarlo!

Sienna lo sintió romperse allí mismo. Sus rodillas se doblaron y cayó al suelo llorando como un niño. Ella se arrodilló con él y lo abrazó atrayéndolo hacia su pecho. Cuando Gerald pudo volver a hablar lo hizo sin más disimulos ni fingimiento.

—El dolor me agota y acabará mermando mis capacidades. Lo sé, Sienna, me conozco bien. Apenas duermo, lo has visto y mi cerebro no puede más. No sé siquiera si podré soportar lo que queda de año...

Ella cogió su cara entre las manos y lo miró a los ojos. Su mirada era de un sufrimiento tal que le partió el alma.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¿Para qué iba a decírtelo? ¿Para qué decírselo a nadie? No podéis ayudarme, nadie puede. Tan solo tengo una oportunidad y es probable que no salga bien.

Por primera vez se mostró tal y como se sentía, derrotado y asustado.

—Antes de que tú llegarás de nuevo a mi vida creí que podría resignarme, que podría morir sin lamentarlo demasiado. Pensé incluso acabar yo mismo con mi sufrimiento. No me habría costado mucho. Un día de escalada, un mal anclaje...

Sienna cerró los ojos sin poder evitar imaginarse la escena. Suspiró emocionada y lo abrazó.

—Creí que... —No fue capaz de terminar la frase.

Lo cierto es que no había pensado en él. Creía que solo era una cuestión de miedo. Nadie quiere ser ciego si puede evitarlo. Se limpió las lágrimas y se puso de pie. Él hizo lo mismo.

—Estaré a tu lado —dijo mirándolo a los ojos—. Pase lo que pase, permaneceré a tu lado hasta el final. Pero ahora, disfrutemos de este lugar y ámame, Gerald, ámame como si la vida fuesen solo estas dos semanas.

Gerald la abrazó y hundió la cara en su cabello, aspirando el aroma a jabón y a cítricos que conocía tan bien.

La intimidad que compartieron desde ese momento hizo que Sienna viese la realidad de su día a día tal y como era de verdad. Trató de ayudarlo en los momentos más delicados, trasmitiéndole calma cuando sentía que su cabeza se iba a partir por la mitad por la presión que sentía dentro de ella, y abrazándolo cuando apenas podía hablar.

Ahora entendía sus ausencias, cuando de repente decía que tenía una llamada urgente que hacer o un recado que no podía esperar y que había olvidado. Cuando desaparecía y no volvía a verlo durante horas. Cuando eso pasaba ella creía que necesitaba espacio, que era ella la molestia. Ahora que sabía la verdad comprendía su empeño en someterse a esa operación.

Las dos semanas que pasaron en Italia les sirvió para desligarse de su mundo. A pesar de esos episodios aterradores, pudieron sacar provecho de la belleza de aquella tierra y disfrutar de estar juntos.

Alonzo le explicó a Gerald el proceso de la fabricación del aceite. Se sentía orgulloso de su trabajo y, como buen abuelo, disfrutaba de contarlo. Pasaron muchos ratos juntos y con sus historias de toda una vida consiguió crear un vínculo que iba más allá del parentesco.

Sentados al pie de uno de los olivos, Gerald con la espalda apoyada en el tronco y Sienna entre sus piernas y rodeada por su brazos, le contó la larga charla que habían tenido aquella mañana, Alonzo y él.

—Tu abuelo es un gran tipo. Siempre hablas de tu abuela, pero él es un hombre increíble.

Siennaladeó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Lo sé, adoro a mi abuelo.

—Siempre está de buen humor —siguió Gerald—. Me sorprende, con las historias que ha vivido.

Sienna asintió. Su hermano gemelo murió en sus brazos, siendo muy joven, a causa de la polio.

—Sabe perfectamente cómo me siento —dijo sorprendido—. No había hablado con nadie que lo entendiese tan bien.

Sienna se incorporó y se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Se lo has contado?

Gerald se levantó también y asintió lentamente.

—¿Todo?

—Todo.

Ella abrió la boca sorprendida y asustada.

—Tranquila, guardará el secreto. Dice que tu abuela sufriría mucho por los dos si lo supiera.

—Pero Gerald...

—Lo sé, no debería habérselo dicho, pero fue tan fácil hablar con él...

Ella comprendió que debía necesitarlo mucho.

—Lo entiendo, amor mío —dijo abrazándolo—. Me alegro de que se lo hayas dicho.

—Tengo ganas de ver a Jessica, pero ojalá no tuviésemos que irnos nunca de aquí. Creo que

podría quedarme para siempre.

Sienna sonrió. Conocía muy bien esa sensación.

—Cuando todo esto pase vendremos todos los años por nuestro aniversario —prometió.

Aunque tenga que venir sola, cumpliré esa promesa.

Epílogo

El otoño había teñido el paisaje con pinceladas ocres y amarillas. Sienna avanzaba el sendero con paso lento y melancólico. Apoyó las manos en su vientre y lo acarició como si pudiera sentir la vida que empezaba a crecer en su interior. A lo lejos la casa de Giancarlo, el amigo de su abuelo, se recortaba contra el horizonte preparado para la puesta de sol. Cuando el sol lo tiñó todo de rojo se giró para ver la fachada de la casa de su abuela en todo su esplendor. Siguió avanzando por entre los olivos. El recuerdo de la primera vez que estuvo allí con Gerald llegó a ella como una ola y sus ojos se llenaron de lágrimas. Habían pasado dos años de aquello, pero para ella era como si hubiese ocurrido ayer.

—¡Sienna!

Se volvió hacia la voz que la llamaba y levantó la mano para que la viese.

—¿Por qué no nos has esperado? —dijo Gerald regañándola—. Te he dicho que sería una llamada corta.

—Como todas tus llamadas cortas. Ven con mamá, tesoro —dijo ella quitándole a la pequeña Elizabeth de los brazos.

Finalmente sí se quedó embarazada aquella primera vez y le pusieron a la niña el nombre de la abuela Thorne, como homenaje. Sienna se preguntaba si el fuerte carácter de su pequeña no se debería precisamente a que llevaba el nombre de su bisabuela.

—Quería que diésemos un paseo juntos para ver la puesta de sol y no creo que al sol le importe un pito que estés ocupado con una llamada.

Gerald la cogió de la cintura y contempló con sus dos amores cómo el sol acababa de esconderse.

—Si hubiera sabido que ibas a ser tan cascarrabias, no sé si me habría casado contigo, señora Craddock —murmuró.

La pequeña Elizabeth apoyó la cabeza en el hombro de su madre sin apartar la mirada del horizonte.

—Hay que acostarla —dijo Sienna dándose la vuelta para regresar a la casa.

Gerald aceleró el paso para ponerse delante.

—Siento haberme entretenido, prometo no volver a hacerlo jamás —dijo caminando hacia atrás.

—No te pido mucho —dijo ella mohína—. Un ratito antes de cenar...

—Lo sé, lo sé, amor mío. Prometo apagaré el teléfono, lo juro. Seré solo vuestro.

Sienna lo miró sin poder aguantar más sin sonreír.

—Te vas a romper la crisma si sigues caminando hacia atrás. Este suelo es irregular...

—¿Ya estoy perdonado? —preguntó cogiendo a la pequeña Elizabeth de los brazos de su madre—. Hoy me toca a mí leerle el cuento. Tú quédate hablando con Alonzo.

Sienna miró a su abuelo que estaba sentado en una de las dos mecedoras del porche y asintió. Cuando Gerald llegó junto a él se inclinó para que su suegro pudiese besar a su nieta antes de acostarla. Sienna se sentó en la mecedora de su abuela y se meció suavemente mirando hacia el olivar.

—Os vais mañana —dijo Alonzo con pesar—. La casa se quedará vacía.

—Nosotros también os echaremos mucho de menos. Pero nos veremos en Navidad, como cada año. Sé que a la abuela le gusta mucho la habitación que os preparamos.

—Tenéis una bonita casa, sí. Tengo entendido que ha muerto la señora que os la vendió.

Sienna asintió con tristeza.

—Sí —asintió pensativa—. Era una mujer muy especial, ¿sabes abuelo? ¿Te he contado que se casó con el hermano de su marido? Se enamoraron cuando aún estaba casada con el pequeño, que se llamaba Lionel Armitage...

Gerald sonrió al escuchar la voz de Sienna desde la ventana de la buhardilla. No podía creer

la suerte que tuvo al encontrarla. Cerró la ventana con suavidad y se giró hacia la cuna donde su hija dormía ya plácidamente. No había hecho falta ni que le contase el cuento, de tan cansada que estaba. En unos meses tendría un hermanito o hermanita. Gerald no imaginó una vida mejor que aquella. Atrás quedaban los malos tiempos, cuando no sabían si habría una vida para ellos.

Mientras miraba a su hija pensó en aquellos días de oscuridad. Cuando supieron que Sienna estaba embarazada él ya se había quedado ciego. Ocurrió mucho antes de lo que esperaban y fue tan repentino y aterrador como imaginó. Ella se mantuvo a su lado, entera y firme, con un buen humor sorprendente, a pesar de que él no se lo puso nada fácil.

No pudieron esperar a la fecha programada para la operación, los dolores se incrementaron y cada vez eran más difíciles de soportar. Sienna se lo contó todo a sus padres y juntos fueron a ver a Bethany y Clifton. No escatimó ningún detalle, consciente de que solo así podrían aceptar lo que su hijo iba a hacer.

Gerald aún se maravillaba de su inteligencia y de la mano izquierda que tuvo para sortear las complicaciones que fueron surgiendo. Y de su infinita paciencia y generosidad para con él. Permaneció a su lado, día y noche. Ni siquiera desfalleció cuando al despertar descubrieron que había perdido capacidades. Tuvo que aprender a hablar, a caminar...

Sintió aquella explosión en el pecho que lo atacaba de improviso y le provocaba un ansia devastadora. El deseo irresistible de demostrarle lo mucho que la amaba. Salió de la habitación y bajó las escaleras de dos en dos. Cogió a Sienna de la mano cuando llegó a su altura y la se la llevó a la parte de atrás de la casa. La levantó del suelo y dio una vuelta sobre sí mismo al tiempo que sus labios la buscaban el contacto de los de ella. Se fundieron un largo y profundo beso antes de que él se separase lo suficiente para poder hablar.

—Supongo que ya lo sabes —dijo—, pero eres la mujer de mi vida, Sienna Craddock y te amaré hasta que me muera. No habrá nada en este mundo capaz de separarnos, si tú no quieres...

Sienna sonrió satisfecha y se apretó contra él.

—Me alegra que lo tengas claro, Gerald Craddock, porque pienso estar a tu lado hasta el fin de mis días y te haré sufrir lo indecible si te atreves a marcharte primero.

Gerald soltó una carcajada antes de besarla de nuevo. Estaba claro que Sienna Nevins era única para hacer declaraciones de amor.

Si quieres ponerte en contacto con Kate Dawson, puedes hacerlo a través de sus redes sociales o de su dirección de correo electrónico.

[Facebook](#) - [Twitter](#) - [Mail](#)

Encontrarás todas sus novelas en: [Amazon](#)

A continuación puedes leer el primer capítulo de una de sus novelas más vendidas: Julia en las Highlands, primer libro de la serie «Julia y amigas».

Capítulo 1

Estaba parada delante del escaparate de la pastelería. Era el cumpleaños de su abuela y quería elegir bien, no todos los días se cumplen setenta años. Escuchó aquella voz subida de tono y no le hizo falta volverse para ver quién gritaba. A través del cristal veía perfectamente a la pareja que estaba discutiendo en plena calle.

Trató de concentrarse en los pasteles, pero le resultó imposible, solo podía mirarlos a ellos, era como una atracción malévolas que la empujaba hacia aquello que más detestaba. Si había algo en el mundo que Julia no podía soportar era la violencia, especialmente si se daba en una pareja. Una simple discusión entre un chico y una chica provocaba en ella un aluvión de recuerdos cayendo en cascada sobre su cabeza. Se le aceleraba el corazón, le costaba respirar... y lo veía todo rojo.

—¿Podrías hacer eso en otra parte? —se volvió encarándose a ellos—. O mejor, podrías dejar de comportaros como dos imbéciles en medio de la calle.

—Pero ¿tú de que vas? —El joven se encaró con ella apartándose de la chica a la que acababa de llamar de todo menos bonita.

—¿Qué pasa? ¿Vas a pegarme? —Julia se enfrentó a él con expresión serena.

El energúmeno dudó si hacerlo realmente, tenía aquella mirada extraviada que advierte de que sus conexiones neuronales no tienen buen contacto. La miraba de arriba abajo. Era cierto que estaba muy en forma y sus brazos tenían los músculos ligeramente marcados. Quizá la chica sabía artes marciales.

—Déjala —dijo la joven con la que estaba discutiendo cogiéndolo del brazo—, vamos cari,

no te metas en líos.

El «cari» tuvo suficiente excusa con eso para dejarlo estar y se dio la vuelta después de levantarle el dedo medio con desprecio.

Julia esperó unos segundos antes de alejarse a paso ligero con un revoltijo de sensaciones, todas desagradables, en el cuerpo. Cuando llegó frente a la puerta de su casa sacó las llaves con manos temblorosas y se le cayeron al suelo. Al ir a cogerlas se dio cuenta de que volvía a casa sin la tarta. Se maldijo por imbécil y corrió de vuelta hacia la pastelería.

Debería haber cogido algo en la panadería en la que trabajaba como le había dicho Marta, su jefa. Pero ella quería algo especial. Tan especial que por poco no lleva nada.

La pastelería estaba a punto de cerrar y la chica que la atendió no le puso muy buena cara, pero metió la tarta Selva Negra en la caja y le cobró lo más rápido que pudo. Julia le preguntó si tenía velas y compró un siete y un cero.

—Abuela, ya estoy en casa —gritó desde la entrada antes de echar el cerrojo.

Llevó la tarta a la cocina y después fue al salón a besar y abrazar a Rosario, que estaba viendo la televisión.

—¿Has traído la tarta? —preguntó la mujer.

—Claro, ¿cómo iba a olvidarme? —dijo obviando que había estado a punto—. Me cambio y cenamos. ¿Qué hay?

—Nitos revueltos con zorrococos —dijo Rosario repitiendo la misma respuesta que Julia le había oído desde niña, siempre que hacía esa pregunta.

—Vaaalee —dijo desapareciendo en su habitación.

Se quitó la ropa y se puso el pijama. Estaba tan poco en casa que no le merecía la pena ponerse otra cosa. Entró al baño y se puso frente al espejo para hacerse una coleta en la que intentó atrapar todos los rizos que se rebelaban cobardes. Durante unos segundos se quedó quieta, mirándose. En una semana cumpliría veinticinco años. Miró alrededor de sus ojos esperando encontrar alguna arruga, pero no había nada. A parte de las ojeras, claro, pero esas llevaban allí una década, desde que tuvo que empezar a trabajar para ayudar a su abuela.

Ensayó una sonrisa y reparó en sus dos imperfectos dientes de abajo. ¿Había algo más caro que el odontólogo? Cuando se le torcieron tenía catorce años y su abuela dijo que le daban personalidad a su sonrisa. Rosario siempre tenía un buen argumento para aliviar cualquier frustración.

Salió del baño y fue a la cocina. Su abuela servía el guiso en los platos y ella puso la mesa para las dos.

—¿A qué hora vienen las chicas? —preguntó la mujer cuando estuvieron las dos sentadas.

—A las diez. —Sonrió Julia.

—Deberían haber venido a cenar —dijo su abuela.

—Tenían cosas que hacer, aunque no me han contado qué cosas. Estaban todas de lo más misteriosas. Creo que me están preparando algo para mi cumple.

—¿Qué tal tú último día de trabajo antes de las vacaciones? —dijo la anciana cambiando de tema.

Julia ensanchó su sonrisa y se reclinó contra el respaldo de la silla.

—Déjame un momento para disfrutar de esta sensación —dijo cerrando los ojos—. Si pudieran envasarse los momentos, este sería de los más valiosos.

Su abuela sonrió con tristeza. Que el simple hecho de empezar sus míseros quince días de vacaciones supusiera para su nieta uno de los momentos más valiosos de su vida daba cuenta de la pobre vida que tenía.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Me harás caso y te irás de viaje?

Julia abrió los ojos y la miró como si dijera tonterías.

—¿A dónde voy a ir sola? Soy la única que tiene vacaciones ahora y tú no quieres ir conmigo a ningún lado.

—¿Ir de vacaciones con un vejstorio? —dijo su abuela enfadándose—. ¿Por quién me tomas?

—Hoy me ha tocado atender la terraza. Marisa se ha puesto enferma y he tenido que sustituirla. —Julia cambió de tema, no quería que su abuela volviese a regañarla—. Ya sabes que a ella eso de atender al personal le encanta.

—No como a ti.

—No como a mí.

Su abuela la miró con disimulo y movió la cabeza ligeramente. Si por ella fuera viviría enclaustrada. Parecía mentira que tuviese veinticinco años. Bueno, veinticuatro hasta dentro de una semana. No sabía cómo iba a reaccionar, pero esta vez no lo dejaría pasar. Si su hija pudiese verlas no se lo perdonaría.

—¿Y tú qué has hecho hoy? —preguntó la nieta cogiendo un pedazo de pan para mojar en aquella deliciosa salsa.

—Pues he ido a comprar al mercado y he estado tomando un café con leche con Carmen, ya sabes que su marido lleva un mes en el hospital. Le hacía falta distraerse un poco.

—¿No mejora?

Rosario negó con la cabeza.

—Ya sabes que yo no quiero morirme en un hospital. Cuando me llegue el momento, acabar rapidito y para el horno.

—No hables así —dijo su nieta regañándola.

—Mira que eres tonta, hija. Como si no supiésemos que nos tenemos que morir. Pues cuando llega el momento ¿para qué hacer sufrir innecesariamente a nadie? Eso tendría que estar estipulado por ley.

—Mira qué moderna —Julia sonrió con ternura.

—No se trata de modernidad, se trata de haber vivido muchos años y saber que no hay más remedio que aceptar que ese momento llega para todos.

—Pues hay gente que piensa que va a ser eterno. Marta, por ejemplo —dijo refiriéndose a su jefa—. Está convencida de que antes de que se haga vieja inventarán algo para no tener que morirse.

—Marta es tonta, hija, ya te lo he dicho muchas veces.

Julia sonrió. Su abuela la miró muy seria.

—No te rías, es la verdad. Siempre con esa cara de amargada y arrastrando los pies como si

llevase un fardo a cuestras. No sé cómo ese bendito la aguanta.

—Porque la quiere, abuela.

—La quiere, la quiere... ¡Qué va a quererla si es más tonta que una piedra!

Siguieron cenando mientras Rosario se despachaba a gusto con la pobre e insoportable Marta y recogieron la mesa para tenerlo todo listo cuando llegaran las chicas, como las llamaba Rosario a pesar de que todas tenían la misma edad de su nieta.

Julia, Laura, María y Cristina eran amigas desde primaria. Se complementaban bien porque, aunque sus personalidades eran muy distintas, su afecto superaba cualquier desavenencia.

Cuando sonó el timbre la abuela se encargó de abrir la puerta mientras Julia ponía las velas en el pastel y colocaba platos y cucharas sobre la mesa.

—¡Felicidadeeee! —gritaron las tres en la entrada y luego se abrazaron a la homenajeadá riendo al solapar sus abrazos.

Entraron y María se quedó la última para cerrar la puerta. María era una de esas chicas con el instinto maternal hiper desarrollado. Siempre pensaba en todo y en todo el mundo y no le gustaba que se criticase a nadie. Era bajita y algo rellenita, pero sin dudarlo era la más guapa de las cuatro. Tenía unos ojos azules enormes y unos labios naturalmente coloreados que le daban un aspecto de muñeca. Su piel extremadamente blanca contrastaba con un cabello caoba que se ondulaba de manera perfecta sin necesitar ayuda. Había estudiado magisterio y aprobado la oposición de maestra de primaria a la primera.

—¡Menuda tarta! —exclamó Laura al ver la Selva negra.

Laura era la intelectual. Muy delgada, sin curvas y con el pelo corto. Llevaba gafas porque sus ojos trabajaban mucho. Quería ser escritora y pensaba que debía beberse las obras completas de todos los escritores, vivos y muertos, antes de estar preparada para ello. Estudió periodismo y desde hacía un año trabajaba en un periódico local. Tenía un rostro hermoso, pero nada llamativo, claro que tampoco es que lo adornase mucho. Un lápiz negro en la línea de agua y los labios rosas. Siempre el mismo rosa.

Julia encendió las dos velas y se colocaron alrededor de la mesa para ver a Rosario soplarlas.

Cuando la llama estuvo extinguida, las cinco se sentaron para saborear la tarta.

—A mí ponme poco, que he cogido un kilo —dijo Cristina.

Todas la miraron con expresión incrédula. Cristina era muy delgada y, con diferencia, la que más comía de todas. Un engendro del diablo, vaya. Tenía un cuerpo impresionante, con la cantidad exacta de músculo y fuerza, que había conseguido a base de muchas horas de gimnasio, y una melena que le llegaba por la cintura y que solía recoger en una coleta alta. Siempre estaba impecable, tenía ropa y estilo para cualquier ocasión. Era *Youtuber e Influencer*. Tenía un canal de belleza con más de un millón de suscriptores. Ella fue la primera en darle su regalo a Rosario.

—Este es el mío —dijo sonriendo ilusionada. Si había algo que le gustase hacer a Cristina era comprar.

Rosario lo abrió y se encontró con una paleta de sombras carísima. Todas sabían que le encantaba el maquillaje.

—¡Madre mía, qué ilusión! —exclamó Rosario tocando aquellos colores con la yema de sus dedos—. ¡Qué buena pigmentación tiene!

Cristina le dio la vuelta a la paleta para que viese la firma.

—Está firmada por la diseñadora, que también cumple años hoy —explicó Cristina, que sabía bien lo mucho que la admiraba Rosario.

—Lo guardaré como un tesoro —dijo la mujer repasando la firma con el dedo.

María le regaló su perfume favorito y un álbum de fotos hecho por ella, con adornos de encaje y ropa que había sido de Rosario en distintos momentos de su vida.

—¿Esto es de mi vestido de novia? —preguntó acariciando el satén colocado junto a una de sus fotos de boda.

María sonrió.

—Tranquila, no hemos roto nada. Cogimos pedacitos de lugares que no dañaban las prendas o que podían disimularse sin problema —explicó.

—¡Ay, hija! No tienes de qué preocuparte, no pienso volver a utilizarlo nunca, así que me alegra ver que le has dado esta maravillosa utilidad. Es un regalo precioso, María, tienes unas

manos portentosas y una sensibilidad admirable. —Rosario la abrazó con verdadero afecto, su regalo la había emocionado.

—Julia me ayudó a seleccionar las fotografías —dijo María mirando a su amiga.

Abuela y nieta se miraron con mucho cariño.

—Ahora mi regalo te va a parecer una birria —dijo Laura entregándole su paquete.

—No digas tonterías, Laura —la regañó Rosario—, sabes que me encantan los regalos y valoro muchísimo que hayáis pensado... ¡Oh!

Laura sonrió satisfecha.

—Es una primera edición, de 1970 —explicó.

—¡84, *Charing Cross Road*! Es mi libro favorito, sin dudarlo —dijo Rosario asintiendo al tiempo que lo abría y lanzaba una exclamación de júbilo—. ¿Estas notas?

Laura sonrió.

—Sí, son de Helene Hanff.

—Madre mía, madre mía. —Rosario no daba crédito—. Pero ¿cómo conseguís estas cosas tan maravillosas?

—Son unas frikis —dijo Julia riendo—. ¡Como tú!

La abuela se rio también sin dejar de abrazarlas a una tras otra.

—Bueno, ahora el mío —dijo Julia.

Se levantó para ir hasta su habitación y regresó con una maleta que hizo empalidecer a su abuela. La colocó sobre la mesa y al abrirla apareció un tocadiscos antiguo.

—¿Es...? —Rosario tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, abuela, es el de mi madre. Lo encontré entre sus cosas e hice que lo arreglaran. Funciona perfectamente. Ahora podrás volver a escuchar todos esos discos de vinilo que escuchabais juntas.

Rosario se levantó y se acercó al tocadiscos como si fuese un muerto que acaba de resucitar. Lo acarició con los dedos sintiendo una emoción tan profunda que se extendió por toda la cocina sacudiéndolas a todas.

—¿Cómo han podido? Si estaba destrozado... No sabéis las horas que pasamos juntas escuchando esos discos. Junto a él la enseñé a coser y a bordar, me contó todas las cosas que le ocurrían en el instituto y después en la universidad...

Julia la abrazó con ternura esforzándose por contener las lágrimas.

—No quería ponerte triste, abuela —señaló.

—No me pone triste, me emociona que es muy distinto. —Rosario se apartó y se limpió las lágrimas con una sonrisa—. Bueno, venga, vale ya de regalos. Vamos a comernos esa maravillosa tarta.

—Y ahora cuéntanos que te ha pasado esta tarde —dijo Laura increpando a Julia después de probar la deliciosa tarta.

Su amiga la miró con el ceño fruncido.

—Hija, que estabas en plena avenida, te ha visto un montón de gente —dijo Laura ante su expresión—. Y por tu abuela no te apures, mañana en cuanto salga a la calle va a tener la versión de las vecinas, así que mejor que nos expliques tú ahora lo que ha pasado de verdad.

Rosario miró a su nieta con expresión severa.

—No ha pasado nada —empezó Julia—, estaba delante del escaparate de la pastelería y detrás de mí se ha parado una pareja y se han dicho unas cosas muy bonitas. Yo les he pedido muy amablemente que se fuesen a discutir a otro lado. Nada más.

—¡Julia! —exclamó su abuela.

—¿Qué? —La nieta la miró como si no entendiera su enfado—. La estaba tratando como una mierda.

—¿Te has enfrentado a él? —movió la cabeza con pesar—. Un día te van a hacer daño, hija.

—Estábamos en medio de la calle, abuela, no me podía hacer nada.

Sus amigas la miraron con expresión reprobadora.

—Julia, de verdad que tienes que dejar de hacer esas estupideces —la conminó Cristina.

—Si quieres ir por ahí de salvadora —intervino María muy seria—, ves a aprender algún arte marcial. Al menos que te puedas defender.

Julia soltó una carcajada y miró a su amiga como si la loca fuese ella.

Dieron buena cuenta del pastel, a pesar de las objeciones de Cristina que finalmente no se reprimió y fue la que más comió de todas. Para acabar bebieron una copita de cava y brindaron por los setenta años de Rosario.

—Que sepáis que pienso seguir dando guerra mucho tiempo —dijo la anciana.

—Más te vale —respondió Julia llevándose la copa a los labios.

—¿Lo hacemos ya? —Las tres amigas miraban a la anciana, que asintió sin que Julia entendiese nada.

Rosario las ayudó a quitar todo lo que había en la mesa ante la atenta mirada de su nieta que comprendió que tramaban algo.

—¿Qué pasa? —preguntó sin disimular su curiosidad.

—Siéntate —la conminó Laura mientras Cristina ponía una carpeta sobre la mesa limpia.

—¿Qué es eso? —volvió a preguntar Julia riendo.

Sus amigas miraron a Rosario que carraspeó nerviosa antes de tomar la palabra.

—Cuando naciste, hace casi veinticinco años, llenaste de luz aquella casa...

—Abuela, no... —pidió poniéndose seria.

—Déjame hablar, Julia —la regañó Rosario tratando de contener las emociones en un lugar que pudiese dominar—. Gloria tenía tu edad cuando se quedó embarazada y debes saber que esa noticia la hizo muy feliz.

Julia puso una mano sobre las de la anciana tratando de infundirle el calor que necesitaba.

—Tu madre era la mujer más maravillosa que haya conocido —siguió Rosario—. Sus ojos estaban llenos de amor y cuando sonreía salía el sol. Cuando te miro, la veo a ella y la imagino orgullosa y feliz al ver que su hija es una persona tan especial a pesar de todo lo que tuviste que vivir. Pero también se sentiría triste, porque te empeñas en cerrarte al mundo y en no desplegar tus alas.

Julia apartó su mano y se apoyó en el respaldo. No era justo, precisamente en ese momento.

—Dentro de unos días cumplirás veinticinco años y las chicas me han ayudado a organizarte un regalo muy especial. —Su abuela sonrió con cariño—. Ya sabes que los regalos no pueden devolverse, así que ni se te pase por la cabeza rechazarlo.

Julia no pudo disimular el temor en sus ojos. Aquellas cuatro mujeres juntas podían haber ingeniado cualquier plan malévolo y sabía por experiencia que le iba a resultar muy difícil zafarse de él.

Cristina abrió la carpeta y sacó un billete de avión que puso delante de ella.

—Vas a hacer un viaje —dijo.

—A Escocia —dijeron sus otras dos amigas al unísono.